La Luz del Espíritu

Amalia Domingo Soler

AMALIA DOMINGO SOLER

LA LUZ DEL ESPÍRITU

DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE

POR EL
C. E. "LA LUZ DEL CAMINO"

Presidente
JOSÉ ANIORTE ALCARÁZ

C/ Cádiz nº 13 bis, Urbanización Montepinar
03300 Orihuela (Alicante)
Teléfono 965 369 515
España

La recopilación y selección de estos escritos, verdadero tesoro de Luz Espiritual, es un trabajo exclusivamente realizado por el **Centro Espírita "La Luz del Camino".**

Todos los componentes de este Centro y nadie más que ellos, han participado en la elaboración de este trabajo, uno de los más importantes realizados hasta ahora para la divulgación del Espiritismo en el mundo.

Con los libros **"La Luz del Porvenir" "La Luz del Camino" "La Luz de la Verdad y "La Luz del Espíritu"** en un total de 80.000 unidades distribuidas gratuitamente en España y en América, continuamos este trabajo:

Trabajo que no habríamos podido realizar nunca, sin la dirección, inspiración y ayuda de este gran Espíritu de Luz, trabajador incansable en la divulgación del Espiritismo, **Amalia Domingo Soler.**

Queda libre la impresión y traducción de esta obra a cualquier idioma, con el riguroso compromiso de no alterar nada de sus texto y remitir dos ejemplares a:

Centro Espírita "La Luz del Camino"
C/ Cádiz Nº 13 Bis, Urbanización Montepinar
03300 Orihuela (Alicante)
ESPAÑA

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

INTRODUCCIÓN

NADIE PUEDE VER EL REINO DE DIOS SI NO NACIERE DE NUEVO

"Jesús, habiendo venido a los alrededores de Cesárea de Filipo, interrogó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Qué dicen los hombres con relación al Hijo del Hombre? ¿Quién dicen que soy yo? Ellos respondieron: los unos dicen que eres Juan Bautista; los otros que eres Elías, los otros que eres Jeremías, o uno de los profetas. Jesús les dijo: Y vosotros, ¿Quién decís que soy yo? Hablando Simón Pedro le dijo: Eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente. Jesús le respondió: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no fue ni la carne, ni la sangre que te lo reveló, sino mi Padre, que está en los cielos. (San Mateo, cap. 16, v. 13 al 17; San Marcos, cap. VIII, v. del 27 al 30)".

"Entretanto Herodes el Tetrarca, oyendo hablar de todo lo que Jesús hacía, tenía su Espíritu en suspense porque los unos decían que Juan había resucitado entre los muertos, los otros que Elías apareció, y algunos que uno de los antiguos profetas había resucitado. Entonces Herodes dijo: Yo hice cortar la cabeza a Juan, mas, ¿Quién es éste de quien oigo hablar tan grandes cosas? Y tenía voluntad de verlo. (San Marcos, cap. VI, v. 14 y 15; San Lucas, cap. IX, v. 7, 8 y 9)".

"Sus discípulos (después de la transfiguración) le preguntaban, diciéndole: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es menester que Elías venga antes? Mas Jesús les respondió: Es verdad que Elías debe venir y restablecer todas las cosas; mas yo os declaro que Elías ya ha venido, y no le conocieron, mas lo trataron como quisieron. Es así que ellos harán padecer al Hijo del hombre. Entonces, sus discípulos entendieron que era de Juan Bautista que les había hablado. (San Mateo, cap. XVII, v. del 10 al 13; San Marcos, cap. IX, v. 11, 12 y 13)".

RESURRECCIÓN Y REENCARNACIÓN

La reencarnación formaba parte de los dogmas judaicos, bajo el nombre de resurrección; sólo los saduceos, que pensaban que todo concluía con la muerte, no creían en ella. Las ideas de los judíos en este punto, como en muchos otros, no estaban claramente definidas, porque sólo tenían nociones vagas e incompletas sobre el alma y sus lazos con el cuerpo. Creían que un hombre que había vivido podía volver a vivir, sin explicarse con precisión la manera como esto podía suceder; designaban con la palabra resurrección, lo que el Espiritismo llama más juiciosamente reencarnación. En efecto, la resurrección supone la vuelta a la vida al cuerpo que está muerto, lo que la ciencia demuestra ser materialmente imposible, sobre todo cuando los elementos de su cuerpo están dispersos y absortos después de mucho tiempo; la reencarnación es la vuelta del alma, o Espíritu, a la vida corporal, pero en otro cuerpo nuevamente formado para él y que nada tiene de común con el antiguo.

La palabra resurrección podía de este modo, aplicarse a Lázaro, pero no a Elías, ni a los profetas. Si, pues, según su creencia, Juan Bautista era Elías, el cuerpo de Juan no podía ser el de Elías, puesto que se había visto a Juan niño y se conocía a su padre y a su madre, Juan podía, pues, ser Elías reencarnado, pero no resucitado.

"Había un hombre de los Fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos, y que vino a Jesús de noche, y le dijo: Maestro, sabemos que has venido de Dios para instruirnos a nosotros como un doctor; porque nadie puede hacer estos milagros que hacéis, si no está Dios con él. Respondió Jesús: En verdad, en verdad, os digo, nadie puede ver el reino de Dios si no naciere de nuevo".

"Nicodemo le dijo: ¡Cómo puede un hombre nacer siendo viejo! ¿Puede volver al vientre de su madre y nacer por segunda vez?"

"Jesús le respondió: En verdad, os digo, si un hombre no renaciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne es carne, y lo que es nacido del Espíritu es Espíritu, no os maravilléis de lo que he dicho; os es necesario nacer de nuevo. El Espíritu sopla donde quiere, y oís su voz, mas no sabéis de donde viene ni a donde va. Sucede lo mismo con todo hombre que es nacido del Espíritu. Nicodemo le respondió: ¿Cómo puede suceder eso? Jesús le dijo: ¡Cómo! ¿Sois maestro en Israel y no sabéis de esas cosas? En verdad, os digo que no decimos sino lo que sabemos y no atestiguamos sino lo que hemos visto y sin embargo, no has recibido nuestro testimonio, mas si no me creéis cuando os hablo de las cosas de la Tierra ¿Cómo me creeréis cuando os hable de las cosas del cielo? (San Juan, cap. III, v. del 1 al 12)".

La idea de que Juan Bautista era Elías y que los profetas podían volver a vivir en la Tierra, se encuentra en muchos pasajes de los Evangelios, particularmente en los relatos anteriores. Si esa creencia hubiese sido un error, Jesús la hubiera combatido como combatió tantas otras; lejos de esto, la sancionó con toda su autoridad y la pone en principio y como una condición necesaria, cuando dice: Nadie puede ver el reino de los cielos si no naciere de nuevo; y añade insistiendo en lo mismo: No te maravilles porque dije: Os es necesario nacer de nuevo.

Estas palabras: "Si un hombre no renaciere del agua y del Espíritu", han sido interpretadas en el sentido de la regeneración por el agua del bautismo; pero el texto primitivo dice simplemente no renace del agua y del Espíritu; mientras que en ciertas traducciones se ha substituido Espíritu por Santo Espíritu, lo que no está conforme con el mismo pensamiento. Este punto principal sobresale en los primeros comentarios hechos sobre el Evangelio, lo que un día se hará constar sin equívoco posible.

Para comprender el verdadero sentido de esas palabras, es menester referirse a la significación de la palabra agua, que no se emplea en su acepción propia. Los conocimientos que los antiguos tenían sobre las ciencias físicas eran muy imperfectos; creían que la Tierra había salido de las aguas, y por esto consideraban el agua como elemento regenerador absoluto; así es que en la Génesis se dice: "El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, flotaba sobre las aguas; - Que el firmamento fue hecho en medio de las aguas; - Que las aguas que están bajo del cielo se junten en un solo punto y que el elemento árido aparezca; - Que las aguas produzcan los animales vivientes que nadan en el agua, y los pájaros que vuelan sobre la Tierra y bajo el firmamento".

Según esta creencia, el agua venía a ser el símbolo de la naturaleza material, como el Espíritu era el de la naturaleza inteligente. Las palabras: "Si el hombre no renace del agua y del Espíritu, o en agua y en Espíritu", significan, pues: "Si el hombre no vuelve a nacer con su cuerpo y su alma". En este sentido fueron comprendidas al principio.

Esta interpretación está, además, justificada con estas palabras: Lo que es nacido de la carne, es carne y lo que es nacido del Espíritu es Espíritu. Jesús hace aquí una distinción positiva entre el Espíritu y el cuerpo. Lo que es nacido de la carne, es carne, indica claramente que el cuerpo sólo procede del cuerpo, y que el Espíritu es independiente del cuerpo.

El Espíritu sopla donde quiere, y oís su voz; mas no sabéis de donde viene, ni a donde va, puede entenderse del Espíritu de Dios que da vida a quien quiere o del alma del hombre; en esta última acepción: "No sabéis de dónde viene, ni a dónde va", significa que no se conoce lo que él fue ni lo que será. Si el Espíritu, o alma, fuese creado al mismo tiempo que el cuerpo, se sabría de donde viene, puesto que se conocería su principio. En todo caso este pasaje es la consagración del principio de la preexistencia del alma, y por consiguiente de la pluralidad de existencias.

"Desde los días de Juan Bautista, hasta ahora, el reino de los cielos es arrebatado por la violencia, y son los violentos los que lo arrebatan; porque, hasta Juan, todos los profetas, así como la ley, profetizaban; y si queréis entender lo que os digo, él mismo es aquel Elías que ha de venir. Oiga aquel que tiene oídos para oír. (San Mateo, cap. XI, v. 12 al 15)".

Pero si el principio de la reencarnación expresado en San Juan, podía en rigor ser interpretado en un sentido puramente místico, no sucedería lo mismo en el pasaje de San Mateo referido, que está sin equívoco posible. El mismo es aquel Elías que ha de venir; aquí no hay figura ni alegoría; es una afirmación positiva. "Desde los días de Juan Bautista hasta ahora, el reino de los cielos es arrebatado por la violencia". ¿Qué significan estas palabras, puesto que Juan Bautista vivía aún en aquel momento? Jesús las explica claramente diciendo: "Si queréis entender lo que os digo, él mismo es aquel Elías que ha de venir". No siendo Juan otro que Elías, Jesús hacía alusión al tiempo en que Juan vivía bajo el nombre de Elías. "Hasta ahora el reino de los cielos es arrebatado por la violencia", es otra alusión a la violencia de la ley mosaica que ordenaba el exterminio de los infieles para ganar la Tierra de promisión, paraíso de los Hebreos, mientras que según la nueva ley, el cielo se gana con la caridad y la dulzura.

Después añade: "Oiga el que tenga oídos para oír". Estas palabras, tan a menudo repetidas por Jesús, prueban claramente que no todos estaban en estado de comprender ciertas verdades.

"Aquellos de vuestro pueblo a los que hicieron morir vivirán de nuevo. Los que eran muertos en medio de mí, resucitarán. Despertad de vuestro sueño y cantad loas a Dios, vosotros que habitáis en el polvo; porque el rocío que os cae encima es rocío de luz, y porque arruinaréis la Tierra y el reino de los gigantes." (Isaías, cap. XXVI, v. 19)".

Este pasaje de Isaías, también es explícito: "Aquellos de vuestro pueblo a los que hicieron morir, vivirán de nuevo". Si el profeta hubiese querido hablar de la vida espiritual, si hubiese querido decir que aquellos que se habían hecho morir no estaban muertos en Espíritu, hubiera dicho: Aún viven y no vivirán de nuevo. En el sentido espiritual, esas palabras no tendrían sentido puesto que implicarían una interrupción en la vida del alma. En el sentido de regeneración

moral, son la negación de las penas eternas, puesto que establecen en principio el que todos aquellos que están muertos, volverán a vivir.

"Cuando un hombre ha muerto una vez, su cuerpo separado de su Espíritu está consumido, ¿Qué es de él? – El hombre estando muerto una vez, ¿Podría acaso vivir de nuevo? En esta guerra en que me encuentro todos los días de mi vida, espero que mi cambio llegará. (Job, cap. XIV, v. 10 y 14. traducción de Le Maistre de Sacy)".

"Cuando el hombre muere pierde toda su fuerza, expira ¿Después, en dónde está? – Si el hombre muere ¿Volverá a vivir? Esperaré todos los días de mi combate hasta que llegue algún cambio. (Id. traducción protestante de Osterwald)".

"Cuando el hombre está muerto, vive siempre; concluyendo los días de mi existencia terrestre esperaré porque volveré a ella de nuevo. (Id. versión de la iglesia griega)".

El principio de la pluralidad de existencias, está claramente expresado en estas tres versiones. No se puede suponer que Job quisiese hablar de la regeneración por el agua del bautismo, que ciertamente no conocía. "El hombre estando muerto una vez, ¿Podría, acaso revivir de nuevo?" La idea de morir una vez y volver a vivir implica la de morir y volver a vivir muchas veces. La versión de la iglesia griega es aún más explícita, si es posible. "Concluyendo los días de mi existencia terrestre, esperaré, porque volveré; es decir, volveré a la existencia terrestre". Esto es tan claro como si uno dijera: "Salgo de mi casa, pero volveré".

"En esta guerra que me encuentro, todos los días de mi vida, espero que mi cambio llegará". Job quiere evidentemente hablar de la lucha que sostiene contra las miserias de la vida; espera su cambio, es decir, se resigna. En la versión griega yo esperaré, parece más bien aplicarse a la nueva existencia: "Concluyendo los días de mi existencia terrestre, esperaré, porque volveré a ella de nuevo". Job parece colocarse después de la muerte, en el intervalo que separa una existencia de otra, y decir que allí esperará su vuelta.

No es, pues, dudoso que bajo el nombre de resurrección, el principio de la reencarnación era una de las creencias fundamentales de los judíos, siendo confirmada por Jesús y los profetas de una manera formal; de donde se sigue que negar la reencarnación, es negar las palabras de Cristo. Sus palabras serán un día autoridad sobre este punto, como sobre muchos otros, cuando se mediten sin prevención.

Pero a esta autoridad, desde el punto de vista religioso, viene a unirse desde el punto de vista filosófico, el de las pruebas que resultan de la observación de los hechos; cuando de los efectos quiere uno remontarse a las causas, la reencarnación aparece como una necesidad absoluta, como una condición inherente a la humanidad, en una palabra, como una ley de la Naturaleza; se revela por sus resultados de una manera, por decirlo así, material, como el motor oculto se revela por el movimiento; ella sola puede decir al hombre, de dónde viene y dónde va y porqué está en la Tierra, y justificar todas las anomalías y todas las injusticias aparentes que presenta la vida.

Sin el principio de la preexistencia del alma y de la pluralidad de existencias, la mayor parte de las máximas del Evangelio son ininteligibles; por esto dieron lugar a interpretaciones tan contradictorias; ese principio es la clave que debe restituirles su verdadero sentido.

El Evangelio Según el Espiritismo

PRÓLOGO

Éste es el cuarto libro de nuestra querida Amalia Domingo Soler, que he preparado para editarlo y distribuirlo gratuitamente; esto es un gran acontecimiento y motivo de gran alegría para todos nosotros y muy especialmente para nuestros hermanos de América, que reciben estos libros con verdadera veneración. Este libro como los otros tres, tiene su historia; el primero "La Luz del Porvenir" fue para mí la sorpresa más agradable que he recibido en mi vida.

Yo ya estaba desde el año 1.971, distribuyendo gratuitamente el libro espírita, por toda España, nunca me podía imaginar que ese Espíritu tan elevado y tan venerado por mí, Amalia Domingo Soler, pudiese utilizarme con toda mi insignificancia, como instrumento para dar a conocer en todo el mundo

de habla hispana, lo mejor de sus escritos, mensajes que dejó sin publicar a finales del siglo XIX. Todo empezó así: hacia el año 1.996, cuando llegaron a mis manos unos escritos de Amalia, suficientes para componer un libro; me los mandaba desde Barcelona, Salvador Sanchís Serra, un entusiasta coleccionista de los escritos de Amalia. Este hermano al que yo tengo hoy en gran estima y tiene toda mi amistad, me proporcionó los escritos necesarios para el primer libro, aunque yo no le conocía y hasta hoy, no tengo el placer de conocerle personalmente.

Desde ese momento, yo empecé a sentir la influencia de ese Espíritu maravilloso; con su inspiración me hizo comprender que estaba realizando un trabajo verdaderamente importante en la divulgación del Espiritismo en España, pero había llegado el momento de dar a conocer los escritos que ella dejó sin publicar y que estaban olvidados en viejas bibliotecas y en sótanos de casas antiguas. La humanidad estaba ya preparada para conocerlos y nuestro compromiso era publicarlos. Me sentí verdaderamente emocionado al ver que un Espíritu tan grande me estaba utilizando como instrumento, siendo yo tan pequeño.

Por fin, ya tenía los 20.000 ejemplares acabados de este primer libro, una verdadera joya, esto me hacía sentirme muy feliz; empecé mandando libros a todos los centros y grupos espíritas de España, en un total de 5.000 ¡Pero qué difícil es todavía, introducir el libro espírita en nuestro país! Aún recibiéndolos totalmente gratis, nadie quería más libros.

El día 3 de diciembre del año 1997, tuve el placer de recibir en mi casa, la visita de Divaldo Pereira Franco, acompañado de un buen colaborador suyo, Mario Sergio. Estábamos un grupo de amigos en el salón, antes de la cena, cuando Divaldo que estaba sentado con Mario, un poco separados de nosotros, me dice: "José estamos pensando que nos gustaría participar en este importante trabajo que estás realizando, para dar a conocer los escritos de Amalia en los países de América". Yo me quedé sorprendido, y algo desorientado le dije: los portes son muy caros, valen más que los libros, él sonriendo me dijo: "no, si quieres mandarlos, hay un sistema que es relativamente barato". Las palabras de mi amigo, abrieron una luz en mi mente; después comprendí que ese Espíritu querido, que me guía en mi trabajo, para darme esa idea tan importante y que a mí no se me había ocurrido, lo utilizó a él porque sabía el respeto que yo siento por Divaldo.

Así fue como empezamos a mandar el libro espírita gratuito a los países de América. Nuestros hermanos americanos reciben los libros de Amalia como un tesoro y en realidad son un tesoro de luz y esclarecimiento. Recientemente tuve la inmensa felicidad de visitar varias ciudades de México, gracias a la colaboración de nuestro inolvidable y querido, Antonio Silva Arroyo; allí pude ver y sentir, con qué alegría y entusiasmo recibían estos libros. Quiero también dar gracias a ese pueblo hermano, por todo el cariño, el amor y la amistad que me ofrecieron durante los quince días de mi viaje.

Regresando al tema principal, como es la historia de cada uno de estos libros: el segundo "La Luz del Camino" para mí fue una consecuencia del éxito del primero. Antes de que yo empezara a indagar sobre la manera de conseguir los escritos necesarios para componer este segundo libro, "providencialmente" llegaron a mis manos muchos más de los que eran necesarios; naturalmente que no puedo omitir la procedencia de ellos. Tengo en Jaén un buen amigo, un hermano en ideal Manuel Uceda Flores, este hermano recibió de otra persona, una cantidad importante de escritos de Amalia que había encontrado en los

sótanos de un edificio en remodelación y él inmediatamente me los envió; vemos con esto, como los buenos espíritus colaboran con nosotros y nos ponen delante el material necesario, cuando estamos dispuestos a realizar un buen trabajo.

Con mucho entusiasmo, compuse este segundo libro, inspirado y ayudado por el Espíritu que me guía y que tanto bien me proporciona, utilizándome como instrumento para la realización de tan importante labor.

En febrero de 1.998, a mis 78 años de edad, di por finalizado mi trabajo laboral y desde ese momento ya no disponía de los recursos económicos necesarios para continuar con la publicación del libro espírita gratuito, así que con los últimos 40.000 libros de Amalia Domingo Soler, di por terminado este trabajo divulgativo que me había hecho feliz durante 30 años.

En julio del mismo año, estaba yo haciendo un estudio sobre la evolución del Espíritu, cuando sentí la presencia de Amalia junto a mí que me decía: "amigo mío, nuestro trabajo no ha terminado, tenemos que hacer otro libro que es muy importante" yo mentalmente le pregunté ¿Con qué recursos? Ella vuelve a decirme "amigo haz tu trabajo, ten fe y confía en Dios." Desde ese día empecé a trabajar preparando la composición del tercer libro, que según ella su título debía ser "La Luz de la Verdad". Este libro también ha sido un éxito y de las 20.000 unidades de su edición, l5.000 han sido enviadas a los países de América.

Nuestro Espíritu amigo nos dice: "Querer es poder" pues bien; inspirado por él, siento esa fuerza de voluntad que da el deseo de querer, de ser útil, de ser un buen instrumento asumiendo el compromiso de componer y editar este cuarto libro, titulado "La Luz del Espíritu" y distribuirlo gratuitamente en España y países de América.

Mis queridos lectores y amigos: todo buen libro tiene una historia y yo he creído necesario contaros la de cada uno de estos libros, porque para mí son como cuatro hijos queridos.

Hace cincuenta años que conocí el Espiritismo y ahora mirando hacia mi pasado, me cuesta comprender cómo pude vivir un tercio de mi vida "ciego" y sin ninguna esperanza de futuro.

Dice un gran pensador "que la fe es el pedestal de Dios; y para tener una fe razonada se necesita un convencimiento profundo." Si Dios ha dado la luz y la claridad en todo ¿Por qué han de estar los hombres ciegos para creer en Él?

No necesitamos para nada la fe ciega, porque bastantes siglos ha estado estacionada la humanidad por causa de ella.

- La fe razonada es la esencia del conocimiento.
- La fe razonada es la fragancia de la ciencia.
- La fe razonada es el fruto razonado del estudio; y esa fe la necesitamos siempre, porque a ella se debe el progreso universal.

La infancia del Espíritu es más prolongada que la de la materia; y las generaciones infantiles se han sujetado a la obediencia por medio del terror y han creído quizá, buenamente, que el demonio era una verdad.

Hoy la humanidad pensadora se ríe de Satanás y la ciencia le dice a los hombres: ¡Estudiad y aprended! Las verdades no se sofistican. Demos a Dios la forma de la creación. No soñéis con los cielos de la Biblia, los cielos son la sabiduría de Dios, no existe un lugar determinado. ¡Dios es irradiado en su obra y está reflejando en Él!

Nuestro día no tiene ni hoy ni mañana, no tiene más que un hoy indeterminado, ese hoy no concluye nunca, porque nunca llega a su ocaso el Sol

de la eternidad. Esto le ha dicho la ciencia a las multitudes, hablando a cada cual en el lenguaje apropiado a su inteligencia y la comunicación con el mundo espiritual ha sido una de las demostraciones de la vida infinita que hemos tenido en nuestros días y los textos de los Vedas y los versículos del Evangelio de Cristo, han resonado nuevamente diciendo a los seres que ya se fueron: "La vida continúa, la muerte no existe."

Cuanto más crece el desarrollo del Espíritu, más se afana éste para conocer su estado, su ser y su esencia y como el progreso del hombre es innegable, los creyentes a ciegas van escaseando; llegará el día en que sean tan difíciles de encontrar como las moscas blancas.

Yo creo en la existencia del alma o Espíritu, ser inmaterial, inteligente, libre de sus acciones y estrictamente responsable de ellas ante Dios. En la inmortalidad del alma, cada Espíritu recoge todo lo que ha sembrado, lo bueno y lo malo; las penas nunca son eternas y Dios acoge siempre bondadosamente al Espíritu que se arrepiente apartándose del mal.

El Espiritismo es una ciencia consagrada a los transcendentales estudios de la verdad suprema, y está llamado a regenerar el mundo, inculcando en el corazón de los hombres las sublimes verdades que enseña; hasta que la ciencia y la razón no pronuncien otro credo religioso más en armonía con la grandeza de Dios. Hasta que llegue ese día, seremos cristianos, espiritistas y racionalistas, siendo Dios la causa primera, la ciencia su eterna manifestación, y la razón humana la síntesis del progreso universal.

Los verdaderos espíritas son aquellos que estudian la doctrina y se esfuerzan por practicarla, por vivirla, para poder avanzar según sus deseos y esfuerzos, en el camino del progreso y hacia la perfección que es su objetivo final.

Los espíritus viven con nosotros, tomando parte en todas nuestras actividades; nos animan y nos inspiran, participando de todos nuestros trabajos y si alguno queda interrumpido por la crisis de la muerte, se puede continuar en una próxima existencia. El Espiritismo llena la gran necesidad que tiene el hombre de vivir siempre, y su creencia le hace falta para conformarse con esta vida, al parecer efímera, difícil y en ocasiones dolorosa.

El progreso de la humanidad tiene su principio en la aplicación de la ley de la justicia de amor y de caridad, y esta ley está fundada en la certeza del porvenir, esta certeza es justamente la piedra fundamental. De semejante ley derivan todas las otras porque ella contiene todas las condiciones de la felicidad del hombre. Por medio del Espiritismo, la humanidad ha de entrar en una nueva fase, en la del progreso moral, consecuencia inevitable de éste. Hasta que llegue ese día, el hombre sólo puede crear hipótesis acerca de su porvenir, porque sus creencias en esa materia están divididas en sistemas tan numerosos y opuestos que van desde el aniquilamiento hasta las fantásticas descripciones del paraíso y del infierno.

Juzgando Dios a la humanidad, dispuesta para penetrar en los misterios de su doctrina y contemplar con serenidad nuevas maravillas, ha permitido que se descorriese el velo que separaba el mundo visible del mundo invisible; revelando que las manifestaciones de los espíritus son hechos naturales, es la humanidad espiritual que viene a conversar con la humanidad corporal, para decirnos que la vida continúa después de la muerte, que del lado de allá existen horizontes espléndidos e interminables. Debemos conocer la causa de nuestros sufrimientos, y saber ver en ellos la justicia de Dios; la fraternidad será un sentimiento generoso, una realidad fundada en las leyes de la naturaleza.

No le demos a nada ni a nadie un tinte mágico, ni un carácter milagroso, aceptemos todos los efectos como sencillas demostraciones de las leyes naturales. El progreso avanzará siempre, porque su destino es avanzar y el Espiritismo es la síntesis del progreso, porque aspira a la regeneración de la humanidad.

El Espiritismo es fuerte, porque se apoya en las mismas bases de la religión; Dios, el alma, las penas y las recompensas futuras, sobre todo porque presenta esas penas y recompensas como naturales consecuencias de la propia vida, enseñando a soportar las pruebas con paciencia y resignación.

La doctrina de la reencarnación que admite muchas existencias sucesivas, es la única conforme con la idea que nos formamos de la justicia de Dios y con respecto a los hombres que ocupan una condición moral inferior, la única que puede explicarnos el porvenir en base a nuestras esperanzas, puesto que nos proporciona medios de reparar nuestras faltas por nuevas pruebas. La razón así lo indica, y así nos lo enseñan los espíritus.

Todos los espíritus tienden a la perfección, y Dios les proporciona medios de conseguirlo por las pruebas de la vida corporal; pero en su justicia les permite que cumplan en nuevas existencias lo que no pudieron hacer o terminar en la existencia anterior, así el hombre que tiene conciencia de su inferioridad halla en esta doctrina una consoladora esperanza.

La verdadera doctrina espírita consiste en la enseñanza dada por los espíritus y en el estudio serio y continuado, hecho en el silencio, en el recogimiento, poniendo en práctica todo lo que vamos aprendiendo; solamente en tales condiciones podemos recibir la inspiración de los buenos espíritus que desean nuestro progreso, progreso que pasa hoy por la Tierra, del estado latente al desarrollo, y los espiritistas defendemos la verdad ajustada a la armonía universal porque es una filosofía religiosa, científica y moral.

Sin la ciencia no se puede vivir, a ella se le debe la comodidad material que disfruta el hombre, y la elevación sublime del Espíritu, por eso Dios, la ciencia y el amor, son la trilogía eterna de todas las edades.

El dogma es una base para sostener la razón de un ideal. Hay tantos dogmas como ideales; aunque sólo hay un dogma eterno e inmutable, y ese no lo posee ninguna religión; porque ninguna ha practicado la ley del amor universal, porque todas han derramado torrentes de sangre para imponer sus ritos; no es la violencia , no es el terror lo que ha de pacificar a los pueblos, hay que iluminar sus conciencias, y para esto hay que tener más moral y más humanidad. La base fundamental es el conocimiento (conoce la verdad y ésta te hará libre) y con él se obtiene una fe racional para creer en la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma, en la existencia de las reencarnaciones.

Los espiritistas no admitimos más culto, que la plegaria intima del Espíritu, y para elevar esta oración no necesitamos arrodillarnos delante de un triste pecador como nosotros. Estamos convencidos de que tenemos la mejor voluntad para propagar la idea salvadora, que ha de proporcionar al hombre resignación en las duras pruebas de la vida.

La teoría espiritista es la de un cristianismo purísimo , que eleva a gran altura todo lo que se relaciona con la caridad. La libertad divina de pensar, el derecho de adorar a Dios, en el valle o en el monte, o en la humilde ermita, teniendo el derecho de pensar por nosotros mismos, educando nuestras mentes con nuestros propios raciocinios, liberándonos para siempre de las aguas estancadas de la fe ciega.

Nosotros queremos seguir el consejo de Jesús, Él dijo a sus apóstoles: vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder, no se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, se pone sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa; y nosotros creemos cumplir con nuestro deber transmitiendo y compartiendo con todos nuestros hermanos, este conocimiento y esta verdad que nosotros ya tenemos. Este es mi objetivo y me considero inmensamente feliz si a través de estos libros se realiza mi deseo.

El Espiritismo no viene a implantar una nueva religión, viene a desarrollar una fe racional y una verdad científica, que pueda convencer y satisfacer a todos aquellos que sienten la necesidad de pensar con independencia.

Yo creo que la verdadera sabiduría no consiste en hablar mucho, aunque para ello se emplee un lenguaje florido. Sólo es sabio el que se apoya en la verdad, poniéndola en práctica, convenciendo a los demás con su ejemplo, con su trabajo, practicando el bien por el bien mismo y reconociendo a Dios como causa primera de todas las cosas; ésta es la verdadera religión, es la única capaz de conducir al hombre hacia Dios.

El Espíritu humano siempre se ha dejado dominar por las pasiones materiales y el Espiritismo viene a decirle que despierte para la realidad, que piense con raciocinio y busque la verdad, que nosotros los verdaderos espiritistas no practicamos el desorden, ni somos un monstruo que pueda espantar a las personas honestas, porque la religión y los mandamientos de la ley de Cristo, nos sirven de base y el que ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, no puede ser un peligro para la sociedad.

Gracias al tiempo que empuja a los hombres, algunos sienten la noble aspiración del progreso y hoy la humanidad científica no acepta los absurdos religiosos, convencida de que la razón no ha sido nunca el patrimonio de los dogmas, mas no por esto, pretendemos derribar lo que ya existe, pues seguirá mientras haya quien lo necesite.

En la balanza del Espiritismo se pesa fielmente el mal que se ha hecho y el bien que no se hizo: la privación de los goces inútiles, desprenden al hombre de la materia, elevando su Espíritu, lo meritorio, lo que nos hace verdaderamente felices, es poder resistir la tentación de los goces materiales, de las cosas inútiles, para poder contribuir al esclarecimiento de los hermanos más necesitados.

Hablando del movimiento filosófico de nuestros días y de la necesidad que tiene el hombre de instruirse para comprender su misión en la Tierra, el estudio es indeterminado, y cuanto más estudiemos, mejor conoceremos el valor de lo aprendido.

La moral de Cristo, es la moral de Dios; es la ley eterna, que nos dice: Lo mismo que el cuerpo es fortificado por los músculos, el alma es fortificada por la virtud; cuando morimos, nuestras riquezas quedan en la casa, nuestros parientes y amigos nos acompañan sólo hasta la tumba; pero nuestras virtudes y nuestros vicios, las buenas obras y las faltas cometidas, nos siguen siempre en la otra vida.

Las humanidades no han sido creadas para odiarse, no, los hombres no han nacido para destruirse unos a otros como fieras sanguinarios. Su destino es más humanitario, su misión es más grande; ésta consiste en el mutuo amor entre todas las criaturas llegadas a la perfección y en continua actividad, cuya finalidad es instruir y conducir hacia la perfección a los que están (por razones

diferentes) más atrasados; el hombre siempre tiene la responsabilidad de sus actos, sean buenos o malos. Debemos trabajar para instruir, moralizar y civilizar a los hombres, pero desgraciadamente, para uno que llegue a conseguirlo, mueren cientos de ellos, sin que una pequeña luz haya penetrado en su mente. La evolución del hombre es lenta y difícil, pero para llegar a la perfección, debe sufrir las vicisitudes de muchas existencias corporales, en esto consiste la expiación. En Dios no caben ni milagros ni prodigios; en Él no hay más que leyes eternas e inmutables, que no están sujetas a producir efectos sorprendentes; por esto los espiritistas somos racionalistas deístas, admitiendo una razón suprema para todos los acontecimientos: no rechazamos la verdad, creemos que el Espíritu es una piedra preciosa que necesita ser pulimentada con el trabajo de cada existencia. Nosotros abrimos nuestros brazos a la verdad porque amamos el progreso, porque creemos que sembrando el bien, recogeremos bienestar en el porvenir. El Espiritismo trata de implantar la ley del evangelio que es hacer el bien por el bien mismo, porque sabe que el que siembra el mal, recoge sufrimiento y el que siembra paz, recoge felicidad. Estamos en el dualismo de nuestro libre albedrío, iremos progresando a través de los siglos hasta conseguir una relativa perfección; porque la perfección solamente es un atributo de Dios.

El Espiritismo es la nueva ciencia que viene a los hombres, con pruebas irrecusables en la existencia y naturaleza del mundo espiritual y sus relaciones con el mundo corporal: Allan Kardec asegura que es obra de Cristo y que él la preside.

Cristo dijo: “No vengo a destruir la ley sino a cumplirla” el Espiritismo dice: “No vengo a destruir la ley cristiana sino a cumplirla”. No enseña nada contrario de lo que enseñó Jesús, pero desarrolla, completa y explica en términos claros para todo el mundo, lo que Él dijo en forma alegórica.

El verdadero Espiritismo no aspira a derribar los templos, porque una parte muy importante de la humanidad aún los necesitan, porque antes de suprimirlos, hace falta crear una escuela de verdadera moral cristiana, de virtud evangélica; entonces los hombres aceptarán esta nueva creencia, que los consolará guiándolos hacia su verdadera regeneración, porque ella les dará los conocimientos suficientes, para saber de donde vienen y a donde van, de donde venimos, porqué sufrimos y a donde iremos, por el cumplimiento de una ley natural.

El Espiritismo no ha venido a pronunciar la última palabra, ni en ciencia ni en religión, pero es una filosofía científica y religiosa racionalista. Para que la humanidad sea feliz en la Tierra, son necesarias tres cosas: Practicar la justicia, el amor y la caridad; acabando con la ignorancia, el odio y la injusticia. Una era de paz tiene que venir cuando la humanidad despierte para la realidad, porque Cristo fue el precursor de ella. Él fue la luz del mañana; vino a inspirarnos ese sentimiento de la fraternidad universal, porque Él quería y deseaba la armonía entre todos los pueblos.

El hombre que estudia, que busca el porqué de todas las cosas, no se conforma con la muerte aparente del cuerpo, porque la razón le dice que tiene que haber algo que vive más allá de la tumba, que el Espíritu siente, piensa y quiere, sin perder en el transcurso de los siglos, su eterna individualidad.

La vida es una línea férrea y el sepulcro es un túnel por el cual hay que pasar para ir a otras estaciones, que en lenguaje vulgar se llaman mundos.

Yo soy de aquellos que desean acabar con las miserias del mundo, empleando todos los recursos disponibles a nuestro alcance, quisiera que los

sufrimientos que padece la mayor parte de esta humanidad, fueran aminorados, pero desgraciadamente aún imperan entre nosotros, el odio, la injusticia y el egoísmo. Durante los treinta años que estoy en España, todos mis recursos los he dedicado a transmitir una esperanza, a través del conocimiento, a todas estas víctimas que sufren en un mundo material y expiatorio. Por lo que a mí respecta, creo profundamente en un mundo mejor; mundo mil veces más real a mis ojos, que esta miserable quimera que devoramos y que llamamos vida; mundo que tengo continuamente ante mi vista, mundo en el cual creo con toda la fuerza de mi convicción y que tras largas luchas, afanosos estudios, fuertes y dolorosas pruebas, han venido a darme la certidumbre de mi razón y el supremo consuelo de mi alma.

El Espiritismo ha venido a despertar muchas conciencias dormidas y entre ellas, la mía. Debo confesar que si no lo hubiese conocido hace cincuenta años, mi existencia habría sido un prolongado gemido, una lamentación dolorosa que ningún bien me hubiese producido.

La verdad es como el Sol, que aún cubierto de nubes, la menor ráfaga de viento entreabre las flotantes capas atmosféricas y un destello del Astro Rey ilumina la superficie de la Tierra; del mismo modo la verdad, aunque la envuelvan con el tupido velo del sofisma y cubran su rostro con el antifaz de lo imaginario, en cualquier momento se desprende la careta y queda descubierto el semblante de la realidad.

La Tierra es una penitenciaría de la Creación: donde todos sus habitantes están sujetos a la ignorancia y la debilidad.

Nosotros, los verdaderos espiritistas, no disputamos a ninguna iglesia su primacía, no; nosotros dejamos que las religiones ¡Esas ancianas preceptoras de la humanidad! Sigan ejerciendo su difícil cargo, con más o menos aciertos, porque cuando fueron creadas, cumplieron bien su cometido y es justo respetarlas, que la ancianidad merece que le guardemos respeto y consideración.

En lo que se ocupa generalmente el Espiritismo, es en el estudio de todas las ciencias y en hablar con los seres que ya se fueron. Valiéndose de los distintos medios de que disponen los espiritistas, empleando sus conocimientos para utilizar indistintamente todas las buenas mediumnidades.

Por último, quiero acabar diciendo que Jesús ni murió ni resucitó, ha vivido desde el instante supremo que Dios lo envolvió con su vital fluido; vive hoy sirviendo de Estrella Polar a los navegantes sin brújula, que naufragan en este mundo, en el mar turbulento de sus pasiones y vivirá mañana para regenerar otros planetas: La Tierra alcanzará su regeneración, cuando la ciencia sea religiosa y la religión sea científica.

Nos dice Amalia con su gran sabiduría: El Espiritismo es ¡Grande! ¡Sereno! ¡Armonioso! ¡Religioso! Y ¡Racionalista!

José Aniorte Alcaráz

PREFACIO

Decía Larra que en España no se lee porque no se escribe, y no se escribe porque no se lee. Nosotros creemos que no se lee, porque no se escribe; pues aunque un gran político español decía que a los españoles había que darles un periódico, y dos cuartos para que lo leyeran, con todo, cada cual habla de la feria según le va en ella; y nosotros podemos asegurar que no ha faltado en España quien haya escrito sobre Espiritismo, encontrando lectores a quienes si

no ha logrado convencer, al menos los ha hecho variar de opinión, y no en el terreno privado, sino en el estadio de la prensa.

Un periódico democrático hablando sobre las ideas nuevas decía lo que copiamos a continuación:

“Las ideas nuevas son destellos de la inteligencia humana, son como meteoros luminosos precursores de un nuevo modo de ser, de una transformación”.

“Cuando las ideas nuevas, lejos de ser producto de utópicos desvaríos de imaginación calenturienta, responden a exigencias sociales, a necesidades que dejan ya sentirse, a la ciencia, al progreso, y a la civilización, es vano empeño el combatirlas y pueril política el desacreditarlas”.

“Cuando las ideas nuevas son nobles y generosas, los grandes principios, no aparecen sino para triunfar. No se imponen en la conciencia humana de momento, y menos aún en la opinión de ciertas clases sociales; espantan a determinados intereses, al espíritu de rutina, a los monopolizadores de injusticias sin nombre, a tradiciones y a preocupaciones sin razón de ser; todo se levanta y confabula invocando la tradición o lo que apellidan conservación, como si las ideas nuevas destruyeran y no consolidaran la obra de las civilizaciones pasadas. Las ideas nuevas, cuando son ciertas, en vez de derrumbar, completan y coronan, porque en ellas va invulnerado el espíritu de la civilización y son como el resultado de un fondo de ideas que han germinado e influido, ya que han hecho su bien, que tienen su explicación y justificación ante la historia, pero que han de retirarse cuando llega la hora, dejando desembarazada y libre la marcha progresiva de las sociedades”.

“Pero como esto no conviene a los enemigos sistemáticos del progreso, a los que viven a la sombra de un estado social determinado, a los que quieren envilecer a los pueblos para dominarlos mejor y ven con horror como la corriente de la civilización fecundiza su prosperidad y les dignifica, haciéndoles formar un alto concepto de sus deberes y de su derecho a vivir una vida libre, en la que desenvuelva en todas sus bellas y grandiosas manifestaciones el espíritu humano, como que las ideas nuevas significan la reparación de todas las injusticias y la victoria del derecho y de la libertad, se las combate ya solapadamente con transacciones no razonadas que retardan la realización de los ideales, o se las calumnia calificándolas de trastornadoras y anti-sociales. ¡Trastornadoras porque quieren reformar! ¡Anti-sociales porque rechazan un autoritarismo que no es un principio regulador, racional dirigente de los pueblos!”

“La historia nos lo dice; todas las ideas nuevas por ciertas, por verdaderas, por salvadoras que hayan sido, se les ha calumniado, bien en nombre de la religión, bien en nombre de la tradición, o del interés de la sociedad."

“A los primeros cristianos se les llamó ateos porque renegaban de las falsas divinidades, revolucionarios porque sacudían el yugo de los Césares, demagogos porque hacían pedazos las cadenas de los esclavos, y fanáticos sectarios porque predicaban la virtud en medio de la corrupción y desenfreno de los tiempos. Así se alarmaban las conciencias, a los ricos y conservadores de entonces presentando a los adeptos de las nuevas ideas como enemigos de los dioses y enmascarados socialistas, que con su caridad, no aspiraban más que arrebatarles sus riquezas."

“Por esto el Cristianismo tuvo su primer asilo en las chozas y no en los palacios de los conservadores. Los pobres fueron los primeros cristianos. No

tenían que conservar más que una conciencia embrutecida por el vicio y la crápula, envilecida por la opresión, y las nuevas ideas les ofrecían la redención y consuelos inefables."

"Se las combatió como se las combate siempre; con el desprecio. Claro, aquellas ideas eran las ideas del pueblo, de la hez del populacho, un peligro constante para la sociedad... El partido de las nuevas ideas no era un partido formal. Y mientras duraron estas preocupaciones, mientras no se desvanecieron las alarmas infundadas, que propagaban la maledicencia de los adversarios de las nuevas doctrinas, no se impusieron, y hasta que llegaron a penetrar a todas las clases sociales no iluminaron más que los subterráneos de las catacumbas. De ellas salieron, sin espantar a nadie, a inspirar el derecho, la filosofía y la civilización."

"Tal es la historia de todas las ideas nuevas y verdaderas, de su origen, de su desenvolvimiento y de su triunfo. Y hay que tenerlo presente, para que los caracteres impresionables no las comprometan con una impaciencia que engendra resoluciones imprudentes, y los pesimistas no se entreguen a merced de los desvaríos y fatales resultados de la desconfianza."

"Somos partidarios de las ideas modernas. Se nos combate, se nos insulta, se nos persigue; porque queremos la tolerancia se nos llama impíos; porque queremos la libertad se nos tilda de revolucionarios."

"Los que tienen fe inquebrantable en los principios, ven a lo lejos a pesar de las presentes miserias como la luz de las nuevas ideas quebrándose en los colores del horizonte refleja un cuadro venturoso y consolador, el de la salvación y felicidad de la patria, la armonía social".

Pues bien, estos entendidos escritores, estas almas generosas, estas inteligencias entusiastas, a pesar de ser tan amantes del progreso, proclamándose los primeros adalides de la civilización, se reían descaradamente del Espiritismo, hasta el extremo que en Junio o Julio del 1.877 publicaron un suelto que decía así:

"Dicen que hay en España ciento doce centros espiritistas. ¡Esto sólo le faltaba a la pobre España!"

La burla, como se ve, no podía ser más patente, además de otras indirectas por el mismo estilo; mas aconteció que el 25 de Agosto del 1.877 publicaron en el citado periódico, un remitido de un espiritista; a primeros de Noviembre insertaron un nuevo escrito de otro espiritista, y el 22 del mismo mes decía dicho periódico en su sección política:

"Las primeras víctimas propiciatorias de la reacción van a ser, según todas las apariencias, los profesores de primera enseñanza, acusados del terrible crimen de profesar el Espiritismo".

"Hemos dicho varias veces que no somos espiritistas, pero nos parece que se vería apuradísimo cualquier reaccionario, para encontrar en la teoría espiritista, algo inmoral o pernicioso para los intereses sociales. Es un cristianismo purísimo, en el que se eleva a grande altura todo lo que se relaciona con la caridad. Se diferencian de los católicos en la cuestión del papado, lamentan la conducta seguida por la mayoría del clero, no admiten las penas eternas y establecen un sistema especial para la purificación de los espíritus manchados por las impurezas de la vida."

"Si algo combate el Espiritismo reciamente son las temporalidades de la Iglesia, siendo por lo general todos ellos dechado de virtudes evangélicas, y si hay alguna cosa deplorable en su escuela, es tal vez su exagerado misticismo".

"De todos modos la condena de explosión que amenaza a los profesores espiritistas, es una arbitrariedad más, añadida a las cometidas en estos tiempos".

¿No es verdad que hay notable diferencia del suelto aquel en que conceptuaban, que la última plaga que podía caer sobre la pobre España, era el desarrollo de la escuela espiritista? Con el que publicaron después diciendo: Que el Espiritismo es un cristianismo puro, en el que se eleva a grande altura todo lo que se relaciona con la caridad. ¿Y sabéis esto a qué es debido? A que se ha escrito definiendo el Espiritismo racional; a que ha habido algunos seres, que no han temido que sus nombres rueden por las mesas de café, siendo objeto de la risa de los unos, y de la burla despreciativa de los otros; mas, ¿Qué importa la mofa y la befa de los ignorantes cuando se consigue que hombres entendidos, libre-pensadores, mantenedores del progreso, honra y prez de la nación española, confiesen espontáneamente su error y respeten al Espiritismo en lo que vale?

Lo que se necesita es trabajar, que como dice muy bien Revilla: "Gustamos en España de trabajar poco; poseemos notable facilidad de palabra; somos dados a la discusión y a la exhibición oratoria; nuestra comprensión es fácil y viva, y nuestra reflexión escasa; preferimos las síntesis brillantes a los fatigosos análisis; y de aquí que gustemos más de hablar que de escribir y de escuchar a los oradores que de leer. A cuántos y cuán graves errores y peligros nos expone esta condición de nuestro carácter; no hay para qué decirlo; pero el hecho es cierto y es fuerza consignarlo".

Y tanto que es preciso consignarlo; porque esa es la ruina de nuestro país, nuestra impresionabilidad; pero los defectos capitales son los que se deben combatir; no dejarse dominar de ellos y por regla general, querer, es poder.

He aquí el cálculo que nosotros hemos hecho. Estamos plenamente convencidos que no tenemos más que una buena y decidida voluntad, para propagar la idea salvadora que ha de proporcionarle al hombre resignación en las duras pruebas de la vida, y lógica esperanza para saludar con una sonrisa de gratitud a su indefinido porvenir, pero hemos dicho; querer es poder, y siempre que han llegado a nuestros oídos las calumnias de los impugnadores de la escuela espírita, siempre hemos escrito aconsejando a nuestros detractores, que lean las obras de Allan Kardec, que estudien la filosofía espiritista, que sometan a un detenido análisis sus razonados argumentos, y que no critiquen lo que no comprenden.

Este es nuestro propósito y nuestro deseo es despertar a los espiritistas sabios; hacerles comprender que no basta escribir obras científicas; que es necesario que sostengan polémicas con los hombres del ayer; que es preciso que las ideas de la luz pronuncien su credo en todos los parajes de la Tierra, para que la humanidad pueda escucharlo y repetirlo.

Es indispensable vulgarizar los grandes conocimientos para que el progreso pueda seguir su eterno viaje.

Lo repetimos, este libro no tiene otro móvil que decirle a los espiritistas científicos (que muchos hay): ¡Despertad de vuestro sueño! ¿No escucháis lo que dicen los ultramontanos del Espiritismo?

Decid vosotros que tanto sabéis, lo que vale esta escuela filosófica.

Decid que el racionalismo religioso lo han bautizado con el nombre de Espiritismo.

Decid que la luz de la razón irradia en los horizontes del porvenir.

¡Hombres de talento que sabéis la verdad del Espiritismo! ¡Trabajad! ¡Instruid! Que es obra de misericordia enseñar al que no sabe.

Vosotros, que con vuestras miradas estudiosas penetráis en los mundos del espacio: decidles, probadles a los hombres de la Tierra que el progreso del alma es infinito.

Todos los espíritus tienen un mismo punto de partida, todos son creados simples e ignorantes con igual aptitud para progresar mediante su actividad individual, todos han de alcanzar el grado de perfección compatible con la criatura por sus esfuerzos personales; siendo todos hijos de un mismo padre, son objeto de igual cariño; no hay ninguno más favorecido o mejor dotado que los otros, ni dispensado del trabajo impuesto a los demás para lograr su objeto.

Al mismo tiempo que Dios ha creado mundos materiales de toda eternidad, ha creado de toda eternidad también seres espirituales, sin lo cual los mundos materiales no hubiesen tenido objeto. Se concebirían mejor los seres espirituales sin los mundos materiales, que éstos sin aquellos. Son los mundos materiales los que deben suministrar a los seres espirituales elementos de actividad para el desarrollo de su inteligencia.

El progreso es la condición normal de los seres espirituales y la perfección relativa al objeto que deben alcanzar; mas habiendo creado Dios de toda eternidad y creando sin cesar espíritus, de toda eternidad también los ha de haber que hayan alcanzado el punto culminante de la escala.

Antes que la Tierra fuese, unos mundos habían sucedido a otros mundos, y cuando la Tierra salió del caos de los elementos, el espacio estaba poblado de seres espirituales en todos los grados de adelantamiento, desde los que nacen a la vida, hasta los que de toda eternidad habían llegado a la categoría de espíritus puros, vulgarmente llamados ángeles.

Ahora preguntamos nosotros a las personas sensatas:

¿Qué "monstruosidad" encierran las líneas anteriores?

¿Dónde está esa eternidad espantosa?

¿En el progreso indefinido del Espíritu?

¿En esa vida infinita susceptible de todos los adelantos, y de todas las perfecciones?

¿Qué eleva más al Espíritu?

¿La creencia en una fatalidad implacable, o en una causalidad, inconsciente, o la certeza de que ha sido creado para ser un sacerdote del progreso?

Las criaturas que nacen en una cárcel, o en un hospital, que pasan su infancia en un asilo, la juventud en el pillaje, la edad madura en un presidio, y la vejez pidiendo una limosna, ¿Qué idea se formarán de Dios, no teniendo la más leve noción de la eternidad?

Si crean en su mente ese fantasma será para imprecarle, porque tiene derecho para decir:

¡Antes de nacer qué crimen cometí! ¡Para venir a ver la luz entre leprosos o entre criminales!

En cambio, conociendo la "monstruosidad" del Espiritismo, se sabe muy bien que en Dios no hay injusticia, que somos, lo que hemos querido ser.

Esto a muchos seres nos mortifica muchísimo, de una manera extraordinaria, y es sin duda el mayor tormento que tiene el hombre.

¡Oh! Es horrible llegar a conocerse uno a sí mismo, porque siempre tratamos de decir:

-Me indujeron.

-Me aconsejaron.

-Me dominó la pasión.

Con el Espiritismo no hay subterfugios que valgan. Uno se ve tal cual es; y no hay nada más triste que contemplarse uno a sí mismo. Esa humillación íntima es el infierno del hombre.

Hay algunas personas (las menos, desgraciadamente), cuya existencia, tranquila, deslizada en el estricto cumplimiento de sus deberes, como por ejemplo la mujer que se casa joven y consagra su vida a su marido y a sus hijos y crea una familia virtuosa, para esa mujer que no ha salido del santuario del hogar doméstico, no puede repugnarle su presente, ni asustarle su porvenir y debe sonreír ante su pasado, si recuerda las sabias palabras de San Agustín: "a cada uno según sus obras".

Dicen: ¿Qué utilidad y qué ventajas pueden producir las manifestaciones maravillosas de los espíritus?

Producen la de fijar nuestra incierta atención, que no bastándole al hombre su propia razón, le hacen falta efectos de relumbrón; necesita mirar como los niños un juguete para conseguir que se esté quieto e hiriendo vivamente su imaginación, se despierta su curiosidad.

Tanta es nuestra inferioridad moral, que necesitamos que empleen con nosotros los mismos medios que con los salvajes, que se les atrae enseñándoles baratijas; y a nosotros nos han hecho reparar los espíritus en la danza de las mesas, en los ruidos inusitados, en el movimiento de todos los muebles y otras mil manifestaciones sin consecuencia, para venir a decirnos al fin que la vida del hombre era infinita, que el criminal con el transcurso de los siglos sería un apóstol de Cristo y que éramos dueños de nuestro porvenir.

¡Quién diría que aquel fútil entretenimiento, daría por resultado el que pusiéramos en práctica, lo que hace tantos siglos nos aconsejó el filósofo diciéndonos! **Conócete a ti mismo**.

Dicen que si a causa de las demostraciones espiritistas, ha habido algún hombre que se haya hecho mejor, más prudente, y más veraz; nuestros contrarios dicen que ninguno.

En cambio nosotros podemos afirmar, que centenares y millones de hombres han mejorado sus costumbres: no convirtiéndose en santos ni en fanáticos, haciendo ridiculeces y confesiones declamatorias no; pero sí mejorando su proceder en el silencio y en la oscuridad, en el seno de la familia, en la intimidad del hogar, allí hemos visto abrirse lentamente la modesta violeta de la virtud, y la tierra sensitiva del amor.

Quizá por un misterio que nuestra inteligencia no comprende, los hombres llamados a figurar en el Espiritismo (y en todas las grandes escuelas filosóficas) no reúnen algunos de ellos todas las condiciones apetecibles de la perfección relativa a este planeta, difunden la luz, y suelen vivir a oscuras, efecto sin duda del gran desnivel que existe entre su adelanto intelectual y su comprensión moral. Mas, por esto el ideal no se pierde.

¿Qué es un hombre?

¿Qué son centenares de criaturas?

¿Qué es, en fin, una generación entera para derribar una filosofía basada en la razón y en la moral más pura?

Menos que una gota de rocío luchando con el Océano.

Además que el Espiritismo no pretende santificar a la humanidad, únicamente desea presentarle al hombre la prueba irrecusable de la eternidad de su vida, y necio fuera creer que criminales endurecidos, como somos

nosotros (que así lo atestigua nuestra estancia en la Tierra), nos pudiéramos regenerar en un segundo; lo único que se puede conseguir en el breve plazo de una existencia, aunque esta dure un siglo, es modificarse, perder un poco de nuestro orgullo íntimo, y mirar con noble envidia, no a los ricos, ni a los potentados de la Tierra, sino a los humildes, a esos seres que viven en la oscuridad, practicando en el rincón de su casa las más grandes virtudes. Si contemplando a una mujer del pueblo, admirando su laboriosidad, su sensatez y su gran corazón, murmuramos con melancolía, ¡Quién fuera como ella! Ya hemos dado un paso, reconociendo nuestra inferioridad.

El Espiritismo si no consigue hacernos practicar la virtud, nos manifiesta claramente que sólo el bien, produce el bien. ¿Y se cree que esto no es una ventaja positiva, de resultados altamente transcendentales?

Viviendo el hombre en la profunda convicción, que él es el árbitro de su destino, si había de cometer cien crímenes, evitará llevar a cabo cincuenta y los restantes que cometa despertarán en él grandes remordimientos, y más vale algo que nada.

Dicen que si se ha realizado alguna predicción hecha por los espíritus:

Téngase muy en cuenta que la misión del Espiritismo no es darnos augures, ni oráculos, ni sibilas; por consiguiente no necesita cumplirse ninguna predicción, porque los espíritus no se entretienen hoy por hoy, en decirnos la buenaventura, únicamente nos aconsejan que seamos buenos. Siempre nos dicen lo mismo porque es lo que realmente nos hace más falta; buenos consejos para salir de este círculo de hierro que nuestro triste ayer nos ha trazado.

Dicen que por el Espiritismo no se ha efectuado ni una mera curación. ¡Decir es! Cuando el Espiritismo le ha servido de poderoso aliado al magnetismo, y se ha estudiado la ley de los fluidos con notable aprovechamiento, con verdadero conocimiento de causa, y el charlatanismo tiene que doblar su cabeza ante la irrefutable verdad de los hechos. Veamos lo que sobre el fluido Universal dice Allan Kardec, en su libro de la Génesis, capítulo XIV, párrafo 31 y siguiente:

“El fluido Universal es, como se ha visto, el elemento primitivo del cuerpo carnal y del periespíritu, los cuales no son sino transformaciones del mismo. Este fluido por la identidad de su naturaleza, puede suministrar al cuerpo los elementos reparadores de que tenga necesidad. Estando condensado en el periespíritu, el agente propulsor es el Espíritu, encarnado o no, que infiltra en un cuerpo deteriorado una parte de la sustancia de su envoltura fluídica. La curación se verifica por la sustitución de una molécula enferma por otra sana. La potencia curativa será, pues, proporcional a la pureza de la sustancia inoculada; depende además de la energía de la voluntad que provoca una emisión fluida más abundante y da al fluido mayor agudeza o fuerza de penetración, y el fin, de las intenciones que animan al que desea curar, sea hombre o Espíritu. Los fluidos que emanan de una fuente impura, son como sustancias medicinales alteradas”.

“Los efectos de la acción fluídica sobre los enfermos, son extremadamente variados según las circunstancias: esta acción es a veces lenta y reclama un tratamiento sostenido, como es el magnetismo ordinario; otras es más rápida, como una corriente eléctrica. Hay personas dotadas de un poder tal, que obtienen en ciertos enfermos curaciones instantáneas con sólo imponerles las manos y aún por el solo acto de la voluntad. Entre los dos extremos de esta facultad hay matices variados hasta el infinito”.

"Todas las curaciones de este género son variedades del magnetismo, y no se diferencian sino por la potencia y la prontitud de la acción. El principio es constantemente el mismo; es el fluido que representa el papel de agente terapéutico, y cuyo efecto está subordinado a su cualidad y a circunstancias especiales".

Nosotros no le damos a nada ni a nadie un tinte mágico ni un carácter milagroso: aceptamos todos los efectos como sencillas demostraciones de las leyes naturales, y es indisputable que el Espiritismo con sus manifestaciones ha hecho pensar a muchos en lo que nunca habían pensado, y han desarrollado condiciones que ellos ignoraban, porque todas las grandes cosas tienen humildes principios, y de los visionarios que se han entretenido en ver danzar las mesas, han salido esos locos sublimes, esos genios que el mundo llama sabios, esas lumbreras de la ciencia y del sentimiento, esos apóstoles de la razón, esos profundos deístas llamados: Allan Kardec, Pezzani, Flammarion, Víctor Hugo y tantos y tantos hombres ilustres cuyos nombres sería difuso enumerar.

El progreso avanzará siempre, porque su destino es avanzar, y el Espiritismo es la síntesis del progreso, porque aspira a la regeneración de la humanidad.

Su lema es:

"Hacia Dios por la caridad y la ciencia".

Decía Hippel que la imaginación es el pulmón del alma, y nosotros decimos que el Espiritismo es el pulmón de la eternidad.

Amalia Domingo Soler

CAPÍTULO I

¡UN COMPAÑERO DE AYER!

Pocas veces salgo de noche, prefiero salir por la mañana temprano, porque el despertar de las grandes poblaciones es muy grato para mi Espíritu, en cambio por la noche, aun cuando asista a una reunión agradable o al teatro, siempre al volver a mi hogar siento una tristeza indefinible. ¿Por qué?... ¡Quién sabe! A mi modo me lo explico y encuentro hasta natural lo que me sucede.

En mis anteriores existencias no brillé indudablemente por mis virtudes. En mi vida aventurera no debí distinguirme por mis buenas costumbres, y como por regla general las sombras de la noche se buscan siempre para cometer los actos más escandalosos, quizás al llegar la noche mi Espíritu, que está sinceramente arrepentido de sus pasados errores, recuerda con tristeza y con remordimiento los siglos que ha perdido corriendo en pos de fáciles placeres, placeres que se convierten después en años interminables de soledad, de esa soledad íntima del alma, estado tristísimo en el cual se paga ojo por ojo y diente por diente.

Sea en fin por lo que sea, la noche para mí siempre es melancólica, en particular si salgo. En casa no experimento ese malestar sin nombre que me atormenta cruzando las calles, nunca mi alma se encuentra tan sola como en esos momentos.

Anoche iba pensativa como de costumbre cruzando una calle de Gracia, cuando de pronto sentí un sacudimiento nervioso. Volví la cabeza y vi junto a mí a una mujer del pueblo vestida pobremente. Llevaba pañuelo a la cabeza y sobre su frente algunos mechones de cabellos pugnaban por salir de la cárcel del pañuelo. El rostro de aquella mujer estaba tan cerca de mis ojos, que la vi perfectamente y no sé qué experimenté al ver su cara pálida y demacrada en la cual destacaban sus grandes ojos que, me miraban fijamente. Yo también la miré, como queriendo recordar dónde había visto aquel semblante, porque aquellos ojos no me eran desconocidos. La mujer siguió a mi lado y las dos nos seguimos mirando con la mayor fijeza, hasta que yo subí a la acera y ella siguió andando lentamente por el centro de la calle. Entonces la pude ver mejor, y vi con pena que iba encorvada bajo el peso de un enorme saco que llevaba a la espalda. Su diestra sostenía un bastoncillo, aquella mujer era una pobre trapera. Ella iba muy despacio y yo también, nos seguimos mirando, y cuando volví una esquina me detuve para ver cómo seguía su camino aquel pobre ser que yo recordaba haber visto. ¿Cuándo?... ¿Dónde? Aquellos ojos, tenía yo la completa seguridad de haber cruzado con ellos miradas de inteligencia y de simpatía.

Llegué a mi casa y la figura de la trapera me parecía verla en torno mío. Aquel semblante pálido parecía que cobraba más vida ante mi muda interrogación, y al decir yo mentalmente: ¿Dónde habré visto estos ojos? Alguien murmuró en mi oído: “Es un compañero de tu ayer”.

- ¿De mi ayer?

-“Sí, juntos habéis pasado muchos años en diversas existencias”.

-“Entrégate al descanso y mañana seguiremos nuestra interrumpida conversación”.

Creo inútil asegurar que me acosté muy preocupada. Los ojos de la trapera los veía tan claros que poco a poco parecía que entendía lo que me decían con su fijeza o mejor dicho, que nos entendíamos mutuamente, porque yo, mirándola de hito en hito, decía muy queda: “Si se quitara el pañuelo que cubre su cabeza”, y aún no había concluido de pronunciar mis palabras, cuando la trapera hizo un movimiento y se quedó con la cabeza descubierta. Su cabello negro y abundante se arremolinaba sobre su frente y en desorden caía en torno de su cuello. Vi entonces la cabeza de un hombre y creí reconocer en él a un ser

amigo. No me era desconocido aquel semblante, que yo miraba con el mayor placer. De pronto desapareció de mi vista aquella figura, pero no su recuerdo, y hoy en prueba de ello traslado al papel, aunque muy imperfectamente, mis impresiones de anoche, y ruego al Espíritu que contestó a mi pregunta que siga su interrumpida conversación, no por satisfacer curiosidad importuna, sino por estudiar en mis impresiones.

"Ya te hemos dicho muchas veces (me dice un Espíritu) que siempre contestaremos a tus preguntas, porque el fin que te guía es noble y bueno. Tú quieres aprender para enseñar, tú quieres ver y hacer que otros vean, el que quiere difundir la luz siempre encontrará soles que le darán calor y vida".

"Para impresionarte precisamente acerqué anoche a ti a la pobre trapera, que sin darse cuenta de lo que hacía se acercaba a ti para mirarte, sintiendo a su vez un placer inexplicable cuyo origen no podía adivinar. Ella te miró sin envidia todo el tiempo que pudo mirarte, tú sentiste profunda compasión al verla abrumada bajo el peso de su miseria. ¡Quién te dijera entonces que aquella pobre trapera había sido tu compañero inseparable de aventuras y de atropellos, de locuras y desaciertos! Erais entonces dos Espíritus tan afines en vuestros gustos y deseos, que os bastaba miraros para comprenderos. No estabais satisfechos si juntos no llevabais el escándalo a los lugares más pacíficos, fuisteis siempre buenos amigos, nunca os envidiasteis ni vuestra fortuna en amores, ni vuestros triunfos literarios. Erais dos almas que se necesitaban la una a la otra, se complementaban verdaderamente, porque la fechoría que no inventaba el uno, se apresuraba a inventarla el otro. La cuestión era gozar, vivir sin pensar en el mañana, en el cual ninguno de los dos creía, y lo mismo en plena libertad que enfermos o encarcelados, siempre os fuisteis útiles el uno al otro".

"Este compañerismo duró mucho tiempo, hasta que por causas que no es preciso revelar ahora, te decidiste a cambiar de rumbo, te convenciste de que el mañana es eterno, que acumular desaciertos no es más que forjar las cadenas para muchos siglos, viste que tu inteligencia no supo aprovechar el precioso tiempo en que legítimas victorias te abrían de par en par las puertas de los sagrados templos del saber. El poeta que eleva sus mágicos cantares entre lo más inmundo, el que desdeña las atenciones y los consejos de los sabios, no es digno de ser admitido en los lugares donde se rinde culto al genio. Quien no aprovecha su fortuna no merece ser millonario, y tú viste con profunda pena que tu inteligencia fue perdiendo sus tesoros, o al menos, si no los perdía no podía hacer uso de ellos. Estaban confiscados por tus numerosos acreedores, te encontrabas como el tullido, que tiene pies y no puede andar, que tiene manos y no se puede valer, que tiene lengua y no le es posible hablar. El descubrimiento de tu eterna vida te hizo sufrir mucho, creíste que te sería imposible ganar el tiempo perdido, comprendiste perfectamente que el arrepentimiento era estéril si el trabajo no acompaña al dolor del corazón. Las religiones, ninguna te ofrecía puerto de salvación, porque siempre has considerado que ningún hombre podía abrir ni cerrar las puertas de los cielos. ¿Qué hacer entonces? Lo primero, lo más urgente era pagar deudas, porque un hombre rodeado de acreedores no puede estar tranquilo en parte alguna. ¿Tardaré mucho tiempo, preguntaste, en verme libre y renacer de nuevo? Y te contestaron: en la eternidad no se mide el tiempo, el mucho y el poco son medidas terrenales. El bien deseado, la victoria soñada siempre se alcanza. No te detengas ni a mirar el camino recorrido ni el que te queda por andar, porque nada conseguirás con mirarlo. Al pasado, por mucho que te esfuerces en mirar empleando para ello los más potentes telescopios, nunca verás el punto donde caíste por vez primera, y en el porvenir

tampoco puedes decir: **tanto tiempo me queda de esclavitud**, porque el infinito no se puede medir, y como el progreso del Espíritu es indefinido, siempre tendrá el alma una virtud que adquirir, un mundo que conquistar, un problema que resolver, un ensueño que realizar. **El vine, vi y vencí** de vuestros conquistadores, no es válido en los espacios, porque el Espíritu vence cuando se vence a sí mismo, no cuando vence a los demás, empleando la fuerza o el ardid. Aplicar a la eterna vida del Espíritu los procedimientos que se emplean en los mundos de expiación y prueba es un absurdo: da comienzo al saldo de tus cuentas y cuida mucho de no crearte nuevas responsabilidades".

"Tú seguiste fielmente el consejo que te dieron en el espacio, y con harto sentimiento diste un adiós a tus compañeros de aventuras y de liviandades, que no tan fácilmente se desprende el Espíritu de sus vicios: esos arrepentimientos instantáneos sólo se encuentran en las leyendas religiosas. El Espíritu se aficiona indudablemente a todo aquello que le proporciona placer sin tasa. En cambio, la contrariedad, a semejanza de amarga medicina, que cura pero que molesta al paladar, la acepta el Espíritu porque no tiene otro remedio, no porque le satisfaga el sufrimiento. Me refiero en esto a los espíritus no dominados por el fanatismo religioso ni por otro fanatismo, porque en las religiones hay mártires voluntarios, como en todos los ideales, pero el Espíritu esencialmente racionalista (como es el tuyo) no se satisface con humillaciones y desvíos. Podrá estar convencido de que no merece por ahora ser dichoso, pero le humilla, le contraría, y hasta le exaspera su infelicidad".

"A tu fiel compañero de otros tiempos le sorprendió tu determinación, y siguió tus huellas pero con menos fortuna. Su expiación actualmente no tiene comparación con la tuya, giráis en muy distintas órbitas, ¿Y sabes por qué? Porque tú has sabido contar mejor que él, que paga entre miserias y penalidades sin cuento siglos de desenfreno. Tú pagas también, pero al mismo tiempo has tratado y has querido adquirir algo de tu patrimonio del mañana, o mejor dicho, te has propuesto recobrar una millonésima parte de lo perdido. El sufrimiento te humilla, te anonada, te empequeñece. Tú no darías un paso adelante si sobre ti blandiera su látigo el negrero, por eso luchas y has luchado siempre. Tú nunca te has abrazado a tu cruz diciendo: ¡Señor! ¡Hágase tu santa voluntad!, sino que con tu cruz a cuestas ha dicho tu Espíritu: Si hoy no puedo entrar en los templos de la ciencia, entraré en los tugurios, en las cárceles, en los hospitales, donde se llore, y allí diré a los mártires de la miseria que su dolor no será eterno, que se vive siempre, que se progresa eternamente. Ya has tenido tus horas de debilidad, ya has pensado en morir separando de tus labios el amargo cáliz de tu expiación, pero como no faltaba en el espacio quien comprendiera el trabajo que podías hacer, secundaron tus deseos los buenos espíritus y te dijeron: Trabaja, enseña a los pequeñitos de inteligencia, todo el tiempo que emplees en consolar y en instruir a los demás, será tiempo ganado a la humillación y a la amargura, y tú has hecho en realidad todo lo que humanamente has podido hacer, no por amor a la humanidad, sino por limar y separar los férreos eslabones de tu cadena, porque confusamente recuerdas otros tiempos mejores de gloria y de esplendor para tu Espíritu y quieres recobrarlos. Quieres volver al dominio de tus conocimientos plenamente convencida de que en el lodazal del vicio sólo se consigue manchar las vestiduras, estacionándose miles y miles de siglos, y escarmentado por amargas experiencias, sueñas con el estricto cumplimiento de todos los deberes".

"Como la lección provechosa para tu Espíritu, acerqué anoche a ti a la humilde trapera, que en siglos anteriores tuvo renombre por la galanura de su

lenguaje, por su facilidad en la improvisación y su valor a toda prueba en lances y pendencias en garitos y en lupanares. Por el mismo camino ibais los dos, conseguíais los mismos lauros, porque iguales eran vuestros merecimientos, y por lo tanto idéntica debía ser vuestra expiación con ligeras variantes de tiempo o de lugar. Tu compañero se abrazó a su cruz, miró hacia abajo y no se encontró digno de elevar su mirada al cielo, y va pagando sus muchas deudas en la humillación, en el anonadamiento, se cree tan pobre que de nada se encuentra digno. Tú en cambio te exasperas por los siglos que has perdido, y resistes a la miseria, al dolor, a la soledad íntima de tu alma, al amargo convencimiento de que por esta vez no puedes ser amada como tú deseas, como tú presientes, como tú adivinas que puede ser amado un Espíritu, y tu esfuerzo, tu enérgica voluntad de ser útil en medio de tu inutilidad, te ha salvado de sufrir las humillaciones que ves en los otros. Tú, en medio de las mayores amarguras, has elevado tu pensamiento, has sentido sed de infinito. Por eso has encontrado quien haya acercado a tus labios el agua de la salud y el néctar refrigerante del progreso".

"La trapera que tanta lástima te inspiró es la imagen del Espíritu humillado por su culpa, que no se atreve a mirar al cielo temiendo el enojo de Dios. En cambio, tu razón te dice que Dios no puede enojarse nunca, porque de enojarse se enojaría con su misma obra. Tú crees que se cumplen leyes eternas de lucha y de evolución continua, y las caídas y los desfallecimientos, las debilidades de los espíritus, y los esfuerzos gigantescos de los mismos, para allanar montes, vencer obstáculos, vadear ríos y cruzar mares, este flujo y reflujo de las pasiones humanas no pueden ni alegrar ni entristecer al que no tiene más ley que la ley de gravedad. Tú crees que todo cae del lado que se inclina, tras la culpa va el castigo, tras del sacrificio la victoria, la glorificación. Tú crees y estás en lo cierto, que nada se consigue diciendo **hágase la voluntad de Dios**, porque la voluntad de Dios está a más altura que las miserias y debilidades humanas. La voluntad que ha de imperar es la del Espíritu, ésta es la que ha de luchar y ha de vencer, único patrimonio que Dios le concedió al hombre".

"Quede fotografiada en tu imaginación la imagen de la trapera con su saco a la espalda cruzando de noche las calles, buscando en la inmundicia los medios para vivir: colócate junto a ella y mide la distancia que hay de una vida a otra, mejor dicho, de una situación a otra, o de una posición social a otra posición social. Considera que aquel Espíritu fue uno de tus compañeros de ayer, mira lo que se consigue mirando al cielo, soñando con otros mundos y trabajando para entrar en ellos, y repite cien y cien veces que el Espíritu cuando quiere, en medio de la mayor degradación se engrandece, aun cuando esté en un presidio rodeado de asesinos incorregibles. ¿Qué importa? El Espíritu rechaza el contagio de la criminalidad cuando dice: **¡Quiero progresar! ¡Quiero ser grande!** Y no sólo rechaza el crimen, sino que atrae a la buena senda a los que le rodean. ¡Quién te dijera anoche, cuando pensativa y melancólica te dirigías a tu hogar, que ibas a recibir una lección tan útil en medio de la calle!"

"Fíjate siempre en todos los seres que a ti se acerquen en momentos inesperados. Acude adonde te llamen, que en todas partes encontrarás motivos para estudiar y aprender".

"Si por esta vez en las grandes bibliotecas no has podido pasar largas horas, conténtate con ese libro de innumerables hojas titulado **La Humanidad**. En sus páginas encontrarás siempre útiles enseñanzas, no desdeñes la hoja que veas manchada, por leer en la página orlada de flores, que no hay ningún Espíritu impecable, porque si Dios hubiera creado un alma a la

cual le fuere imposible pecar, la Humanidad en masa tendría derecho para decirle: ¿Por qué das luz a uno solo y dejas en tinieblas a los demás? Los Redentores, los Mesías, los esperados por los pueblos oprimidos, no son otra cosa que espíritus de larga historia que, cayendo y tocando los resultados de sus múltiples caídas, se han sacrificado después por aquellos que antes oprimieron. Existe la igualdad de origen del Espíritu y la perpetuidad de su progreso, reinando en cambio la variedad en los procedimientos que emplea cada ser para hundirse o elevarse".

"Cuando el desaliento se apodere de ti, cuando las decepciones te abrumen, cuando la miseria te amenace con aplastar tu vivienda sin saber dónde guarecerte, acuérdate de la humilde trapera (uno de tus compañeros de ayer), y lucha denodadamente para no llegar a tan triste situación".

Adiós.

Efectivamente, muy lejos estaba mi Espíritu de creer que aquella pobre mujer me serviría de lección provechosa para no desmayar en mis empresas. ¡Cuántos caminos tiene el Espíritu para ir haciendo comparaciones! Cuando menos se espera, cuando uno cree que ha perdido el tiempo, se encuentra que aprende en un segundo lo que no aprendió con largos estudios.

Estoy agradecidísima a mis buenos amigos del espacio, que siempre responden a mi llamamiento. ¡Oh! Si no fuera por ellos, cuántas veces hubiéramos dicho: ¡Señor! Aparta de mis labios este cáliz, ¡Es tan amargo su contenido!... Que la hiel y el vinagre que dieron a Cristo es néctar dulcísimo en comparación de este horrible brebaje que no calma mi sed, ni sacia mi hambre. Pero ellos me dicen: no pidas con los labios, sino con tus hechos loables.

¡Bendita sea la comunicación con los espíritus!...

CAPÍTULO II

CANTO AL PUEBLO

Al pueblo. ¿Cómo no amarle cuando es tan desventurado? Porque todos han tratado de hundirle y esclavizarle, Cristo que quiso salvarle, tampoco lo consiguió; porque a su sombra creció una religión pagana bajo el nombre de cristiana, y ésta al pueblo esclavizó.

Porque formando santones de unos cuantos elegidos, dijeron que eran ungidos en las celestes regiones. Estas necias tradiciones y absurdos cuentos forjaron, y con ellos engañaron a las masas populares, que ante artísticos altares, temblorosas se postraron.

¿Cómo no? Si les pintaban un Dios implacable y ciego, condenando a eterno fuego a los que al deber faltaban, mientras los justos estaban en la celestial mansión, sin dolor de corazón por los tristes pecadores que gemían en los horrores de eterna condenación.

Y esto, dicho a media luz en oscuro santuario, dentro de un confesionario, un hombre tras un capuz. Otros, al pié de una cruz lanzaban sus anatemas diciendo: ¡Infeliz! Te quemas y pretendes

comprender lo que compone tu ser y otros profundos problemas.

Cree en Dios, y cierra los ojos, cree en Dios, sin tener odios; cree en Dios, sin tener sentidos, que éstos sólo dan enojos de querer investigar; que la manía de pensar no se apodere de ti; para saber, ven a mí que a Dios te puedo llevar.

Esto al pueblo le dijeron y el pueblo escuchó contrito; pensar, lo creyó un delito, y los que la trama urdieron, satisfechos sonrieron al ver suya la victoria.

Esto es la terrena historia: sacerdotes engañados, y el pueblo indocto esperando de ellos la luz y la gloria.

Pero los siglos avanzan, y nuevas generaciones con grandes aspiraciones tras de la ciencia se lanzan; y ya a los templos alcanzan horas de ruina total; que el progreso universal al oscurantismo estrecha, y abriendo en él ancha brecha abre paso al ideal.

Más sublime y más grandioso el estudio y el trabajo; la instrucción a los de abajo que les negó el religioso.

Socialismo generoso que implanta una ley moral, un afecto fraternal entre grandes y pequeños, realizando así los sueños del progreso universal.

Este trabajo gigante tan poderoso y activo, ¿Redime al pueblo cautivo? No; porque aún es ignorante.

No tiene fuerza bastante para romper sus cadenas, aunque corre por sus venas sangre de los que ayer fueron los héroes que sucumbieron por defender causas buenas.

Por eso el pueblo me inspira tan inmensa compasión; por eso su postración arranca a mi humilde lira un gemido; mi alma admira lo que sufre en su dolor y doy todo su valor a las masas populares, que naufragan en los mares del más lamentable error.

Porque el pueblo es radical; es fanático creyente, o niega rotundamente el principio universal.

Dioses del bien y del mal o completa negación; estúpida religión o absurdo materialismo; y siempre está en un abismo porque le falta instrucción.

Porque tan malo es creer que es útil la penitencia, como negar la existencia poderosa del gran Ser.

Y el justo medio es saber por qué uno y uno son dos; es ir del progreso en pos, que los

grandes adelantos jamás los dieron los santos, sino la ciencia de Dios.

Por eso el pueblo me inspira tan inmensa compasión: le ciega la religión o negando a Dios delira; su alimento es la mentira, porque se engaña negando, como se engaña aceptando una farsa milagrera; se engaña, si en nada espera, como se engaña esperando.

Que otro ha de ser su destino, su derrotero, buscando lo verdadero que hay del pueblo en su destino; ni prodigio ni mezquino, ni ateo ni humilde creyente, y mirando frente a frente desde la altura al abismo, darse valor a sí mismo, puesto que piensa y que siente.

¡Ah! Pueblo no te abandones en brazos de los falsos guías, que pueden tus energías engrandecer las naciones; no creas en las tradiciones; ni emplees tu imaginación en vana elucubración, negando lo que se ve; que si es absurda la fe también lo es la negación.

Cree en Dios, abriendo los ojos; mira la naturaleza que refleja su grandeza, mas no te postres de hinojos.

La humillación da sonrojos y el hombre debe mirar al cielo para encontrar los mundos que van girando; porque ellos van demostrando la manera de avanzar.

¡Pueblo! Avanza sin temor, que puedes engrandecerte; árbitro eres de tu suerte, ten para luchar valor; porque te sobra el vigor para luchar y vencer; no te canses de aprender, que la ciencia soberana te ofrece para mañana lo que te negó tu ayer.

¡Te ofrece luz, libertad, trabajo no interrumpido y progreso indefinido implantando la igualdad! ¡Paso a la fraternidad que en justicia ha de regir, que a todos ha de medir dando valor por igual; que el amor universal es la ley del porvenir!

CAPÍTULO III

UN ENEMIGO MENOS

Hay muchísimas personas que le dan gran importancia a los sueños, y se han escrito varios libros tratando de dicho asunto. Yo, por mi parte, antes de estudiar el Espiritismo no me fijaba en las imágenes que veía cuando mis ojos se cerraban y mi cuerpo se entregaba al descanso; al despertarme no le concedía el más leve recuerdo a los cuadros de otra vida (incomprensible entonces para mí). Mas una noche, siendo yo muy joven, casi una niña, me desperté sobresaltada, llamé a mi madre con voz angustiosa, me refugié en sus brazos y lloré amargamente. Mi madre, como era natural, se alarmó y trató de enterarse qué había soñado, diciéndome:

-¡Pero criatura, no hagas caso de las pesadillas, que los sueños, sueños son!

-Es verdad –le dije temblando-, pero este sueño es muy extraño, porque continúa: estoy viendo despierta lo que he visto dormida. ¡Qué horror!... ¡Dios mío!... ¡Qué horror!...

-Pero, ¿Qué es ello?

-No lo sé; nada y mucho. Veo una calle muy ancha y muy larga, por un lado todo es muralla, por el otro hay casuchas de pobre apariencia; a gran distancia uno de otro, hay unos faroles de tres cristales que forman un triángulo con una candileja dentro, alimentada por aceite que da una luz más triste que las tinieblas. Yo iba sola por esa calle como si me hubiese perdido, sintiendo una angustia inexplicable; de pronto una mano tan dura como si fuese de hierro, me cogió por el brazo y me detuvo. Volví la cabeza para ver quien me detenía y me encontré delante de una mesilla de zapatero que contenía varias herramientas; sentado en una banqueta había un hombre de edad mediana, tan enjuto de carnes que parecía un esqueleto, su cabello enmarañado coronaba su frente y daba sombra a unos ojos tan grandes y tan abiertos, que yo no he visto otros que se le asemejen. Sin saber porqué la figura de aquel hombre me fue tan repulsiva que quise huir precipitadamente, pero... mis pies no se movieron, di a mis miembros todo el empuje de mi voluntad, mas, ¡Ay!, me quedé inmóvil y aquel hombre mirándome fijamente me atraía hacia él. Mi cuerpo se iba inclinando con lentitud, hasta que su aliento abrasador se confundió con el mío; sus ojos lanzaban llamaradas de odio, no hablaba; pero yo leía en sus ojos todas las maldiciones que tiene la iglesia romana en su terrible excomunión. ¡Qué angustia, Dios mío!... Mientras más quería separarme, más cerca me encontraba de él y más miedo me infundían sus mudas imprecaciones. Comprendía mi tormento y se reía con una risa infernal, acercando su rostro más al mío. Yo quería cerrar los ojos, ¡Imposible! Sintiendo en ellos un dolor tan agudo, que me parecía que se iban a salir de las órbitas. ¿Cuánto tiempo sufrí aquel martirio? No lo sé; me he despertado y aún veo la calle con sus farolas de luz agonizante, y la mesilla, y aquel hombre sentado junto a ella que me maldice con su mirada.

Mi madre hizo cuanto pudo por distraerme, y al fin me serené, me tranquilicé, pero de vez en cuando, al acostarme, volvía a ver el mismo cuadro y sufría horriblemente. Pasaron años y nunca el recuerdo de aquella visión se borró de mi mente.

Una noche de verano, estando con mi madre en la plaza del Duque, que era en aquella época el mejor paseo de Sevilla, vi junto a mí a una mujer anciana vestida de negro. Parecía una momia, de tan delgado que era su cuerpo. Me tocó en el hombro con su mano huesosa, me volví y tuve que ahogar un grito de espanto de tanto daño que me hizo la mirada de aquella mujer, y más aún, que al mirarla, dije entre mí: "Yo he visto esta cara antes: ¿Dónde? ¿Cuándo? No lo sé, pero este semblante me recuerda algo confuso, algo muy desagradable perdido en la noche de los tiempos".

La mujer, al ver que yo la miraba tan fijamente, se acercó más a mí, diciendo a media voz, la cual fue aumentando hasta gritar:

-¡Mírala!... ya se la llevan, pero no la entierran como debían enterrarla, le falta la corona de rosas blancas y campanillas azules porque tú se la arrebataste: ¡Tú!... y yo te quitaré la vida. A eso vengo, ¡Infame! ¡Miserable ladrón de honras!... Y acompañando la acción a la palabra, extendió sus brazos como si tratara de estrangularme.

Sus gritos y sus ademanes llamaron vivamente la atención de la gente, y varios caballeros se interpusieron entre la mujer y yo, diciéndome que no me asustara, que aquella infeliz estaba loca, y se escapaba de su casa continuamente. Pero el susto ya lo había yo recibido, y tuve que retirarme del paseo acompañada de mi madre y de una familia muy amiga nuestra, porque aquella mujer, firme en su persecución, nos seguía de lejos, no encontrándose un agente de la autoridad que la sujetara.

Llegué a mi casa más muerta que viva, y mi madre me dijo:

-Pero mujer, no seas así. Si esa infeliz está loca, nada tiene de extraño lo ocurrido.

-Para ti no lo tendrá, para mí sí (le contesté tristemente). La cara de esa desventurada la he visto en alguna parte, y al verla, me hizo sufrir horriblemente.

-Muchacha, tú sí que estás demente (replicaba mi madre). Tú no sales más que conmigo, y yo no recuerdo... ninguna escena violenta, desengáñate, que estás soñando despierta.

-Es verdad, tienes razón. Conservo en mi mente las reminiscencias de un sueño. El hombre aquel que tanto me impresionó y esta mujer, tienen un perfecto parecido, y ahora mismo, como si fueran figuras de linterna mágica, aparecen ante mí, tan pronto aquel hombre que me maldecía sin hablar, como la pobre loca que me acusaba de un crimen imaginario. Es inexplicable lo que siento, no encuentro razón a esta semejanza prodigiosa entre dos seres que uno no existe y otro es real, pero los dos ¡Cuánto daño me han hecho!

Transcurrieron los años, murió mi madre, me encontré sola en este mundo, y a pesar de tener tanto en qué pensar, muchas veces, al conciliar el sueño, veía el cuadro de mi pesadilla inolvidable, y después la loca con los brazos extendidos sobre mi cabeza.

Al comenzar más tarde mis estudios espiritistas, no me quedó la menor duda de que había visto en mis sueños a uno de mis mayores enemigos, y que éste seguramente inspiró a la pobre loca el afán de perseguirme. Había sentido demasiado para que aquel horrible ensueño no tuviese su historia, aquel recuerdo constante tenía indudablemente su razón de ser. Pero confieso

ingenuamente que nunca me encontraba con valor suficiente para preguntarle a aquel espíritu porqué me odiaba.

Como por el efecto se adivina la importancia de la causa, comprendía que aquella figura simbolizaba uno de los más grandes desaciertos de mi vida, y me encontraba muy débil para ponerme frente a frente ante mi pasado. Por algunas comunicaciones más o menos alusivas a mis pasadas y borrascosas existencias, por dos sueños que tuve en los cuales vi a mi Espíritu, reconociéndome a pesar de usar muy distinto traje y de pertenecer a otro sexo, no quedando satisfecha de haberme visto, sino muy al contrario, me inspiraba a mí misma profunda repulsión por mi modo de ser y obrar. Por todos estos datos y por la intuición que tengo cada día más clara de mi ayer, comprendo perfectamente que, si no he cometido esos crímenes espantosos que la justicia humana castiga, levantando el patíbulo para el delincuente, en el terreno de la vida íntima debo haber pecado mucho, llevando la intranquilidad y el desconsuelo a diversos hogares, mirando a mi familia con la más profunda indiferencia y el mayor desvío, ya que esta vez he carecido de ella, pues si bien mi madre me amó por sí sola cuanto pudieran haberme querido mi padre, mis abuelos y mis hermanos, cuando ella se fue, ¡Todo acabó para mí!... No basta la compasiva protección de las almas buenas, no es bastante el pan que se recibe dado por lástima, se necesita mucho más para vivir, hace falta ese desvelo, ese afán, ese cuidado en los menores detalles de la vida. De esa ternura no he disfrutado más que el tiempo que mi madre estuvo en la Tierra. Después... la soledad íntima ha sido mi patrimonio. Recuerdo que en un álbum puse el siguiente pensamiento:

"El amor es el Sol del alma. ¡Ay de las almas que se mueren de frío!..."

La mía, hace 33 años que está tiritando. ¡Qué agonía tan larga! Agonía que me ha ido convenciendo de mi pequeñez, y como mi Espíritu se subleva contra sí mismo, por haber malgastado tanto tiempo, como a mí el padecimiento me exaspera y me humilla, me quitaría la esperanza de mi redención, si no fuera porque continuamente escucho las comunicaciones de los espíritus. Si no fuera por ellos, me parecería completamente imposible alcanzar mi rescate, y tener un día más o menos lejano esas afecciones que llenan el alma, constituyendo indudablemente su felicidad y su progreso.

Así como los místicos de varias religiones, especialmente los de la religión católica, apostólica, romana, creen buenamente que mientras más plagas caen sobre ellos son más gratos a los ojos de Dios, yo, por el contrario, no creo que un cuerpo sin movimiento, o unos miembros gangrenados, o una piel cubierta de lepra, sea objeto de complacencia para el Ser Supremo, porque Dios sería cruel si gozara con el dolor de sus hijos.

Las dolencias son un castigo, cuando la Humanidad las sufre, se cumple una ley justa, y es una ley muy dolorosa.

Se dice desde tiempo inmemorial que en cuerpo sano, mente sana. Aforismo que encierra una gran verdad, porque el Espíritu está tan unido a su cuerpo, que cuando éste está enfermo, desciende al abismo del dolor, y allí se queda envuelto en la red del sufrimiento.

Los años han ido transcurriendo y mis recuerdos no me han abandonado, y cuando he visto al hombre de mi sueño y a la pobre loca que me quería matar, he dicho, dirigiéndome al ser de ultratumba:

-Creo que un solo Espíritu es que anima las dos figuras, pues una después de la otra veo ante mí. La cuenta que me presentas me espanta, no hables , déjame, vete, tienes la eternidad para acercarte y hacerme sentir tu aliento abrasador. No me encuentro con fuerzas para escuchar tu relato. Espera

, como no puedo morir, no te quedarás sin cumplir tu deseo. Y la sombra desaparecía al escuchar mis palabras.

Pero hace algunos meses que, obedeciendo no sé a qué causa, pienso continuamente en todos los acontecimientos de mi actual existencia desde mis primeros años; pero no a la ligera, no confusamente, sino con los más leves detalles, recordando el lugar, la hora, y el día o la noche en que este o el otro suceso se verificó.

Como en mi encarnación actual han abundado mucho más las penas que las alegrías, estos recuerdos me fatigan, me angustian, me entristecen, me agobian. Y tan constante es el recuerdo de mi pasado, que no he podido menos que reflexionar seriamente sobre este nuevo y pertinaz sufrimiento, mucho más, que no olvido los consejos del Padre Germán, que siempre me ha dicho: "Nunca le preguntes a tu pasado; vence las contrariedades del presente y trata de ver la alborada de tu porvenir. No te entregues a la meditación, no reconstruyas en tu mente dónde pasaste tu infancia. ¿Para qué, para sufrir? El tiempo que se pierde en recordar es mejor aprovechado en formar planes de trabajo beneficioso para uno mismo y para todos".

Esto me ha dicho siempre el buen guía de mis tareas literarias. Y a pesar de no echar en olvido tan útiles advertencias, los recuerdos de toda mi vida presente se agolpan en mi memoria, y el hombre de mi sueño se adelanta impaciente como si no quisiera esperar más tiempo.

Mi Espíritu, encontrándose más fuerte para la lucha, mira con menos temor a su pasado, y se decide por fin a comenzar el deslinde de los terrenos de su ayer, que hablando en sentido figurado, puede decirse que son tierras sembradas, las unas de zarzas espinosas, y las otras de trigo, semilla productora que da el manjar más necesario para el sostenimiento de la vida. Las zarzas espinosas son mis vicios, la semilla productora mis buenas obras; mis virtudes, el trabajo de mi Espíritu, verificado, ¡Quién sabe cuántos siglos! Recorrer ambos campos le es necesario al hombre, cuando tiene valor suficiente para no amedrentarse ante el cúmulo de sus desaciertos y no llorar amargamente ante la insignificante suma de sus virtudes. Es preciso, para hacer este examen de conciencia, tener el profundo convencimiento de que la esclavitud del alma, dura todo el tiempo que duran los vicios, y que no hay buena acción que no tenga su recompensa. Que no hay santos que no hayan sido antes pecadores, y que no hay criminal que no pueda ser mañana un modelo de virtudes. Hay que desterrar del ánimo la humillación del que se cree inferior a todos, y al mismo tiempo, la ciega confianza en la protección de tal o cual santo, o guía espiritual que le sacará a flote en las borrascas de la vida. Es indispensable hacerse cargo de que nadie puede decir a otro: "Tú eres el más culpable de todos o el más bueno y justo", porque cada Espíritu es un mundo, y no hay explorador que en él descubra todo cuanto encierra; sólo una mirada podría penetrar en su fondo, la de Dios, y como Dios no necesita mirar para ver, las demás, por profundas e intencionadas que sean, no descubren más que la superficie. El juicio que forman un hombre de otro es a veces tan equivocado, tan absurdo, tan erróneo, que hay muchos que mueren ajusticiados bien inocentes del crimen que se les imputa, habiendo a veces cometido otros que han quedado envueltos en el misterio más impenetrable.

Mi Espíritu está muy disgustado de sí mismo. Sin creerse un criminal incorregible, comprende que ha perdido un tiempo precioso. Verdad es que la consumación de los siglos no llegará nunca, que ante la eternidad de la vida, toda cifra que represente una cantidad, por unidades que ésta tenga, siempre

resultará de un valor insignificante, junto a la serie de cantidades que sólo un matemático podría sumar, ¡Dios! Pero al dolor, no hay que darle vueltas, dolor es; y el Espíritu que se incline al bien, tiene la inmensa ventaja de no sufrir las consecuencias ineludibles del mal hecho a los demás.

En medio de mi descontento, reconozco en mí el vehemente deseo de progresar. No tengo grandes medios para ello, porque me falta el talento del sabio, la virtud del justo, la salud del fuerte y la riqueza del millonario, pero a pesar de carecer de lo más necesario para enseñar con la palabra y edificar con el ejemplo quiero salir de la esclavitud, quiero ser libre para ser grande, y como anhelo conquistar mi libertad, trabajo, y al trabajar me conquisto simpatías en la Tierra y en el espacio, donde tengo muchos seres amigos que me inspiran y me dicen: "Todo trabajo es útil. Tanto vale el nido de las águilas al que no llega la mirada del hombre, como el que hacen las hormigas debajo de la tierra". En esta presunción me atrevo a mirar frente a frente a mi pasado, y evocando al Espíritu que desde mi niñez me persigue, le pregunto sin el tono humilde que degrada, ni la arrogancia del que no reconoce sus yerros, sino con la serenidad del que se encuentra dispuesto a pagar sus deudas: ¿Por qué me odia? ¿Por qué se complace en mi tormento?

Una sacudida violenta en todo mi ser, me indica que mi enemigo me envuelve con su fluido, pero la sensación dolorosa que me produce su influencia, le sucede un profundo abatimiento, cesando el malestar, y tranquilamente dejo correr la pluma, que hace líneas de puntos suspensivos. Después comienza el Espíritu su relación.

"¡Cuánto puede el tiempo! ¡Cuán poderosa es su acción! ¡Cuán eficaz su enseñanza! El tiempo es el regulador de la Naturaleza y él ha regulado mis ideas, mis anhelos, y ha hecho de un desesperado, un ser, sino tranquilo, al menos resignado".

"Soy uno de tus muchos enemigos, mejor dicho, lo he sido, porque hoy me alejaré de ti para siempre, para siempre se alejará mi odio. En cambio, no sé cuándo y en qué forma se reanudarán nuestras relaciones, pues estoy viendo (con el mayor asombro) que los enemigos más implacables se unen en la Tierra con los lazos más estrechos para borrar la mancha de los crímenes con el divino llanto del amor".

"Te he odiado porque me arrebataste la felicidad por medio de la traición más infame y la ingratitud más imperdonable, y durante algunos siglos me ha devorado la sed de venganza que el tiempo ha saciado con tu expiación".

"Antes de conocerte, yo era feliz, de condición humilde, vivía tranquilo en un rincón del mundo. Una mujer hermosa, sencilla y buena llenaba mi hogar con su presencia y mi corazón con su amor: Una niña preciosa de rubia cabellera, de blanca tez, de ojos azules (los ojos más hermosos que yo he visto en la Tierra), era el nudo de aquel lazo bendito. Sus brazos no se enlazaban a mi cuello sin que a la vez no abrazara a su madre, y unidos de esta suerte vi transcurrir 17 años: ¡Qué años tan felices!... ¡Cuán pronto pasaron!... ¡Con qué rapidez huyeron!... Ni la riqueza me proporcionaba sus goces superfluos, ni la pobreza la escasez de la miseria. Mi trabajo bien retribuido y una pequeña renta que me daban algunas tierras, todo en conjunto sumaba lo suficiente para vivir con desahogo sin llegar a la abundancia".

"Mi casa verdaderamente era un cielo sin nubes, mi hija la alborada de un día sin noche, su madre, el sol de aquel eterno día. Jamás en la Tierra habían estado unidas tres almas con lazos tan estrechos. Era nuestra dicha completa en absoluto, porque no temíamos perderla. Sencillos y confiados, no éramos

avaros de nuestra felicidad, no la escondíamos a las miradas de los extraños, mi humilde tienda era el punto de reunión de todos los desocupados de la ciudad, como a la vez de hospedería de los peregrinos fatigados. Lo mismo reposaba en mi hogar el rico que el pobre, el fraile de burdo sayal que el trovador con su ropilla de terciopelo, el bufón con su traje de titiritero y el guerrero con su pesada armadura. Todos eran bien recibidos, porque un hombre feliz es benévolo, es confiado, lo ve todo bajo el prisma de su felicidad. La felicidad es semejante al Sol, que siempre difunde sus rayos y con ellos luz y calor, y rayos de vida difundía la inefable dicha que reinaba en mi hogar".

"Una noche, cuando ya me disponía a entregarme al descanso, sentí en la calle voces confusas y choque de aceros, después el ruido sordo que hace un cuerpo al caer en tierra, y sin pensar en lo que hacía, atendiendo únicamente a la compasión que sentía mi alma, abrí la puerta y vi a un hombre en el suelo que trataba de incorporarse, pero sus esfuerzos eran vanos porque estaba gravemente herido. Conseguí arrastrarle suavemente hasta dejarlo dentro de mi tienda, cerré la puerta porque era tiempo de revueltas y asonadas, llamé a mi compañera, y Sara acudió presurosa seguida de Raquel, nuestra hija del alma. Los tres nos apresuramos a curar al herido, que se desangraba por momentos, Sara y Raquel eran maestras en el arte de curar, y en aquella época de continuas escaramuzas políticas y religiosas era lo más común que los individuos de dos bandos se encontraran y probaran las excelencias de sus opiniones peleando con bravura. Más de un fugitivo me había pedido hospitalidad, más de un reo de Estado se había escondido en mi humilde vivienda; y al burlar a la justicia tenía yo un placer inmenso".

"En aquella época también había ortodoxos y librepensadores, yo era de estos últimos y me complacía en amparar a los que soñaban con las libertades patrias. No era hombre de acción para batirme en campo abierto, pero atendía a todo aquel que defendía mis ideales. En dos bandos estaban los que luchaban por la patria y por la religión, los rojos y los azules, a estos últimos pertenecía yo en cuerpo y alma. El herido que entré en mi tienda llevaba en su jubón la escarapela azul. Era mi hermano en ideas, era un miembro de mi gran familia, era un defensor de la libertad".

"Le coloqué en un lecho y no le pregunté de dónde venía; víctima o verdugo, era de los míos. Cuando pudo hablar, me contó que había roto los hierros de su prisión burlando la vigilancia de sus guardianes, que iba a reunirse con sus compañeros de armas y fatigas, cuando un pelotón de los rojos le rodeó para acabar con su existencia, le creyeron muerto y huyeron de la ronda.

Sara y Raquel se interesaron vivamente por el herido, porque era joven y hermoso, y porque se llamaba como un hermano mío que murió en nuestros brazos, Ludovico, que había sido el compañero de Raquel en sus primeros años".

"Con una discreción a toda prueba, alejaron toda sospecha de que tuviéramos un huésped tan peligroso, pues Ludovico era uno de los jefes revolucionarios de aquella época. Simpaticé con él por muchos motivos: al ser más joven que yo, me parecía que había resucitado mi hermano más querido. Sara le encontraba un gran parecido y Raquel confesaba ingenuamente que creía que había vuelto el compañero de su niñez, que aunque de más edad que ella, habían jugado juntos y Ludovico era como él, dócil, complaciente, cariñoso. ¡Cuán ciego fui que no vi el abismo que a mis pies se abría!"

“Ludovico salía por la noche a conferenciar con sus compañeros. Una noche...salió, salió...¡Para no volver! Supe después por uno de sus compañeros que se había marchado y que probablemente nunca más volvería por la antigua ciudad donde estuvo a punto de morir. Cerca de tres meses estuvo Ludovico en mi hogar, yo le quería con toda mi alma. Su valor, su juventud, los ideales que inflamaban su mente eran los míos. De fácil palabra, atrevido en sus planes, de vida aventurera, me inspiraba esa admiración que se siente por todo aquello que uno no es capaz de llevar a cabo. Le creía un niño abandonado que sería un héroe del porvenir, sencillo en su trato, cariñoso y respetuoso; nunca pasó por mi mente la idea de que Ludovico pudiera dejar de sí un reguero de lágrimas”.

“Mientras conservamos la esperanza de que volvería nuestro querido huésped, Sara y Raquel no manifestaron toda la angustia que llenaba su corazón de amargura, pero cuando exclamé: ¡Qué ingrato ha sido!... ¡Ya no volverá!... Mi Raquel, la hija adorada de mi alma, el ángel que Dios me había enviado para que yo creyera que el Paraíso era una verdad, puesto que uno de sus habitantes estaba cerca de mí, la niña mimada que no había tenido más cuna que mis brazos, que me llamaba en sueños sonriendo como sonríen los bienaventurados, y me acariciaba despierta, que me encantaba con sus amorosísimas palabras, porque siempre me decía:

-Yo no quiero que te mueras porque sin ti... ¡Yo no podría vivir! ¡Yo creo en Dios, porque sólo Dios puede crear a un padre como tú!...”

“Pues bien, mi Raquel, al oírme decir: ¡Qué ingrato ha sido!... ¡Ya no volverá!... Tenía sus manos cruzadas sobre mi hombro y los ojos medio cerrados, los cuales abrió desmesuradamente, me miró sin ver, sus brazos se aflojaron y cayó como herida de un rayo. Sara y yo nos miramos espantados, cogimos a nuestra hija y nuestras lágrimas bañaron su semblante cadavérico. ¡Qué momentos! ¡Qué horas tan horribles!... Raquel estaba como muerta, su cuerpo rígido, sus ojos cerrados, sorda a nuestros ruegos, permaneció muda mucho tiempo, ¡Muchos días! Vinieron médicos y la ciencia se confesó impotente”.

-“No está muerta, (decían aquellos sabios) respira, mira y no ve, no habla, no oye...”

“Al fin una noche lanzó un grito, pronunció un nombre, pero, ¡Ay! ¡No nos llamó ni a su madre ni a mí!...Llamó a Ludovico, se incorporó extendiendo sus brazos como si le buscara para estrecharle contra su corazón, dirigiéndole las frases más tiernas y más apasionadas. Sara, al escucharla, se levantó como una leona herida, y yo, sin poderme explicar la causa, la miré y cerré los ojos, porque leí en su semblante lo más horrible, lo que no quería comprender, lo que constituiría mi mayor desgracia, ¡Mi deshonra!...”

“No vi en el movimiento de Sara el dolor de la madre, vi, por el contrario, el despecho, la ira de la mujer celosa y engañada. La cogí frenético y le dije:

-¿Qué has hecho de mi nombre, desgraciada?... Ahora no eres la madre llorando ante su hija, eres la rival de esa inocente. ¡Dímelo todo! ¡Habla!... Si no hablas, te mato, ¡Habla!... Dame tiempo para no dejar a nuestra hija sin madre”.

“Sara me miró, se llevó las manos a la frente como si quisiera coordinar sus ideas, miró en torno suyo como si buscara a alguien y exclamó en el colmo de la desesperación:

-¡Maldita sea!”

“La madre de mi hija, la mujer que desde niña me había querido con toda su alma, la que yo coroné de flores y la llevé ante un sacerdote para que

bendijera nuestro amor, la que durante 17 años había hecho de mi casa un paraíso, perdió la razón. Su confesión... no pudo ser más explícita".

"Raquel recobró el habla, la vista, el movimiento. Refugiada en mis brazos, me contó que Ludovico le había jurado amarla eternamente, que ella le creyó y fue suya la víspera de su marcha".

"Ver a su madre loca la desesperaba, porque creía ser ella la causa de tan inmensa desventura. La dejé en su creencia para que amara la memoria de su madre, que sucumbió dos meses después llamando y maldiciendo a Ludovico".

"A su debido tiempo, mi Raquel dio a luz un niño muerto, y ella se fue tras él, diciéndome al morir:

-Perdona a Ludovico como yo le perdono".

"Los ángeles perdonan, los hombres odian, y en la tumba de Sara y de Raquel juré odiar eternamente al que con tan negra ingratitud pagó mi franca hospitalidad y la ciega confianza que me inspiró".

"El resto de aquella existencia lo empleé en perseguir a Ludovico, que siempre la fatalidad alejó de mí. Y en mis últimos momentos dije:

-Si hay Dios, si hay otra vida, juro que iré al infierno a buscar al miserable que me robó tan villanamente mi felicidad".

"Cuando me desperté en el espacio, cuando me convencí de que la vida era eterna, ¡Tuve un placer inmenso, inexplicable!, Porque podía perseguir eternamente al infame que me había hecho tan desgraciado".

"A Sara la vi siempre desde muy lejos, a Raquel no la veía, pero oía su voz, que llegaba hasta mí, diciéndome dulcemente:

-Perdona como yo perdoné".

"Pero yo no podía perdonar. Mientras más tiempo pasaba, el veneno del odio más fermentaba en mi corazón y le hice todo el daño que pude al que me hundió en el abismo de la más horrenda desesperación. La voz de Raquel siempre me decía que perdonara, pero me era imposible, no estaba en mí, mi odio era superior a todo. Raquel me decía:

-Al crimen sigue la expiación, compadécele, ¡Tiene que llorar tanto! ¡Desdichado de él!"

"Al fin, ¡Oh, qué placer!... Me vi cerca de Ludovico, supe que volvía a la Tierra con la hopa del ajusticiado, pues animaría con su aliento el débil cuerpo de una mujer, y como buitre ansioso me coloqué junto a la cuna de una pobre niña que iba a cruzar el mundo como lo cruzan las hojas secas. Sí, Amalia, no te he abandonado un solo instante... pero... no estabas sola, te rodeaban espíritus amigos, y cuando tu madre dejó ese mundo, te envolvió con su fluido y con su amor, siendo su voluntad tan potente, que tenía que contentarme con enviarte el efluvio de mi odio desde una distancia inmensa".

"Tanto has llorado, tanto has sufrido, tan sola y desamparada te has visto, tan desventurada has sido en todas tus afecciones, tan íntima, tan profunda, tan desconsoladora es la soledad de tu alma, tantísima sed tienes de cariño y tan secas están las fuentes a donde acudes, pues por mucha agua que tengan, cuando tú llegas, no encuentras ni una gota pata ti, que al ver la incesante lucha que has sostenido con la miseria, con la amenaza terrible de quedarte ciega, con la incertidumbre que te atormenta de no saber cómo acabarás tu existencia, luchando por el sostenimiento de tu vida en medio de innumerables contrariedades, de esas que más hieren, que más a fondo penetran. ¡Tú!... Espíritu aventurero, amigo del placer sin encontrar valla a sus antojos, acostumbrado, si no precisamente a la riqueza y a la opulencia, en cambio sí a la independencia y a la abundancia que reina entre aquellos que no

se preocupan del porvenir, que viven sin calcular, hoy trabajas y tu trabajo no te da lo suficiente para vivir, y eres uno de tantos mendigos disfrazados que constantemente tienen que pedir el pan de cada día, y con esto, ¡Cuánto sufres!...”

“Tan acerbo es tu sufrimiento, tan humillado se encuentra tu Espíritu, que si no fuera porque te rodean tus protectores del espacio, inclinarías la cabeza pidiéndole a Dios fervorosamente que te concediera el sueño eterno; tanto te asusta la continuación de la vida que quisieras dejar de ser. El tormento de tu actual existencia, parecido a la gota de agua que si cae continuamente horada la piedra, ha horadado la roca de mi odio. Y si en tu niñez me acerqué a ti, para dejar en tu mente un recuerdo terrorífico, imperecedero, y si en tu juventud inspiré a una pobre demente (Que me sirvió de médium) para hacer llegar mi voz hasta ti y entonces gozaba en hacerte sufrir, con marchitar todas tus ilusiones y truncar todas tus esperanzas, con el transcurso del tiempo se ha ido extinguiendo el fuego de mi odio. Cuando he visto desaparecer tu juventud sin haberte creado una familia, cuando la nieve de los años deja caer sus copos sobre tus cabellos, cuando ya para ti no hay esperanza de gozar las dulzuras de la maternidad, y al mirar tu pasado, tienen que llenarse tus ojos de lágrimas, cuando la tierra ya no puede darte más que hojas secas, cuando tu cuerpo decae y crees que en todas partes estorbas, cuando tu dolor es más inmenso porque tienes la certidumbre de haber cometido innumerables villanías, el agua de tu llanto ha sido tanta, que ha conseguido apagar la hoguera de mi odio, y en prueba de ello te he dado mi franca comunicación para despedirme de ti. No me encuentro aún con la generosidad suficiente para devolver bien por mal, pero me alejo de ti entristecido y fatigado”.

“Raquel, en cambio, está muy cerca de tu madre, y como ella, te alienta y te dice amorosamente:

-Avanza, no desfallezcas, no te humille la culpa, que ésta se borra difundiendo la luz de las verdades eternas. No hagas propósitos de enmienda cruzándote de brazos y asustándote de tu pequeñez, que el arrepentido que no trabaja es un Espíritu cobarde, sin dignidad, que hipócritamente se degrada. Quien mucho ha pecado es el que está obligado a trabajar, a buscar su regeneración en la práctica de las virtudes. Si no le quieren los justos, le querrán los pecadores; si le desdeñan los ricos, le acogerán los pobres; si no le atienden los sabios, le buscarán los ignorantes. Cuando el Espíritu quiere trabajar, hasta en los desiertos parece que brotan generaciones espontáneas que le dicen: ¡Habla! Conviértete en maestro, que millones de discípulos aguardan tus enseñanzas y esperan tus instrucciones”.

“Esto te dicen tu madre, Raquel, y otros espíritus cuya misión es servir de guía a los desterrados en los mundos de expiación”.

“Adiós, Amalia. Tu existencia expiatoria no ha sido estéril. Verdad es que los pequeñitos no te han dicho madre, pero ya te lo dicen los que lloran, y sobre todo, en la continuación de tu eterna vida tienes un enemigo menos. Y tú no sabes aún lo que esto significa, porque un enemigo implacable se adquiere en un momento de extravío, y a veces para extinguir su odio no bastan miles de siglos”.

“Alégrate, pobre Espíritu, y di con la satisfacción del obrero que ha ganado a conciencia el jornal de una semana: ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, buenos espíritus! Aquellos que me inspiráis, que me alentáis, que me allanáis el camino del progreso, porque por vuestras enseñanzas y consejos tengo... ¡Un enemigo menos!...”

Al concluir el anterior relato parece que me quitan de la cabeza un casco de hierro candente. ¡Cuánto he sufrido al escribir esta comunicación! Ha habido momentos que he dejado la pluma y he pensado no concluirla, he buscado distracción, pero al llegar la noche escuchaba una voz que me decía: "Llega hasta el fin... que no hay trabajo sin recompensa" y en verdad que mi sufrimiento me ha proporcionado después un goce que yo no podía esperar. ¿Qué mayor placer para un Espíritu del temple del mío, que adquirir la certidumbre de tener un enemigo menos? ¡Yo, que sólo anhelo ser querida! ¡Yo, que quisiera poseer riquezas fabulosas para levantar ciudades higiénicas con casas modelo, y que en ellas habitaran los que hoy viven muriendo en tugurios insalubres!... ¡Yo, que crearía Casas de Salud para ancianos desvalidos, donde madres de familia se encargaran de alegrar sus últimos días! ¡Yo, que levantaría magníficos edificios rodeados de hermosos jardines, para que los niños, vigilados por buenos profesores, pasaran horas felices en medio de las flores, de las aves, de lo más bello, de lo más encantador que nos ofrece la pródiga Naturaleza!... Y todo esto lo haría para obtener en premio de mis afanes y desvelos una caricia de los niños y una mirada afectuosa de los ancianos.

Ser amado...No concibo mayor felicidad. He aquí la razón por la que al saber que uno de mis enemigos deja de odiarme y comienza a compadecerme, siente mi alma, no esa alegría ruidosa de las efímeras dichas de la Tierra, sino ese goce íntimo, profundo, inexplicable, que se apodera del Espíritu, cuando después de trabajar mucho tiempo hondos surcos en la tierra endurecida, ésta le ofrece los tesoros inapreciables de la fecundidad que guarda en sus entrañas, diciendo las flores que preceden al fruto: "Dame sana semilla, que yo te daré ¡El pan de la vida!"

Pan ha encontrado mi Espíritu, que hambriento de progreso y sediento de amor trabajará cuanto le sea posible, no con la esperanza de ser amado ahora, mas sí con el íntimo y racional convencimiento de que cuando no tenga enemigos implacables, brillará en el cielo de mi vida, ¡El Sol de la felicidad!

CAPÍTULO IV

EL ESPIRITISMO

Hermanos míos: en la Tierra no se conoce aún el tipo de hombre perfecto, dejando aparte los Redentores, espíritus que vienen con grandes misiones y que viven se puede decir fuera de nuestra atmósfera moral; pero los que estamos sujetos a todas las eventualidades de la vida, a los que nos codeamos con las tentaciones del lujo, con las mágicas atracciones del placer, con el horror de la miseria, con la triste soledad del alma, a los que vivimos entre todas las imperiosas necesidades de la existencia no se nos pide ser grandes y buenos en absoluto; todo lo más que podemos hacer es tratar de no ser malos, avanzando en la senda del bien todo cuanto nos sea posible; y esto hacen los espiritistas, van por el mejor camino, por el único sendero que no tiene punzantes espinas, por la caridad van hacia Dios.

¿Qué es el Espiritismo? Veamos lo que dicen algunos espíritus: "El Espiritismo es la ley de la razón y hallarle es encontrar la familia universal, y por lo tanto nunca será la derrota de la familia terrena".

"El Espiritismo es la razón de por qué se existe, es el equilibrio del alma, es el néctar del infinito, es el evangelio del sentimiento, es el lenguaje de Dios".

"El Espiritismo es el alma en acción, es la fraternidad de los pueblos, es la vida del hombre, dándole las llaves del pasado, del presente y del porvenir, es un manantial que nunca se agotará, es la cuenta de la herencia que tenemos ganada, es la ley de las inteligencias, es el eco de los tiempos, es la civilización eterna, es el reflejo del pasado iluminando nuestro presente".

Esto dicen los espíritus, y yo digo que el Espiritismo es la demostración sencilla y natural de que poseemos un alma que vive eternamente y que eternamente progresa, siendo nosotros los árbitros de nuestro destino. Si queremos ser grandes llegaremos a ser Redentores de los mundos, porque la grandeza del Espíritu no es otra cosa que el trabajo acumulado de millones de existencias, en las cuales hemos ido tejiendo la tela de nuestra túnica blanca como el armiño y luminosa como los rayos del Sol o de lienzo burdo manchada de sangre y lodo.

El estudio del Espiritismo nos induce indudablemente al bien, porque nos enseña que el amor a la humanidad es el único timbre de gloria que nos engrandece en el espacio. Los espíritus nos dicen, que no se puede ser grande sin ser bueno, porque el bien es la realidad del Universo, y la verdad siempre es verdad, que una buena acción da al Espíritu una dicha inagotable, que la ciencia da la luz al alma, y el bien la conduce a la inmensidad.

El verdadero Espiritista tiene que ser **Deísta**, porque los seres de ultratumba le repiten, que Dios existe porque se manifiesta en la naturaleza, que las verdades del Universo son las demostraciones de Dios, aunque Éste es la incógnita que no verá nadie, a pesar de ser la fuerza arrebatadora del Universo y la luz de todo lo existente, siendo su amor un Océano en el cual nunca naufragaremos.

Con el mayor entusiasmo nos dicen las almas de los que fueron, que Dios es la suma de todas las cantidades que hay en la Creación, porque es el valor total; que cuando Dios crea no hace más que escribir en la naturaleza, que estar sin Dios es no existir, que Dios es la vibración eterna de las inteligencias y el conjunto de todas las bellezas armónicas, porque es la verdad matemática de los mundos, y la sonrisa del infinito.

Nos inclinan a rendirle culto en Espíritu y verdad, diciéndonos que el progreso es un libro del cual nadie leerá la última página, que el gran templo de la religión de la verdad es el amor a la ciencia. Nos hacen también amar al trabajo, porque nos dicen que una fortuna ganada sin asiduas tareas es una deshonra para el Espíritu, y una herencia sin amor, un fruto sin sabor.

Es tan difícil recordar y referir todo cuanto nos dicen los espíritus en sus comunicaciones, que es poco menos que un imposible tratar de demostraros la utilidad de sus enseñanzas, encaminadas todas ellas a conseguir nuestro adelanto moral e intelectual.

En las grandes aflicciones de la vida, en la continua pérdida de los seres queridos, la comunicación de los espíritus ha sido más provechosa a la humanidad que todas las religiones.

Todas las glorias y todos los cielos prometidos por los Enviados y los Mesías a los hombres de buena voluntad, quedan reducidos a la nada ante la comunicación verdadera de un Espíritu que diga por ejemplo a su madre, que llora con el más profundo desconsuelo:

"¡Madre mía...! No llores, que estoy contigo, te quiero más hoy que ayer, porque veo mucho más claro y comprendo que has dado un paso gigante. He desgarrado tu corazón con mi temprana muerte, he reducido a deleznable polvo el castillo de tus hermosas esperanzas terrenales, pero no me has perdido; me

has mecido en tus brazos y me has llevado en tu seno porque necesitabas que alguien despertara tu dormido sentimiento; y has tenido que verme sonreír para darte cuenta que existía y de que Dios era el alma del Universo; porque la sonrisa de un niño que se quiere es la sonrisa de Dios".

"Me has amado y has comenzado a progresar, y cuando más te embriagaban mis caricias, cuando más te complacías en jugar con mis blondos rizos, me vistes palidecer y cerrar los ojos que eran el espejo donde tú veías la exacta fotografía de los cielos".

"Mi cuerpo, aquel cuerpecito que para ti estaba mejor modelado que las estatuas de Fidias, le viste rígido, e, insensible a tus besos y al fuego de tus lágrimas, y después... después contemplaste mi cuna vacía, te abrazaste a la pequeña almohada en la cual tantas veces habías reclinado mi cabeza y ofreciste a Dios el sacrificio de tu gloria eterna si me volvías a ver entre tus brazos; pero Dios no te escuchó, no podía escucharte porque no puede quebrantar sus leyes. No fue Él quien te arrebató tu hijo, fuiste tú la que le lanzaste fuera de tu seno".

¿Crees que no ha sido así, madre mía? Pues créelo, porque así es; tú fuiste madre en otras existencias y nunca quisiste a tus hijos. Cuando eras Abadesa de un convento, los frutos de tus sacrílegos amores eran enterrados vivos en el momento de nacer, o arrojados a las puertas de las iglesias sin que sintieras el más leve sentimiento, sin que el remordimiento te acusara por faltar a las leyes divinas y humanas. Después, cuando en otras encarnaciones eras dama principal y un esposo noble y opulento te daba sombra, tus hijos fueron siempre entregados a manos mercenarias para no ajar tu belleza con las vigilias maternales; y ahora que se despertó tu sentimiento maternal, ¿Te crees acreedora de gozar la dicha inefable de verte acariciada por un hijo? No madre mía; ahora tienes que perderle para lavar con tu copioso llanto la mancha de tu horrible ingratitud. Tienes que purificarte, madre mía, por medio del amor y del sufrimiento: comienza por querer a los niños, acude a los asilos de los huérfanos; llévales juguetes y dulces, que de ambas cosas carecen los niños pobres y abandonados. Ensaya tu amor de madre, yo te guiaré, yo te inspiraré; ya ves lo que has ganado amándome; tus noches en vela, tu inquietud, tu ansiedad al verme padecer hoy la ves recompensada porque yo nunca te abandonaré".

"No te duelan los sacrificios en bien de los niños pobres, conviértete para ellos en la imagen de la Providencia, y ya que tú misma separaste de tus brazos a los que eran carne de tu carne y hueso de tus huesos, procura por medio de tu amor y tu arrepentimiento acercar de nuevo hacia ti los pequeñitos desheredados, quiere tú a los que no tienen quien les quiera, que ayer también quisieron a tus hijos, otras mujeres piadosas que compadecieron su orfandad".

"Recuérdame siempre ¡Madre mía! Y ámame en los pequeñuelos desvalidos".

Esta comunicación que ha recibido hace poco tiempo una madre desolada ¿No le ha sido mucho más beneficiosa que mandar decir misas de gloria y aborrecer a la vez a los demás niños porque murió su hijo? A muchísimas mujeres les he oído decir más de una vez: Que no me traigan niños a mi casa, porque no sé qué haría con ellos, muerto el hijo de mis entrañas, me parece que las demás criaturas, insultan mi dolor con sus gritos y sus risas. En cambio, con la comunicación de los espíritus, los dolores más horribles se consuelan. No diré que se deje de sentir una parte de la pena, porque cuando el sufrimiento nos abruma es para que sintamos algo de su enorme peso; pero una cosa es decir con íntima convicción: pago lo que debo y mañana no tendré quien

me presente cuentas, y otra muy distinta creerse víctima de un destino implacable que hiere nuestro sentimiento, que rompe cruelmente todas nuestras fibras, reduciéndonos a ser victima expiatoria sacrificada en aras de misteriosa fatalidad diciéndonos: ordeno y mando que llores porque tu llanto hace falta para regar las flores de la Tierra.

Los espíritus nos dicen, por qué el ciego perdió la luz de sus ojos, por qué se quedó el tullido sin agilidad en sus miembros, por qué el idiota carece de inteligencia, por qué hay sabios que trabajan toda una existencia y cuando creen que han llegado a la cumbre de su gloria, entonces mueren sin lograr ver sus sueños realizados; por qué hay hombres modelos de hidalguía que rinden culto a su honor, y éste lo ven pisoteado y arrastrado por el lodo, por la liviandad de su compañera, y por qué hay mujeres que serían ángeles dentro de su hogar y se las ve rodar por el mundo sin rumbo fijo, sin nadie que las guíe, ni les de su nombre y su amor.

El Espiritismo resuelve todos los problemas, nos enseña todos los caminos que debemos seguir para llegar a ser grandes y buenos: ¿Es útil su enseñanza? Lo es indudablemente, se puede decir el puerto de salvación no sólo de los pobres y de los afligidos, sino también de los poderosos, de aquellos que no saben qué hacer con sus inmensas riquezas, porque si el pobre estudiando el Espiritismo adquiere resignación y esperanza despertándose en él el amor al trabajo, en cambio el rico quizá sale aún mejor librado; porque la riqueza suele ser para el Espíritu muy mala consejera, los tesoros mientras más crecidos más fácilmente se convierten en semillero de malas tentaciones.

Al rico todos le halagan, todos le dan virtudes que no tiene, sus vicios más repugnantes dicen que son genialidades, caprichos de escasa importancia; a los poderosos desde pequeñitos sus serviles servidores les enseñan el camino de la tiranía y del despotismo, y muchos de ellos no quieren a los pobres y no se interesan por sus desgracias, porque no han educado su sentimiento, son árboles que en su mayoría crecen torcidos, y cuando llegan a ser grandes entonces se les acusa de egoístas y de miserables; y en verdad que una gran parte de sus defectos es debida a la malísima educación que han recibido; y a evitar en algo inmensos males, vienen los espíritus dándonos sus comunicaciones. Los seres de ultratumba hablan con igual franqueza al pordiosero que al monarca, y a los grandes de la Tierra les dicen sencillamente:

"No olvidéis que es mucho más difícil subir que bajar; el ascender cuesta a veces miles de siglos, y en cambio el descendimiento es a veces tan rápido que es más veloz que el vuelo del águila que anida en las cumbres más cercanas a los cielos".

"El Rey más poderoso, el conquistador más audaz, el que no tiene miradas suficientes para contemplar todos los pueblos que le pertenecen, cuando deja su manto de púrpura, su cetro y su corona imperial en el fondo de su marmóreo sepulcro, se encuentra solo con su pensamiento, no tiene entonces más dominios que el círculo de su conciencia, círculo de fuego que le aprisiona dentro de sí mismo. Sus capitanes, sus servidores, las muchedumbres que por miedo le aclamaban pasan a su lado en el espacio sin conocerle y gracias que una falange de encarnizados enemigos o de inocentes víctimas no le saluden diciendo: ¡Maldito seas! Maldito mil veces que hiciste salir de su lecho al anciano enfermo, que por ti fue juguete de soldadesca embrutecida la casta virgen y la honrada matrona, vuelve a la Tierra a ocultar tu derrota entre los harapos del mendigo, tú que no tenías luz bastante en tus ojos para ver tus inmensos dominios, vuelve ciego a ese mundo para que no puedas andar solo,

un instante. Tú, que bajo los cascos de tu caballo no brota la hierba, porque la destrucción iba contigo, regando los campos de sangre e incendiándolos después, vuelve tullido para que no puedas dar un paso ya que en tu veloz carrera llevabas contigo la desolación y la muerte. Tú que tuviste brazos de hierro y manos de acero para golpear el rostro de los vencidos, vuelve sin brazos ya que tan mal uso hiciste de ellos. Tú que tuviste lengua para insultar a los débiles, que dictaste sentencias condenando a seres inocentes, vuelve mudo ya que el don divino de la palabra sólo lo empleaste en hacer daño a la humanidad. A todo esto y a mucho más os exponéis los ricos que sois dueños de vidas y haciendas si no hacéis buen uso de vuestras inmensas riquezas; en cambio, si en medio de vuestra opulencia os acordáis de las multitudes que viven miserablemente, ganando un jornal mezquino sin quedarles tiempo para instruirse, para conocer el porqué de su existencia, si procuráis aumentar sus ganancias disminuyendo el tiempo de su trabajo obligándoles a instruirse en escuelas gratuitas, si moralizáis a los pequeños, si en torno de vuestros palacios levantáis asilos para los huérfanos y los ancianos, si creáis hospitales que sean verdaderas casas de salud, si vuestro oro en fin, es como la lluvia benéfica que vivifica los campos, queriendo vosotros vivificar las inteligencias, entonces ¡Qué hermoso será vuestro despertar en el espacio! Os parecerán sucios harapos vuestros trajes usados en la Tierra, aunque estos hayan sido de brocado y de tisú de oro adornados de piedras preciosas; miraréis con lástima vuestros grandes palacios terrenales, porque aunque encierren todas las maravillas del arte, os parecerán repugnantes tugurios en comparación de los focos luminosos en los cuales viviréis en medio de una atmósfera perfumada, escuchando dulces voces que desde diversos puntos repetirán armónicamente: ¡Bendito tú que fuiste el padre de los afligidos, el protector del obrero, el amparo de la viuda, el bienhechor de los huérfanos!... ¡Bendito tú por centenares de miles de siglos! ¡Bendito seas! No sabéis, opulentos de la Tierra, el progreso que podéis hacer empleando bien vuestras riquezas; podéis gozar en ser los ángeles buenos de los pueblos oprimidos; al que mucho se le da mucho se le exige, y estrecha cuenta os pedirán mañana si no vivís más que para satisfacer vuestros caprichos queriendo más a un caballo o a un perro de caza que a los obreros, artífices y artistas que os levantan vuestros palacios y os tejen las telas preciosas de vuestras lujosas vestiduras. Aprovechad el tiempo, que la existencia de un rico bien empleada, vale mucho más que cien mil encarnaciones gimiendo y llorando en la miseria, pagando ojo por ojo, y diente por diente, o viviendo en el estacionamiento más improductivo, como vemos que viven muchos seres que no llegan a la categoría de hombres virtuosos, ni descienden a la ínfima condición de seres malvados. Si en la Tierra el oro es el Soberano absoluto, haced buen uso de vuestra soberanía, prestad sin réditos a los pobres y doblareis, y quintuplicareis vuestra riqueza en otros mundos donde la felicidad no es una ilusión, donde el amor de las almas es eterno como la omnipotencia de Dios".

Esto dicen los buenos espíritus en sus comunicaciones, por eso el Espiritismo es como hemos dicho otras veces la redención social; porque nos aconseja el trabajo como base indestructible del progreso, el amor sin condiciones como principio de unión y de fraternidad, la protección mutua para engrandecer los pueblos y el estudio de la ciencia para comprender la grandeza de Dios; nos aparta de las supersticiones religiosas, pues aunque no nos dicen que derribemos los templos, nos demuestran que los cielos y los infiernos de las religiones son obras del hombre, imperfectas y frágiles, puesto que caen con el

soplo de la razón; nos dicen que las religiones han sido el azote de la humanidad, y que para destruirlas basta la indiferencia y el olvido; que los pueblos que trabajan son los pueblos que oran, que una religión sin ciencia es un mundo sin leyes de atracción, y que desgraciada es la humanidad que cree lo que no comprende.

Es cierto hermanos míos; por esto me permitiré daros un consejo para concluir la serie de reflexiones que he expuesto a vuestra consideración. Por lo mismo que el Espiritismo es la ciencia de todas las ciencias, por lo mismo que los hombres no instruidos se consuelan con las comunicaciones de sus deudos y no preguntan ni tratan de avanzar en sus investigaciones, y los sabios encuentran en las manifestaciones de los espíritus nuevas leyes, nuevas aplicaciones de los fluidos, nuevas fuerzas poderosísimas, capaces de enloquecer a los hombres sistemáticos que no quieren aceptar lo que no está conforme con las leyes ya conocidas de gravitación universal, puesto que en el campo del Espiritismo caben todas las escuelas filosóficas, todas las religiones de buena fe, todos los credos políticos, porque los espíritus dan sus comunicaciones en todos los parajes de la Tierra, lo mismo en la gótica catedral que en la Pagoda indiana, lo mismo en la Mezquita que en la Sinagoga o en el humilde santuario de la montaña, lo mismo en la Academia de la Historia que en el club de los nihilistas, si los espíritus viven con nosotros, si toman parte en nuestras victorias y en nuestras derrotas, cuidad mucho de estudiar lo que os dicen y os aconsejan, que hay espíritus de luz y hay espíritus se sombra; no hay ni ángeles ni demonios en el espacio, pero sí hay inteligencias libres que hacen uso de su derecho y de su libertad, y nuestro deber es aprender a saber distinguir el oro del oropel; hasta ahora aunque se asegura que todos tenemos mediumnidad, ésta, no está desarrollada sino en un corto número de médiums, individuos que reúnen las condiciones necesarias para ser intérpretes de los espíritus, prestándose dócilmente a recibir sus inspiraciones.

Sin los médiums el Espiritismo no sería conocido, recibiría cada cual, inspiración sin saber que una inteligencia operaba sobre su cerebro, así es, que un buen médium, sin ser un ser privilegiado, sin concederle infalibilidad de ninguna especie, es tan útil al estudio del Espiritismo, que sin él, o mejor dicho sin ellos, sin los buenos médiums viviríamos aún entre las sombras de la ignorancia, y aunque los espiritistas (al menos en España) no pagan a ninguno de sus médiums, se les tiene sí, toda suerte de atenciones, y se les quiere y se les considera como instrumentos preciosos que te transmiten las dulces notas de la armonía universal.

¿Cómo no querer a los buenos médiums si de ellos recibimos inefables consuelos? ¿Si por ellos sabemos que no estamos solos en la Tierra, si por ellos hemos conocido las grandezas del infinito?.

No están retribuidos con cantidad alguna, es cierto; pero se les quiere tanto que llegan a constituir una parte de nuestra familia más querida; ahora bien, como en la Tierra abundamos más los malos que los buenos, no faltan en el Espiritismo sus falsos médiums, que envidiando las atenciones y consideraciones que se tienen con aquellos que son fieles intérpretes de los espíritus y queriendo ellos disfrutar también de aquel afecto y de aquella especial atención que se les tiene, fingen admirablemente comunicaciones de espíritus elevadísimos, o de espíritus familiares que consuelan a muchos incautos, a los cuales imponen su aparente voluntad, cuando en realidad es la voluntad del médium la que impera; y en esto hay que ir con muchísimo

cuidado, lo mismo que con los espíritus ligeros que se complacen en hacer creer que son fulano o mengano que ordena y manda sobre los deudos.

Tanto con los falsos médiums como con los espíritus engañadores hay que estar siempre en guardia; así como no hay rosa de olor sin espinas tampoco hay estudio científico que no tenga sus peligros, y si los químicos toman toda suerte de precauciones para no exponer su vida haciendo experimentos en sus laboratorios con sustancias y materias explosivas, los espiritistas debemos tomarlas también para no ser engañados ni por los espíritus ligeros ni por los falsos médiums.

¿Qué es la vida? Un estudio permanente, y la razón debe ser la balanza del entendimiento. Le oí decir a un Espíritu que el Espiritismo sin trabajo, es como un Cristo sin amor, que teníamos una obligación sagrada de estudiar y de aprender a conocer donde estaba la falsedad de los impostores y la sencillez de la verdad; que no haciéndolo así, éramos responsables de muchos males, primero de nuestra pereza en no querer trabajar, que para eso éramos seres racionales; segundo, que dábamos pábulo a la mala fe de los falsos médiums que atraen sobre sí malísimas influencias, porque la mentira atrae a los mentirosos, y hay médiums falsos que a lo mejor se ven atropellados por un Espíritu que maltrata su organismo sin consideración alguna; y tercero, que dando por buenas, comunicaciones apócrifas, se ayuda a los espíritus mentirosos en su mala obra, se les dan alas para que sigan mintiendo, estacionándose de nuevo en lugar de ocuparse de estudios serios, útiles a ellos y a los terrenales.

Hagamos una comparación. Una persona que se tenga por honrada pone gran cuidado en escoger sus amigos más íntimos, y trata siempre de intimar con aquellos que tienen mejor reputación, por aquello de “dime con quien andas y te diré quien eres”. Pues lo mismo debemos hacer con los espíritus; si nos vienen dando comunicaciones diciéndonos que si queremos encontraremos tesoros en minas inagotables para vivir sin trabajo, porque Dios premia nuestras virtudes adelantándonos sus bienaventuranzas en la Tierra, no les prestemos atención ninguna, porque nos engañan; en la Tierra no hay más tesoros escondidos que el bien que se practica, y si alguna vez se encuentran riquezas enterradas las halla el legítimo dueño de ellas sin aviso ninguno; los espíritus buenos no vienen a hundirnos en la honda sima de la holgazanería, de la vagancia, al contrario, nos inducen al trabajo y al estudio, y se debe desconfiar mucho de los espíritus que se convierten en médicos, porque le usurpan su trabajo a los terrenales, que estudian cierto número de años para ser útiles a la humanidad.

¿Para qué estamos entonces en la Tierra? ¿Para adquirir tras un fanatismo otro fanatismo, y tras una superstición otra superstición? No, y mil veces no; que estamos en este mundo para estudiar sus leyes por nosotros mismos, engrandeciendo nuestro sentimiento y sublimando nuestras aspiraciones; esta es la misión de los terrenales, no tienen otra que cumplir y la de los espíritus es mostrarnos como lo vienen haciendo, que nuestra historia comenzó no sabemos cuando, que continuamos escribiendo sus capítulos en la encarnación actual y que su epílogo nunca lo podremos escribir porque vivimos en brazos del tiempo, y el tiempo es un libro que no se concluirá jamás.

¡Qué grande se presenta Dios, concediendo al Espíritu el progreso indefinido!... por eso los verdaderos espiritistas comprenden mejor la grandeza de Dios. ¡Vivir siempre! ¡Elevarse desde el átomo al ser inteligente, que es un motor eterno! ¡Al ser inteligente que es un foco de la luz de Dios! ¡Ser un sabio

profundo que mide las distancias que separan a los planetas y pesa los mundos! ¡Ascender desde el salvaje a ser un Cristo!... a ser un Sócrates! Y toda esa elevación debida al trabajo incesante del Espíritu. Tener la certidumbre de que uno no es pobre, que no es huérfano, que no está desheredado. ¡Bendito sea el Espiritismo, hermanos míos! ¡Consagremos a su racional enseñanza las mejores horas de nuestra vida; demos luz a los ciegos de entendimiento, demos el pan del alma a los que se creen solos en el Tierra, porque un momento de soledad es la negación de Dios para el Espíritu; demos el agua del amor a los sedientos de justicia y adoremos al Ser Omnipotente en Espíritu y verdad!

¡Dios es la ley, pues todo vibra en Él! ¡Dios es lo exacto, Dios es el fiel de la balanza eterna! Él sólo sabe pesar las conciencias: cada conciencia es un timbre en el espacio que sólo Dios sabe tocar.

¡Adiós espiritistas! No olvidemos nunca que Dios ha palpitado siempre en la eternidad, que la ley de amor es la ley de las gravitaciones del Universo, que Dios es el complemento del cálculo infinito, y que las ciencias exactas, son las puertas del templo de Dios!

Estudiemos para ser sabios, practiquemos la caridad para ser buenos, ¡Adelante hermanos míos! El progreso indefinido es nuestro patrimonio, las comunicaciones de los espíritus son luz y vida eterna.

¡Bendito sea el Espiritismo, hermanos míos!... ¡Bendito sea! Por él se ha unido la gran familia; ¡Bendita! ¡Bendita sea la fraternidad Universal!

CAPÍTULO V

MEMORIAS DE UNA MUJER

Es costumbre antiquísima que cuando se escribe un libro le acompañe su correspondiente dedicatoria, y por regla general, los escritores siempre se han puesto bajo la salvaguarda de un nombre ilustre, buscando la sombra de un Mecenas; otros, dominados por piadosos recuerdos, han dedicado sus inspiraciones a la memoria de sus deudos más queridos; y yo al dar comienzo al relato de mi azarosa existencia, no dedico mi obra a la persona más querida de

mi corazón, porque es muy débil la ofrenda; para el amor inmenso de una madre (de una madre como la mía). La historia de miles de siglos sería débil testimonio de mi inmensa gratitud hacia la noble mujer que me consagró todo el amor de su alma, amor que no he visto en ninguna otra madre, amor que no pertenecía a este mundo. La figura de mi madre engrandecida por treinta años de ausencia y por la amarga y dolorosa experiencia de la vida, hoy aparece ante mis ojos como la imagen de la divinidad del sentimiento, como la encarnación del amor, como el guía eterno de mi Espíritu; la veo muy cerca de mí porque yo soy su punto de atracción en la Tierra, y al mismo tiempo la considero tan lejos de mi círculo de acción por la grandeza de su Espíritu, que me parece una anomalía, un contrasentido dedicarle el relato de unos cuantos años de expiación.

¡Ella está a tanta altura!... que no debe confundirse lo divino con lo humano. En cambio, tengo una familia muy numerosa en la Tierra con la cual estoy siempre en contacto, familia que cada día la quiero más, porque cada día aprecio mejor los sufrimientos de las mujeres pobres, abandonadas a sus propias fuerzas, y a estas desdichadas mártires de la miseria, víctimas de un trabajo superior a su débil organismo, a estas dedico **mis memorias** ¿Y a quién mejor que a mis compañeras de padecimientos? A las que calman su sed con sus lágrimas a las que tienen frío dentro de su hogar, a las que se quedan solas en la Tierra a merced del infortunio, a las que consumen su existencia dentro de un taller insalubre, a las que trabajan en su casa junto al lecho de un enfermo querido, a las que se levantan cuando aún las estrellas envían sus pálidos fulgores sobre la Tierra, y se acuestan después de la media noche, rendidas de cansancio y de angustias, a las que padecen hambre de pan y sed de amor, a las que no escuchan una palabra de cariño, a las infelices huérfanas que no han recibido el beso de una madre, a las madres de familia que tiemblan cada vez que son madres porque aumentan el número de los esclavos de la miseria, a las esposas abandonadas rodeadas de pequeñuelos hambrientos, a las huérfanas entregadas a sí mismas, a todas las mujeres en fin, que sufren el peso de su expiación, dedico **mis memorias**: libro inútil en la biblioteca de los sabios y de los felices de la Tierra, pero en cambio libro de consulta para esas desgraciadas criaturas que no tienen más patrimonio que el dolor y que se creen olvidadas de Dios y de los hombres.

El estudio del Espiritismo me ha hecho amar a la humanidad, especialmente a las mujeres que sufren, porque son las culpables de ayer, mis íntimos compañeros de otros siglos con los cuales indudablemente falté a las leyes morales de este planeta; porque el dolor de hoy, es la consecuencia de los desaciertos cometidos cuando el Espíritu no conocía otra ley que su omnímoda voluntad. Inspirándome inmensa compasión las mujeres que cruzan solas la senda de la vida; solas, no porque a veces les falte familia, sino porque les falte un alma que las comprenda; y deseando hacerlas copartícipes de la gran fortuna que he adquirido hace veinte años, quiero demostrarles como en medio de la más horrible soledad, del abandono más completo, sin salud, sin recursos para vivir, sin una voz amiga que nos diga levántate y anda, cuando la mujer conoce a fondo el Espiritismo, cuando se convence que de ella depende su engrandecimiento o su degradación, en el terreno más estéril hace brotar flores y en la roca más dura un manantial de agua cristalina que calma su ardiente sed.

El convencimiento de su pequeñez es lo que estaciona a los espíritus; y mi propósito al escribir **mis memorias** es demostrar con hechos innegables

que nadie es pequeño cuando se quiere engrandecer. La mujer más pobre, la más abandonada, la que el infortunio convierte en hoja seca que el viento arrastra a su capricho, puede llegar a ser grande convirtiéndose en maestra de aquellos que saben menos que ella; y no se necesita para esto ser una especialidad ni tener un talento gigante, ni poseer virtudes de primer orden, ni haber venido a este mundo en misión, nada de esto, muy al contrario, viniendo sencillamente a pagar lo mucho que debemos de anteriores existencias, con más vicios que virtudes, con más defectos que buenas cualidades, adquiriendo únicamente la completa, la absoluta convicción de que nadie nos puede salvar más que nosotros mismos; que ni el amor inmenso de una madre podrá conseguir del Eterno la rebaja de un año de condena, ni todos los ruegos de los ascéticos anacoretas conseguirán que Dios quebrante sus leyes inmutables a favor de este criminal o de aquel pecador arrepentido, sino que cada uno ha de labrar el terreno que le conceden en una existencia, y a su laboriosidad deberá únicamente las buenas o malas cosechas; esta certidumbre es la que convierte al pigmeo en gigante, al criminal en hombre honrado, a la mujer abandonada en útil y prudente consejera de los atribulados, a la mendiga sospechosa, en depositaria de bienes ajenos para repartirlos entre los necesitados; todo esto y muchísimo más se consigue con el estudio razonado del Espiritismo: el huérfano encuentra padres en el espacio, el asesino medios para regenerarse, la mujer sin familia y sin hogar, halla deudos que le dicen: No nos has perdido, pagas tus deudas, pero todo tiene fin menos el progreso de tu Espíritu, ¡Levántate y anda!

Esto me dijeron los espíritus hace treinta años, pero tuvieron que transcurrir muchos inviernos para que yo apreciara el valor de aquellas palabras proféticas. Entonces yo era muy joven, no tenía la menor idea de que hablasen los muertos, y cuando el presbítero D. Antonio Mazzini me entregó en Cádiz la comunicación que habían obtenido en una sesión espiritista dedicada a **una mensajera del progreso**, la leí y la guardé, más bien por agradecimiento de que se hubiesen acordado de mí, que por comprender su verdadero sentido; la comunicación decía lo siguiente:

"Ha llegado una paloma herida, que abandonó su nido; tenía que abandonarlo para recorrer la Tierra, porque es **una mensajera del progreso**".

"Mujer, no llores porque has roto tus lazos de familia, tu familia es ingrata y no te merece, tu familia no está en ese mundo, la encontrarás más tarde en el espacio".

"Por esta vez estarás libre del yugo marital, tiende sola tu velo, que a la sombra de tus alas, un día reposarán los afligidos".

"Ismael"

Si he de hablar con toda ingenuidad, diré que la profecía de no encontrar un marido me hizo muy poco feliz, pues ya había perdido a mis padres, no tenía más que parientes ingratos a los cuales estorbaba mi presencia, nadie me prestaba amparo en la Tierra y la perspectiva de una vida solitaria sin bienes de fortuna, sin hábitos de pobreza, puesto que no me habían enseñado ningún oficio, ni me habían hecho estudiar carrera por la falta de la vista, (pues yo siempre he vivido a la mitad) me colocaban en una situación muy difícil; así es que la primera comunicación que me dieron los espíritus me fue muy

desagradable; agradecí el interés de los espiritistas gaditanos, pero las palabras del Espíritu me hicieron decir con profunda tristeza:

-Si esto fuera verdad ¡Dios mío!... ¡Qué desgraciada voy a ser! Sola en la Tierra... ¡Qué horror! Dicen que a mi sombra se acogerán los afligidos ¿Y qué sombra podré yo dar? Los árboles secos no dan ninguna; y la mujer que no se casa es un árbol seco.

La verdad es, que para estos augurios aunque no se hubiesen acordado de mí no hacía falta ninguna, y muy descontenta guardé la comunicación por agradecimiento a los espiritistas, pero muy enojada con el Espíritu que en breves frases describió el derrotero de mi existencia.

Entonces se cumplió el adagio: "No por mucho madrugar amanece mas temprano". Todo mi progreso se lo debo al estudio del Espiritismo y a las comunicaciones de los espíritus, y sin embargo, como al recibir la primera comunicación yo no tenía la menor idea del destino del alma, como creía buenamente que aquí comenzaba y acababa la vida, como la creencia en Dios no tenía en mi mente el desarrollo necesario, y la religión católica apostólica nada decía a mi alma, para mí el espacio estaba poblado de astros, pero no de humanidades, así es que me parecía una burla encontrar familia entre las estrellas; y esto de no encontrar un marido, el mayor de los infortunios, puesto que consideraba a la mujer con el mismo destino que las plantas trepadoras, para mí entonces la mujer tenía perfecta semejanza con la hiedra, tenía que enlazarse a un algo que la sostuviera, si no sus débiles ramas se romperían arrastradas por el suelo. Yo no le concedía entonces a la mujer vida propia, yo ignoraba que el Espíritu pudiera progresar con la pesada armadura del guerrero y con la blanca toca de la hermana de la caridad; para mí el hombre era el árbitro de los destinos, sin él la mujer estaba condenada al ridículo, a ser un juguete en la sociedad, así es, **que tender mis alas y dar sombra a los afligidos**, era un jeroglífico, era un problema que yo no podía descifrar ni resolver, y tuvieron que pasar muchos años para comprender la profunda verdad que encerraban aquellas palabras.

Recordando la primera comunicación que me dio un Espíritu he adelantado los sucesos, puesto que de un salto he dejado atrás los primeros años de mi vida, el idilio de mi existencia, y esto no debe ser, porque es necesario hablar de un periodo de luz para luego apreciar mejor el horror de la sombra.

No hay en mi actual encarnación, el interés que inspira una novela que encierra en sus hojas todos los horrores del crimen y las ansiedades de los remordimientos.

Gracias a Dios, por esta vez no he cometido ningún crimen (al menos hasta ahora), no he tenido la desgracia de llevar en mis brazos un hijo desfallecido por el hambre, no he gemido en ninguna cárcel ni he sufrido la persecución de la justicia, no he adquirido grandes responsabilidades, pero he pagado muchas deudas y he sido castigada como merecían mis desaciertos de ayer.

Al escribir **mis memorias** no trato de la exhibición de mi individualidad, porque no he destacado ni en vicios ni en virtudes, he sido en todo una medianía física y moralmente considerada; pero sí ofrezco mi existencia de expiación para que en ella estudien las mujeres que vivan en las condiciones que yo he vivido, sin familia, sin recursos, sin salud, para que adquieran como yo adquirí el convencimiento de mi grandeza espiritual, la certidumbre de un progreso indefinido para el Espíritu.

Este bien inapreciable, este conocimiento de la vida futura, es el único legado que yo puedo dejar a mis compañeras de destierro; y en verdad que si bien se considera, es una herencia de gran valía; porque sólo el que se encuentra en la Tierra (desheredado al parecer) sin familia, sin hogar, sin más porvenir que un Asilo de mendicidad para los últimos años de la vida y un Hospital para morir, puede apreciar en su inmenso valor el gran consuelo que ofrece el estudio razonado del Espiritismo; la comunicación de los espíritus ¡Cuánto bien hace a los seres afligidos! Las más terribles tribulaciones se sufren con resignación, no diré que se paguen las deudas de pasados crímenes con evangélica alegría, no; sólo las religiones que han propagado tantas mentiras, son capaces se asegurar que se bendice a Dios cuando se padecen crueles dolores.

En el potro del tormento, un alma racional libre de fanatismo y de supersticiones no puede entonar himnos de alabanza a su Creador; podrá pedir misericordia a su divino Padre como la pidió Jesús, cuando dijo: **Señor, aparta de mí este cáliz**; pero estar contento y satisfecho no, porque el sufrimiento humilla al Espíritu que sabe pensar, puesto que comprende que en aquel periodo de su existencia no es útil a nadie, se asemeja al presidiario ¿Qué bien reportan a la sociedad los confinados? Ninguno; son miembros desprendidos del gran cuerpo social, que faltos de savia se consumen lentamente impotentes para hacer el mal, lo mismo que para hacer el bien; pues un Espíritu en sufrimiento dominado por los dolores físicos o perturbaciones morales, prisionero de su expiación, está completamente estacionado, cumple su condena y nada más; y el espiritista convencido cuando lucha en medio de las olas de la vida, aunque comprenda que se va a fondo dice con tristeza: Por hoy me hundo, pero mañana yo me levantaré porque no adquiriré nuevas responsabilidades y libre de exigentes acreedores tenderé mi vuelo y llegaré donde otros han llegado.

No todo acaba aquí, y este convencimiento consuela de un modo extraordinario porque no se acaba la esperanza; en cambio cuando en nada se espera, cuando está uno persuadido de que en todas partes estorba, cuando se vive como el pez fuera del agua, entonces no hay otro pensamiento que el suicidio. Yo puedo asegurar que he pasado más de veinte años en esta existencia pensando únicamente de qué manera se moriría sin dolor. Recuerdo que una anciana católica ferviente, amiga de mi madre, cuando oía mis lamentaciones me decía con la mayor dulzura:

-Muchacha, tú estás loca, tú te rebelas a la voluntad de Dios, ¿No sabes que si padeces es porque Dios lo quiere?

- Señora, no diga usted disparates: Dios no puede querer que yo maldiga la hora en que nací. El que ha hecho todo lo más hermoso ¿Cree usted que puede complacerse en atormentarme? ¿Y para qué? ¿De qué sirve mi sufrimiento? ¿Qué ventajas obtiene la sociedad de que yo viva muriendo?

La buena señora se encogía de hombros y le decía a mi madre: tú tienes la culpa de que Amalia sea una descreída, si no la hubieras enseñado a leer, viviría como yo he vivido, tranquila y contenta sin meterme en honduras.

Y en verdad que las tales honduras me hacían sufrir horriblemente, porque no conformándome con el infortunio pedía cuentas a Dios por haberme dado tan poca luz en mis ojos y tanta luz en mi alma; y ahora reconociendo una causa suprema, o perdiéndome en un mar de conjeturas, concluía siempre por decir: Cuando un miembro se gangrena se corta, pues cuando un cuerpo para nada sirve ¿A qué procurar que arrastre su cadena? Lo mejor es concluir de una

vez; viva en buena hora el que tenga un padre anciano que mantener, hijos a quien educar, esposa o marido con quien compartir su suerte; pero yo no tengo a nadie en el mundo, ¿No es hasta una estupidez que viva sin fe en el alma, y sin luz suficiente en mis ojos para dedicarme al trabajo? ¡Morir! ¡Oh! Sí, morir debe ser la suprema felicidad, y cuando algún desgraciado se suicidaba yo le admiraba y le envidiaba su valor, que es hasta donde puede llegar el desencanto de la vida y el desaliento de la impotencia; en cambio, cuando los espíritus me convencieron de que había un más allá, cuando mi madre después de 18 años de ausencia me dijo en el Centro Espiritista de Tarrasa:

"¡Hija mía!... nunca me he separado de ti; la Tierra es mi cárcel porque tú estás en ella. Tú eres mi culto y mi religión, yo vivo por ti y para ti; para mí en el Universo no hay más que tú; bien he vivido y me he creado numerosa familia, en el transcurso de muchos siglos; pero ninguno de mis deudos me atrae como tú, ¡Eres tan desgraciada! ¡Estás tan sola!... Trabaja en tu progreso ¡Hija mía! Que te va faltando la luz en los ojos y en el alma. ¡Yo te daré una nueva familia! ¡Yo le diré a los espiritistas que te amen, yo les inspiraré para que no te abandonen! ¡Tú no padecerás hambre! ¡Tú no sentirás frío! ¡Tú morirás rodeada de pobres que te bendecirán y acompañarán tus restos llorando con profundo desconsuelo!. ¡Trabaja hija mía! Trabaja sin descanso interpretando el pensamiento de los espíritus, que puedes hacer mucho bien a la humanidad".

Tu Madre

Lo que yo sentí al escuchar la primera comunicación de mi madre dada por el médium parlante Miguel Vives, no encuentro frases para describir mis encontradas emociones, porque no las hay en el lenguaje humano; pero mi alegría y mi enternecimiento fue superior a todas las alegrías terrenales.

Como el proscrito que vuelve a su patria después de pasar toda su juventud en el destierro, como el ciego que cobra la luz, como el ser calumniado que al fin le devuelven la honra y la libertad, como el mendigo que de pronto se ve dueño de inmensas riquezas, como el niño perdido que encuentra a su madre después de pasar muchos días sufriendo hambre y sed, todo esto y muchísimo más, encontré yo con la comunicación de mi madre; renacieron en mí los más nobles propósitos, me juré a mí misma ser útil a la humanidad, comprendí todo lo que se puede conseguir, con el trabajo y la buena voluntad; en resumen, nací de nuevo.

Mas ahora reparo que este capítulo lo haría interminable si me dejara llevar de mis recuerdos; y quiero dar comienzo **a mis memorias** ordenadamente, principiando como es natural por mis primeros años.

Mujeres que sufrís, compañeras de destierro; cuando el dolor os abrume no os desesperéis, yo os lo ruego; la desesperación es el estacionamiento del Espíritu: exhalad vuestras quejas, sí, llorad, el llanto es el rocío del alma, y cuando pase la primera crisis, aprovechad los momentos que tengáis libres y estudiad entonces en un libro humilde: "**Memorias de una mujer".**

CAPÍTULO VI

PRÓLOGO DE UNA HISTORIA

En los dieciocho años que día por día, hemos ido estudiando los fenómenos del Espiritismo, nos hemos convencido cien y cien veces, que la comunicación de los espíritus es una verdad innegable, es la realidad más absoluta sin dejar lugar a la menor duda; se podrá dudar de la identidad del Espíritu que se comunica, pero no de que los espíritus nos hablan y nos cuentan sus impresiones en el espacio y las inquietudes que sufren cuando contemplan nuestra lucha por la existencia, lucha en la cual se da la vida por la vida; pero nuestra convicción es tan profunda, que si todos los espiritistas de este globo declararan que la comunicación de los seres de ultra-tumba es una alucinación de los sentidos, nosotros diríamos que la comunicación de los espíritus es tan verdadera como la luz del Sol que nos alienta: a pesar de nuestra íntima persuasión, cada vez que una prueba evidente nos manifiesta la vida que se desenvuelve tras de la tumba, sentimos una satisfacción tan inmensa, que nos apresuramos a hacer partícipes de ella a nuestros habituales lectores para

llevar a su mente en la escasa medida de nuestras fuerza la convicción que nos hace vivir consolados en medio de las más grandes tribulaciones.

Hace tres días que estando hablando con varios amigos en nuestro gabinete sobre los desengaños que las jóvenes reciben en la edad de las ilusiones, y lo difícil que es, que se arraigue la amistad completamente desinteresada entre dos muchachos de distinto sexo, súbitamente brotó en nuestra mente un recuerdo, el de José Álvarez, un amigo de nuestros primeros años, que lo conocimos en los jardines del Alcázar de Sevilla del modo más poético que se pueda imaginar.

Sin saber por qué, nos llamó la atención aquel recuerdo cuando en el largo periodo de más de treinta años, nunca habíamos pensado en él.

A la mañana siguiente nos levantamos con la imaginación muy dispuesta a trabajar, y cuando estábamos concluyendo de arreglar nuestro cuarto, comenzamos a recordar una poesía dedicada a una rosa que nos había dado Álvarez, nuestro amigo de la adolescencia.

Al recitar la composición dimos principio por la segunda estrofa, y con un leve esfuerzo recordamos perfectamente una poesía escrita hacia 39 años, de la cual no conservamos, como es natural, ninguna copia, que las flores de la juventud como todas las flores de la Tierra, cuando se secan sus marchitas hojas se las lleva el viento, y en nuestra azarosa existencia no hemos consagrado al pasado el menor recuerdo; hay encarnaciones en las cuales el Espíritu parece un marino perdido en alta mar, y en aquel naufragio sólo se piensa vivir por horas; no se permite uno el lujo de entregarse a recuerdos cuando la lucha del presente absorbe todas nuestras facultades, así es que me sorprendió vivamente aquella reminiscencia, me pareció que en aquellos instantes una mano invisible levantaba una punta del velo que cubre mi pasado, y vi el jardín del Alcázar de Sevilla, con todos sus encantos, y entre sus arrayanes me vi joven y risueña acompañada de mi madre y de mis amigos.

¿Habrá muerto Álvarez y querrá comunicarse conmigo? Veremos: ¿Será que mi Espíritu durante el sueño de mi cuerpo ha querido recorrer los lugares que un día fueron su encanto? Y no fiándome de mí misma, aproveché la oportunidad de haber venido el médium que me ayuda en mis trabajos y le pregunté al Padre Germán a qué obedecía aquel extemporáneo recuerdo.

-"A qué obedece que me preguntes pues, (contestó el Espíritu) a la causa más sencilla y más natural; tu amigo de la juventud dejó la Tierra, tendió su vuelo y después de haberse elevado a gran altura, vuelve hacia ti con el propósito que él mismo te dirá, que cada Espíritu tiene su libre albedrío y no seré yo quien me adelante a decirte lo que él piensa, que es justo dejarle a él todo el mérito de su proyecto: acepta pues su comunicación que es un buen amigo que hoy se encuentra en el espacio".

Dominada por melancólicos recuerdos he dejado pasar algunas horas, hasta que tomando la pluma he dicho a mi antiguo amigo: te espero.

"Estoy aquí; no me esperabas... ¿Es verdad? ¡Han pasado tantos años para ti! Porque lo que es para mí no han transcurrido ni dos segundos, se mide el tiempo de muy distinta manera en la Tierra que en el espacio. A los terrenales, por regla general, los instantes os parecen siglos y a los desencarnados las épocas que abarcan varios siglos las consideramos como breves momentos. En la vida eterna del Espíritu ¿Qué son 39 años? Menos que un átomo perdido en la inmensidad; pero tú estás en la Tierra y ajustando mis apreciaciones a las tuyas te diré: ¡Cuánto tiempo hace que nos conocimos! ¿Te acuerdas?... era una tarde de primavera, en los Jardines del Alcázar de Sevilla,

una multitud de mujeres jóvenes y bellas, (porque no hay juventud sin belleza) cruzaban en todas direcciones por aquellos encantadores vergeles, con sus paredes cubiertas de hojas de naranjos, con sus glorietas cerradas por muros de arrayanes, con sus canastillos de rosas, rosas hermosísimas que atrajeron tu cándida mirada y que fueron la causa de nuestra amistad, ¿Te acuerdas? Aún te veo con tu vestido de color de rosa, con tu velo blanco, con tus rubios cabellos y tu blanca tez: nunca fuiste hermosa, pero había en ti algo que atraía, era tu alma, que muy superior a tu cuerpo arrojaba sobre éste la magia de su poesía, de su sentimiento; al verte me impresioné de tal manera que cualquiera hubiera creído que me había enamorado de ti; y no era así en realidad, ya estaba marcado el derrotero de mi vida, pero tuve el presentimiento de que ibas a ser muy desgraciada y hubiera querido salvarte del abismo".

"Sentí amar a otra mujer; hubiera querido darte mi nombre para decirte: vive a mi sombra; pero no pudo ser, porque tú no venías a la Tierra para reposar en un lugar humilde separada de los abrojos y de las penalidades; tenías que luchar con todas las miserias, con todas las humillaciones de la pobreza y de la soledad; sin yo saberlo, entonces fui el destinado para despertar en tu alma el purísimo sentimiento de la amistad. Yo fui el primer hombre que puso en tus manos una rosa de cien hojas, de embriagador perfume y de bellísimo color; tu buena madre me miró sonriendo dulcemente dándome gracias con sus expresivas miradas por mi galantería".

"Hablamos mucho tú y yo, y recuerdo que dijiste con encantadora ingenuidad; ¡Que tarde tan hermosa!".

"Es verdad, tenías razón, (te contesté con el mayor entusiasmo) es una tarde de color de rosa, el cielo, vuestro traje, y la flor que os he ofrecido, todo tiene igual color, la rosa cuya fragancia aspiráis con deleite perderá su embriagador perfume, pero puede conservarlo si vos queréis".

¿Cómo? me preguntaste con inocente asombro.

"De una manera muy sencilla, dedicando unos versos a esa rosa cuyas hojas por mucho que las guardéis se convertirán en polvo, mientras que vuestro canto resonará eternamente".

"Yo entonces ignoraba que mi Espíritu sobreviviría a mi cuerpo, y que 39 años después te recordaría las sencillas frases de tus versos; cópialos ahora, son la página más pura de la historia de tu actual existencia".

A UNA ROSA

"Flor de hermosura ideal,
bella y delicada rosa,
yo te contemplé orgullosa,
en un jardín oriental".
"Hubo un ser que comprendió
que admiraba tu hermosura;
temerario te arrancó:
en mi mano te dejó,
y le miré con ternura".

"Otra vez nos encontramos
y en memoria de la rosa
cariño eterno juramos;
de amistad pura y preciosa
un santo lazo formamos".
"Hoy tus hojas sin color
las contemplo y las bendigo;
pues me dieron un amigo
que es una ignorada flor".

"¿Ves cómo se ha cumplido lo que yo te dije en los jardines del Alcázar de Sevilla? La rosa que yo arranqué para ti, la guardaste algún tiempo, después... cuando me uní a otra mujer te pareció que serías culpable guardando un recuerdo mío y la entregaste a merced del viento".

"Tus versos se grabaron en mi memoria, ninguna copia de ellos había en la Tierra, porque yo destruí la que poseía una hora antes de recibir la bendición nupcial, pero nunca los olvidé; siempre que te veía se me oprimía el corazón y lamentaba no haber sido libre para haberme unido a ti y no es porque te amaba, no; mi esposa, la madre de mis hijos era la mujer de mis sueños terrenales y tu alma poética y apasionada, tu infortunio, algo misterioso que yo adivinaba en ti, me hacía querer tu Espíritu, que triste y solitario, yo presentía que cruzaría la Tierra".

"Lloré con tus primeros desengaños sin que nadie supiera la parte activa que yo tomaba en tus dolores, y cuando tu destino te llevó lejos de Sevilla me alegré, me hacía sombra la sombra de tu infortunio".

"Cuando dejé la Tierra me fui todo lo lejos que mi progreso me permitía, y en medio de la luz, en medio de la inmensidad, libre y enteramente dichoso, súbitamente me acordé de ti y acto continuo leí la historia de tu actual existencia, sintiendo un placer purísimo al leer la primera página en la cual se encontraba una rosa y una poesía. Desde entonces te sigo en tu penosa peregrinación, y de acuerdo con el elevado Espíritu que tú conoces con el nombre humilde del Padre Germán, me he puesto en relación contigo para aconsejarte lo que él ya te indicó hace tiempo; que dieras comienzo a escribir tus **memorias** porque harás un gran bien a las mujeres pobres, entregadas, abandonadas a sus propias fuerzas; escribe sin reserva, sin temores, cuenta una por una todas tus decepciones, di lo que sentiste cuando te faltaba la luz en tus ojos y en tu alma; di cómo te levantaste de aquella postración, cómo buscaste la fuente de la verdad para saciar tu sed de infinito. ¿Crees que no será un libro interesante? Sí lo será; tu Espíritu en esta existencia ha dado un paso gigante: ¿Crees que sólo vale la historia de la matanza universal? No; la historia de los espíritus caídos es de gran enseñanza, y en las páginas que dejes escritas, muchas mujeres llorarán sobre ellas. Yo he querido dictarte el **prólogo** de tus **memorias** ¿Quién con más legítimo derecho? Ninguno: yo fui tu primer amigo, el que te presentó la flor que simboliza la vida de la mujer, breve en su lozanía y siempre rodeado de espinas el tronco de su existencia".

"Alégrate aunque ya no eres la niña de blanca tez y cabellos de oro, de mirada ingenua y alegre sonrisa, y no te engalanas con trajes de color de rosa, y blancos velos; pasó para no volver la juventud de tu cuerpo, pero no ha pasado ni pasará nunca la eterna juventud de tu alma, ésta cada día irá adquiriendo nuevas perfecciones, en cada existencia alcanzará nuevos triunfos, los palacios de la ciencia se abrirán ante ti, y en ellos penetrarás con regocijo".

"En los asilos benéficos te esperarán los niños, y cuando te retardes se dirán unos a otros: ¿Por qué no habrá venido aquella señora tan buena?... Esta regeneración del Espíritu no es obra de un año ni de ciento, se necesitan muchas encarnaciones de lucha y de sufrimiento para refrenar las pasiones y hacer el bien sin esperar recompensa; para perdonar todos los agravios y abstenerse de inferir ofensas, el trabajo del perfeccionamiento del Espíritu es muy lento amiga mía, pero no por su lentitud pierde un átomo de su grandísima importancia".

"¿Ves cómo las verdaderas amistades ni la muerte las rompe? ¿No es verdad que te sorprendió agradablemente recordar la poesía que tan borrada la tenías en tu imaginación? ¿Qué es pues el tiempo transcurrido? ¿De qué manera ha influido en nuestros espíritus? Tú me has recordado, (sin saber por qué) con dulce melancolía, diciendo con inmensa satisfacción:

-Nuestro afecto fue tan puro como el perfume de aquella rosa. Yo por mi parte recuerdo, mejor dicho, veo aquellos días de juventud del cuerpo, llenos de ilusiones y de halagüeñas esperanzas, aquellas ilusiones y aquellas esperanzas tenemos la eternidad para realizarlas, ¿Por qué pues lamentas unos cuantos años de angustia, si estos te han servido para engrandecer las aspiraciones de tu alma, que es la que ha de vivir eternamente?"

"Tú que siempre te lamentas de tu soledad, tú que dices con amargura que no quieres profundizar en ningún afecto, para que el cieno no aparezca en la superficie, cuando menos lo pensabas has vuelto a encontrar un amigo que tuviste en la Tierra, que hoy se asocia a tus trabajos para ayudarte a escribir **tus memorias**, créeme amiga mía: será un trabajo útil para ti, y provechoso para las mujeres pobres y abandonadas a sus propias fuerzas; por hoy te dejo, necesitas reposo. Tu primer amigo".

Álvarez

Cuanto ha dicho el Espíritu es muy cierto; su encuentro nos ha producido una inmensa satisfacción, y estamos dispuestos a seguir sus consejos; lanzaremos una mirada a los 39 años transcurridos y consagraremos un recuerdo a nuestra debilidad y a nuestras energías; a nuestros inmensos dolores y a nuestros breves goces, si este trabajo nos conviene para dar un paso en la senda del progreso, no titubearemos ni un segundo, y al prólogo de **las memorias de una mujer**, seguirán los capítulos de una historia de expiación, pero como el tiempo no tiene fin, con el transcurso de los siglos tal vez escribiremos relatos interesantísimos de hechos heroicos, en los cuales nuestro Espíritu haya sido el héroe por su ciencia y por su inmenso amor a la humanidad.

Al que llama le responden, al que pide le conceden, nosotros llamaremos y pediremos la ciencia para comprender la omnipotencia de Dios y el amor de los amores para hacer el bien, por el bien mismo, y ser uno de los grandes hombres que implanten en la Tierra la fraternidad universal.

CAPÍTULO VII

¡CUANTA DICHA PERDIDA!

Tras realizar la lectura de unas notas referentes al divorcio, he escrito lo siguiente:

Durante el año de 1.885, el número total de los divorcios fallados en París fue de 1.242. Si estas 2.484 personas se hubiesen comprendido ¡Cuántas familias dichosas! ¡Cuántos seres felices! Pero no se han entendido: se unieron los cuerpos quedando separadas las almas; y ha resultado lo que debía resultar, el mutuo hastío.

¡Qué cuadro tan desconsolador! ¡Cuántos hogares vacíos! ¡Cuántos niños sin el dulce calor de la mutua ternura de sus padres! ¡Qué poco se ama la humanidad!.....

No soy, sin embargo, enemiga del divorcio. Creo preferible la separación de dos seres que se repelen entre sí, a que vivan unidos atormentándose el uno al otro, faltando a sus deberes en muchas ocasiones, sufriendo en otras esas humillaciones, esos desvíos que llegan a exasperar el Espíritu de tal manera que su sufrimiento es completamente estéril. Aun cuando las religiones aseguran que el padecimiento borra la mancha de la culpa, yo creo que si el dolor es superior a las fuerzas del individuo, el Espíritu se anonada, se humilla, y en la humillación no adelanta ni un solo paso en la senda del progreso; y si se subleva, si pregunta airado a su destino el porqué de su triste y adversa existencia, tras la pregunta suelen venir la impaciencia y la desesperación, con lo cual contrae el Espíritu nuevas responsabilidades.

No soy partidaria de que el hombre o la mujer lleve más cruz que la que buena y racionalmente pueda sostener sobre sus débiles hombros; no estoy por esos martirios que sufren muchas mujeres rebajando su dignidad convirtiéndose en esclavas, cuya estúpida resignación me inspira a la vez lástima y desprecio: la mujer nunca debe descender hasta la degradación de sufrir sin murmurar el ultraje, el insulto y los golpes del hombre inhumano que, dominado por los vicios, convierte su hogar en un horrible infierno.

La mujer no ha venido a la Tierra para ser únicamente la hembra del hombre; su misión es más noble, más grande, más productiva, más elevada, y el divorcio viene a libertar a la mujer de su vergonzosa servidumbre.

Pero el divorcio me hace un efecto parecido al que causa la amputación de un miembro. Bien conozco que cuando se corta un pie, una mano, un brazo o una pierna, es porque la gangrena amenaza invadir todo el cuerpo y sólo la separación del miembro enfermo puede evitar la muerte del individuo, con todo; los preparativos de la operación y la frialdad de los operantes hacen daño a un alma sensible. De aquí la penosa impresión que me causa la separación de dos seres que han vivido juntos, y que creyeron por algunos instantes no poder vivir el uno sin el otro.

Nunca olvidaré un día que estando en Madrid fui a ver a una de mis mejores amigas, en el momento crítico que su marido abandonaba el hogar doméstico por mutuo consentimiento.

Cinco años habían vivido juntos Elisa y Tadeo. Durante este tiempo los había visto muchas veces paseando por el Buen Retiro, el jardín Botánico y las alamedas de la Castellana, hablando y riendo alegremente, tranquilos y felices en medio de su pobreza, cosa no muy común entre los pobres de levita, cuya miseria es mucho más insoportable que la de aquellos a quienes lo mismo les da salir a la calle vestidos como desnudos.

Elisa y Tadeo pertenecían a esa clase desgraciada cuyos individuos se alimentan moderadamente, para poder comprarse él un cuello de pieles y un sobretodo y ella un abrigo y un sombrero, pero que disfrutan y olvidan su escasez cuando se codean en el paseo con las personas elegantes, sin desmerecer de ellas.

Yo que tantas veces había visto a Elisa cosiendo de día y de noche la ropa de su marido para que siempre fuera limpio, arreglado y hasta bien vestido, cuando, sin tener el menor antecedente, entré en su hogar una mañana temprano y la encontré pálida como una muerta, arreglando un baúl, mientras su marido ataba un fardo de un colchón, mantas y almohadas, con los muebles en desorden, y un mozo separando los que Elisa le señalaba, sentí una angustia indefinible. Quise irme, pues hay ocasiones en que hasta los mejores amigos son importunos; y, aunque yo nada sabía, adivinaba por los semblantes de Elisa y Tadeo que se trataba de un acontecimiento grave.

-No, no; no te vayas; me dijo Elisa: no sabes el bien que me hace tu venida. Siéntate en el gabinete, que pronto iré a tu lado.

La obedecí, y poco rato tuve que esperar. Vino seguida de Tadeo, que me saludó cortésmente y salió del gabinete sin despedirse de su esposa.

Se oyó cerrar la puerta y aquel ruido hizo estremecer a Elisa que estaba en pié con los codos apoyados en la cómoda, oprimiéndose la frente con ambas manos, y hubiera caído al suelo si yo no la hubiera sostenido en mis brazos haciéndola sentar en un viejo sofá. Elisa reclinó su cabeza en mi hombro y lloró silenciosamente largo rato.

Cuando estuvo más tranquila, me contó que hacía más de un año que vivía muriendo: su marido le era infiel, y además se había entregado al vicio del juego. Pasaba las noches fuera de su casa, y su trato se había hecho insoportable, y temiendo ella apelar al suicidio, porque se desesperaba al ver la infamia de su esposo, cuando él le propuso la separación la aceptó con ese amargo placer del que ha perdido toda esperanza, puesto que Tadeo le repitió cien veces que todo había muerto entre los dos.

Qué cuadro tan triste cuando Elisa, apoyada en mi brazo, recorrió su pequeña y alegre casita, donde antes todo sonreía. Porque Elisa era el arreglo y el primor personificados, y en aquellos instantes todo estaba en completo desorden: la cama deshecha, los armarios abiertos, los libros esparcidos, en la

cocina no había lumbre; ¿Para qué? Ya no estaba allí el dueño esperando impaciente el café con leche y el pan tostado. ¡El hielo de la tumba en todas partes! Parecía que había salido de la casa un cuerpo muerto!

Elisa no se sintió con valor para pasar el día en su desierto hogar, y se vino a mi casa huyendo de sí misma. ¡Pobrecilla! Aquella mujer tan elegante y tan distinguida, que no salía nunca sin peinarse y sin ponerse los guantes, aquella mañana no parecía la misma: había envejecido diez años ¡Infeliz!... y salió envuelta en un manto de luto, pareciendo la estatua del dolor.

Aconsejada por sus amigas, se cambió de casa para no tener tantos recuerdos. Pasada la primera crisis, vivió más tranquila, consagrada por completo a su trabajo; pero... ¡Qué tranquilidad tan triste! Ya no volví a encontrar a Elisa ni una sola vez paseando por el Buen Retiro ni por las alamedas de la Castellana. Los domingos por la tarde se iba al hospital a peinar a las enfermas. A Tadeo tampoco volví a verle en el mundo elegante: sus vicios le absorbieron todo su tiempo. Le vi, sí, sucio y harapiento como van los jugadores sin fortuna, hasta que por último fue a parar en el hospital de la Princesa, donde le encontré cinco años después de haberse separado de Elisa.

Si él no me hubiera llamado, no le habría reconocido: estaba tan cambiado. Había encanecido, estaba delgadísimo, de color cetrino; no parecía su sombra. Cuando estreché su diestra no pude contener mi llanto, y más aún cuando me dijo:

-¡Ay Amalia! ¡Cuánta, cuánta dicha perdida! Cuánto he echado de menos a mi buena, mi incomparable Elisa, tan digna, tan cariñosa, tan sufrida, tan cuidadosa conmigo... y aquellos domingos tan risueños...esperados con afán infantil... ¿Qué es de ella? No la he vuelto a ver. ¿La sigue usted tratando?

-Con más intimidad que antes, porque es inmensamente desgraciada.

-Pues no le diga donde me encuentro. Nuestra entrevista sería muy dolorosa para ella; muy vergonzosa para mí. No quiero verla; me ahogaría la vergüenza.

La noche de aquel mismo día vino Elisa a verme.

-Vengo a contarte, (me dijo) lo que me sucede, porque es muy original. Hará como mes y medio que vi a Tadeo una noche en la Puerta del Sol, en el estado más deplorable que puedes imaginar, completamente ebrio, acompañado de dos amigos que iban como él. ¡Qué lastima me inspiraron todos ellos! Si vieras a mi marido, no le conocerías; a mí me costó no poco trabajo conocerle. De aquel hombre tan distinguido... tan aristocrático, nada queda... absolutamente nada. Aquella noche volví a verle en sueños. Estaba en el hospital, y sus lamentos resonaron en mis oídos. Casi todas las noches le veo en el mismo sitio. ¡Será esto un presentimiento! ¡Estará enfermo en el hospital!

-No te preocupes por esas cosas ni hagas caso de los sueños.

-¡Ah! No, no, estoy decidida a averiguar si está en algún hospital, porque si así fuera... ¡Oh! Si así fuera...

-¿Qué harías?

-¿Y me lo preguntas? No le dejaría allí. ¡Pobre Tadeo!...

Me conmovieron tanto las palabras de Elisa, que le conté mi triste encuentro con su marido. Al día siguiente fuimos las dos al hospital de la Princesa. La entrevista de Elisa y Tadeo fue verdaderamente conmovedora, y aquel mismo día se trasladó al enfermo a la casa de su esposa, de la cual salió un mes después para el cementerio.

Durante aquellos tristes días acompañé cuanto fue posible a mi querida y atribulada Elisa, que no abandonó ni un momento a su esposo, el cual solía

repetir en su delirio: "¡Cuánta dicha perdida!" En sus horas de lucidez miraba tristemente a su esposa y murmuraba también a menudo la misma frase.

Elisa acompañó a su esposo hasta dejarle en la fosa. Cuando salimos del cementerio se quedó mirando largo rato el sitio donde iban a disgregarse los restos de Tadeo y, como despidiéndose, "¡Cuánta dicha perdida!"... Exclamó derramando acerbas lágrimas.

Muchas son las mujeres que, como Elisa, cruzan la Tierra recordando su hogar perdido, sus horas de amoroso afán y de solícitos cuidados.

El divorcio es una cauterización para las heridas del alma; es la amputación de un miembro gangrenado: ¡Desdichados de aquellos matrimonios que tienen que apelar a la separación para vivir tranquilos!

Es un remedio casi tan terrible como la enfermedad; por eso al leer la lista de los divorcios fallados en Paris en 1.885, he exclamado recordando las palabras de Elisa y de Tadeo:

¡Cuánta dicha perdida!

CAPÍTULO VIII

EL DOLOR DE HOY, ES EL CRIMEN DE AYER

Siempre hemos mirado con profunda compasión a los desgraciados, a esos pobres seres ciegos, tullidos o contrahechos, y lo que más nos ha llamado siempre la atención, es que esos desheredados suelen tener en sus rostros una aprensión repugnante, y suelen abrigar muy malas intenciones; por lo cual el vulgo dio en decir desde hace mucho tiempo, que un cojo o un tullido, un ciego o un manco, no podían ser buenos, porque un lisiado estaba señalado por la mano de Dios. Nosotros al oír esto reflexionábamos, y decíamos: Dios es muy injusto; no se contenta con privar a estos infelices de la agilidad de su cuerpo, sino que también les quita la nobleza de su sentimiento. ¡Oh! Esto es cruel, y más que cruel absurdo. Aquí debe haber algo incomprensible para el hombre, si

es que Dios existe no puede crear seres de cuerpo raquítico y de alma menguada. Y así vivíamos esperando encontrar la solución razonada de tantos enigmas, cuando llegó a nuestras manos un periódico espiritista, leímos su contenido y exclamamos con íntima satisfacción: ¡Aquí está la verdad! Al menos la doctrina más racional, aquí está la definición de los grandes problemas de la vida. El hombre vivió ayer, y vivirá mañana; luego esta existencia es una continuación de nuestra historia, pero en manera alguna decide nuestro porvenir.

Es un capítulo del volumen histórico que va escribiendo nuestro Espíritu, estudiemos el Espiritismo que bien merece ser estudiada la ciencia que hasta ahora mejor define a Dios, y leímos las obras espiritistas con verdadero afán, y encontramos entonces la explicación racional de muchísimas anomalías que habíamos observado en el penoso curso de nuestra existencia, y comprendimos por qué la mayoría de los cojos, de los ciegos y tullidos suelen tener mal carácter y torcidas intenciones. No es que Dios les señale con el dedo, como cree neciamente el vulgo; es que la imperfección de su Espíritu se manifiesta, porque por regla general, sólo los grandes homicidas, los opresores de la humanidad, los tiranos de los siglos, los que han hecho el mal complaciéndose en el estrago y en el exterminio, son los desgraciados seres que vemos arrastrándose por la Tierra, sufriendo esas dolencias horribles, esa privación de sus miembros, esa falta de acción vital que convierte la existencia en un verdadero suplicio.

¡Qué malo es ser malo! ¡Qué fatales consecuencias nos traen nuestros vicios!... Cuán triste es la vida de algunos seres, y cuán dignos de compasión son esos espíritus que vienen a la Tierra amarrados al potro del tormento.

Entre las comunicaciones de ultra tumba que más nos han impresionado, recordamos una que vamos a transcribir porque encierra una triste enseñanza. Un médium parlante puramente mecánico, comenzó a decir con amargo acento:

"¡Qué horrible es vivir en la Tierra! ¡Parece que no hay sol en ese planeta! ¡Cuánto sufrí el tiempo que estuve en ese mundo! ¡Qué días tan sombríos! ¡Qué noches tan tristes!... ¡Qué vida tan penosa!... ¡Siempre igual! ¡Para mí no hubo un día mejor que otro! ¡Paralítico entré en ese globo, y paralítico salí de él!"

"¡Sin movimiento estuve en la cuna! ¡Sin movimiento me dejaron en la tumba! ¡Sólo mi cabeza quedó libre! ¡Pude hablar para maldecir la creación! ¡Pude pensar para dudar de la existencia de Dios!"

"Mi pensamiento trabajó de continuo porque mis ideas tenían lucidez extraordinaria. Tuve lo que los terrenales llamáis talento, pero un talento claro, profundo, analizador; y durante veintiocho años estuve como una fiera enjaulada. ¡Cuánto, cuánto sufrí... me causa horror recordar mi ayer!... porque si en medio de mi desventura hubiese estado rodeado de una familia cariñosa, si hubiera visto en torno mío rostros risueños, si hubiese escuchado tiernas plegarias, mi sentimiento se hubiera despertado, y hubiese sufrido con resignación las amarguras de mi pobre vida; pero viví rodeado de seres que como yo, gemían en su desesperación, excepto mi padre, que el infeliz se movía como un autómata, estaba aturdido, y en su semblante no brillaba ni un leve destello de inteligencia, una sonrisa estúpida plagaba sus labios, y todo le era indiferente".

"Mi madre, ¡Pobre mártir! Estaba ciega, y era víctima de los malos tratamientos de mi hermana cuya imaginación calenturienta padecía terribles accesos de locura, y más eran los días que estaba loca, que los que estaba cuerda, y sólo mi hermano mayor era el único que tenía sus cinco sentidos

cabales, pero que tenía que vivir entristecido, abrumado por la enorme carga de su familia, porque es horrible mirar y ver ante sí, a cuatro seres que le pedían pan completamente inútiles, y ser él sólo para trabajar y ganar el sustento de todos, y cuidarlos, y hacer los trabajos más ínfimos de la casa. Me dirán que hay padres de familia que tienen ocho o diez hijos que mantener, pero es muy distinto contemplar un grupo de niños ágiles y alegres cuyas caricias le dan vida a una piedra, pero nosotros... el cuadro de nuestra familia era tristísimo. Mi padre con menos entendimiento que un pequeñuelo recién nacido, mi madre ciega y acobardada por los golpes de su pobre hija completamente loca, y yo, del todo inútil, porque hasta el alimento me lo tenían que poner en los labios, y mi pobre hermano tenía que trabajar todo el día para ganar... dos pesetas... ¡Infeliz! ¡Cuánto ha sufrido... y sufre todavía! Y gracias que su carga se le ha aligerado, porque hemos dejado la Tierra, mi padre, mi hermana y yo. ¡Pobre Juan! ¡Cuánto nos ha querido a todos especialmente a mí! Nunca ha proferido una queja, su inteligencia no está muy desarrollada, pero su moralidad y su caridad es admirable, ha cumplido con su penoso deber sin decaer ni un segundo su gran voluntad".

"Cuantas veces le decía yo: ¡Juan, mátame! Harás dos obras buenas, concluiré de sufrir, y tú tendrás un martirio menos, el pobre me miraba, movía la cabeza negativamente y se iba al trabajo, y yo me quedaba allí... siempre allí clavado en mi vieja silla, mirando a mi familia hambrienta, huraña, renegando de todo".

"¡Y un día, y otro día, un mes, y otro mes, un año, y otro año... y siempre lo mismo... lo único que cambiaba era el vuelo gigantesco de mis ideas!".

"¡Desgraciado de mí! ¡Yo era un gran político! Un notable reformador... y sólo podía hablar y discutir con una anciana mendiga que todas las tardes venía a hacerme compañía. Excelente mujer; de muy clara inteligencia; que muchas veces me decía:

-Créeme Andrés, Dios existe, y la vida que tú llevas es un saldo de cuentas, algo hiciste ayer... que has tenido que pagar hoy. Yo me enfurecía y negaba sus razonadas argumentaciones, y así viví negando siempre. ¡No creía en nada!... para mí no había más que una verdad... ¡El dolor!".

"Contaba mis años, y al ver mi muerta juventud, al verme tan inútil... me desesperaba, parecía que me iba a volver loco... y después... después lloraba como un niño, y no hay frases en el lenguaje humano que puedan expresar lo que yo sufría".

"Al fin, una tarde de invierno sentí en todo mi ser una fuerte sacudida, mis miembros entumecidos adquirieron acción instantáneamente, lancé un grito supremo, me quise levantar... y mi Espíritu dejó la Tierra... y no sé lo que pasó por mí...".

"Ignoro el tiempo que pasé en la turbación, pero debió ser breve; sólo recuerdo que cuando volví a pensar recordé enseguida a mi hermano y corrí a buscarle. ¡Pobrecillo! Le vi muy pensativo mirando mi silla vacía, el infeliz pensaba en mí, y no pudiendo llorar se abismaba en mi recuerdo. Es el único ser, que se acuerda de mí en la Tierra, mi imagen está fotografiada en su pensamiento y cuando mira mi silla aún cree que me ve en ella, nunca se sienta en mi puesto, mi recuerdo le inspira religioso respeto. ¡Pobre hermano mío!".

"No me doy exacta cuenta de lo que pasa por mí. Comprendo que vivo, creo que hay algo superior a la inteligencia del hombre, y calculo que mi última existencia de sufrimiento tendrá su razón de ser, indudablemente; pero... no me encuentro dispuesto a contemplar por ahora mi pasado. ¡Mi Espíritu está aún

tan abatido!... ¡Se encuentra tan ensimismado!... que no me explico como hablo con vosotros porque no estoy dispuesto a ejecutar ningún trabajo. Yo que creía que en la tumba cesaban todas las manifestaciones de la vida, y al encontrarme que no es así, al verme desprendido de mi cuerpo conservando mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad, esta metamorfosis me sorprende y me abisma en un mar de confusiones. ¡Vivir, vivir siempre! Tiene su lado malo y su lado bueno, este asunto tiene mucho que estudiar... Adiós, me encuentro fatigado".

¡Pobre Espíritu! ¡Cuánto debió sufrir! Tener una gran inteligencia, y vivir veintiocho años sin poderse valer de su cuerpo.. qué expiación tan horrible. Se comprenden esas horas de angustia, pero no hay frases que puedan pintar esos grandes dolores.

Se quedó tan presente en nuestra imaginación el anterior relato, que ni un solo día ha pasado que no consagráramos un recuerdo al pobre paralítico, al desdichado Andrés, y al pensar en escribir algunas líneas en su memoria, hemos oído la voz de un Espíritu que nos dice:

"Escribe, tus palabras servirán de consuelo a un alma errante que no quiere mirar su pasado, pero que escucha tu voz con agradecimiento, porque las almas que sufren, se consuelan cuando ven que en la Tierra consagran un recuerdo a su dolor".

"Los espíritus felices no están tan necesitados ni de luz ni de ternura; por esto consagra siempre tus vigilias a compadecer las inmensas desventuras de los seres débiles, que los que caen hay que ayudarles a levantarse. Acuérdate de lo que decía Jesús, los enfermos son los que necesitan médico, tú también has caído muchas veces, y espíritus amigos te han dicho **¡Levántate y anda!** Sigue pues la senda de la vida, y anima con tu voz cariñosa a un alma errante".

Nosotros, que sabemos compadecer, no por virtud, sino por conocimiento de causa, porque nuestra existencia actual ha sido combatida por el sufrimiento de una dolencia física desde el momento de nacer, nosotros que hemos vivido a la mitad porque en nuestros ojos débiles y enfermizos han faltado raudales de luz, y sólo a muy corta distancia hemos distinguido los objetos, nosotros que sabemos cuanto hemos sufrido, cuando en un espectáculo, en el teatro por ejemplo hemos oído celebrar la parte mímica, la expresiva gesticulación de tal o cual artista, que para nuestros ojos ha pasado completamente desapercibida, otras veces, cuando en las olas del mar hemos buscado la luz de la vida, y por un momento cuando la blanca espuma ha cubierto nuestra frente, y abriendo los ojos hemos visto el cielo más azul, el sol más brillante... y lentamente una ligera bruma ha ido envolviendo todos los objetos, y hemos vuelto a verlo todo bajo la niebla que enturbia nuestros ojos, ese dolor mudo, esa sensación dolorosa que tantas veces hemos sentido, es lo que ha despertado nuestra compasión para los grandes dolores; que sólo los que han llorado mucho pueden saber lo que sufre el que llora.

Pues bien, nosotros que recordamos la historia de Andrés, que calculamos toda la angustia que debió sufrir durante su permanencia en este mundo, y comprendemos que su estado no puede ser muy satisfactorio, deseando que nuestra voz pueda prestarle si no un gran consuelo, al menos una melancólica tranquilidad, porque es muy distinto creerse uno mártir del capricho de la suerte a reconocerse víctima de sí mismo. Hay una notable diferencia en decir: parece que todos los dolores de la existencia han venido a chocar contra mi frente, o reflexionar y conocer, que si mucho hemos sufrido, muchísimo más debíamos sufrir.

El llanto de la desesperación quema nuestros ojos, y seca las creencias del alma, y las lágrimas del arrepentimiento y de la gratitud caen como rocío benéfico sobre el desgarrado corazón del hombre.

Es necesario a veces conocer lo que hemos sido, para reconciliarnos con Dios, porque como el Espíritu no conserva recuerdo de sus existencias anteriores, y mientras está en la Tierra sólo ve su presente: cuando un infeliz nace, como nació el pobre Andrés paralítico, cuando ninguna culpa ha cometido, y se ve víctima de una fatalidad desconocida, si este desgraciado no conoce el Espiritismo, y sólo ha oído hablar de las religiones positivas: si posee una clara inteligencia, tiene que ser escéptico sin remedio, tiene que negar a Dios antes que admitirle haciendo justicia. Esto hizo Andrés, y nosotros afanosos de que este Espíritu comience a trabajar, aceptaremos la inspiración que nos den para que escuche nuestra voz, y contemplando su pasado, se decida a engrandecer su porvenir.

Nuestro ser se conmueve, con sacudidas nerviosas y algo inexplicable nos dice que un Espíritu amigo nos envía su fluido, y nos dicta lo que escribimos a continuación:

"Escribe, escribe, los caídos son los que conocen el dolor que reciben al caer; y tú comprendes lo que sufre el Espíritu rebelde, porque el tuyo se rebeló, y aún pagas las deudas que tu rebeldía te hizo contraer; por esto no es extraño que digas y repitas al pensar en Andrés: ¡Qué cuadro de familia! ¡Qué existencia tan triste la del pobre paralítico!"

"¡La inteligencia activa como el deseo, y el cuerpo inerte como la materia inorgánica!"

"¡Sentir, pensar, querer, y no tener ni un miembro de su cuerpo que secunde sus ideas!"...

"¡La vida, la plenitud, la exuberancia, el desbordamiento de la vida en la cabeza, y la atonía de la muerte en el resto de su ser!"

¡Oh, ese padecimiento es espantoso! Tienes razón; pero no olvides nunca, tenlo siempre presente, **"que el dolor de hoy, es el crimen de ayer"**.

"Escucha, esa familia cuyo cuadro te causa horror, esos cuatro seres que han vivido muriendo, porque si bien el pobre Juan ha padecido, su misión es muy hermosa, porque vino a la Tierra para difundir el consuelo, para ser el sostén de espíritus atribulados. Juan tiene una encarnación de progreso, mientras que los otros no han hecho más que padecer, lo que irremediablemente tenían que sufrir; porque hay existencias puramente expiatorias, en las cuales el Espíritu, todo el progreso que puede hacer es adquirir paciencia y mansedumbre, nada más, y esto lo adquiere difícilmente, porque es tan estrecho el círculo en que vive, que no puede adelantar (si es que adelanta) más que en un sentido".

"El Espíritu que como Andrés tiene que escoger una envoltura muerta, y tiene que vivir en la mayor miseria, todo lo que puede hacer es padecer, y pagar no ojo por ojo ni diente por diente, pero sí ha de sentir el peso de un átomo de sufrimiento, por los mundos de agonía que él creó en otro tiempo, y cuya enorme carga colocó sobre sus víctimas".

"Pobre familia de Andrés ¡Dices tú con abatimiento!. Y dices muy bien, pobre es en verdad, porque se compone de cuatro espíritus cuyo nacimiento se pierde en la oscura noche de los siglos, que han tenido gran inteligencia pero que la han empleado muy mal. El padre ha sido el menos criminal, por esto ha

vivido sin gran sufrimiento, porque donde falta la luz de la razón, falta también la sensación del dolor".

"La madre y la hermana de Andrés, esas desgraciadas, han sufrido porque era necesario que algo sufrieran quienes tanto han hecho padecer a los demás".

"Si las hubieras visto en otras edades, han sido dos mujeres célebres por su hermosura, por sus liviandades y su crueldad. La una, impúdica en sus deseos, tentadora por su belleza satánica, atraía a los jóvenes incautos con sus miradas de fuego, y cuando conseguía satisfacer el grosero apetito de su concupiscencia, las miradas de aquellos testigos de sus obscenidades la estorbaban y mandaba a sus esclavos que aprisionasen secretamente a aquellos cómplices de su liviandad, y les sacasen los ojos, y cuando estaban ciegos los dejaban en libertad; y la que a tantos desventurados quitó la luz del día, justo es que durante algunas existencias viva ciega; que el dolor de hoy, es la culpa de ayer".

"La hermana de Andrés, la pobre loca que a intervalos recobraba la razón, fue notable también por sus costumbres licenciosas, y entregada a la ambición política, cuando algún alto personaje no aceptaba su juego, encontraba medio de aprisionarle y de matarle, y pasaba por loco todo el que a ella le estorbaba para realizar sus inicuos planes; ¿Y no crees lógico que fuera víctima de la locura, quien a tantos hizo pasar por locos?" Andrés, talento extraordinario, religioso por ambición, fanático por crueldad, tirano sacerdotal de su tiempo, tuvo su inquisición especial; él nunca empleó el fuego para martirizar a los herejes, únicamente el agua. En la fortaleza que él servía de residencia habitual, había unos subterráneos, por los cuales corría un brazo del Tíber y en algunos parajes subía el agua hasta la altura de tres pies. Fuertes argollas de bronce se encontraban de trecho en trecho en la pared, y a ellas se amarraba con una cadena al infeliz cautivo que caía en poder del que en su última existencia se llamó Andrés".

"Tal era la astucia y la sagacidad y la hipocresía de aquel gran político y temible religioso, que siempre decía:

-Yo no mato al delincuente, yo le doy tiempo para que se arrepienta, mas ¡Ay! Que aquel tiempo era una muerte lenta. Aquellos infelices vivían... ¡Pero cómo vivían!... con la extremidad de su cuerpo en al agua... los miembros se entumecían... perdían toda clase de movimiento... llegaba el caso que no podían llevar a sus labios el insalubre alimento que les daban, y aquellos infelices... morían de hambre".

"¡Cuántos horrores! ¡Cuántos crímenes guarda la historia del pasado!"

"Paralíticos de la Tierra llorad, gemid, no por vuestra enfermedad, sino por las muchas lágrimas que habéis hecho verter".

"¡Andrés! ¡Pobre Espíritu! Has lamentado veintiocho años de sufrimiento... pero no has llevado sobre tus hombros más que el peso de un átomo, y muchos centenares de mártires han muerto abrumados por la enorme carga de tu iniquidad".

"Tus cautivos eran maltratados por tus esclavos, y tú siempre has tenido una mano cariñosa que llevase el alimento a tus labios. ¡Compara, y notarás la diferencia!"

"Tú no has querido a nadie, y tu hermano Juan te quiere desde hace muchos siglos; Espíritu inclinado al bien, desde otras edades viene procurando tu regeneración, y siempre te ha impulsado a la piedad. Tú ahora comienzas a querer a tu hermano, quiérele mucho, conságrale toda la ternura que seas

capaz de sentir. Es el único ser que ha perdonado siempre tus crímenes, porque es el único que te ha amado. Vive enlazado a ti, como la hiedra a las ruinas. Su adelanto le permite estar en los mundos regenerados, pero él no dejará los planetas de expiación y prueba hasta que consiga tu regeneración".

"¡Despierta de tu sueño, Andrés! ¡Tu inteligencia es grande! Conviértete en apóstol de la verdad. Llora con ese llanto que vivifica el alma, con ese llanto que como el fuego sagrado purifique tu Ser".

"Yo no he rasgado el velo de tu pasado para que la vergüenza y el remordimiento te atormente. No; yo lo que quiero es que comprendas la inmutable justicia de Dios. Es necesario que tu Espíritu sienta una gratitud inmensa, que adquieras el profundo convencimiento de que no hay una lágrima que no tenga su historia, ni una sonrisa que no recuerde una buena acción".

"¡Despierta Andrés, despierta! Ten valor para mirar las sombras de tus existencias pasadas, y haz firme propósito de emplear tu gran inteligencia en nobles empresas. Tú que durante tantos siglos defendiste los privilegios de una religión absurda, defiende ahora los derechos de la religión verdadera, engrandece tu Espíritu con esa fe racional que nos acerca a Dios".

"Purificado por el sufrimiento hoy renaces a la vida, procura vivir en la esfera de la virtud. A tu gran ciencia une la caridad, y el paralítico de ayer volverá a la Tierra con el alma tranquila y el cuerpo sano, fuerte, ágil y robusto, emplea tu actividad y tu elocuencia en demostrar a los hombres que Dios existe, y que el Espíritu que alienta a cada ser es inmortal".

"No pierdas en la inacción un tiempo precioso. Trabaja Andrés, trabaja, que también se crearon para ti los mundos de luz".

Después de lo dictado por el Espíritu ¿Qué diremos nosotros? Que Dios es grande, que su misericordia es infinita cuando le concede a todos sus hijos tiempo ilimitado para progresar.

¡Tiempo! Síntesis de la justicia divina, tú eres el primer elemento de la vida.

Tú eres la riqueza inapreciable de la humanidad.

Si algo pudiera adorar nuestro Espíritu, después de adorar a Dios rendiríamos culto al tiempo; porque él sintetiza para nosotros el porvenir de todas las humanidades.

Por él se redimen los cautivos.

Por él adquieren fuerza los débiles.

Vista los ciegos.

Agilidad los tullidos.

Virtud el malvado.

Ciencia el ignorante.

Creencia el ateo.

Por ti se regeneran los mundos.

Se transforman las sociedades.

¡Tiempo bendito! tú eres el soplo de la divinidad.

La esencia de la esperanza, el eterno "fíat luz de la Creación".

Tú dices hágase la luz en la densa noche de los siglos, y la luz se hace con tu poder supremo, porque tú eres ¡Oh tiempo! El hálito divino de Dios.

¡Andrés! ¡Alma errante! El tiempo te espera, trabaja en tu progreso, no olvides nunca que para ti también fueron creados los espléndidos mundos de luz.

CAPÍTULO IX

RECUERDOS DE UN VIAJERO

Estando hablando con varios amigos de las peripecias y aventuras que ocurren en los viajes, dijo nuestro amigo Ortiz, hombre muy grave y muy sensato, lo siguiente:

-Nunca olvidaré un viaje que hice a la Habana cuando yo tenía 22 años.

-¿Naufragó quizás? Le preguntaron.

-No.

-¿Hubo fuego en el buque?

-En el buque no; pero sí en un corazón.

-Hombre, eso parece el prólogo de una historia: cuente, cuente. ¿Se enamoró usted entonces por vez primera?

-Yo no.

-¿Pues quién?

-Una mujer casi niña, hermosa y sencilla como un ángel.

-¿Y de quien se enamoró?... ¿De Ud. no es verdad?

-Justamente, de mí; y crean ustedes que yo no hice méritos para ello, porque siempre he sido de un carácter tan serio como ahora, que ya tengo un hijo de 20 años; siempre he mirado mucho en no perjudicar a nadie, y entonces que era yo un muchacho sin fortuna y sin porvenir, me guardaba tanto de hacer un crimen como de galantear a alguna mujer y de hacerle concebir esperanzas a una joven que no estaba en situación de realizarlas; así es, que María, mi bella compañera de viaje, huérfana de madre y recomendada al capitán del buque, que debía dejarla en brazos de su padre, no me inspiró más que la dulce compasión que inspira la orfandad y el respeto que merece todo ser desvalido.

María contaba 17 años, dulce y cariñosa, se captó el cariño de toda la tripulación y de todos los pasajeros. La bella huerfanita era la niña mimada de todos; el capitán la consideraba como si fuese su propia hija, los demás oficiales se complacían en distinguirla con los cuidados más respetuosos, y María en aquella atmósfera de cariño sonreía dulcemente con la candidez y satisfacción de aquel que conoce que es amado.

Entre los pasajeros había un oficial de artillería que la adoraba como se adora una santa, pero María, indiferente a sus amorosas demostraciones, y con la encantadora espontaneidad de la niñez, me prefería buscando siempre mi compañía, se sentaba a mi lado y me miraba con esa dulzura inefable con que miran los niños felices. Yo nada le decía que pudiera despertar las ilusiones de la mujer que aún dormía en su mente, y como el capitán veía mi gravedad la dejaba buscar mi compañía diciéndome a veces:

-Prefiero que María esté al lado de Ud. por que así no la importunan con insulsas galanterías. Yo sé que Ud. la respeta como si fuera su hermana, y eso necesita la pobre niña, respeto y consideración.

Yo por mi parte, aunque comprendía que María quizás sin saberlo me amaba, a nadie se lo confié, por más que muchos de mis compañeros de viaje me decían:

-Ya puede Ud. estar contento que es el preferido de la hermosa María. Ésta sin darse cuenta, era mi sombra, siempre venía a sentarse junto a mí, y recuerdo que al anunciar el capitán que dentro de tres días llegaríamos a la Habana, María palideció diciendo con tristeza: ¡Ay! Qué pronto se acaba el viaje...

-Yo no pude hacer menos que dirigirle una mirada compasiva y le hablé de los goces que le esperaban en la Habana al lado de su tierno padre.

Ella me miró sonriéndose con vaga tristeza y cuando llegamos al puerto y saltamos a tierra, se acercó a mí y con acento suplicante me dijo mirándome con inmensa dulzura:

-No me olvide usted, espero su visita, ¿Puedo confiar en que vendrá a verme?

-Sí, le contesté; nada más justo que visite a mi bella compañera de viaje; y estrechando su pequeña mano con efusión verdaderamente fraternal, me separé de ella profundamente conmovido.

Pasaron ocho días, mis ocupaciones me impidieron cumplir mi palabra de visitar a María, pero al fin me decidí y me dirigí a su casa. Cuando entré en la calle donde estaba situada su morada, se me oprimió el corazón, sentí los ojos humedecidos y aceleré el paso hasta llegar al nido de la dulce María, sorprendiéndome al ver todas las ventanas cerradas y a varios negros sentados en la puerta hablando con voz muy baja. Me acerqué a ellos, pregunté por María y un anciano me contestó: La pobre niña blanca ya duerme en el campo santo, hoy la han enterrado, el vómito se la llevó.

No sé lo que pasó por mí, sentí un dolor agudo en el corazón, tan agudo que me privó de respirar, me recliné contra la pared y lágrimas silenciosas bañaron mi rostro, pero muchas más destilaron en mi corazón; sentí remordimientos de no haber sido más cariñoso con ella, y durante mucho tiempo me dominó la más profunda melancolía.

Después he sido esposo y padre, mi compañera es un ángel con la vestidura de mujer, me ha sonreído la fortuna, sin que por esto la desgracia no me haya hecho sentir sus terribles dardos, y puedo asegurarles que en todas las fases de mi vida he recordado a la hermosa niña que con sus dulces miradas me decía en su santa inocencia ¡Yo te amo!

Mientras Ortiz hablaba, sentíamos nosotros una emoción extraordinaria, nos parecía que alguien nos hablaba muy quedo al oído, otras veces se nos figuraba que un tropel de confusas ideas se apresuraban a llenar nuestro cerebro; lo cierto es que aquella noche cuando nos entregamos al sueño, sin duda pensábamos en María y todo cuanto dijo Ortiz, porque a la mañana siguiente al despertar recordábamos haber hablado con María largo rato, sintiendo esa sensación especial que sentíamos siempre, cuando un Espíritu nos envuelve con su fluido para comunicarnos su pensamiento; y en cuanto nos ha sido posible nos hemos puesto a escribir, pareciéndonos que el Espíritu de María es el que quiere comunicarse. Responder de su identidad es completamente imposible; lo que sí podemos asegurar es que su fluido es agradabilísimo, que nos infunde la más dulce melancolía, y que sea quien sea el ser de ultratumba que desea contarnos sus cuitas, su influencia es muy grata y parece que nos rodea un ambiente perfumado por tímidas violetas. Escuchamos al Espíritu que viene sin duda alguna rodeado de aromáticas flores.

“Haces bien en dudar amiga mía, puesto que no puedes probar como dos y dos son cuatro, que te hable la niña huérfana que acompañó en su viaje al nuevo mundo, al amigo que has bautizado a tu antojo con un apellido verdaderamente español. El Espíritu de María es quien te habla, que ya hace mucho tiempo que te rodea, y yo fui la que te impulsé para que visitaras a Enriqueta, puesto que sabía que él estaba allí; y yo he sido también la que a él le ha inspirado para que te distinguiera siempre con su afecto y consideración. Yo soy su sombra, yo voy siempre con él porque le amo; ningún médium vidente me ha visto todavía por causas que son ajenas al relato que quiero hacerte, en el cual trataré de demostrarte el por qué amo al hombre que en esta encarnación le llamas tu amigo Ortiz”.

“Es un Espíritu, que en medio de sus defectos ha tenido siempre una gran virtud; ¡Su amor inmenso a la humanidad! Ha amado siempre a sus semejantes sin distinción de razas ni colores, posee un fondo de amor inagotable y por ese amor le he amado yo”.

"Hace algún tiempo, mucho tiempo, que en su ante penúltima encarnación viajaba Ortiz, con rumbo a la India, cuando un incendio sembró el espanto en el buque que le conducía, sus tripulantes y sus pasajeros procuraron buscar la salvación en otro buque que les arrojaba múltiples cuerdas para que pudieran asirse a ellas. Yo iba también en aquella embarcación con mi madre y mis hermanos, la primera enloqueció de espanto y naturalmente no se cuidó de mí, mis hermanos, dos de ellos se salvaron, los otros dos murieron, de los primeros ninguno de ellos se acordó de mí que contaba dos años: mas Ortiz me sacó de entre las llamas con un heroísmo y una abnegación admirable. Me ató a su cuerpo con su propia ropa y se arrojó a nado hasta llegar a la nave que recibió a los náufragos. Ortiz veló por mí como pudiera haberlo hecho el padre más amoroso, y cambió el rumbo de su viaje por dejarme en poder de su madre y hermanas. Crecí en el seno de su familia tiernamente amada, y antes de cumplir doce años la fiebre amarilla me hizo abandonar la Tierra. Ortiz y su buena madre no se separaron un momento de mi lecho, me lloraron con inmenso desconsuelo cuando les dije adiós y nunca me olvidaron en sus oraciones".

"En su penúltima encarnación también nos encontramos en el mar, yo iba con mi esposo, un huracán espantoso levantó montañas de agua que destrozaron por completo el buque que nos conducía a Calcuta, mi esposo, que no me quería, trató de salvarse sin pensar en mí, en cambio Ortiz expuso su vida por salvar la mía; afortunadamente no murió y a costa de grandes sacrificios me devolvió a mis padres que le bendijeron como a un dios".

"Él siguió el rumbo de su agitada vida, y aunque nunca le volví a ver le rendí culto en mi memoria, dejé la Tierra antes de llegar a la edad madura y mi último pensamiento fue para él".

"En esta existencia él ya te ha contado nuestro encuentro; desde que le vi le amé, hubiera querido que nuestro viaje no hubiese terminado nunca. ¡Era tan feliz a su lado! Yo entonces no me daba cuenta porque le amaba, después de mi muerte me lo expliqué todo".

"Los breves días que permanecí en la Habana, siempre tuve el oído atento esperando oír sus pisadas: ¡Le quería tanto! Sentí dejar la Tierra por él, ¡Me había yo forjado unas ilusiones tan hermosas! ¡Todas las vino a deshacer la muerte! Mas a las pocas horas de haber dejado mi envoltura fui feliz, mi Espíritu le esperaba, yo me vi salir de mi cuerpo, esto me causó profunda extrañeza, pero me quedé en los alrededores de mi morada y le salí al encuentro cuando él fue a verme, vi su llanto que me conmovió profundamente y me abracé a él para consolarle; me fui con él, y aquella facilidad de trasladarme me asombró, volví a mi morada, entré en mi cuarto y entonces caí como si el sueño me rindiera. Me dormí efectivamente, mi Espíritu fatigado entró en reposo y cuando desperté me encontré en el espacio en brazos de mi madre y de otros espíritus, vi parte de mis existencias anteriores, y entonces comprendí porqué al encontrar a Ortiz le amé con todo mi corazón. ¿Cómo no amarle? Si él dos veces me salvó la vida con riesgo inminente de perder la suya".

"La inmensa gratitud de mi alma no podía tener otra demostración en la Tierra que amarle; y le amé como se ama cuando el ángel deja sus alas por vestir la túnica de la mujer. El Espíritu con un organismo femenino no puede demostrar su agradecimiento más que amando y deseando la correspondencia del ser amado; en el espacio ya tiene el reconocimiento con demostraciones más puras, más desprendidas del egoísmo humano; en la Tierra quería que Ortiz me amara; en el espacio me he contentado y me he tenido por dichosa con amarle yo. Nunca le he abandonado desde que comprendí mi verdadero estado

espiritual. Yo murmuré palabras amorosas al oído de su dulce compañera, para que esta le amara como yo le hubiera amado en la Tierra. Yo he lamentado con él su desgracia de padre, velo el sueño de su pequeña hija y doy vigor a su endeble organismo para que esa flor brille lozana en el vergel de su melancólica existencia. Yo doy luz a su mente para que estudie el Espiritismo, hago todo cuanto puedo por engrandecer sus aspiraciones. Yo voy con él a la casa del mendigo y le hago amar al necesitado, yo le doy el olvido para las ofensas y la compasión para los delincuentes, y pido a Dios continuamente que me ilumine para hacerle feliz. Qué menos se puede hacer por su alma generosa, que en dos existencias me arrebató de los brazos de la muerte, que amarle, protegerle, inspirarle y no abandonarle nunca ni en sus horas de dolor, ni en sus segundos de alegría".

"¡Cuánto le amo, Amalia! ¡Cuánto le amo! ¡Con qué alegría le contemplo cuando acaricia a sus hijos!... cuando reposa al lado de su virtuosísima compañera, cuando alguna ráfaga de alegría le hace sonreír, entonces... ¡Oh! Entonces bendigo la hora en que dejé ese planeta para convertirme en Espíritu protector de ese ser tan amado, ¡Cada segundo que pasa, mi gratitud aumenta, y espero que Dios me inspirará para derramar en su hogar torrentes de divina luz!"

"Mucho te agradezco Amalia, tu amable condescendencia en prestar atención a mis palabras; no será ésta la última vez que te comunique mis pensamientos porque tú te comunicas con él, y porque además, me inspiras gran simpatía. ¿Sabes por qué? Porque tú también sabes agradecer, porque tú también rindes culto a la gratitud como se lo rinde un Espíritu que la considera como el raudal divino de todas las virtudes, como el impulso sagrado de los grandes sacrificios, como la afección primera entre las afecciones. Tú que sabes amar, porque sabes agradecer, acuérdate de mí".

María

No necesitaba el Espíritu hacernos tal encargo, su relato nos ha conmovido profundamente, nos ha hecho sentir lo que hace mucho tiempo no habíamos sentido, porque es indudable que el contacto de las almas generosas presta nueva vida a aquellos que como nosotros tenemos sed de amor y nos encontramos tan solos en la Tierra, que nuca queremos mirarnos a fondo porque nos da frío al ver nuestra profunda soledad.

¿Tendremos en el espacio quien nos ame? Indudablemente alguien nos amará, pero como la vista material no alcanza a ver las grandezas del infinito, y sólo ve las miserias humanas, siente el alma pensadora un frío de muerte ante ese cuadro horrible de un hogar solitario, donde los gemidos no encuentran eco, donde las dolencias del cuerpo no son comprendidas ni compadecidas, porque los seres que vienen a expiar no pueden tener quien les ame en la Tierra.

Procuremos hacer obras buenas como hizo nuestro amigo Ortiz en sus anteriores existencias y así tendremos en el espacio quien llore con nuestro llanto y sonría con nuestra sonrisa; y con el transcurso de los siglos tendremos una familia que nos ame y entonces... entonces ¡Viviremos! Mientras tanto trabajemos en nuestro progreso para ser amados en el mundo que habitamos y en el infinito.

CAPÍTULO X

¿HASTA CUANDO?

Conocí en mi juventud a una muchacha, por nombre Magdalena, tan simpática como desgraciada. No sabía aún pronunciar el dulce nombre de madre, cuando la muerte le arrebató la suya, y su padre hubo de contraer segundas nupcias a los pocos meses, obligado por la necesidad de dar a sus hijos, todos chiquitines, una persona que substituyese a la madre y velase por ellos el tiempo que él pasaba en la oficina.

Su nueva esposa fue para los pequeños una segunda madre; así es que Magdalena no sufrió en su infancia grandes penalidades. Pero esta plácida existencia duró poco, pues no había llegado la niña a los quince años, cuando tuvo que constituirse en enfermera de su madrastra, que víctima de una parálisis, quedó postrada en un sillón hasta la muerte. Con tal motivo, Magdalena se convirtió en hermana de la caridad, no disfrutando ni de bailes, ni de paseos, ni de teatros, ni siquiera de visitas, porque como en su casa no se ofrecía la menor distracción, al contrario, no se oían más que lamentos y desgarradores gemidos, las pocas amistades que la familia cultivaba se fueron entibiando, huyendo de presenciar aquel infortunio permanente; dos o tres familias no menos infortunadas que Magdalena, eran las únicas que no habían renunciado a acompañarla en aquellos días trises y en aquellas veladas aún más tristes y negras.

Magdalena sufría sin murmurar, su adversa suerte; como era joven, conservaba la esperanza de hallar un ser que, por el amor, hiciera brillar un rayo de luz en el horizonte de su tenebrosa existencia, y sólo cuando se cansaba de sufrir, hastiada de soledad, la desesperación se apoderaba momentáneamente de su ánimo, y entonces solía preguntarse con amarga ironía: "¿Hasta cuándo durará mi martirio?..."

Me ausenté de Sevilla, y como quería a Magdalena, le escribía para enterarme de su suerte. Así supe la muerte de su madrastra, la de su padre y la traslación de mi amiga a Cuba, donde tenía un hermano casado.

Desde entonces, Magdalena fue para mí gota de agua sepultada en el mar. Pasó el tiempo y siempre recordaba a mi amiga, pero nadie me daba noticias de ella.

Una mañana me levanté pensando en Magdalena, y en la tarde de aquel día vi entrar en mi aposento a una señora, con el cabello blanco como la nieve, me abrazó al mismo tiempo que exclamaba:

-¡No me conocerás... he cambiado tanto!

-Sí que te conozco: ¡Eres Magdalena! –exclamé con inmensa alegría. –He presentido tu llegada: hoy mismo, todo el día he pensado en ti.

Hice que se sentara, y mirándola con atención, vi que de la amiga de mi juventud sólo quedaba el eco armonioso de su voz.

Había desaparecido la belleza de su rostro, la esbeltez de su talle y el brillo magnífico de sus ojos. Su mirada era triste, muy triste. Vestía pobremente y sin el menor indicio de su antigua elegancia. Su traje de luto revelaba la mayor miseria. Leyó en mis ojos cuán poco me satisfacía el examen de su persona y atavío, y me dijo sonriendo tristemente:

-Mi suerte no ha cambiado todavía. Huyó mi juventud sin dejarme aspirar el aroma de sus flores, y llegó la edad madura sin que haya conocido en mi hogar esos goces tranquilos que hacen sonreír a la mujer y son el alimento de las almas. No me he casado; no he podido crear una familia. Estoy a las puertas de la vejez y no tengo un ser amigo que endulce con su cariño las amarguras de mi azarosa existencia. Mis hermanos, cada uno se fue por su lado; el mayor, con quien yo vivía, murió; su viuda se volvió a casar, y aquí me tienes rodando a la ventura, sin saber qué hacer de mi persona. Aunque no soy maestra de ninguno, he aprendido no sé cuantos oficios: me he dedicado a bordar, a zurcir en paño, a traducir el francés, a dar lecciones de piano, a adornar sombreros y a hacer flores, todo con el fin de ganarme la vida honradamente, pero nada me sale bien; tal es mi suerte, que si encuentro ocupación o trabajo, no me lo pagan; si en alguna tienda me protegen, quiebra la casa y me quedo... como estoy ahora, sin saber a qué santo encomendarme. Por casualidad he sabido de ti. No sé que me han contado: que escribes mucho; que te has emancipado de la Iglesia; que proclamas una nueva religión sin sacerdotes ni templos, y una nueva filosofía, en virtud de cuyos principios afirmas que nuestra presente existencia no es más que una de las fases de nuestra vida eterna. Deseaba verte, y aquí estoy, llena de curiosidad y de afán de interrogarte. ¿Es cierto lo que me han dicho? Y si tanto estudias y tanto escribes y tanto discurres acerca del pasado, del presente y del porvenir de la criatura humana, ¿Podrás explicarme, por mi pasado, la causa de mi desdichado presente?

-Es cierto que emborrono mucho papel, y que creo en la pluralidad de las existencias del alma; pero de esto a poder contestar categóricamente a tu pregunta, hay una distancia inmensa.

¿Estás bien convencida de que no es ésta nuestra primera y última existencia?

-La misma vida me convence; tú me enseñaste a preguntar al infortunio: ¿Hasta cuándo viviré en la esclavitud? Y la historia de la humanidad me ha contestado que durará mi esclavitud hasta que mi progreso me haga libre.

-¿Y no te perece a ti, toda falsa modestia aparte, que yo no merecía ser tan desgraciada? Abundan las mujeres de condiciones físicas y morales inferiores a las mías, que son profundamente amadas y viven en la opulencia, mientras que yo no he encontrado un corazón que vibre respondiendo a las vibraciones del mío, ni he podido crearme un hogar, y estoy en la extrema miseria. Creo haber cumplido los deberes de buena hija. He sido por espacio de diez años la enfermera de mi madrastra, sufriendo lo indecible y sin proferir una queja. Hice, después, de madre de mis sobrinos, que me han pagado con ingratitudes y desprecios; y a la postre, ya con los pies en el umbral de la vejez, por premio de una vida consagrada a la práctica del bien y al sacrificio por los demás, me encuentro abandonada de todos y sumida en la soledad y en la pobreza. ¿Hasta cuándo durará mi vía crucis?

-¡Ay, amiga mía! En tu pregunta se revela tanta ironía como amargura. Yo también me pregunto muchas veces lo mismo, y aleccionada por los desencantos y los dolores, éstos me han enseñado que cada uno es hijo de sus obras; que todos tenemos nuestras historias. Esta existencia es la cosecha de un pasado, bueno o malo, infame o virtuoso. ¿Quieres ser dichosa en otra vida futura? ¿Quieres que los demás te amen y se hallen dispuestos a hacer por ti los mayores sacrificios? Vive en esta existencia para los demás y derrama el bien a manos llenas. Créeme, amiga mía, nuestras propias manos son las que labran el porvenir que nos espera, somos hijos de nuestras obras.

-Así, los sectarios de Mahoma ¿Hacen bien cuando se cruzan de brazos, inclinando la cabeza y murmurando con melancolía: "Estaba escrito"? ¿Tú crees en la ley del fatalismo?

-No; estás en un error gravísimo: yo no creo en un destino aciago, en un hado adverso, en la necesidad de un suceso cuya causa se ignora, en una desgracia misteriosa que tiene necesariamente que hacernos sentir su enorme pesadumbre; no, yo no creo más que en la fatalidad de nuestros vicios, malos instintos, envidias, rencores, odios arraigados, pereza, ignorancia y otras miserias análogas. Si la justicia de la Tierra, tan defectuosa como es, castiga al delincuente, si persigue al ladrón, al asesino, al falsificador, al calumniador, al que infringe los artículos del código social en daño de los intereses individuales o comunes, ¿Quieres que queden impunes los delitos cometidos en menosprecio de las leyes universales? Hemos de recoger el fruto de nuestras obras. Fácil es conjeturar lo que fuimos, por lo que somos; no precisamente si hemos sido reyes o esclavos, aristócratas o plebeyos, ricos o pobres; el rango o la posición social es lo de menos; sino si hemos sido dulces o desalmados, virtuosos o criminales, generosos o egoístas, dignos del amor o de la animadversión de las gentes.

¿Somos realmente buenos Magdalena? No; y cuenta que no personalizo: hablo en general. Tú que has leído mucho, y que has aprovechado tu tiempo, sabes bien que los terrenales no hemos hecho otra cosa que devorarnos unos a otros. ¡Cuántos actos de barbarie habremos cometido los que hoy somos miembros de pueblos cultos, en el seno de una civilización relativamente adelantada! ¿Podemos ser ya perfectos los que llevamos todavía en nuestra alma la marca de la iniquidad, de una iniquidad reciente? No, Magdalena; es

imposible: en la persona más buena, aquella que parte su pan con el hambriento, que se quita su capa para abrigar al anciano, que se convierte en hermano de sus semejantes, hallarás, si lo tratas a fondo, si profundizas su conciencia, el limo de su pasado egoísta; cuando no otro móvil más impuro, el afán del aplauso, el amor propio excesivo, el deseo exagerado de parecer más bueno de lo que es en realidad.

-Entonces para ti nada es bueno.

-Ya te he dicho que hablaba en general, no de los hombres, sino de la humanidad. La regla tiene muy honrosas excepciones, Hombres hay, yo así lo creo, en realidad virtuosos; pero esto no quita que tenga su historia, y que en su historia haya manchas negras como la infamia, rojas tal vez, como la sangre.

En los presidios hay criminales arrepentidos, a quienes sus jefes citan como modelos de mansedumbre y de bondad, y sin embargo, no los sueltan: es preciso que cumplan su condena, que salden su cuenta con la sociedad.

Hazte, pues, cuenta de que en la penitenciaría de la Tierra eres tú uno de los penados sinceramente arrepentidos, y puedes, con tus sacrificios y abnegaciones, saldar tus deudas de otro tiempo. No siempre habrás sido un modelo de virtudes, tenlo por cierto. Y ten por cierto también que en el porvenir aspirarás con deleite el delicado aroma de las buenas obras que hoy hagas.

-Pues si para allá me emplazas, largo me lo fías; y dejas al fin sin contestar lo que de nuevo te pregunto: ¿Hasta cuando he de sufrir?

-No hay en la Tierra nadie que pueda precisar la fecha del advenimiento de tu felicidad: tú sola puedes presentirla. Si en medio de tu soledad y de tu abandono, ves a otros seres más imperfectos que tú, gozando de bienes que a ti te faltan; si te alegras de su felicidad y no sientes tristeza ni envidia por su dicha, regocíjate y exclama: “Hoy he andado jornada doble; ya estoy más cerca del puerto”.

Si en la escasez en que vives ves cerca de ti quien padece hambre, y sin esperar a que te lo pida compartes con él tu pan suplicándole que te lo acepte y experimentas dulce satisfacción, entrégate a la alegría, porque la hora de tu redención se acerca.

Penetra con el microscopio de la razón en el fondo de tu conciencia, y hallarás en ti misma tanto que estudiar y aprender, que te faltará tiempo para preguntar hasta cuándo has de sufrir.

-Tienes razón, Amalia –exclamó Magdalena precipitándose en mis brazos: viviendo para los demás, no pensaré en mí y acortaré el tiempo de mi condena.

CAPÍTULO XI

¡ADIÓS TIERRA!

Un hermano nuestro en creencias nos remitió en Octubre último el suelto siguiente:

"Un mendigo filántropo"

El diez del mes pasado, falleció en la ciudad de Santa Fe, Cecilio Tolosa, el Tobías de Santa Fe, como algunos le llamaban.

Ayer recibimos un folleto escrito en homenaje a la memoria de Tolosa.

Era cordobés, pero residía desde mucho tiempo atrás en Santa Fe, donde se captó general estima y simpatía, a causa de sus numerosas obras humanitarias.

Tolosa era huérfano, jamás había conocido las dulzuras del hogar. Vivía solo completamente, preocupado de socorrer a los enfermos, de enterrar a los muertos y consolar a los desvalidos como él. Un verdadero misericordioso.

Vestido de harapos, continuamente mordido por el diente de la miseria, temblando de frío, cargado de años, con el vientre a medio llenar, este miserable era la providencia de las familias pobres y el dios de los hambrientos errantes y desesperados.

Un ser extraño, digno de alabanza calurosa de los buenos, al cerrar los ojos para siempre en su humilde choza, alcanzó a ver reunido en torno suyo, a una verdadera multitud que hacía votos porque la hora fatal de su extinción se aplazase.

Su cadáver fue conducido a pulso, en un ataúd riquísimo, al templo de la Matriz. Más de cien personas lo acompañaron, y el templo encontrándose lleno de concurrentes, entre los cuales se contaban desde el vicegobernador de la provincia hasta el último mendigo, y desde la dama más opulenta hasta la más humilde obrera.

Cuarenta coronas cubrían el féretro, mostrando otras tantas tarjetas con los nombres más conocidos de la sociedad Santafecina.

Los diarios de la ciudad le dedicaron sentidos artículos necrológicos, y en el fondo de las cabañas las mujeres y los niños lloraban amargamente la muerte del filántropo mendigo.

Un periódico dijo: Tolosa vivirá por siempre como un tipo legendario, y en la lápida que va a comprarse para la tumba, no debe grabarse sino este nombre: ¡Tobías!

Terminaremos esta noticia relatando uno de los últimos hechos de este personaje singular, que da idea de la manera extraña con que acostumbraba a practicar la caridad.

Una tarde, Tolosa vio pasar a dos caballeros por la acera, se les acercó y les pidió un real. Lo recibió, dio las gracias y echó a andar.

Llevados por la curiosidad, los dos hombres lo siguieron, ocultándose, y vieron lo siguiente: Tolosa anduvo hasta llegar a la plaza 25 de Mayo, se encaminó hacía un banco en el que un pobre viejo, un francés, dormitaba al sol, le tocó ligeramente el hombro, puso en una de sus manos el real que llevaba y como si hubiese cometido un robo, huyó con rapidez.

Interrogado luego el mendigo de la plaza, mostró el real flamante por única respuesta. No sabía quien se lo había dado.

Tan interesante relato nos impresionó profundamente, porque aunque sea vergonzoso confesarlo, hay tan pocos seres buenos en la Tierra, escasean tanto las grandes virtudes, las verdaderas abnegaciones y los heroicos sacrificios en bien de la humanidad, que cuando se encuentran hombres como Cecilio Tolosa, hay que admirarlos, hay que colmarlos de bendiciones y hay que preguntar a los espíritus, cómo hoy lo hacemos nosotros, para que nos digan (si le es posible a alguno de ellos) de qué región descendió a la Tierra un hombre tan resignado y tan bueno como lo fue en su última encarnación el mendigo filántropo de Santa Fe.

"Justa es tu admiración, nos dice un espíritu, porque efectivamente en un presidio como la Tierra no abundan las almas generosas, porque si abundaran convertirían esa penitenciaría en un paraíso, y no puede brillar en el fondo de los abismos el sol que corona con sus rayos de oro las altas cimas de las montañas; por eso cuando encarnan en ese mundo espíritus elevados, suelen revestir humildísima envoltura, para que pasen desapercibidos de la generalidad de sus moradores, y sólo los más afligidos reciben el efluvio bendito de su sentimiento; porque la virtud en su maravilloso esplendor, con todos los dones que por derecho le pertenecen, sería un sol que os deslumbraría, y además que las condiciones de ese planeta no dejan al Espíritu progresar en el seno de las grandes riquezas y de fastuosos esplendores; porque como hay tantos seres que viven del engaño y de la explotación, al rico generoso le rodean, le cercan, le asedian, le aprisionan en un círculo microscópico, y el poderoso si da su oro a manos llenas suele crear vicios entre aquellos que abusan de su buena fe, y aumenta la ingratitud con la facilidad de la dádiva entre los explotadores de oficio; y ponerse en guardia para estudiar y conocer la diferencia que existe entre el verdadero necesitado y el parásito social, es un trabajo que fatiga al Espíritu, es una lucha que no merece sostenerla aquel que llega al grado de perfeccionamiento al que ha llegado el elevado Espíritu que fue conocido en la Tierra con el modestísimo nombre que ya conocéis".

"¡Quién dijera que aquel mendigo solitario está hoy rodeado de maravillosos esplendores y que terminó sus viajes a la Tierra! La cual no volverá a pisar a no ser que con el transcurso de los siglos vuelva a este planeta en gran misión, para ser adorado como un legislador divino, como lo fue y lo será Cristo por las almas sedientas de justicia".

Sí; ese Espíritu tiene una interesante y larga historia; Espíritu de gran energía, amantísimo de la humanidad, ha tenido también sus momentos de desconsuelo y desaliento, diciendo como dijo Jesús: Señor, aparta de mis labios este cáliz; pero a estos instantes de desfallecimiento ha sucedido la reacción generosa de su fe inmensa en la Omnipotencia Suprema, pues desde que alboreó su inteligencia, creyó en una causa divina y la adoró en la naturaleza, sin que por esto dejara de estudiar las diversas religiones que han sido la síntesis de las sucesivas civilizaciones que han ido colonizando la Tierra; y cuando ese Espíritu dominó todas las aflicciones terrenales, cuando se creyó bastante fuerte para ser grande sin el amor de una madre, sin los lazos de una familia cariñosa, sin la comodidad de la abundancia, sin la consideración social del que ocupa honrosa posición, cuando comprendió que solo, aislado, rodeado de privaciones podría decir:

¡Adiós Tierra!...¡Adiós! Me voy de tu suelo después de haber sufrido todos tus dolores y haber sonreído con tus fugaces alegrías, después de haber demostrado cómo aman las almas generosas, cómo hacen suyas las penas ajenas y olvidan las propias, cómo se interesan por los que viven olvidados y oprimidos por la esclavitud de la miseria, después de haber escrito una página de gloria en la historia de ese mundo, bien puedo decir: ¡Adiós Tierra!... ¡Adiós! Penitenciaría de los espíritus débiles dominados por las pasiones; voy a respirar nuevas brisas, voy a adquirir nuevos conocimientos, voy a subir un peldaño en la escala del progreso indefinido. ¡Adiós Tierra!... ¡Adiós! Los resplandores del infinito atraen a mi Espíritu como la luz atrae a las mariposas que pueblan nuestros vergeles: mas yo no moriré en las llamas como mueren las flores del aire. Yo me bañaré en un océano de luz, y envuelto en luminosa vestidura, seguiré mi peregrinación pidiendo hospitalidad en los mundos donde yo comprenda que tengo derecho a penetrar".

"Esto pensó y dijo ese Espíritu en su última encarnación en la Tierra, ha sido el epílogo de su historia terrenal, ahora se prepara para emprender nuevo viaje. ¡Dichosos los espíritus que como el mendigo filántropo dejan tras de sí polvo de soles y esencia de amor! Seguid si podéis sus huellas, que es el camino recto del progreso, la práctica bendita del amor Universal".

Adiós.

¿Qué podemos añadir nosotros a las consideraciones del Espíritu sobre el mendigo de Santa Fe? Que quisiéramos imitarle, que quisiéramos ser tan buenos como él lo fue. ¿Llegaremos a conseguirlo? Podríamos decir como él dentro de breve plazo: ¡Adiós Tierra! ¡Adiós! En breve plazo no, es completamente imposible; pero con el transcurso de los siglos sí; con la sucesión de las edades confiamos darle un adiós a la Tierra donde tanto hemos sufrido; que el teatro de nuestros desaciertos necesariamente tiene que ser el lugar de nuestro castigo, la mansión donde resuenen nuestras quejas; donde hemos vertido sangre, es donde tenemos que lavar las manchas con nuestro llanto; donde hemos sido infieles al amor y a la amistad, allí es donde tenemos que lamentar desengaños; donde hemos malgastado tesoros, allí es donde tenemos que sentir frío y hambre; donde hemos degradado la sublimidad de nuestra inteligencia, allí es donde tenemos que volver con la imbecilidad del idiota; donde hemos ejercido la tiranía, justo es que suframos la humillación de la esclavitud; mas no porque la expiación sea el cumplimiento de la más recta justicia, deja de pesar la cadena que forjaron nuestros desaciertos; si así no fuera, si la insensibilidad nos dominara, dejaríamos de ser esa raza racional que lleva en su cerebro un destello de Dios.

Querer es poder, tenemos el tiempo por patrimonio; trabajemos en nuestro progreso para poder decir un día: ¡Adiós Tierra!... ¡Adiós!...

CAPÍTULO XII

¡MORIR!

He aquí una palabra que he pronunciado en esta existencia tantas veces, que me sería completamente imposible calcular su número aproximado.

Quizá presintiendo las terribles luchas que había de sufrir, a poco de salir de la infancia, siempre que me encontraba en alguno de los hermosos jardines de mi inolvidable Andalucía, y mi Espíritu, ferviente adorador de la naturaleza, se extasiaba contemplando los bosquecillos de jazmines, los arcos de triunfo formados con las bellísimas rosas de pitiminí, y aspirando con delicioso placer el penetrante aroma del azahar, de los lirios y de las azucenas, solía decir a mi madre y a mis jóvenes amigas:

¡Qué bueno sería morirse aquí! ¡Qué recuerdo tan dulce y agradable se llevaría uno de la Tierra!

-¡Qué locura!...

-¡Qué tontería!...

-¡Qué romanticismo tan exagerado! respondían a coro mis oyentes.

Yo me impacientaba y replicaba:

-No me comprendéis; yo presiento que he de sufrir muchas desgracias, muchísimas, y antes de sufrirlas quisiera morir en uno de estos momentos de felicidad; porque, si es que el alma se despierta allá, conservaría recuerdos tan agradables, que indudablemente no podría tener el que muere dentro de un sombrío y húmedo calabozo o en el duro lecho de un hospital.

Mis amigas se reían de mis aprensiones, pero su risa no cambiaba mi modo de pensar.

La primera vez que, en una barquilla, crucé las claras ondas del Guadalquivir; fue un día de primavera, nublado y triste como el corazón de una niña al recibir el primer desengaño.

La melancolía de la naturaleza era grata a mi Espíritu, muy dado a la contemplación y a esa tristeza dulce que a veces se confunde con la plácida calma de la felicidad.

Las horas que pasé en la barquilla me parecieron segundos, y mientras las jóvenes que me acompañaban, cantaban "el último suspiro del moro" yo decía para mí:

¡Quién pudiera morir ahora!... Si se deja de ser, si nada de lo de acá reverbera o repercute allá, ¿Qué más podría desear que cerrar los ojos en un paraje delicioso como éste? Aquí todo es bello: el río es tranquilo y transparente; en sus orillas se doblan al peso de su fruto, los limoneros y naranjos; el cielo, cubierto de blancas nubes, no abre paso a los ardorosos rayos del sol; y el alma podría dormir su último sueño bendiciendo a la naturaleza que con tanta prodigalidad le ofrece sus encantos.

Y continuamente me ha perseguido la tenaz idea de morir en alguno de los breves instantes que he gozado de felicidad; nunca en las horas de desesperación. No quería morir odiando y maldiciendo; quería cerrar los ojos llevándome de la Tierra un recuerdo dulce, lleno de atractivos y poesía.

Tales fueron las aspiraciones de mi juventud. Así que entré de lleno en la lucha de la vida y se extinguieron mis vacilantes creencias religiosas, creía que morir era alcanzar el supremo bien, porque se dejaba de sufrir. Con envidia miraba a todos los que morían sin dejar familia, y aún acaricié mucho tiempo la idea del suicidio, admirando a los que ponían fin a su existencia para acabar de una vez con las miserias e ingratitudes del mundo.

Transcurrieron algunos años, y el estudio de la filosofía racionalista, infundiéndome el convencimiento del progreso indefinido del Espíritu, en las sucesivas fases de una existencia eterna, me hizo pensar de muy distinta manera sobre la conveniencia de la muerte. Yo que tanto he acariciado esa idea, ahora... no quiero, no deseo morir.

Quisiera morir, si la nada fuese una verdad; pero siendo la nada la negación de todo lo existente, y siendo la ley suprema vida inacabable y progreso ilimitado ¿Para qué desear morir, si sólo se consigue dejar un cuerpo más o menos enfermizo, más o menos bello, pero continua esistiendo el Espíritu, el yo pensante, la inteligencia, esa vibración divina que sentimos animando nuestro Ser?

En una breve enfermedad que sufrí últimamente, reflexioné muy a fondo respecto de la conveniencia de morir; y hablando conmigo misma, mientras recorría con mi mirada las blancas paredes de mi alcoba, exclamaba:

¿Si yo dejara la Tierra, qué ventajas alcanzaría? Ninguna, absolutamente ninguna. Dejaría mi obra incompleta; de las cuatro partes de mi vida, sólo una habría aprovechado; las otras las habría vivido sin vivir, porque no vive el que no estudia, el que no aprende, el que no procura conocerse y desprenderse de sus errores, preocupaciones e impurezas.

Al despertar en el espacio y ver fotografiadas en la eterna luz todas nuestras acciones, deberá quedar el Espíritu humillado, abatido; pues nada humilla y abate tanto como la contemplación de nuestras debilidades.

¿Qué has hecho durante tanto tiempo?... Se preguntará el Espíritu. Y ceros sin valor irán apareciendo ante sus ojos en la pizarra de la eternidad. A las cantidades negativas querrá oponer algunas positivas, mas, para ello le será preciso recomenzar el trabajo. ¿Qué ventajas logra el Espíritu con desprenderse de su envoltura? Si no ha trabajado en su progreso, absolutamente ninguna; porque morir no es sino ver más claro nuestras propias miserias y lamentar, por consiguiente, el tiempo que hemos perdido. Sería grata la muerte, si al cerrar los ojos cesaran todas nuestras sensaciones; pero adquiriendo el Espíritu más lucidez con el desprendimiento de su envoltura terrestre, la muerte le lleva a un minucioso examen de conciencia, después del cual puede venir una terrible expiación.

La muerte no existe: querer morir es perseguir un imposible. El Espíritu no puede dejar de ser; caer y levantarse, ser vencido y vencer, este es su destino. En el cansancio de la jornada desfallecerá, caerá rendido de fatiga; pero verá allá lejos, muy lejos, un oasis, y volverá a caminar afanoso por llegar al anhelado término.

Ayer, ignorando absolutamente las eternas leyes de la vida, exclamaba: ¡Quien pudiera morir! Hoy exclamo: ¡Vivamos y aprovechemos la vida para el progreso! Morir es renacer y ver que todo vive, que todo alienta; que la reproducción es eterna; que el progreso no se acaba; que el campo de la ciencia no tiene límites; que el Espíritu es inmortal.

CAPÍTULO XIII

A MIS AMIGOS DEL ESPACIO

Me queréis en vuestro mundo y agradezco el buen deseo; pero aún no ha llegado, creo, mi momento de partir.

Pues para que obtenga el alma todo el aprovechamiento, del total desprendimiento, que aquí se llama morir. Tiene el alma (según creo), que hallarse bien preparada para emprender su jornada; y mi alma, aún no lo está.

Y no es que tema a la muerte ni que esté a la Tierra unida, no es que me asuste otra vida, pues sé, que hay un "Más Allá".

Pero tiemblo ante la idea de contemplar mi pasado; pues sé muy bien que he faltado a las leyes del deber.

Y eso de ver frente a frente la pequeñez de uno mismo, la torpeza y el cinismo de nuestro azaroso ayer, creo que ha de ser tan horrible, la humillación será tanta, que lo confieso, me espanta el contemplar lo que fui.

Que yo en dos sueños he visto reflejos de mi pasado, y deseos no me han quedado de mirar lo que antes vi.

Y en verdad que es angustioso el estado de mi alma; que al parecer vivo en calma y la calma huyó de mí. Ni me hallo bien en la Tierra ni al morir la gloria espero; pues sé que "al morir no muero", porque es inmortal mi Yo.

¿Y qué he hecho yo en tantos siglos? ¿Qué progreso he realizado? ¿En qué libros he estudiado, donde tan poco aprendí? ¿Qué moral he practicado? ¿Qué enseñanzas he vertido? ¿De qué ha servido mi vida? ¿Qué buenos ejemplos di? Ninguno, por vida mía, porque mi actual existencia ha sido de penitencia, de verdadera expiación.

¡Siempre luchando! ¡Luchando en la soledad espantosa! ¡Qué vida tan azarosa!... ¡Cuánto frío en mi corazón!...

Lo que me prueba qué he sido, lo que por mi mal presiento, un loco calenturiento que miró y no quiso ver. Malgasté siglos y siglos, en lupanares y orgías, y todas mis energías las agoté en el placer.

¿Cómo queréis, compañeros, que me encuentre decidida a un cambio brusco de vida, si tiemblo ante el Más Allá? ¿Acaso en esta existencia milagros he realizado? ¿Qué lágrimas he enjugado?

"No delires, basta ya" (dice una voz en mi oído). Sé justa al juzgar los hechos; y tus actos provechosos no quieras desconocer. Porque dócil instrumento te has prestado complaciente, y la inspiración potente nueva vida dio a tu Ser".

"Y consagrando tu tiempo a una noble propaganda, le dijiste al débil: Anda, corre del progreso en pos. No se reduce la vida a estos momentos de pena; rompe osado tu cadena y llama en tu auxilio a Dios".

"Y has escrito; y tus escritos han despertado a las gentes, las almas indiferentes algo sintieron por ti. Y Hasta en los antros sombríos de las cárceles espantosas, en mazmorras horrorosas que te llamaban oí".

"Y tu "Luz" de mano en mano con afán arrebataban, que en sus páginas hallaban consuelo para su mal. Esperanzas de otras vidas, de otras leyes las sentencias, de múltiples existencias la justicia universal".

Con afán la estudiaré para rasgar de mi mente la sombra de "no sé qué"; ¿Tengo dudas? ¿Tengo fe? No sé lo que mi alma siente.

"Si tu voz ha resonado en los antros más obscuros, donde gimen los perjuros maldiciendo su expiación. No digas que ha sido estéril tu paso por este mundo, si por ti soñó un segundo el preso en su redención".

"No temas, pues, a la muerte, ni te horrorice el mañana, "se obtiene lo que se gana", y tú has ganado un buen jornal. Tienes, cual tienen todos en el banco de la vida, una póliza extendida que acredita tu caudal".

"Ni eres rica, ni eres pobre, que no hay ni pobres ni ricos, ni seres grandes ni chicos, y te diré la razón. ¿Se sabe hasta dónde llega el límite de la vida? No; porque es indefinida de las almas la ascensión".

"Siendo así, es "arca cerrada" la riqueza y la pobreza, ¿Dónde acaba y dónde empieza su historia la humanidad? Nada se sabe en concreto, sólo una cosa es sabida, que nunca acaba la vida; estudia esa gran verdad".

Sólo sé, que agradecida a mis amigos de ayer, mi gratitud sin medida les daré en mi eterna vida; ¡Porque ya sé agradecer!.

CAPÍTULO XIV

DRAMA PASIONAL

Varios periódicos han publicado el relato de un drama pasional, verdaderamente interesante, pareciendo imposible que una niña de 17 años tuviera tanta energía para buscar la muerte.

En la edad de las ilusiones, de las esperanzas, cuando parece que la vida tiene tan dilatados horizontes, decir resueltamente "quiero morir", algo terrible tiene que haber tras de aquella florida juventud. El relato dice así:

Toledo. –Un terrible drama de los llamados pasionales en el que concurren circunstancias extrañas, es objeto aquí de todos los comentarios.

Desde hace algún tiempo sostenían relaciones amorosas una bella muchacha llamada Agustina García, de diecisiete años, y Samuel Pascual, de dieciocho.

Los novios parecían profesarse entrañable afecto; había en ellos todo el fuego de la primera pasión, con la exaltación que generalmente acompaña a los amores en los primeros años.

Los padres de Agustina debían partir en breve para Madrid y claro es que había de acompañarles su hija.

Los novios, al saberlo, tuvieron un horrible disgusto, no podían renunciar al placer de cambiar diariamente ardientes miradas y mutuas promesas de cariño inmenso.

Ésta fue sin duda la causa de que surgiera en ellos la idea del trágico drama desarrollado, en el que, al parecer, Agustina fue la que mayor valor y resignación mostrara.

No se sabe concretamente la gestación que el suceso tuvo; pero se conocen bien, desgraciadamente, sus fatales consecuencias.

Hace dos días Agustina desapareció de la casa paterna y la familia se hallaba consternada.

Cuando creían que la hija había huido en compañía de su novio, vino a sumirles todavía en mayor desesperación terribles noticias.

Un tío de Agustina había recibido una carta de ella en la que decía que, cuando la leyera, su sobrina estaría ya muerta.

Poco después el vigilante del cementerio avisaba a las autoridades que a la puerta de éste se encontraba el cadáver de una señorita y un joven gravemente herido.

Éste que era el novio de Agustina, Samuel Pascual, declaró que anoche, a las diez, fueron los dos hasta allí. Agustina se obstinó en que la matase, y como él se negara, Agustina le amenazó con que se arrojaría al río si no lo hacía. Entonces él le dio una puñalada en el pecho, en el sitio designado por la misma Agustina, y después otra en el lado opuesto, también por orden de su novia.

Enseguida intentó Samuel suicidarse, dándose tres cuchilladas con la misma arma; pero a pesar de los esfuerzos hechos no logró matarse.

El suceso ha producido gran impresión, porque las familias de los protagonistas de este drama son muy apreciadas y gozan de generales simpatías.

Queriendo estudiar en ese gran libro inédito de la humanidad, pedí al guía de mis trabajos alguna explicación respecto a este sangriento drama, y el Espíritu me dio la siguiente comunicación:

"Tenias razón al pensar que tras de aquella florida juventud había un algo terrible, espantoso, había un crimen cometido por orgullo, por ambición, por afán de adquirir riquezas. Los novios de hoy, ayer estuvieron unidos por

lazos de matrimonio; eran felices; ocupaban una gran posición social, y un hijo vino a completar su dicha; un apuesto mancebo que reunía belleza, bondad, elevación de espíritu y una inteligencia tan desarrollada y tan bien equilibrada, que prometía ser un hombre notabilísimo. Sus padres estaban orgullosos de tener un hijo que reunía tantas perfecciones, y soñaban unirle en matrimonio con una joven duquesa, hermosa y distinguida; pero Romeo estaba enamorado desde niño de una joven muy bella, y buena aunque pobre, porque su padre era un modestísimo empleado, cuyo sueldo era tan mezquino, que su hija Isabel tenía que bordar de día y de noche para ayudar a los gastos de su casa; pero Romeo la quería con delirio, y como él era muy rico, no le importaba la pobreza de su amada; él tenía riquezas sobradas para darle el fausto de una reina; pero sus padres se opusieron abiertamente a tal enlace; emplearon los ruegos y las amenazas; mas todo fue inútil; él dijo resueltamente: "O con ella o con nadie uniré mi suerte". Sus padres se callaron y dejaron dormido el asunto; pero entre tanto urdieron un trama terrible, arrojaron sobre Isabel el fuego de la calumnia y la hicieron aparecer ante Romeo como una mujer perdida, encenegada en la prostitución; hicieron llegar hasta él cartas dirigidas a hombres que le ofrecían montes de oro; y Romeo, loco, frenético, le escribió algunas líneas diciéndole: "Te odio, te desprecio, ¡Maldita seas! Que mi sangre caiga sobre tu impura frente"; y ante la morada de Isabel se mató de un pistoletazo. Ella oyó la detonación, y sin perder momento salió de su casa, y corrió desatentada buscando el río que bañaba los muros de la población, y en sus aguas encontró el término de sus dolores. Los padres de Romeo se horrorizaron de su obra y levantaron una iglesia para implorar el perdón de sus culpas, vistieron a muchos santos, derramaron el oro a manos llenas; pero sus remordimientos no les dejaron una hora de reposo y dejaron la Tierra desesperados y abrumados por el peso de su iniquidad. En el espacio se dieron palabra de volver juntos y morir desgraciadamente como hicieron morir a su hijo y a la inocente y malograda Isabel; por eso ahora, ante una contrariedad que podían haber soportado y haber procurado hacerla más llevadera por medio de una asidua correspondencia, se entregaron a la desesperación, especialmente ella que había sido en su anterior existencia la instigadora del crimen, la madre ambiciosa que soñó para su hijo todas las grandezas de la Tierra".

"Los criminales no pueden ser felices; por eso, estos infelices, en lo más hermoso de su juventud, han roto todos los lazos que los unían a la vida. ¡Hay tantas historias! ¡Hay tantos dramas ocultos en la noche del pasado!... ¡Se han cometido tantos crímenes por el afán de acaparar tesoros!... ¡Preguntad! ¡Inquirid! Levantad una punta del velo que cubre el ayer y rogad por los pecadores, que muchos hay en el Universo".

Adiós.

Bien dice el Espíritu: ¡Cuántas historias! ¡Lo que parece más absurdo y más incomprensible, qué sencillo y natural aparece cuando se conoce el por qué de aquel desastroso efecto!

Es cierto que la felicidad no es patrimonio de la Tierra, porque sus habitantes todos somos licenciados de presidio, que hemos vuelto a caer en el momento que nos hemos visto libres, y una vez y otra y cien veces hemos cometido la misma falta. Gracias que el tiempo es eterno como la grandeza de Dios, y con el transcurso de los siglos llegaremos a ser sabios y buenos; y cuando sepamos unir el amor y la ciencia, brillará el sol de la felicidad.

CAPÍTULO XV

ODIOS DE AYER

Hace días que recibí una carta, de la cual copio a continuación los párrafos más interesantes:

Barcelona.

Sra. Doña Amalia Domingo Soler.

Muy Sra. mía y de mi más distinguida consideración: como lector asiduo del periódico "Los Albores de la Verdad", me tomo la libertad de rogarle pregunte al guía de sus trabajos espiritistas, algo de un suceso extraño acaecido en casa de unos amigos, todos de las ideas que Ud. sustenta y que aunque no serviría la contestación para fortalecerles en las creencias espíritas, por tenerlas muy arraigadas, en cambio podría darles una buena lección de moral y de estudio.

Dicho lo anterior entremos en el asunto:

Los protagonistas del suceso, son un matrimonio que tiene una hija de doce años de edad, la cual desde que tiene uso de razón ha tenido y tiene una animadversión muy grande hacia su madre sin saber el por qué, dándose el caso de desaparecer de su casa días enteros hasta que se la encuentra, bien en casa de unos parientes, bien en la de algún amigo y al preguntarle el por qué de no querer estar en su casa, contesta muy tranquila que porque no quiere a su madre. El caso principal es que un día de esta semana pasada se le encontró debajo de la almohada de su cama el cuchillo de la cocina que había guardado, y al preguntarle por qué lo había hecho, contestó que para matar a Rosa (Rosa es su madre); de manera que calcule la pesadumbre que habrá en esta familia que ocupa una posición bastante desahogada y no tiene más familia que esta hija, a la que no saben ni cómo tratar, ni qué camino tomar con ella.

Le repito mi ruego de que si tiene Ud. a bien el consultar, y al mismo tiempo veríamos si el guía de sus trabajos indicaba mejor camino para atraer a este Espíritu que debe tener seguramente malos recuerdos de otras vidas relacionadas con la que hoy es su madre.

En caso de respuesta, esperamos lo publique en la revista "Luz y Unión", para que sirva de lección a los lectores.

Dándole anticipadas gracias, se despide de Ud.

Rafael Pardo

Es indudable que el contenido de la carta anterior merece ser atendido, por el cual he preguntado al guía de mis trabajos y éste me ha contestado lo siguiente:

"Haces bien en complacer a los que te piden luz y consuelo; el tiempo que te resta de estar por ahora en la Tierra, no es otra tu misión que aprender y enseñar, no aprender en las academias científicas, que por esta vez han estado cerradas para ti, ni enseñar a los sabios: tú estudias en ese gran libro de la humanidad, en la historia íntima de los penados de ese mundo y enseñas a los desheredados, a los desvalidos, a los que sacian su sed con sus lágrimas y viven muriendo, porque viven dudando".

"Estos desgraciados que tienen por hija un enemigo terrible de su madre, deben procurar tener para esa niña una tolerancia sin límites, una paciencia a toda prueba, y durante la noche, cuando la niña duerma, si pueden disponer de un buen médium, que emplee su voluntad en atraer a buen camino a ese Espíritu vengativo que se oculta en la envoltura de una niña, y hacerle comprender que odiando se estaciona el Espíritu y aumenta los años de su condena; si después de varias sesiones ven que la niña no cambia de conducta, entonces será prudente alejarla de su madre, poniéndola a toda pensión en un colegio que no sea religioso, o en casa de algunos parientes que la consideren y le prodiguen las más tiernas atenciones, porque esa pobre niña no es de mala condición, es un Espíritu herido y martirizado en otra época que aún no ha podido desprenderse de su odio (en cierto sentido justificado). Con la violencia no conseguirán ningún buen resultado, y hay que evitar a todo trance que esa niña se encolerice, y al mismo tiempo tomar toda clase de precauciones para que no realice sus inicuos planes".

"En una de sus existencias anteriores, esa niña era una hermosa joven, que vivía feliz porque amaba y era tiernamente correspondida por el hombre que le iba a dar su nombre después de haberle dado por completo su corazón. Elisa era completamente dichosa, preparó sus galas de desposada y la víspera de su enlace se fue a confesar con el padre Froilán, alta dignidad eclesiástica que abría y cerraba las puertas del cielo según su capricho y su deseo. Ver a Elisa y enloquecer por ella todo fue uno; sintiendo horribles celos cuando ella le confesó sus sueños de amor y que sólo esperaba la bendición nupcial para ser la más feliz de las mujeres. Él, entonces le pidió las primicias de su belleza, asegurándole que si no accedía a sus deseos, no vería más la luz del día. Ella le apostrofó duramente negándose en absoluto a su miserable pretensión, y el padre Froilán le dijo: serás mía o de nadie; y aquella misma noche los familiares del Santo Oficio se apoderaron de Elisa acusándola de hereje. Elisa era huérfana y estaba en casa de su tutor, que enmudeció de espanto ante la horrible acusación del Santo tribunal. Elisa desapareció y su prometido hizo cuanto puede hacer un hombre enamorado para probar la inocencia de su amada; pero todo fue en vano. Elisa murió en su calabozo después de haber sufrido los más horribles tormentos, y murió maldiciendo al padre Froilán que tanto la había martirizado y que había satisfecho sus impuros deseo, cuando la infeliz moribunda no tuvo fuerzas para resistir, cuando ya su cuerpo era una masa inerte".

"Ya en el espacio, le hicieron comprender que se vivía siempre, y ella dijo: mejor, así tendré más tiempo para odiar a ese miserable, y dominada por el vértigo de la venganza ha encarnado varias veces, deseosa de vengarse de su verdugo. Aparte de ese odio implacable, es un Espíritu bueno, y dejándose convencer por los consejos de su guía, ha querido ver si teniendo por madre a su

verdugo de ayer, se apagaba la llama de su odio; ha hecho la prueba y no ha salido victoriosa, su odio no se ha entibiado, por eso es necesario no avivarlo con recriminaciones ni castigos. Compadeced a esa pobre niña, es una loca incurable, es una enferma de mucha gravedad y hay que tratar de curarle con amor, con paciencia, con una inmensa compasión".

"Ella era buena; amaba y era amada, soñaba con todos los placeres de la vida y cayó en los abismos de la desesperación; su tálamo nupcial se convirtió en el potro del tormento, sus galas de desposada en la hopa del condenado. Compadecedla porque ha llorado mucho, su dolor ha sido más fuerte que su deseo de reconciliación; ya volverá otra vez más fortalecido ese Espíritu para perdonar y amar a su verdugo de ayer".

Adiós.

Verdaderamente merece estudiarse la comunicación que he obtenido: el árbol del odio da frutos de muerte. ¡Ay de los verdugos y de sus víctimas! ¡Cuántos siglos pasan en la sombra los unos y los otros! El estudio del Espiritismo es muy provechoso para evitar violencias y atropellos que traen consecuencias tan horribles.

¿Hay algo más triste que ver a un hijo odiando a su madre? Cuando la familia es el oasis de este mundo, cuando una madre es el puerto de salvación de los seres que ha llevado en su seno; en la Tierra una madre es la imagen de Dios, y cuando el odio de ayer rompe los lazos más fuertes de la naturaleza, no hay desgracia más horrible que ese rompimiento violentísimo.

Nunca me cansaré de repetir que el estudio razonado del Espiritismo es el que nos llevará a ser buenos, a ser tolerantes, a no condenar las debilidades de muchos seres, que si pecan, merecen compasión: porque son almas enfermas que han llorado mucho.

CAPÍTULO XVI

¡TODO TIENE SU AYER!

Tendría que ser mentira la inmortalidad de los espíritus, y para consolarse la humanidad en sus múltiples amarguras y penalidades, tendría necesidad de inventarlos como ha inventado dioses y santos que han sido los cimientos de diversas religiones, que han servido de refugio a las atribuladas generaciones que durante miles de años, han luchado dándoles la vida y una razón para vivir; el potentado, dominado por insaciable ambición, ha prodigado la savia de su existencia en cálculos tenebrosos, encaminados todos ellos a desposeer a su contrario de tal o cual señorío; la clase media envidiando a los nobles ha procurado siempre hacerse útil con sus tesoros, para ir ganando terreno en la consideración social, y el pueblo esclavizado en todas las épocas, de distintas maneras, ha maldecido en diversos tonos a sus tiranos y ha tratado de romper sus cadenas del mejor modo que ha podido; y los santos y los dioses, han representado un gran papel en el drama social, porque han servido de freno a las ambiciones de los unos, al comercio de los otros y al descontento popular; pero el progreso ha roto en mil pedazos la corona de los dioses y las aureolas de los santos, y la humanidad hubiera caminado a la desbandada si no hubiese

escuchado una voz misteriosa que le decía: ¡Detente! Mira que de tus pasos no se borra la huella y mañana la encontrarás, y si tus pies van llenos de sangre y la tierra se enrojece con el licor precioso de la vida, sus manchas te servirán de vía-crucis, y en cada una de ellas tendrás que postrarte haciendo confesión de tus culpas y pecados. Reflexiona lo que haces, que sólo tú tejes la tela de tu vida y según tú tejieres así será de burda lana o de gasa transparente, de tosca estameña o suave terciopelo, solo tú eres el árbitro de tu destino, ante ti están abiertos los senderos de la ignorancia y de la sabiduría, puedes a tu antojo endurecer tu corazón o engrandecer tu sentimiento, elige entre la luz y la sombra, entre los hielos del invierno y la brisa templada de la primavera; esto han dicho los espíritus en todos los confines de la Tierra, y gran número de sus habitantes han prestado atención al llamamiento de ultratumba, que llegó a su tiempo como llega todo en la Creación; y desde entonces han visto todos los que han querido mirar que no existe la desgracia, que no existe la injusticia, que todo tiene su ayer, así es que no se vierte una lágrima que no tenga su historia, ni se exhala una exclamación de alegría que no tenga por base una acción generosa.

Este enlace de existencias no ha sido ni es del agrado de los espíritus orgullosos, que no se avienen con haber pertenecido a las últimas capas sociales, sino que se creen que son los elegidos por el Señor, que les ha dado nobilísima estirpe y abundantes riquezas nada más que porque sí; como si no fuera mucho más honroso adquirir la independencia y el engrandecimiento social, por el trabajo empleado en miles de años.

Mejor que se acepte con agrado, a que no quieran admitir las existencias anteriores; como nuestra vida no tiene su origen en la época presente, su verdad innegable se impone en todas las negativas y da solución a innumerables problemas, que sin las múltiples encarnaciones del Espíritu, quedarían sin resolver y pondrían muy en duda la justicia de Dios.

¿Quién sin el estudio del Espiritismo puede resignarse a ser víctima de incalificables atropellos, apareciendo criminal quien en la actualidad es inocente, o ver las desgracias ajenas de diversa índole que despiertan en un alma sensible la más profunda compasión? Quien no lamenta esas tragedias amorosas de dos seres amantes que no han hecho daño alguno y se preparaban para formar una nueva familia, y de pronto los separa la muerte cuando todo les sonreía, y en cambio viven aquellos que sólo alientan para gemir y para ser la pesadilla los unos de los otros. La vida, sin un ayer y sin un mañana es verdaderamente un rompecabezas; no da idea exacta de la grandeza de Dios, no predispone al hombre al trabajo, porque este se desilusiona cuando ve, como decía un poeta: “Que para alcanzar la vida de la gloria, se ha de arrastrar la vida de la muerte”, y la gloria póstuma no presta calor al alma positivista; en cambio, cuando se tiene la certidumbre de que cuando se trabaja en el engrandecimiento de un pueblo y en el embellecimiento de una nación, todo es para uno mismo, pues en sus repetidos viajes encuentra las ventajas que resultaron de su trabajo; y aunque muchos dicen que este modo de pensar es un refinado egoísmo, es necesario convenir sin hacerse ilusiones, que el hombre se ama ante todo a sí mismo, y este amor y este instinto de conservación, es la base del progreso, porque si el hombre no se amara, si no procurara salvarse de todos los peligros, si no fuera previsor para evitar las emboscadas de los traidores y de los criminales, sus múltiples existencias serían completamente improductivas si su primer pensamiento no fuera huir de la muerte, si no luchara incansablemente por la prolongación de sus días no tendría razón de ser su estancia en la Tierra;

y la prueba de lo que decimos la tenemos en los suicidas. ¿De qué sirven esos desgraciados que suprimen violentamente las horas de su existencia? ¿Qué ventajas reportan a la sociedad? ¿Qué protección dispensan a su familia? ¿Qué ejemplo ofrecen digno de ser imitado? Su paso por la Tierra es más insignificante que un átomo recorriendo el Universo; así es que es necesario para el progreso universal que el hombre se ame a sí mismo, sin que esto se confunda nunca con el sórdido egoísmo del avaro prestamista que comercia impunemente con el infortunio y con la inexperiencia. No, el hombre se ha de querer a sí mismo sin perjudicar a un tercero; porque perjudicando a otro ya deja de quererse a sí propio, puesto que amontona sobre su cabeza las negras nubes de la expiación.

Por esto el estudio del Espiritismo no hará nunca que se aumente el egoísmo humano, porque se sabe perfectamente que aquel que sólo vive para sí, su patrimonio en el espacio es la más completa soledad; la familia, los amigos, los admiradores y los adictos a nuestras ideas, todas las afecciones en fin, no se consiguen por herencia, se adquieren únicamente por las pacíficas conquistas que hace la abnegación y el sacrificio; así es, que si nos juzgan egoístas porque trabajamos con la certidumbre de que recogemos los abundantes frutos de la semilla que hemos sembrado, ese egoísmo es noble y elevado. Dios no nos ha concedido la vida para un número determinado de años ni de siglos; al prestarnos su aliento ha sido para que luchemos y progresemos eternamente; y nada más natural que como siempre hemos de vivir, tratemos de embellecer los mundos donde tengamos que habitar centurias de siglos, y nadie puede trabajar con más fe y mas entusiasmo en el embellecimiento y engrandecimiento de un planeta que los Espiritistas racionalistas, porque trabajan con el íntimo convencimiento de que no trazan círculos en la arena, ni arrojan trigo a los mares, sino que todos sus esfuerzos y todas sus mejoras subsistirán y servirán de base para nuevos adelantos; y si útil es el estudio del Espiritismo para amar la vida, mucho más útil es aún para leer en el gran libro de la humanidad, donde cada ser es una página del volumen de los siglos. Ante esas tragedias en las cuales siempre suelen ser víctimas jóvenes inocentes, el hombre pensador queda abismado en sus amargos y dolorosos pensamientos sin atreverse a murmurar del rigor de la suerte, pero si preguntándose por qué Dios permite que tales cosas sucedan, y siendo práctico en el estudio del Espiritismo, cada hecho dramático que se desarrolla ante su observación, le sirve de motivo para preguntar, para inquirir sobre la historia de aquellos que aparecen víctimas de la misteriosa fatalidad.

Estudiando la obra de “Los Misterios del Sueño y del Magnetismo” por A. Debay, nos llamó vivamente la atención el siguiente relato:

La narración de un hecho ocurrido en España hace algunos años, bastará para apreciar los peligros a los que se exponen las personas atacadas de esta catalepsia, una apreciación poco meditada acerca de la muerte. Dejemos hablar a la joven que iba a ser víctima de esta impremeditación.

“Me creyeron muerta.... Yo oía los gemidos de mi desconsolada familia; escuchaba los suspiros y despedidas de mi novio; mis hermanos me daban el último beso; el ataúd estaba abierto, iba a cerrarse sobre mí, cuando el consejo de un médico hizo retardar mi enterramiento. Permanecí expuesta tres días sobre un lecho mortuorio; ¡Tres días escuchando los crueles y desgarradores lamentos de una familia desconsolada cuyo ídolo era yo! Distinguía hasta el

menor ruido; oía cuanto se hablaba; ¡Cuántas veces intenté moverme, gritar, lanzar un suspiro! Pero me era imposible. Estaba muerta físicamente, por más que el oído y la inteligencia conservaran su actividad. ¡Ah, me creía condenada a ser enterrada viva! ¡Qué angustias, qué suplicios! ¡Cuánto sufrir!"

"La mañana del cuarto día, mi médico junto con dos doctores más, me visitaron, me reconocieron minuciosamente, levantaron varias veces mis párpados y frotándolo contra el globo del ojo, decían: "Pupilas insensibles y vidriosas, frío general, cara lívida, manchas verdosas sobre la superficie del globo, estos son los signos ciertos del principio de la descomposición; se la puede enterrar hoy". Mi familia se salió de la habitación donde yo estaba para evitar el doloroso espectáculo de verme amortajada. Entonces me cubrieron con un sudario, me metieron en el ataúd y percibí el ruido de los martillos al cerrar la tapa. En este terrible instante ¡Cuántas tentativas hice con el pensamiento, cuántos prodigiosos esfuerzos para dar señales de vida! Todo era en vano; siempre encontraba una absoluta imposibilidad... Por fin me resigné, creyendo que esta era la voluntad de Dios y me puse a orar con fervor. Me llevaron a la iglesia; los velones ardían a mi alrededor; los sacerdotes entonaban las preces de los difuntos, y una hora más tarde los enterradores me colocaban en la fosa. Al sordo ruido de la primera paletada de tierra que echaron sobre el ataúd, todo mi ser se estremeció; redoblé en mi Espíritu cuanta energía es capaz de prestarnos la desesperación para poner en movimiento nuestras facultades activas; ¡Vanos esfuerzos! Permanecía inmóvil y muda dentro de mi sudario. Pronto caí en un grande abatimiento; mis ideas, claras y distintas hasta entonces fueron desvaneciéndose, y perdí el conocimiento".

"Cuando volví en mí, el viento silbaba en los techos del cementerio; ¡La tormenta rugía con furor! Estallaba una tempestad sobre mi cabeza y probablemente el rayo cayó cerca de mí, porque sentí una violenta conmoción y me pareció que el cuerpo recuperaba su sensibilidad".

"He aquí a qué triste circunstancia debo mi vuelta a la vida. Diego, a quien yo amaba y a quien estaba prometida, había obtenido del enterrador, mediante una buena gratificación, que no llenase la fosa hasta la mañana siguiente. Un terrible proyecto hervía en su imaginación; quería unirse a mí por medio del suicidio y compartir mi tumba. En efecto, a eso de la media noche oí pasos que se aproximaban, ¡Era él!"

-"¡Oh, Ana mía! Exclamó Diego, no puedo vivir sin ti y vengo a morir a tu lado; perdóname Dios este acto de desesperación y reúne nuestras dos almas".

-"Oí el ruido que produce el gatillo de una pistola al montarse.. Iba a matarse... De repente un grito penetrante salió de mi garganta; había recobrado la voz. A este grito que el silencio de la noche y la lúgubre oscuridad del sitio hacía más espantoso, el arma se escapó de sus manos y su cuerpo vino a caer sobre mi ataúd".

"A los primeros resplandores del Día, los guardianes del cementerio, atraídos por mis gemidos, corrieron hacia mi fosa; levantaron el cuerpo de Diego, descerrajaron mi ataúd y me condujeron a casa de mis padres. La violenta conmoción que les causó mi presencia estuvo a punto de costar cara a algunos de mis parientes, y rodeada de eficaces cuidados, de ternuras y de caricias, me restablecí prontamente".

"¡Y Diego! ¡Ah desdichado! Cuando volvió a abrir los ojos... estaba loco... Yo le consagro mi vida en este mundo porque por mí ha perdido la razón. ¡Oh Dios mío! Yo confío en tu bondad".

¿No es verdad que es horrible el anterior relato?

¿No es verdad que causa espanto el considerar cuánto sufriría la infeliz cataléptica asistiendo a su entierro y dando un adiós a la vida cuando todo le sonreía, cuando iba a realizar el sueño más hermoso que tiene la mujer en la Tierra, que es el unirse al ser amado?...

¡Morir en la primavera de la existencia, rodeada de una familia amorosísima... oír sus desgarradores lamentos... sentir uno en su ser pensante la actividad de la vida y negarse el organismo a cumplir la voluntad del Espíritu, declarar los médicos científicamente que su muerte era un hecho comprobado, y estar ella plenamente convencida de que vivía aunque su cuerpo inerte no hacía el más leve movimiento... ¡Oh! ¡Qué angustia! ¡Qué agonía tan grande!... No hay en el lenguaje humano, frases suficientemente elocuentes para pintar la desesperación que se apoderaría de aquella infeliz, cuando sintió clavar la tapa del ataúd.

¡Qué historia tan terrible deberá tener su Espíritu! Porque para beber en el cáliz que ella bebió ¡A cuantos desgraciados habrá dado antes la hiel y el vinagre que dieron a Jesús!

Ante esos dolores verdaderamente singulares, sentimos un indescriptible afán de saber qué hicieron ayer los que hoy han tenido que ser víctimas de tan inmenso sufrimiento.

No se confunda por esto, nuestro noble anhelo de aprender, con la pueril curiosidad de saber una historia para relatarla por simple entretenimiento, no; deseamos únicamente descender al abismo del pasado para reconocer los cimientos del presente; por eso cuando leemos la relación de un crimen extraordinario o lloramos ante las victimas del infortunio, figurando en primera línea la joven cataléptica y su desventurado amante, decimos así:

¡Oh! Vosotros, habitantes del espacio, que sabéis tantas historias, que habéis asistido a la agonía de innumerables generaciones, decidnos: ¿Cuál fue la causa de ser enterrada en vida la infeliz Ana y la pérdida de la razón de su fiel prometido? Historia es esta tan horrible, que debe tener un prólogo espantoso; ¿Podéis decirnos algo sobre el pasado de esos dos espíritus que tan desdichados fueron en su ultima existencia? Suponiendo que hayan dejado la Tierra, lo que nos parece lo más verosímil, pues el organismo humano después de sufrir la crisis que sufrieron Ana y Diego, no le quedan grandes fuerzas de repuesto para seguir luchando.

"No te has engañado, nos dice un espíritu, esos dos infelices dejaron hace tiempo la Tierra; él murió sin recobrar la razón y ella, herida de muerte desde que sintió los martillazos dados en su ataúd, arrastró algunos años una existencia lánguida y enferma y al fin exhaló su postrer suspiro con toda tranquilidad, yéndose de este mundo casi con alegría, puesto que el alma de su alma ya no vivía bajo su hermoso cielo".

"Historia poco menos que interminable tienen esos dos espíritus, y hay en ella capítulos espantosos; a grandes rasgos te haré una relación sucinta de sus crímenes y sus ambiciones".

"Ana ha sido durante muchos siglos un hombre violento, iracundo y cruel; en el tiempo del feudalismo fue uno de los tiranos más poderosos que existieron en la Tierra, pero cometía los asesinatos secretamente, jamás retaba a un enemigo en campo abierto y rompía lanzas con él, pero en cambio le convidaba a cazar en sus montes y en sus bosques, y entre las espesuras de las selvas no faltaba una trampa para cazar lobos, que cazaba muchas veces a nobles señores, los que caían en profundas cavernas, y allí morían con la muerte

más horrible que se puede tener en la Tierra; quedaban enterrados en vida, y los que no atentaban contra su existencia, los que la amaban y disputaban sus segundos uno a uno, quedaban prestando atento oído al más leve rumor, sufriendo cien y cien veces esas diversas emociones de soñar con la salvación al escuchar voces humanas, y sentir un espanto que no puede describirse cuando el eco de las voces se iba extinguiendo y comprendían que su destino era morir sufriendo los horrores del hambre y la rabia de la sed; sed que saciaban algunos bebiendo su propia sangre. Otras veces, en sus festines narcotizaban al que se oponía a sus ambiciosos planes, y le colocaban para que descansara en un lujoso lecho en el cual había un ingenioso mecanismo que hacía descender al durmiente hasta una galería subterránea donde quedaba depositado, y al despertarse se encontraba en aquella inmensa catacumba que recorría delirante golpeando las paredes y las sepulturas y gritando en los parajes donde penetraba alguna claridad por el desprendimiento de alguna piedra o porque expresamente se hubiese hecho una abertura entre las rocas que sirviera de punto de partida en aquel tenebroso laberinto de sendas encrucijadas, y allí moría el desdichado que se había opuesto a los planes del hombre sin corazón, al que llamaremos Augusto, pues llevó ese nombre en innumerables y sucesivas existencias, perteneciendo por largo tiempo a una misma familia".

"Augusto ha sido un ser digno de estudio, porque ha cometido horrendos crímenes sin derramar por su mano una gota de sangre ni permitir que su último confidente, su esclavo favorito el formidable Aglátus, causara la más leve herida a aquellos que tenía que asesinar".

"Desde que Augusto comenzó su carrera de desaciertos; se asoció a él un espíritu tan miserable y tan depravado como él; unas veces siendo su esclavo, otras su confesor, otras su compañero de armas, etc, etc.. siempre estuvo sumiso a su voluntad, y siempre le aconsejó que exterminara todo cuanto se opusiera a la realización de sus ambiciosos proyectos; eran dos cuerpos y un alma, y el uno no podía vivir sin el otro, habiendo la diferencia de que Augusto siempre mandaba y Aglátus siempre obedecía; dándose el caso, que cuando el uno desaparecía de la Tierra, el otro no tardaba en seguirle, dominado por una tristeza extraordinaria: lo que era más de extrañar por ser dos espíritus que a nadie amaban. El uno, en la cumbre del poder, y el otro oscurecido entre la plebe, o confundido en una comunidad religiosa, o siendo rudo soldado sin llegar nunca a ningún puesto elevado, los dos vivían para satisfacer sus brutales apetitos, destruyendo cuanto se les oponía a su paso".

"Aglátus no le tenía horror a la sangre, pero Augusto se desmayaba como una débil mujer si veía a un herido cubierto de sangre, y tenía fama de clemente y benigno cuando ocupó altos puestos eclesiásticos, sin que por eso dejase de emparedar a más de una novicia que no cedió a sus impuros deseos o que después de ceder temió que hablara y supiera el mundo sus infamias; porque ha sido un espíritu muy aficionado a tener buena fama. Mas un brazo y una voluntad, no pueden conseguir el ocultamiento de los crímenes, se necesita que un ser más humilde ejecute la sentencia, y entre Augusto y Aglátus ha existido una unión tan perfecta, que muchas veces no ha necesitado Augusto decir una sola palabra para que Aglátus emparedara a una monja, convencido de que haciéndolo complacía a su señor".

"Un afecto poderoso, aunque sea su origen el más horrendo crimen, y aunque se haya alimentado con hechos y acciones perversas, aquel cariño salvaje, aquella atracción de dos almas que lo que la una piensa la otra adivina, va lentamente, como la gota de agua, horadando la piedra de su dormido

sentimiento y si bien aquellos dos seres no quieren a nadie, como se quieren el uno al otro, y en medio de su perversidad, comienzan a dar sus primeros pasos en la senda del progreso, puesto que la falta del uno, entristece al otro. Tristeza envuelta en su mutuo egoísmo, pues si moría Aglátus, augusto lo echaba de menos porque le faltaba quien le obedeciera ciegamente, sin murmurar jamás y si por el contrario se iba Augusto, Aglátus sentía perder la protección de aquél que por conservar su brazo disponible, no le imponía el menor castigo por sus atropellos y liviandades, así es que el uno con el otro se complementaban; y en todas sus existencias han estado juntos más o menos tiempo, y cuando ha ido menguando su ferocidad, ha ido menguando también el tiempo concedido para disfrutar de su mutua compañía, aumentando en ambos el cariño y el sentimiento cuando mutuamente se han perdido porque la muerte los ha separado, levantándose desde el cieno de sus crímenes una pasión tan inmensa, alimentada por tan innumerables obstáculos, que aún no ha podido estrecharse con ese abrazo divino del cual brotan en la Tierra las nuevas generaciones".

"Augusto y Aglátus en su última encarnación se llamaron Ana y Diego, y nada más justo que Ana sufriera durante algunas horas el tormento que ella hizo padecer a sus innumerables víctimas, y nada más lógico que diego perdiera la razón al escuchar el grito de su amada, ya que tantas veces, le habían sido indiferentes los desgarradores gemidos de aquellos que fríamente encerraba sin piedad o lanzaba a un subterráneo sin sentir la más leve compasión; servía a su señor y el resto de la humanidad nada significaba para él. En él no existía la iniciativa del crimen, los cometía por obedecer un imperioso mandato o por hacerse agradable a su señor; pero como no se horrorizaba de cometerlos, por eso más de una vez ha perdido la razón, fuertemente impresionado ante la muerte o el peligro de su amada; porque Diego y Ana después de luchar siglos y siglos en su regeneración, sufriendo las consecuencias de sus horrendos crímenes, el primer afecto que se ha despertado en ellos ha sido su mutuo amor. Son dos espíritus tan unidos el uno al otro, que no pueden sobrevivir a su mutua pérdida, y como suelen acudir al suicidio, este quebrantamiento de la ley natural los aleja nuevamente y aumenta su desconsuelo en el espacio; pues entonces comprenden que en lugar de acortar la distancia que los separaba, la han aumentado de tal modo, que tienen que volver a desandar lo andado".

"Su inmenso amor ha engrandecido a estos dos espíritus: sus infortunados amores han despertado general interés en varias épocas, y más de una leyenda se ha escrito sobre su romántica historia, y más de un sepulcro se ha levantado a su memoria, uniendo sus estatuas sobre el sarcófago, ya que ellos en vida aún no han podido unirse; porque no basta quererse para tener derecho a ser dichoso. ¿Qué es la dicha? El reposo absoluto de la conciencia, el saldo completo de todas las cuentas pendientes; y hasta que no han sufrido todos los dolores que uno ha ocasionado a otro, no puede ser feliz; por eso veis en ese mundo tantos amores desgraciados y tanta contrariedad en poderosos afectos. Ya es una mujer casada la que inspira una pasión suprema o un apuesto galán que se enloquece ante un imposible; ya es un hombre casado o sujeto por votos religiosos el que suspira por una niña cándida y pura; y aunque tenéis gran desmoralización en las costumbres y muchos son los imposibles que se reúnen, tened en cuenta que en esas uniones sacrílegas no se satisfacen más que los deseos sensuales, pero esos afectos inmensos alimentados por un deseo nunca satisfecho, esos no vencen al imposible porque no pueden vencerlo; su dicha que aspira a ser duradera, no puede consolidarse sin antes haberse purificado por el progreso, los que anhelan vivir el uno para el otro".

"Ana y Diego se aman de tal manera que no pueden vivir el uno sin el otro. Su pasado es horrible, por eso aún no tienen derecho a ser dichosos, y cuando se unan, su goce al principio será tan breve que será momentáneo".

"Cuando veáis en la Tierra que al unirse dos seres por el lazo del matrimonio, él o ella queda muerto ante el altar, o el lecho nupcial se convierte en lecho mortuorio, no titubeéis en asegurar que no merecían más que acercarse a las puertas del paraíso, contemplar a los elegidos y dejar de ser".

"La mayoría de los matrimonios que se efectúan en la Tierra, sólo se realizan para la propagación y aumento de la especie humana; por eso su vida tiene gran semejanza con la de las otras especies en las cuales no fulgura el astro de la razón; pero las uniones de las almas, esas necesitan siglos y siglos de preparación, y no es la Tierra lugar elegido para las almas dichosas. Planeta de expiación, que sólo encarnan en él los que, por regla general, han pecado mucho; y las horas de felicidad en ese mundo son tan breves, que apenas si forman época en la vida del Espíritu, pues son menos que una milésima parte de segundo ante la eternidad".

¡Pobres terrenales! ¡Cuánto sufrís corriendo locamente en pos de verdaderos imposibles! ¡Y cuán justas son las contrariedades que os desesperan!

"¿Qué derechos tenéis para ser dichosos los que no habéis procurado por el bien de los demás? ¿Qué fidelidad merecéis los que no habéis sido fieles en el cumplimiento de vuestra palabra, y no habéis pensado más que en satisfacer impuros caprichos?"

"¿Cuántas páginas os haríamos llenar haciendo reflexiones sobre el mismo tema? Porque es muy necesario que desechéis la creencia que tenéis de que sois muy desgraciados, cuando no lo sois en realidad, porque podéis escalar los cielos y habitar en todos los mundos: ¿Qué mejor felicidad podéis apetecer?"

"¿Que ahora sufrís? Es verdad, pero no es un sufrimiento eterno, no durará más tiempo del que vosotros hayáis empleado en hacer el mal, no echéis la culpa a nadie porque nadie es responsable de las locuras y liviandades de otro, tenéis la riqueza que os pertenece, la que os habéis ganado con vuestros hechos".

"No desmayéis cuando veáis que un hombre laborioso trabaja sin cesar para crearse una fortuna y cuando llega a ser capitalista, un accidente imprevisto, de un naufragio, de un incendio, o de una quiebra comercial, le priva del fruto de sus ahorros, en ese suceso no veáis más sino que aún no merecía ser rico, sin que sus trabajos empleados para serlo, le hayan sido infructuosos, porque sin ensayo ninguna obra sale bien, y mañana cuando vuelva a la Tierra sin el menor esfuerzo se enriquecerá, ya sea por herencia o por una industria que le dé ciento por uno".

"No decís muchas veces ¡Qué suerte tiene fulano! No hay negocio que no le salga bien; pues esto os indica que es un comerciante experimentado por grandes pérdidas e ímprobos trabajos".

"Leo en vuestro pensamiento que decís: ¿Y cómo los ricos que merecen vivir en la abundancia, son algunos de ellos tan egoístas y tan perversos? Pues muy sencillamente, porque esos espíritus pueden merecer la riqueza sin que por esto dejen de ser unos miserables en otro sentido. La posesión de grandes caudales no es el premio exclusivo concedido a las almas virtuosas; hay espíritus elevadísimos en ese mundo sin tener una cabaña de su propiedad, la prueba la tenéis en Jesús: ¿Quién más grande que Él? Puesto que le habéis

confundido con el Ser Supremo y nadie más humilde que el hermoso Nazareno".

"El Espíritu activo, el que lucha y trabaja por fecundizar la tierra, y utiliza todos sus productos, inventando la aplicación de diversas materias para mejorar su suelo y sus condiciones, ese merece poseer grandes riquezas, porque puede con ellas hacer grandes progresos, en las diversas industrias o trabajos a que se haya dedicado y no sólo progresa él, sino que abre nuevos caminos a los espíritus diligentes; para eso se le dan y si él al verse rico se entrega a los goces de la materia, no temáis de que su riqueza sea duradera, todo lo más que le durará será el breve intervalo de una existencia, porque cuando vuelva a encarnar será un pordiosero, para sufrir todas las necesidades que cuando era rico no supo evitar, proporcionando a los menesterosos medios de subsistencia, dándoles trabajo en qué emplear sus días".

"En la Tierra tenéis la costumbre de envidiar y desear lo que más sobresale, y como un rico sobresale entre millones de pobres, decís todos: ¡Dichoso él... no sabe lo que tiene!... (tal es la cantidad de lo que posee) pues mirad, si él no sabe lo que tiene, vosotros no sabéis tampoco lo que ambicionáis; porque sólo miráis lo que relumbra y en ese planeta no es lo más bello lo que suele estar más a la vista".

"Entre las flores, bien sabéis que las violetas son bellísimas, su delicado perfume embalsama el santuario del seno de las vírgenes, son el símbolo de la modestia que es la virtud superior a todas las virtudes. ¿Y dónde están las violetas? Pues ocultas entre las hojas, inclinaditas en tierra".

"¿Dónde se encuentran las perlas que sirven de preciosísimo adorno en las joyas más valiosas?.. Pues dentro de su concha, ocultas a las miradas de todos".

"¿Dónde se hallan los diamantes? En el mineral, a simple vista no son más que un poco de carbón, que después de tallado y pulimentado, es la piedra preciosa de más valor que tenéis en la Tierra. Ahora bien: estas comparaciones que yo os hago, son para demostraros que las cosas de más valía no se encuentran en las cúspides ni en las alturas; sino al contrario, están ocultas a las miradas de los hombres; así pues, no envidiéis a los ricos, ni los consideréis como a los seres más felices de la Tierra, que hay muchos pobres que pasan completamente desapercibidos y llevan un cielo en su alma, sin que por esto yo os diga que abominéis las riquezas, porque éstas, si son bien administradas, pueden serle de gran utilidad al Espíritu amante del progreso".

"Cuanto hay en la creación le es necesario al hombre; pues si no lo fuera sería un estorbo, y Dios no pudo hacer nada inútil, puesto que en todo se admira el orden más perfecto".

"Nos hemos extendido más de lo que pensábamos en nuestras consideraciones premiando así tu buen deseo de trabajar y ser útil; por hoy te dejamos encareciéndote que medites cuanto te hemos comunicado".

Adiós

No necesitamos ciertamente el buen consejo del Espíritu, para meditar profundamente sobre lo que nos ha dicho, porque nos sirve de útil enseñanza, y nos convence de que la humanidad terrena, a semejanza del niño recién nacido, aún está en mantillas.

¡Cuánto hay que estudiar! ¡Cuánto hay que aprender! ¡Cuánto hay que enseñar! Nosotros deseamos estudiar para aprender, y aprender para enseñar y demostrar que **¡Todo tiene su ayer!**

CAPÍTULO XVII

REFLEXIONES SOBRE LOS MÉDIUMS

Dispuestos siempre a difundir la luz entre los más pobres de inteligencia, jamás nos cansamos del estudio práctico de las investigaciones, que son las que, por medio de un escrupuloso examen, esparcen más claridad en las múltiples dudas que nos asaltan. Amamos el Espiritismo como un puro manantial de la moral más lógica que hemos conocido hasta el presente, y por lo mismo, lo estudiamos y lo observamos con afán, tanto en sus maravillosos fenómenos, como en los escollos que a cada paso se presentan.

La mediumnidad, ha sido nuestro estudio predilecto, porque la creemos uno de los fenómenos de más trascendencia; y su misma importancia, nos muestra la suma delicadeza con que debe tratársela, pues de lo contrario, se tocan amargos resultados. Generalmente sucede, que cuando se presenta una mediumnidad; sea la que fuere, causa una sorpresa extraordinaria en el individuo que la posee; si este tiene suficiente criterio para hacer de ella un buen uso, nada malo hay que temer, sino que por el contrario, la mediumnidad se desarrolla gradualmente con grandes ventajas para el médium y para todos aquellos que acuden a él en busca de un consejo, porque siempre hallarán pruebas auténticas y revelaciones maravillosas que serán un lenitivo especial a sus dudas y vicisitudes, pero si en vez de esto, y sin necesidad, se hace un uso extremado, degenera en abuso, y entonces, del abuso pasa a la obsesión; y sabido es ya los tristes resultados de esas denominaciones, de las cuales muchos médiums son victimas a consecuencia de su propia indiscreción, ya por no querer escuchar las lógicas observaciones de personas competentes en esta clase de estudios, o ya por caer en manos inhábiles que por su insuficiencia los dirigen de un modo detestable, destruyendo con sus imprudentes consejos, la más de las veces, hermosas mediumnidades que, bajo una buena dirección, darían óptimos y razonados frutos. No basta ser médium, es preciso saberlo ser y comprender extensamente el valor moral que encierra.

Hemos conocido algunos médiums que tenían hermosas facultades y, al cabo de algún tiempo, las han perdido por completo. En vista de esto, preguntamos a un Espíritu que nos merece mucho crédito por sus saludables máximas y por el sumo interés que muestra en guiarnos hacia la perfección, la causa de semejante desaparición, el cual, nos dijo lo siguiente: cuando un médium tiene grandes facultades para servir de intermediario a los espíritus y llega el momento en que aquellas desaparecen, es porque existe una causa poderosa que las rechaza en absoluto; causa dimanada de la mala conducta del médium en su vida íntima, o de la exagerada credulidad de sus propias manifestaciones. En uno u otro caso, el médium, se aleja de sí y casi sin comprenderlo, de las buenas influencias, atrayendo las malas, con las cuales hace que aquellas facultades, vigorosas en un principio con el fin de que le sirvieran de sano correctivo, vayan debilitándose hasta perder toda fluidez, desapareciendo con la misma facilidad que se presentaron.

Esto sucede generalmente, con los médiums orgullosos; su vanidad, semejante al falso oropel, desaparece cuando menos lo piensan, quedando

reducidas a nada las mediumnidades que poseyeron. Otros médiums, llevados de su ignorancia y usando de su mediumnidad para cosas fútiles o simplemente curiosas, son victimas de espíritus muy inferiores en el orden moral, con lo cual, acaban por no ser dueños de sí mismos; y siguen siendo médiums irrisorios que divulgan entre los espiritistas ignorantes, un sin número de absurdos, acrecientan la duda entre los incrédulos, hacen perder la fe en los novicios, y embrutecen más y más a los fanáticos, dispuestos siempre a creer todo cuanto sea emanado de los espíritus, tanto si es lógico como si no lo es.

La mediumnidad bien dirigida, es un bellísimo don que muchos de vosotros aún no sabéis apreciar como es debido. Para conservarla en toda su pureza, tenéis que mirarla con más respeto y no usarla sino para las cosas puramente útiles y necesarias; y debéis entender por útil y necesario, todo aquello que pueda reportar un bien a la humanidad. Los médiums, deben ser muy sencillos y altamente morales, para poder ser los intérpretes de espíritus superiores, con cuya asistencia, podrán difundir la luz de la verdad entre sus semejantes. Todas las mediumnidades son útiles y buenas, cuando no se abusa de ellas; pero si se las toma por pasatiempo, se pierden, o se es víctima de espíritus ligeros y burlones y que hacen perder un tiempo precioso.

Los buenos médiums, no deben prestarse jamás a preguntas frívolas ni de segunda intención, ni mucho menos para asuntos materiales; pues para estos, cada individuo de por sí debe regirse según su criterio; el médium debe concretarse a trasmitir fielmente, ya sea de palabra o por escrito, las comunicaciones que obtenga de los espíritus, siempre que comprenda que dichas comunicaciones puedan servir de útil enseñanza a la humanidad; pues de lo contrario debe desecharlas y pedir auxilio a su guía o espíritus protectores: debe alegrarse de ser intermediario de buenos espíritus, y mirar dicho don como un favor especial que le conceden para su propio progreso; pero jamás enorgullecerse de ello, porque es lo mismo que atribuirse un derecho que no le pertenece.

La misión del médium, es altamente noble y humanitaria, porque instruye y consuela; y por la misma razón, se les debe dirigir con gran acierto, al objeto de que no tropiecen con las obsesiones, que son el arma más terrible de la mediumnidad; pues un médium obsesado, es una completa nulidad para el bien, y un fatal abismo donde se estrellan los mejores y más nobles deseos de aquellos que aman la verdadera luz: en cambio, los buenos médiums, son profetas que divinizan su palabra por medio de los celestes fluidos que perciben; y son apóstoles del progreso, porque van descubriendo la filosofía del porvenir, al propio tiempo que van destruyendo las negras sombras del error y las falsas tradiciones del pasado. Los malos médiums, son espíritus atrasados que no distinguen la verdad de la mentira; pobres ciegos que caminan sin rumbo fijo, por el triste erial de sus existencias. Nosotros que, por hallarnos despojados de la carne, vemos algo más que los que os envolvéis con ella, comprendemos lo que os vale un buen médium; y cuando le hallamos, sentimos un gozo indescriptible, y velamos por él, como pudiera hacerlo una madre cariñosa, le amonestamos sin cesar a que destruya sus imperfecciones y procuramos por todos los medios que están a nuestro alcance, acercarle a la perfección.

¡Oh! Si vosotros comprendierais lo que vale un buen médium seríais más cautos en las preguntas, haríais un estudio especial de todas las mediumnidades y no molestaríais a los espíritus sino para cosas útiles y serias; y si los mismos médiums supieran apreciar la bella facultad, procurarían, en todos los

conceptos, ser modelos de virtud, para atraerse las buenas influencias, y de este modo, con su mismo progreso hacer progresar a los demás; entonces no veríais desaparecer las mediumnidades con la misma rapidez que se presentan.

Sed lógicos, investigad, analizad, no aseveréis la cosa hasta tener la plena convicción de que es cierta, sed humildes, fallad en justicia, dejaos conducir o aconsejar por quien sepa más que vosotros, refrenad vuestras pasiones y no os dejéis llevar del orgullo, usad la templanza como uno de los antídotos más especiales contra la intolerancia, y como estáis en posesión de estas virtudes, veréis mediumnidades asombrosas y constantes que responderán a vuestras nobles aspiraciones; pues la moralidad y la cultura, son la base principal de los buenos médiums, y fuera de esto, no hallaréis más que obsesiones que siempre os conducirán a un fin funesto.

Ante tan lógicas razones, muy poco tenemos que añadir. A cada paso, vemos médiums convertidos en instrumentos de espíritus inferiores, bien por la torcida conducta que observan, bien por el orgullo que les domina, o bien por el escaso criterio de quien los dirige; y por lo general, estos médiums, bajo una máscara hipócrita de humildad, no hacen otra cosa que sembrar la discordia en los centros, ya sean familiares o no. Nosotros siempre clamaremos contra los malos médiums, y sobre el abuso que muchos hacen de las mediumnidades, porque donde esto subsiste, hay discordancia de ideas, falta de criterio en los mismos médiums o quien los dirige, y una gran dosis de credulidad o fanatismo. Amamos el Espiritismo, comprendemos algo de lo que valen los médiums, y por lo mismo quisiéramos que fueran tan lógicos y virtuosos como su alta misión lo exige.

CAPÍTULO XVIII

¡JUSTICIA ETERNA!

Suceden en la Tierra casos tan extraordinarios, que se dice con profunda convicción: ¡Cuantas injusticias! ¡Cuántas atrocidades se cometen en este mundo! ¡Cuán ciega es la justicia humana! Condenando a seres inocentes, no sólo a prisión, más o menos larga, sino que lleva su inaudita ceguedad hasta condenar a muerte a infelices que la fatalidad hizo aparecer culpables, estando en realidad exentos de pecado.

Estas quejas son muy justas, porque efectivamente, más de un inocente ha sido condenado a muerte y después de ejecutado, ha confesado un criminal que él era el autor del delito por el cual un desventurado había dejado de existir.

Nunca los jueces estudiarán bastante para sentenciar con estricta justicia, nunca sus observaciones y averiguaciones conseguirán vencer los obstáculos que se oponen a leer en el corazón de un hombre como en un libro abierto, para saber fijamente cual ha sido el derrotero de su vida. La jurisprudencia es la ciencia más profunda y la más difícil de estudiar con éxito, porque hay inocentes que se turban apareciendo culpables cuando les piden declaración y hay en cambio criminales que hasta al pie del cadalso, niegan el delito por el cual son condenados a muerte.

Nosotros no condenamos a los jueces que castigan a los inocentes ni alabaremos su falta de penetración para juzgar y decidir el porvenir de un hombre y de la honra de una familia, porque creemos que sobre todas las torpezas humanas hay una **justicia eterna** que condena o absuelve premiando al inocente y castigando al culpable.

Este íntimo convencimiento de que existe una ley inapelable que no se inclina su balanza ni a favor del monarca, ni en defensa del mendigo, lo hemos

adquirido por el estudio razonado del Espiritismo, por las admirables comunicaciones dadas por los espíritus, en las cuales hemos aprendido a no juzgar por las apariencias, a no condenar dejándonos llevar por la primera impresión, a no calificar a nadie de torpe, de inepto, o de mal intencionado; porque muchas veces el hombre es instrumento inconsciente de una ley justa que se cumple a través de los siglos, no dejando sin recompensa la acción meritoria y castigando al delincuente que merece sufrir una parte del dolor que a otros ha proporcionado.

Hemos visto por la comunicación de los espíritus, mejor dicho, hemos comprendido, que no porque un hombre tenga la astucia suficiente para ocultar su mal proceder, deja éste de ser a su tiempo víctima de sus propios desaciertos. Podrá ser tan inteligente que consiga burlar a la justicia humana rodeándose de mil placeres obtenidos quizá por un asesinato, por una usurpación, por una estafa, por una felonía cualquiera, podrá hasta morir en su lecho colmado de honores y ser llorado por quien no conozca sus infamias, por quien ignore que es un miserable; podrá su cuerpo ser enterrado en lujoso y artístico mausoleo, podrá la iglesia entonar sus salmos y celebrar centenares de misas y hasta podrán los pobres bendecir su memoria por la donación que haya dejado para levantar un hospital, que éste es el máximum de la caridad humana; pero cuando su Espíritu se da cuenta de que su cuerpo ya no le pertenece, y que él vive sin haber entrado en el reino de los cielos a pesar que su familia no se cansa de hacer funerales y los pobres bendicen su nombre por el asilo que les ha legado, cuando conoce que el infierno, el cielo, el limbo y el purgatorio son parajes imaginarios, creados por las religiones para vivir de sus copiosas rentas, cuando lee detenidamente las memorias de sus existencias y encuentra en ellas que toda su hipocresía, que toda su astucia le ha servido únicamente para engañar a los terrenales, pero no para ocultar en el espacio sus desaciertos y sus crímenes; cuando descubre que el fingido filántropo llorado y bendecido por quien no le ha conocido a fondo, ha repartido una fortuna usurpada a seres inocentes, empleando la usura y la felonía para despojar a los desgraciados; cuando ve que la base de sus obras humanitarias es el robo oculto, la estafa bautizada con el nombre de negocio; cuando se ve despojado de sus lujosas vestiduras y se encuentra cubierto con los sucios y pestilentes harapos de sus miserias, entonces reconoce que no hay más que una ley y una verdad; **no hagas a otro lo que no quieras para ti:** ¿Querrá uno ser explotado? No; ¿Querrá uno ser engañado vilmente? Tampoco; ¿Querrá uno servir de escalón para el engrandecimiento de un malvado? De ninguna manera; lo que desea toda persona que tenga sentido común es ser amada, considerada y respetada por sus virtudes; porque nadie quiere ser malo; entonces no debemos en manera alguna prostituir a la niña inocente, ni hacer descender por la senda del vicio a la mujer casada, ni despertar la ambición del pobre ignorante, ni cometer los innumerables desaciertos que degradan a la humanidad de un modo inconcebible.

Para el engrandecimiento del Espíritu no hay más que dos caminos paralelos: el bien y la ciencia, por ellos se ha de ir simultáneamente. El Espíritu en su libre albedrío, podrá ir por los atajos creyendo que llegará más pronto, pero es inútil su veloz carrera; cuando llega al espacio se encuentra con la eterna verdad que, sin amor y sin sabiduría el Espíritu se estaciona, se degrada, se envilece y pasa centenares de siglos, viviendo sin vivir, porque no hace más que pagar deudas, que saldar cuentas, y cuando concluye una existencia se encuentra que no ha hecho más que padecer y que no tiene ante sí más que una

serie interminable de humillaciones y de tormentos; porque la eterna justicia premia la virtud y castiga el vicio; y vuelve el hombre a la Tierra tantas veces sean necesarias para sufrir todos los dolores que él hizo padecer a los demás gozándose en su obra: así se ven personas buenísimas, víctimas en muchas ocasiones de atropellos incalificables sufriendo prisión preventiva años y años, resultando luego inocentes: he aquí porqué la justicia humana es torpe en diversas ocasiones y condena a muerte a seres inocentes en la actual existencia, pero no en sus encarnaciones pasadas.

Tiene en su ventaja el Espíritu que como le aguarda un tiempo ilimitado para pagar sus deudas las expiaciones más terribles las guarda para cuando tiene más fuerzas morales para resignarse con la adversidad, y así en muchas ocasiones vemos a diversas personas sufriendo tormentos horrorosos con la sonrisa en los labios, y se dice: ¡Fulano es un santo! ¡Mengano es un mártir! ¡Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados! Y en realidad aquella santidad, aquel martirio y aquella celestial resignación, no es más que el convencimiento adquirido por centenares de existencias de que "el que a hierro mata a hierro muere".

Siempre nos han impresionado las desgracias de los mártires del infortunio, pero desde que estudiamos el Espiritismo nos interesan muchísimo más; porque cada injusticia humana representa para nosotros una historia terrible, en la cual la victima de hoy, ha representado ayer el papel odioso de tirano implacable o de verdugo complacido en ver sufrir a sus semejantes.

Bajo este supuesto, cuando leemos narraciones terroríficas que le dejan a uno emocionado durante algún tiempo, tratamos de preguntar al guía invisible de nuestros trabajos qué hay de cierto en lo que hemos leído, y qué nos puede decir sobre el pasado de aquel infeliz.

Como el móvil de nuestras preguntas no es otro que el de escribir para enseñar a los pobres a ser resignados, como no es la pueril curiosidad la que nos impele a interrogar, siempre encontramos a nuestro guía complaciente y cariñoso, diciéndonos a grandes rasgos, bien los episodios más interesantes de la vida pasada de aquel por quien le preguntamos, bien nos disuade de nuestro empeño diciéndonos que no merece tal asunto, que nos ocupemos de él.

Últimamente hemos leído el suelto siguiente:

Inocente condenado a muerte

"Preocupa mucho la atención de las gentes en Inglaterra, y muy particularmente jurisconsultos, el caso extraño de la grave equivocación cometida por los tribunales al fallar una causa equivocada por este horrendo delito".

"En Noviembre de 1884, un horrendo incendio redujo a cenizas en el pueblecito de Green la quinta que habitaba miss Keyes, anciana señora que gozaba de generales simpatías por sus virtudes. Extinguido el fuego, se halló entre los escombros, ya calcinado, el cadáver de la infeliz señora: reconocido éste, se vio que presentaba varias heridas producidas por instrumento cortante y punzante. Este descubrimiento hizo ver a todos que el incendio se había producido para ocultar un asesinato y un robo".

"Acusado de tales delitos, compareció ante el Tribunal de los Assises un sujeto llamado Lec, que hacía poco tiempo que había entrado al servicio de miss Keyes".

"El desgraciado protestó siempre clamando por su inocencia, pero sus afirmaciones no lograron convencer a los jurados, que le declararon culpable, sin circunstancias atenuantes, siendo por consecuencia condenado a muerte".

"El 23 de Febrero de 1885, Lec, fue entregado al verdugo, pero en el momento de ahorcarlo se rompió la cuerda. Según la ley inglesa el presunto criminal fue llevado de nuevo a la cárcel y juzgado por segunda vez. La sentencia le volvió a imponer la pena capital, que tampoco pudo cumplirse, porque la horca no funcionó bien".

"Por tercera vez volvió al patíbulo y recibió la bendición del sacerdote, sin que tampoco la ejecución pudiera tener lugar".

"Esta última vez, Lec fue trasportado a la cárcel más muerto que vivo".

"Informado de lo sucedido el subsecretario del Interior, y creyendo ver en tan extraordinarios acontecimientos la mano de Dios, pidió y obtuvo de la reina de Inglaterra la conmutación de la pena".

"Pues bien, el desgraciado Lec era inocente: su nombre aumentará los anales de las infelices víctimas de errores judiciales".

"Días pasados un vecino de Green confesó ***in artículo mortis*** ser autor del delito por el que el infeliz criado estaba en presidio".

"El condenado inocente ha sido puesto inmediatamente en libertad, esperándose que se le concederá una fuerte indemnización que nunca compensará los perjuicios causados al infeliz Lec".

La impresión que nos causó el anterior relato fue dolorosa, y sin perder momento aconsejados también por algunos compañeros en creencias, preguntamos a nuestro guía si era cierta tan lamentable y horrible historia.

"Desgraciadamente lo es, contestó nuestro amigo del espacio; aún encarnan en ese mundo los grandes criminales de ayer, aún tenéis que presenciar tormentos horrorosos, aún tenéis que tomar parte en tragedias espantosas, aún vuestro suelo desquebrajado se abre formando insondables abismos, para devorar en ellos miles y miles de infortunados que ayer entonaron alegres canciones al compás de los lamentos de sus siervos moribundos, arrastrados por caballos indómitos o descuartizados con refinada crueldad".

Hay dos poderosos imanes en la creación, el **bien** y el **mal**: el primero atrae los heroísmos, las abnegaciones, los nobles sacrificios, los cuantiosos donativos, los trabajos personales en provecho de los afligidos, la manifestación espontánea de los más nobilísimos sentimiento; en cambio el mal atrae la codicia, la usura, la estafa, el engaño, la injusticia, la torpeza, el asesinato, el terremoto, el incendio, el naufragio, todas las calamidades, en fin, que afligen a la humanidad terrena, porque no creáis que los grandes cataclismos son dislocaciones de ese gran cuerpo llamado naturaleza, no; las explosiones en las minas, los hundimientos de la tierra, las tempestades que producen innumerables naufragios, son otros tantos medios de que dispone la eterna justicia para sanear ese planeta habitado por espíritus inferiores que necesitan para su progreso pagar una parte de lo que deben, desapareciendo violentamente de un mundo en el cual no merecen vivir mucho tiempo: pues aunque los terrenales son, con raras excepciones, espíritus cuya moralidad y sentimiento está aún en estado embrionario; los hay sin embargo unos más adelantados que otros, y los menos adelantados, los más rudos, los más reacios dejan la Tierra para ensayar su progreso quizá en otros mundos menos adelantados donde su pequeñez sea un rayo de sol en medio de las más densas sombras. Esto lo podéis estudiar en las distintas fracciones de que se compone

vuestra sociedad. Id a un presidio, por ejemplo, donde viven afincados centenares de infelices que en su mayoría no tienen la menor noción del bien, donde hay criminales empedernidos, donde la ira y la cólera afilan constantemente enormes cuchillos y otras armas innobles, destrozándose unos a otros como bestias rabiosas; si entre aquellos desgraciados se presentara una mujer noble y pura que haya vivido a la sombra de su honrada familia, que no ha cometido ninguna bajeza, que ha vivido dignamente en el santuario de su hogar, ¿Qué parecerá entre aquella turba de forajidos? Pues indudablemente aparecerá como una divinidad, como una celestial aparición, como un ángel de amor y paz; y en realidad no será más que una mujer decente con sus defectos más o menos acentuados; mas, haciendo consideraciones me voy apartando del objeto principal de tu pregunta. Tú deseas saber quien fue ese infeliz que tres veces estuvo en el patíbulo y las tres fue salvado de una muerte cierta, ¿Quién quieres que sea? ¿Qué antecedentes puede tener el que ha sido tan cruelmente atormentado? Fácil muy fácil es adivinarlo; muy comprensibles son las manchadas páginas del libro de su historia; ese infeliz comerció durante mucho tiempo con la carne humana, fue pirata y negrero, se gozó en el estertor de sus víctimas; se creyó el rey de los mares y cometió los más horribles crímenes, y porque una mujer a quien él deseó, le negó sus caricias, diciéndole que primero entregaría su cuerpo a Satanás, antes que entregárselo a un monstruo como él, se encolerizó de tal manera, que le dijo:

-Muy caro vas a pagar tus desdenes; y en el mismo buque donde se encontraban, la hizo subir sobre cubierta, la amarró fuertemente a una entena, y delante de ella hizo venir a los tres hijos de aquella desventurada (eran niños de corta edad) los colocó frente a su madre, diciéndole a ésta:

-Ya que no quieres que mis brazos se enlacen a tu cuerpo, ya que el contacto de mis manos te horripila, sirvan mis manos para estrangular a tus hijos; y oprimiendo el cuello de uno de aquellos inocentes dio comienzo a su horrible tarea, pero sus brazos de hierro y sus dedos de acero, no tuvieron fuerza en aquellos momentos; miró al niño y la mirada de éste era tan triste y suplicante que le apartó lejos de sí, y sucesivamente cogió a los otros hermanos experimentando la misma sensación; sintió lástima, tembló ante las miradas angustiosas de sus pequeñas victimas, se encolerizó contra sí mismo, su compasión aumentaba extraordinariamente su ira, y avergonzado de la primera manifestación de su sentimiento humanitario, se arrojó al mar y en él pereció, porque sus crímenes le habían granjeado tantos odios, que nadie de la tripulación se dio prisa para salvarle, por el contrario, todos se alegraron de su muerte y se apresuraron a desatar a la infeliz madre, cuya razón no pudo resistir tan terrible, y horroroso espectáculo al ver a sus hijos entre las férreas manos del pirata; jamás la luz volvió a fulgurar en aquella inteligencia, sus hijos fueron recogidos por una comunidad religiosa, y los tres fueron sacerdotes, los tres llegaron a la ancianidad y nunca olvidaron el suplicio que sufrieron en su niñez, siendo espíritus tan superiores que cuando rezaban por el alma de su madre, siempre decían con acento compasivo: ¡Dios perdone a su matador!.

"Esos tres espíritus que fueron los primeros que despertaron el sentimiento del cruel pirata, del feroz negrero han sido los encargados de velar por su adelanto y su progreso, convirtiéndose en incansables consejeros de ese Espíritu atribulado, que al conocer su verdadero estado ha sido tan enérgico para saldar sus cuentas, como lo fue para contraer sus innumerables deudas; por eso en esta existencia pidió morir en el patíbulo, siendo inocente, y la compasión que en la noche de su pasado le inspiraron tres niños, ha tenido su

justa recompensa; los espíritus de aquellos inocentes han sido los que han impedido que la horca funcionara, los que le han acompañado en su prisión, los que le han hecho confesar al verdadero delincuente; ellos murmuran en su oído: ¡Tu compasión de ayer, ha sido tu salvación de hoy!"

"¿Qué más te diré? Ya sabes el por qué ha sido salvado de una muerte segura un desdichado que vino a la Tierra a pagar una deuda terrible, y a recibir el premio de su primer momento de compasión. Ya ves si conviene ser bueno; el que merece la protección divina, aunque la justicia humana esté ciega para ver donde se cometió el crimen, y esté sorda para no atender la declaración del inocente, en el mismo patíbulo, con la cuerda al cuello vendrá el remedio, vendrá la salvación para el que merece tal beneficio".

"No hay milagros, no hay prodigios, no hay más que el estricto cumplimiento de la justicia eterna".

Adiós.

La enseñanza de estas nociones dadas por los espíritus es tan provechosa y tan necesaria a la humanidad, que sólo tenemos un sentimiento; el de no poseer todas las mediumnidades conocidas para repetir lo que nos dijeran los espíritus, demostrando mil y mil veces que no hay culpa sin castigo, ni buena acción sin recompensa. El bien, el amor y la sabiduría son las lumbreras eternas que iluminarán en todos los tiempos los senderos que cruce la humanidad; ¡El amor nos hará buenos, la ciencia nos hará sabios, y el progreso nos convertirá en grandes hombres, en redentores de los pueblos, en maestros de las generaciones del porvenir!

CAPÍTULO XIX

EL ÁRBOL SECO

Hace algunos días que, buscando reposo para mi intranquilo Espíritu, salí al campo, donde siempre encuentro algo que admirar, algo que me haga pensar en la grandeza de Dios, manifestada en la naturaleza.

Me senté al pie de un álamo y maquinalmente miré a un árbol seco que había cerca de mí; su tronco, ennegrecido y carcomido por el tiempo, tenía grandes y retorcidas raíces, que salían a flor de tierra; sus ramas, sin hojas, se inclinaban tristemente al suelo; y tres o cuatro chiquillos arrancaban una pequeña parte de su seco y abundante ramaje. No sé cuanto tiempo hubiera durado aquel desmoche, si no hubiese aparecido una anciana, que puso en precipitada fuga a los pequeños leñadores. La mujer me saludó con esa afabilidad con que suelen saludar los campesinos, y se sentó cerca de mí, diciéndome:

-¡Jesús!... ¡Y qué malas entrañas tienen los chiquillos! La han tomado con este pobre árbol, que era el predilecto de mi abuelo, y todos los días han de venir a destrozarlo.

-¡Qué quiere usted... del árbol seco todos hacen leña. No son únicamente los niños los que se ocupan en destruir lo que el tiempo derrumba.

-Ya lo creo: decía mi padre (que en gloria esté) que los viejos eran también árboles secos, y que todo el mundo se creía con derecho para desecharlos y negarles protección.

-Exacta comparación la de su padre: entre un anciano y un árbol seco hay perfecta semejanza.

-¡Sí la hay!... Yo lo se por experiencia. Mire Ud. mi padre era uno de los hombres más honrados que he conocido: entró de diez años en una fábrica de tejidos de algodón, y allí estuvo cincuenta años. El día que cumplió los sesenta, le dijo un sobrino del amo, que hacía de mayordomo:

-"Jerónimo, ya estás muy viejo; ni tienes fuerzas para trabajar, ni vista para vigilar a los trabajadores, así que, toma cinco duros y vete con tu hija, ayudándola con lo que te den en la puerta de alguna iglesia; que la caridad no abandona a nadie".

Mi padre se le quedó mirando y le rechazó los cinco duros.

-"Guárdese usted ese dinero, (le dijo) que le hará más falta que a mí: *los árboles secos no necesitan que nadie los riegue*". -Le volvió la espalda, salió de la fabrica y se vino a mi casa llorando como un niño.... Un mes después estaba en el campo santo.

Mi marido, mi hijo y yo hicimos por distraerle cuanto nos fue posible; pero nada conseguimos; a nuestras cariñosas demostraciones, siempre respondía con estas palabras:

-"Hijos míos, los árboles secos no dan sombra; nada puedo hacer por vosotros, que sois pobres y necesitáis de amparo, dejarme morir"... Y murió de pena. Yo la tuve tan grande, y le tomé tal odio al matador de mi padre, que un día le esperé a la puerta de la fábrica y le dije al verle salir: Dios permita que llegue Ud. a ser muy viejo y más pobre que mi padre, éste ha muerto en mis brazos, y el que muere en brazos de una hija no muere desamparado; a usted sus hijos le abandonarán, y será usted el árbol seco del que todos harán leña...Y mire Ud., se ha cumplido mi deseo.

-¡Sí!...

-Ya lo creo; por fuerza habían de obtener este resultado, las fervorosas plegarias que, para lograrlo, elevaba todos los días a Dios y a la Virgen de la Soledad.

-¿Y vive aún este fabricante?

-Sí señora, pero ya no es fabricante ni es nada; su tío se casó y le puso de patitas en la calle, si bien le dio un pequeño capital, que no tardó en perder. Murió su esposa; sus dos hijos se fueron a América y no se ha vuelto a saber de ellos. Él se ha quedado medio ciego; vive de limosna, y cuando algunas veces le encuentro, le doy dos cuartos y le digo:

-Tome Ud. se los doy en memoria de mi padre, de Jerónimo, de aquel pobre viejo a quien Ud. ocasionó la muerte. – ¡Dios me ha oído!...

-Y él, ¿Qué contesta?

-Nada, se calla como un muerto. ¡Qué quiere Ud. que diga, si sabe que la razón me sobra, no lo digo para alegrarme de su daño, sino por haberme tomado la Justicia por mi mano! Porque mi padre estaba bueno, sano ágil, cumplía con su obligación, y aquel hombre le mató con despedirle de la fábrica que era su mundo. Allí conoció a mi madre; allí se casó; allí bautizó a sus hijos; allí enterró a su esposa; y allí pensaba morir rodeado de sus compañeros; y de pronto se vio en la calle por el solo delito de ser viejo... eso, señora, ¡Es tan triste... que hay para morirse de pena!.

Y por el arrugado semblante de la anciana rodaron abundantes lágrimas en memoria del autor de sus días.

-Usted, aunque cuenta sus años, se conoce que no es árbol seco.

-No, señora; mi marido es colono de una quinta inmediata; tengo hijos y nietos, todos están en mi casa y vivo bien; pero el recuerdo de mi padre siempre me persigue, siempre, lo mismo que el de su matador, cuyo mal tanto me alegra; me alegra y me entristece a la vez, no sé porqué. Hace pocos días le vi, le di limosna, y como él apenas ve, no me conoció ni yo me di a conocer: luego me arrepentí de no haberle recordado su infamia.

-No se tome semejante trabajo, créame Ud. su padre vive en la memoria de ese desgraciado.

-He hecho lo posible porque viviera.

-No era necesario; el remordimiento es un recuerdo imperecedero.

-¿Y cree Ud. que tiene remordimientos?

-Sí, señora; tan convencida estoy de que los tiene, como de que estamos hablando las dos. El remordimiento es la cosecha del crimen. Árboles secos llamaba su padre a los ancianos; árbol seco también es el criminal, no le quede a Ud. la menor duda, y árboles secos son todos aquellos seres cuyas intemperancias y malos procederes van creando el vacío en torno suyo. La

ancianidad es triste, muy triste; la paralización de las fuerzas vitales, la amarga experiencia de una vida dilatada, imprimen en el ánimo del anciano inexplicable melancolía; y cuando a esta tristeza natural se une el remordimiento, la vida es un horrible cautiverio, Dios, que es muy justo, no podría condenar al anciano, por serlo, a una doble esclavitud, la de la vejez y de la soledad. La prueba la tiene Ud. en su padre y en el matador de su padre.

-Crea Ud. que no me he cansado de pedir la ruina del infame.

-Ese es el tiempo que Ud. ha perdido. Dios no escucha los ruegos de la venganza: si los escuchara, descendería hasta los mezquinos odios humanos; y Dios, todo luz y amor, no puede confundirse con la sombra y el deseo del mal. Dios tiene sus leyes inmutables y éstas se cumplen en todos los tiempos, con todas las civilizaciones y todas las barbaries. El que siembra vientos recoge tempestades; el que despoja, más tarde será despojado; el que calumnia, llega tal vez a ser victima de la ciega justicia de la Tierra, acusado de crímenes que no ha cometido ni pensado cometer.

-Me asombra lo que usted dice.

-Las leyes eternas establecidas en la creación desde que las humanidades viven en los mundos, son tan justas, que vengan a todas las víctimas de los abusos y los atropellos cometidos por espíritus débiles o malvados, que en su maldad se creen fuertes. La fortaleza del malvado se asemeja a las burbujas de jabón que forma el niño.

-¿Y cree Ud. que todos los criminales son castigados, todos... todos?

-Todos, sí: ni uno solo se salva de sufrir la condena. Y crea Ud. que en el bosque de la vida terrestre hay muchos árboles secos. Para no verse Ud. como ellos, cuando encuentre al matador de su padre, al darle la limosna, dígale: -Yo te perdono en nombre de Jerónimo; te encuentras convertido en árbol seco, y sobre tus muertas raíces yo debo arrojar la semilla de la caridad y el rocío de la compasión.

La anciana me miró con asombro y murmuró con tristeza:

-No sé por qué las palabras de usted me conmueven y tengo como ganas de llorar.

-Pues llore Ud.; ese llanto le hará un gran bien.

-¿Por qué?

-Porque sus lágrimas son el rocío del arrepentimiento, suavísimo para los corazones y refrigerante para las almas. El que se arrepiente y perdona atrae sobre sí el perdón de sus faltas y las bendiciones del cielo.

La anciana no me contestó. Lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas sin el menor esfuerzo, sin la más leve contracción: eran la esencia de un alma arrepentida. ¡Llanto bendito! Llanto que vino a enjugar una chiquilla hermosísima, de cinco o seis primaveras; que se arrojó en sus brazos, exclamando:

-Ven, que el abuelito te espera: ha cogido muchas naranjas, y quiere que tú las repartas.

La buena mujer se levantó sonriendo y diciendo a su nieta: -"Dale un beso a esta señora". La niña me presentó su rostro sin soltar las faldas de su abuela. En presencia de aquel cuadro, la ancianidad y la niñez enlazadas por el más puro de los amores, dije a la anciana:

-¡Dichosa Ud., que ha llegado a la vejez sin convertirse en árbol seco!...

CAPÍTULO XX

LA CONDENACIÓN RELIGIOSA Y EL PROGRESO INDEFINIDO DEL ESPÍRITU

Hemos dicho muchas veces que todas nuestras narraciones son copias exactas del original; nada inventamos, de lo que escribimos únicamente cambiamos los nombres y el lugar de la acción, pero el asunto es fielmente el mismo. Estampamos en el papel nuestras impresiones y nada más.

Hace algún tiempo que visitamos diariamente a una enferma que pertenece a una familia espiritista; la paciente, la pobre Luisa, que ha sufrido en esta existencia innumerables dolores físicos, ha llegado al último periodo de la actual encarnación, y con este motivo todos sus parientes y antiguos amigos le hacen, puede decirse, la visita de despedida. Hace algunos días llegó una mujer joven aún, aunque avejentada por el sufrimiento diciendo que quería ver a su tía antes de morir. La dejaron pasar y hubo una escena verdaderamente conmovedora; la recién llegada era hija de una hermana de la enferma y hacía

muchos años que no veía a su tía por disgustos de familia y principalmente por la diferencia de opiniones religiosas, porque Luisa es espiritista y su sobrina Julia no da un paso que no lo consulte con su confesor.

Pasadas las primeras demostraciones de cariño y las confidencias recíprocas, cuando se había reavivado el afecto que ambas se profesaban, cuando esa corriente divina del amor familiar había electrizado sus corazones, cuando querían aprovechar los breves momentos que les quedaban en la Tierra para confiarse mutuamente sus penas, en la ocasión más oportuna, en los instantes más propicios dijo Julia con dulce y melancólico acento:

-¡Ay tía mía! Sólo tengo un sentimiento en este mundo, sólo tengo una idea que me perturba a todas horas hace algún tiempo, sólo un temor me hace sentir espanto y sufro lo que Ud. no puede imaginarse.

-Pues, ¿Qué tienes hija mía? Preguntó la enferma con inquietud maternal.

-¿Qué quiere Ud. que tenga? Que como la quiero tanto (lo mismo que si fuera mi madre) como nunca la he olvidado en mis oraciones, como siempre recuerdo que ha sido Ud. mi providencia en la Tierra, ahora que su fin está próximo, ahora que comparecerá ante el tribunal de Dios, tiemblo por su alma; porque con esas ideas que Ud. tiene, la condenación es segura. ¡Ah!... ¡Qué horror! Ud. que es tan buena... Ud. que ha hecho tanto bien a los pobres, será condenada irremisiblemente a las penas eternas si muere sin confesión. ¡Tía mía! ¿Por qué no se arrepiente de sus errores? ¿Por qué no hace una confesión general? ¡Si Ud. supiera, qué consuelo tan grande ofrece la religión!... Mi confesor (que es un santo) la escucharía con la mayor benevolencia; su palabra que es dulce y persuasiva le haría comprender que sólo dentro de la iglesia católica apostólica romana el alma siente el efluvio de Dios. Sí tía mía; tome Ud. Los Santos Sacramentos, Dios penetrará en su cuerpo y ¡Quien sabe si todavía después de recibir la hostia consagrada podrá encontrar alivio en sus dolores! Créame Ud. morir sin confesión es buscar la condenación eterna.

-Estás en un error hija mía, mis creencias son mucho más consoladoras que las tuyas; yo no puedo creer que Dios mismo penetre en el cuerpo humano, pero tengo la completa, la absoluta certidumbre que mi hermano Pedro, aquel que tanto me quiso, aquel que fue mi segundo padre, no me abandona un momento. Yo he oído su voz, yo he hablado con él por medio de un médium parlante, yo me veo rodeada constantemente de espíritus amigos, y confío encontrar en el espacio a muchos individuos de mi familia. ¿Cómo quieres que yo me confiese si hace 28 años que hice mi última confesión y salí avergonzada de la iglesia, porque me dijo unas cosas el confesor que mi marido nunca se atrevió a decírmelas? ¿Cómo quieres que yo crea en una religión que todo lo hace por dinero? En cambio los espíritus son más generosos, ellos se comunican y nos dan buenísimos consejos sin exigir la menor recompensa ni para ellos ni para los médiums. Créeme Julia, si tú hubieras estudiado el Espiritismo te convencerías de que la confesión es una cosa inventada por los hombres, pero no exigida por Dios. ¿Si Dios todo lo ve, si Dios todo lo sabe? Qué necesidad tiene de esos intermediarios.

-¡Ay tía mía! No sabe Ud. cuanta pena me causa oír sus palabras, porque ellas me convencen que su condenación será eterna; y Julia salió del aposento llorando amargamente.

Al día siguiente de la entrevista entre Luisa y Julia, fuimos a ver a la enferma y la encontramos rodeada de algunos espiritistas; entre ellos había un médium parlante que se concentró y dijo lo siguiente dirigiéndose a Luisa:

-Y tú, ¿cómo estás?

-Cómo quieres que esté, deseando que Dios se apiade de mí, porque ya me faltan las fuerzas para resistir tan continuo sufrimiento.

-Ciertamente que mucho sufres, pobre hermana mía, pero... felices los que como tú han pagado una parte de sus deudas religiosamente a sus acreedores de ayer.

-Por dichosa puedes considerarte, hermana mía, que vas a terminar la actual existencia, habiendo cumplido como buena la expiación que te impusiste; ¡Felices los que se saben levantar!.

-Hoy el mal te abate, tu organismo debilitado por el dolor, no responde a los imperiosos mandatos de tu espíritu y éste se anonada, se humilla y dice: ¡Cuánto habré pecado; qué malo habré sido, cuando así me castiga la justicia de Dios! ¿Y acaso eres tú el solo culpable que pisa la Tierra? ¿No sabes que los santos, que los mártires, que los héroes, que los redentores, que todos los espíritus que habitan en los mundos, tienen en su historia páginas orladas de flores y hojas manchadas de sangre? No mires a tu pasado, para qué ¿Para avergonzarte? ¿Para estacionarte haciendo vanas consideraciones? No hermana mía, no, mira únicamente tu porvenir para que te convenzas de que vas progresando; quiero decirte que en tu encarnación anterior fueron tantos tus crímenes que dejaste la Tierra abandonado de todos, nadie cerró tus ojos, nadie recibió tu postrer suspiro; tus hijos te despreciaron alejándose de tu cadáver con horror y te concedieron sepultura porque no es costumbre dejar los cadáveres insepultos, que a no ser por eso nada les hubiera importado que las aves de rapiña te hubiesen devorado.

"Nadie te nombró después de muerto, el velo del desprecio y del olvido cubrió tu recuerdo; y hoy en cambio te ves rodeada de tu familia, de tus amigos, en tu lecho de muerte se fijan miradas angustiosas y sobre tu frente caen las lágrimas de tu hija".

"Cuando dejes la Tierra, manos piadosas cerrarán tus ojos, fieles amigos acompañarán tu cadáver, y la ternura filial dejará en tu tumba ramos de flores. Ya ves qué diferencia... ayer el odio, el abandono, la soledad más espantosa, hoy el tierno cuidado de la familia, la cariñosa solicitud de buenos amigos, una tumba que guarde tus restos, unos ojos que lloren a tu memoria, una hija que en santa peregrinación visite tu sepultura murmurando con tristeza: pobre madre mía, ¡Cuánto sufriste!".

"Ves como has progresado, ahora serás llorada en la Tierra y bien recibida en el espacio, en el cual formarás tus planes y pedirás consejos para tus nuevas existencias, en las cuales adquirirás renombre por tus virtudes y por tu ciencia. El porvenir es tuyo, alienta alma afligida, tus dolores cesarán, tus amarguras tendrán un término, tu familia del espacio te espera, abre tus brazos y recibirás en ellos al guía de tu vida que te dirá:

-Bienvenido seas Espíritu fuerte, que te supiste levantar del lodazal del vicio, ven a aspirar conmigo los perfumes de las flores divinas que crecen en los vergeles del infinito. Para ti tendrán los soles sus ríos de luz, para ti tendrá la ciencia su estudio eterno, para ti tendrá el amor la suprema felicidad. Levántate del polvo en que yaces, no mires los crímenes de tu pasado, contempla en lontananza tus victorias del porvenir, el triunfo heroico de tus nacientes virtudes sobre tus viejos desaciertos. Vencer las pasiones... dominar nuestras flaquezas, trabajo titánico de las humanidades; progreso indefinido de las generaciones; tú simbolizas la lucha sagrada de la vida; ¡Quien no cae para levantarse después! Elévate pobre Espíritu sobre la podredumbre de tu cuerpo,

yo quiero que tiendas tus alas para que anides en el espacio, y desde allí contemples y admires las grandezas supremas de la creación".

Esta es la síntesis de la comunicación que dio el Espíritu; qué diferencia entre la eterna esperanza del progreso indefinido del alma y la condenación eterna del que muere sin confesión ¡Qué Dios tan pequeño y tan cruel el de las religiones, y qué consuelo tan inmenso con el progreso eterno del Espíritu!

¡Atrás, religiones con vuestros cielos donde la ingratitud tiene su asiento, donde los felices olvidan a los desventurados; atrás con vuestros infiernos, con vuestras penas inverosímiles, con vuestros terribles tormentos creados por la crueldad humana; atrás... que el progreso os arrollará si os encuentra en su camino. La vida corre sus múltiples manifestaciones; viene a tranquilizar nuestras conciencias, viene a iluminar la oscurecida razón del hombre, los Espíritus, vienen a prestar sus últimos auxilios a los moribundos; y qué tranquilos los dejan, cómo sonríen esperando su rendición; cómo recobran fuerzas espirituales y se despiden de sus deudos diciendo: **hasta luego, otros, hijos, otros padres, otros amigos me esperan en la eternidad**. ¿Qué es más beneficioso para el alma? Confesar sus pecados a un hombre falible y lleno de defectos que perdone por pura formula, o escuchar la comunicación de un Espíritu que demuestre el progreso que hemos alcanzado en una existencia y haga comparaciones entre morir solo y abandonado, o exhalar el último suspiro rodeado de una familia afligida.

Dichosos los que conocen el consuelo inefable del Espiritismo; bienvenidos los espíritus que miden la inmensa distancia que existe entre la condenación religiosa y el progreso indefinido de la humanidad.

CAPÍTULO XXI

A LOS BUENOS ESPÍRITUS

Qué inefable beatitud y qué dulce calma, se apodera de mi alma, cuando el bien y la virtud me inspiráis; la gratitud inunda todo mi ser de un inefable placer, tan inmenso y tan profundo, que no hay frases en el mundo para hacerlo comprender.

Cuando el alma dolorida no encuentra a su mal remedio, cuando nos abruma el tedio, ¡Cuánto nos pesa la vida...! Cuando miramos perdida nuestra postrera ilusión, y la última decepción hace el corazón pedazos... Cuando se rompen los lazos que ataban nuestra razón.

Entonces nuestra memoria, crónica fiel del pasado, que los hechos ha guardado de nuestra doliente historia, va presentando la escoria de todo cuanto pasó, y ¡Ay! De aquél que nada vio que en su ayer le sonriera; ¡Ay! De aquél que en su carrera nuca reposo encontró.

¡Desgraciado!, ¡Cuán pesada se hace entonces su existencia! Sin recuerdos, ni creencia ¿Qué le resta al hombre? - ¡Nada! Para seguir su jornada le falta aliento, vacila; duda de todo, y oscila su quebrantada razón, y falta la refracción en su apagada pupila.

¡Cuán triste es vivir así...! Así viví en mis enojos, que todo ha tenido abrojos en el mundo para mí; ¿Por qué en la Tierra nací...? ¿Por qué mi existencia fue, sin esperanza, sin fe, y todo lo vi sombrío, y la copa del hastío en mi dolor apuré?

Mil veces me he preguntado el porqué de este problema; he sentido el anatema pero su causa he ignorado; porque al ser por mí juzgado mi sentimiento, no hallaba una razón, y pensaba en todo... menos en Dios; y tras de un algo iba en pos; ¡Algo que nunca alcanzaba...!

Y como hoja sacudida por rugiente vendaval, seguí la senda fatal que nos hace odiar la vida; y sin punto de partida este mundo fui cruzando, al espacio preguntando ¿Cuándo llegaré a la cumbre...? Mas mi misma pesadumbre me iba al abismo empujando.

Hasta que una voz oí, que me hizo quedar cautiva; porque dulce y persuasiva me dijo: “Apóyate en mí, ven conmigo, para ti soy el bíblico Jordán, donde los sedientos van para calmar su fatiga: escucha mi voz amiga y tus penas cesarán”.

"Yo te diré lo que has sido, cambian de forma los seres, no fuiste lo que ahora eres por más que siempre has vivido; el Espíritu, aturdido se suele a veces quedar; pero vuelve a despertar y sigue, sigue adelante, por ver si puede triunfante alguna vez exclamar".

"Átomo en el orbe fui de sutilísima esencia, que plugo a la providencia fijar su mirada en mí. Aliento a los cuerpos di, por mí vivió el mineral, por mí el reino vegetal tuvo su poética historia; y le di al bruto memoria; he hice al hombre racional".

"Y al hombre con su razón hice agricultor y artista, y de conquista, en conquista, llegó a la emancipación. Y a la civilización hice que le alzara altares, y en los montes y en los mares le dije, posa tu planta y camina, adelanta, y búscate nuevos lares".

"Yo gemí con la mujer, yo di vida a su sonrisa, yo la hice sacerdotisa del amor y del deber; yo al hombre impulsé a creer, purifiqué su organismo porque se miró a sí mismo, y le asustó su miseria, y quitó de su materia la lepra del egoísmo".

"Y en ángel ya convertido, libre, ligero y gentil, de una materia sutil formé mi eterno vestido. Del progreso indefinido sigo la senda bendita en mi carrera infinita voy difundiendo la luz; y ayudo a llevar la cruz a la humanidad proscrita".

"Esta es la misión del hombre, la suprema perfección; de tu regeneración eres dueña, no te asombre; puedes conquistar un nombre; ten para ello voluntad, de la santa caridad y de la ciencia, ve en pos, y ya encontrarás a Dios en la luz de la verdad".

Yo que en nada había creído, yo que en nada había esperado, yo que el mundo había mirado como un paraje del olvido; al saber que hemos vivido, que hoy vivimos, y mañana vivirá la raza humana por sí sola engrandecida, miré un edén en la vida, y adoré la fe cristiana.

Más a pesar de mi fe, a pesar que la razón me da la fiel convicción que a ser grande llegaré; cuando pienso... no sé qué..., cuando en triste vaguedad, mi mente, en la soledad y en el silencio se abisma y me pregunto a mí misma, mi loca temeridad.

Me dice con triste acento:

"Llora, pobre ser perdido, que por nadie repetido, será tu postrer lamento. Cual hoja que lleva el viento irás cruzando la Tierra que para ti nada encierra que te halague y te sonría; ¡Llora en tu eterna agonía; llora, que Dios te destierra!"

Y lloro en mi amargo duelo con un dolor tan profundo, que no encuentro en este mundo para mis penas consuelo; y con afanoso anhelo, voy en pos de lo inmovible con una angustia indecible... con tan extraño delirio... que acreciento mi martirio... ¡Oh! De un modo inconcebible.

Y cuando ya fatigada mi pobre cabeza inclino, contemplo mi camino y mis ojos no ven nada; cuando mi eterna jornada la miro y me causa espanto, cuando sufro tanto... tanto..., que ni tierra halla mi planta, murmura un eco "levanta que yo enjugaré tu llanto".

Y entonces fieles amigos a quienes oigo anhelante, me dicen con voz amante: "perdona a tus enemigos, de tus dolores testigos todos tus hermanos son, y con justa abnegación todos tienen para ti, amor del que no hay ni la más leve noción".

Te quieren de una manera tan grande y apasionada, que en ti fijan su mirada; en la humanidad entera, nunca el hombre en su carrera solo se encuentra, jamás; siempre adelante y atrás encontrará quien le guíe; "alienta, vive y sonríe, ten valor y llegarás".

"¡No desfallezcas, la vida es noble, de Dios hechura; momentánea es la amargura, la ventura indefinida! Con un amor sin medida engrandece la existencia, que la sabia providencia tiene cuidados prolijos, con aquellos de sus hijos que aman el bien y la ciencia".

Cuando escucho estas razones, siento un placer tan intenso, tan profundo, tan inmenso, que nunca mis expresiones pintarán las sensaciones que agitan mi corazón, no; no hay significación en la Tierra todavía, es pobre la fantasía y es árida la razón.

¡Espíritus!... ¡Consejeros de mi razón conturbada! Cuando yo tenga saldada mi cuenta, y pueda ir a veros, cuando deje estos senderos que con mi llanto regué, entonces sí que os diré lo que al oíros sentí; hoy sólo puedo, ¡Ay de mí!... pediros aliento y fe.

Fe y aliento necesito, no me dejéis, os lo ruego; sin un guía ¿Qué hará el ciego...? Como leproso maldito, como mísero proscrito, por la Tierra vagará; y aunque de ese más allá... muchos tienen intuición, por vuestra predicación, sabe el hombre a donde va.

¡Espíritus!... a instruir estáis llamados, el mundo con un estupor profundo os escucha, el porvenir a vosotros definir os toca; entrar en acción, nuestra regeneración no pedimos a vosotros; pero sí que unos y otros trabajemos en unión.

Tenemos libre albedrío, pero siempre un buen consejo, le sirve al joven y al viejo, en vuestro amparo yo confío, cuando comprendáis que el frío del desencanto, mi ser entumece; y que a caer voy por mi culpa en el lodo, habladme del **Todo** y volveré a renacer.

¿Verdad que lo haréis? Sí, sí; vosotros sois nuestros guías, vuestras sabias profecías que encuentren un eco en mí; yo quiero salir de aquí, y para eso es necesario, que mi cruz hasta el calvario la lleve; su enorme peso, si lo aligera el progreso, llevadme a su santuario.

Llevadme, sí; yo os lo imploro, espíritus invisibles, vuestros brazos intangibles tendedme, y en dulce coro al Dios que adoráis y adoro, alcemos una oración, para que su redención alcance la humanidad; y así tendrá la verdad el cetro de la razón.

¡Espíritus! Venceremos si nuestras fuerzas unimos, si mutuamente pedimos, la victoria alcanzaremos. Todos compactos haremos un milagro sin rival; el adelanto social será nuestro capitolio y pondremos en un sólio al progreso universal.

Derribemos las fronteras que hoy separan a los mundos, y los océanos profundos convirtamos en riberas: donde eternas primaveras tiendan sus mantos de flores, y astros de vivos colores presten calor a las almas, y a la sombra de las palmas no haya esclavos ni señores.

¡Espíritus! ¡Cuán hermosa y cuán noble es nuestra idea! ¡Atrás la incendiaria tea...! ¡Atrás la opresión odiosa...! Ya la ignorancia reposa en su enlutado ataúd, y llena de juventud se presenta la igualdad, que dice: “Ante la verdad, sucumba la esclavitud”.

Sí, espíritus; que sucumba, que siegue su cuello el tajo del amor y del trabajo de este mundo, y de ultratumba; y el zángano que no zumba nuestro modelo jamás; nunca quedemos atrás; sigamos siempre adelante, la lucha no nos espante, que el que lucha alcanza más.

Siglos tras siglos, tenemos mil y mil encarnaciones, planetas en formaciones que en edenes trocaremos; y otros globos destruiremos, y la eterna construcción de la civilización, nunca, nunca cesará, porque Dios siempre tendrá nuevos mundos en fusión.

¡La eternidad de la vida...! ¡La eternidad del deseo! ¡El eternal himeneo de Dios con su prometida...! Con esa mitad querida que es la esencia de su Ser, ¡Esa universal mujer llamada Naturaleza! ¡Destello de su belleza...! ¡Reflejo de su poder...!

¡Espíritus inmortales! Capítulos de la historia somos; sigamos con gloria nuestros destinos fatales. Démonos en nuestros males consuelo, sea nuestra unión áncora de salvación de la vieja humanidad, que encuentre en la eternidad la tierra de promisión.

CAPÍTULO XXII

AMOR DESPUÉS DE LA MUERTE

Recuerdo que dijo un poeta:
“Mientras exista una mujer hermosa, ¡Habrá poesía!”

Y yo creo que debe decirse:
“Mientras existan almas que se amen, ¡Habrá poesía!”

Porque el amor, semejante al Sol y al viento, lo mismo penetra en el regio alcázar que en la humilde choza, su influencia la sienten todos los habitantes de la Tierra, aún en medio de las mayores torturas, y de esto me acabó de convencer y persuadir la conversación que tuve con una pobre mujer de la cual me he ocupado en varios artículos, porque su triste historia da suficiente para escribir muchos tomos.

Juana vino a contarme sus cuitas hace algunos días y yo le dije:

-Parece hasta imposible que puedas sufrir tanto, porque cada día te trae un nuevo dolor.

-Ya lo puede usted decir; gracias que él me sostiene con sus palabras, con sus consejos. ¡Ay, si no fuera por él! ¿Dónde estaría yo?

-Y ¿Quién es él?

-Pues mi marido.

-¡Tu marido!... ¿Pues, no se suicidó?

-Sí, señora, que se ahorcó; pero... no se ría usted de lo que voy a contarle porque es tan cierto y verdad, como lo es que usted y yo estamos hablando aquí.

-No temas que me burle.

-Así lo creo; pues, verá usted él y yo nos casamos enamoradísimos, nos queríamos con delirio; él no podía estar sin mí, ni yo sin él; jamás tuvimos una riña: si había un pan él lo partía y me daba la mayor parte, diciendo:

-Come, come, que yo soy más fuerte que tú, y no necesito tanto alimento; tengo más resistencia física.

Nuestros seis hijos eran su encanto, pero yo sobre todo, para él, era la más hermosa de todas las mujeres. Cuando me apuraba porque él no tenía trabajo siempre me decía:

-Mujer, ten paciencia, hazte cargo que la desgracia es como una tormenta: se pone el cielo muy negro, llueve, relampaguea, truena, caen rayos, y luego sale el Sol y todo recobra nueva vida. Pues lo mismo nos sucede a los pobres, viene una temporada sin trabajo, se empeña lo poco que hay, se vende lo que estorba, se ayuna aunque no se esté en cuaresma; pero si un matrimonio se quiere, el amor que los une es el Sol que puede más que todas las nubes del infortunio, y salen adelante venciendo a la desgracia.

Mira, Juana, me decía muy serio; yo te quiero tanto, tantísimo, que si me muero antes que tú, aunque me vaya al cielo, como yo no pueda verte desde allí, no estaré tranquilo y ¡Ay de ti si te casaras!, porque yo te juro que no quedarías viva la segunda noche de novios; yo te amaré después de muerto lo mismo que ahora, tenlo por seguro.

Y he de advertir a usted que mi marido ni era espiritista, ni creía que hubiera nada después de muerto, y se reía de los milagros, de las apariciones, y de todo lo sobrenatural; él decía: “el pan es pan y el vino es vino, dejarse de cuentos” y al mismo tiempo, siempre que se hablaba de la muerte, me decía:

-Acuérdate, Juana, que yo no te dejaré nunca y que me verás siempre para que no puedas querer a nadie más que a mí.

Yo me reía, porque la verdad es que nunca he creído que se pudiera ver a los muertos, y como mis convicciones religiosas eran muy arraigadas, fuera de ellas no he buscado nunca saber más de lo que buenamente sabía.

Cuando menos lo esperaba, cuando más aliento y esperanza me daba mi marido, para sobrellevar la mucha pena y escasez que nos rodeaban, por la falta de trabajo, se levantó una madrugada, como usted sabe, me arropó muy bien, y diciéndome:

-Duerme, que hace mucho frío, se fue al taller y allí se mató sin hacer el menor ruido. Ya usted sabe cómo yo me quedé, no solamente por haberle perdido, sino que no volvía de mi asombro recordando sus constantes consejos de que tuviera resignación y no perdiera la esperanza, que tras de un día nublado brillaba el Sol.

Pasó mucho tiempo sin que yo pudiera darme cuenta de lo que sentía; pero la muerte de uno de mis hijos, la separación, aunque momentánea, de mi hija más pequeña que, como usted sabe, la puse en la casa de Caridad y la saqué a los pocos días, la ingratitud de mi hijo mayor que me ha abandonado por completo, la continua zozobra que me atormenta sin dejarme un minuto de tranquilidad pensando en el casero, que de todas partes me arrojan porque no tengo dinero para pagar más que el primer mes; todo éste cúmulo de angustiosas penalidades, me han hecho pensar y decir: "Mi marido era muy bueno; era el hombre más honrado que había bajo la capa del cielo; si él, con toda su bondad, cuando no pudo resistir más se mató, yo que estoy muy lejos de ser tan buena como era él, bien me puedo matar sin tener el menor remordimiento; a mis hijos no les saco de ningún apuro, les queda Dios que mirará por ellos; yo no puedo resistir más; las deudas me agobian, no tengo más que mi vida, pagaré con mi muerte a tantos acreedores, que viva me llenarán de improperios y muerta quizás me encomienden a Dios".

Y persuadida que no podía hacer otra cosa mejor que matarme, una noche, sabiendo que al día siguiente me pondrían en medio de la calle los pocos trastos que tengo, decidí acabar de una vez; esperé a que mis hijos estuvieran bien dormidos en el primer sueño.

¡Qué noche! ¡Oh cielos, qué noche! Porque la niña más pequeña, abrazada a mi cuello, me miraba fijamente y me decía: "¡Duérmete, mamá, duérmete! Mientras tú no te duermas, yo no me dormiré", y me cerraba los ojos la pobrecita, arrullándome como si yo fuera un niño chiquito y ella la madre amorosa; al fin se durmió y me desprendí de sus bracitos. Contemplé a mis hijos, los besé mil veces con el pensamiento para que no se despertaran, y descalza para no hacer ruido, me dirigí hacia el balcón que de intento había dejado entreabierto, y cuando me disponía a tirarme a la calle, sentí que me tocaban en el hombro, volví la cabeza espantada pensando que era mi hijo y me encontré que era la sombra de mi marido, con su traje gris de los días de fiesta; era él, que cogiéndome del brazo me hizo retroceder diciéndome:

-¡Infeliz! ¿Y nuestros hijos? No tomes ejemplo de mí. ¡Fui un criminal!... ¡Y mi remordimiento es tan grande como mi culpa!

Yo no sabía lo que me pasaba; pero no dudaba de que mi marido estaba allí; era su voz, sentía el calor de su aliento; di algunos pasos y abracé a mi pobre hija que se despertó con mis besos lanzándome gritos, no sé si de espanto o alegría, y vi a mi marido que se alejaba, sintiendo sus sollozos.

Me quedé tan rendida que caí en un letargo del que me desperté a la mañana siguiente, gracias a mi hija que a fuerza de besos y abrazos me volvió a la vida real.

Me pareció al levantarme que había nacido de nuevo; mi cuerpo lo tenía más ligero, y a pesar de tener las mismas penas, me encontré más fuerte, más animosa; recordé lo que tantas veces me había dicho mi marido, que no me dejaría nunca, y cuando llegó la noche dije:

"¡Espíritus! Si no fue una alucinación, que yo vea otra vez al padre de mis hijos, que oiga su voz". Y se volvió a presentar la sombra de mi esposo, diciéndome:

-“Siempre estoy a tu lado; mi castigo es ver tu infortunio, tu sufrimiento; no pretendas morir, que no se muere; llámame, mi amor me une a ti y jamás nos separaremos, ¡Jamás!”

Desde entonces, muchas veces he visto a mi marido que se inclina para decirme muy quedito:

“¡Siempre estoy contigo!”

Yo, esto que le digo a usted, no se lo he dicho a nadie para que no se rían; pero yo sé que usted es espiritista y no le extrañará lo que me ha sucedido.

Ni mis penas, ni mi falta de tiempo, ni mi modo de ser, me inclinan a meterme en averiguaciones ni en estudios de muertos ni vivos; pero le puedo asegurar que he visto y veo a mi esposo con mucha frecuencia, y para cerciorarme de que no me engañaba a mí misma, dije una noche:

-¡Espíritus! ¿Si esto es verdad, mi madre que tanto me quería, por qué no viene a consolar mis penas?. Aquella noche no vino nadie, y cuando menos lo esperaba, estando una madrugada llorando mis angustias, vi de pronto una claridad que parecía como si estuviera amaneciendo, claridad que fue aumentando, llenando mi habitación de una niebla en la que parecía que nadaban chispas de fuego; se formó una nubecita muy blanca, después se rasgó aquella nube y vi la cabeza de mi madre que estaba rodeada de un vivo resplandor, y desde entonces no me queda la menor duda que los muertos velan por los vivos.

¡Mi marido ha cumplido su palabra; su amor no me ha faltado ni después de la muerte!

¡Cuánto gocé escuchando la narración de Juana! Y gocé porque en su relato encontraba la verdad. No es una imaginación soñadora, no es mujer que apele a la ficción ni a la mentira para conmover ni interesar a nadie, es sencillamente una mártir de la miseria, que no ha tenido en este mundo más gloria que ser amada.

En medio de su actual abandono, enferma, cadavérica, al hablar del amor de su marido, aún sus ojos enrojecidos por el llanto se animaron y un relámpago de placer los iluminó; aún sus mejillas pálidas se colorearon suavemente, aún sus labios blanquecinos y secos se enrojecieron como si recibieran la impresión de un beso de amor, y la más dulce sonrisa dio a su semblante un tinte de felicidad. Yo la contemplé ávidamente sin perder el más leve detalle de aquella prodigiosa transfiguración, y cuando le dije adiós, murmuré al verla alejarse:

“Mientras existan dos almas que se amen,
¡Habrá poesía!”

CAPÍTULO XXIII

¡MAÑANA!

He aquí una palabra que se pronuncia con alborozo, con admiración, con tristeza, con la dulce esperanza del creyente, y con todos los tonos que tiene la voz humana para expresar lo que siente el alma.

Los labriegos, los navegantes, los sabios naturalistas, todos aquellos que con la luz del día emprenden importantes trabajos, saludan alborozados los arreboles de la aurora diciendo: "¡Qué mañana tan hermosa!"

Los desheredados, los mártires de la Tierra, los que comen hoy y nada les queda para el día siguiente, dicen con amargura: "Hoy he comido; pero mañana... ¡Quién sabe!"

Los místicos, los que viven fuera de este mundo soñando con cielos y bienaventuranzas eternas, dicen: "La vida de aquí es un soplo; la vida de mañana es la que hay que asegurar con buenas obras, y actos de verdadera contrición".

Los indolentes, los perezosos, los que dudan y vacilan en tomar una resolución, murmuran: "Mañana será otro día; lo que es hoy no estoy para resolver nada, esperemos a mañana". Y... ¡Cuántas buenas obras dejan de hacerse por dejar para mañana lo que debíamos hacer hoy, trayendo a veces fatales consecuencias para el que debía ser favorecido y el que había de representar el sagrado papel de protector!

Estas consideraciones me recuerdan una conversación que tuve hace algunos días con un médico espiritista que acababa de dar la vuelta al mundo para estudiar la mejor manera de curar la locura, y contándome uno de sus ensayos, me dijo lo siguiente:

-Me hablaron que en uno de los cementerios de una gran ciudad se pasaba una gran parte del día, una señora que tenía perturbadas sus facultades mentales, pero que era una loca completamente inofensiva, y su familia no quería someterla a ningún tratamiento, temiendo empeorarla, esperando que el tiempo, más sabio que los hombres, obraría en la enferma un cambio favorable. Con estos antecedentes, me fui al cementerio indicado una mañana, y en el lugar destinado a la fosa común encontré a una mujer de mediana edad, vestida con elegante sencillez. En su diestra llevaba una sombrilla blanca, cerrada, que le servía de bastón; daba algunos pasos y se detenía, comenzando a escarbar con la contera de la sombrilla la tierra removida, murmurando algunas frases, que al pronto no comprendí; la seguía a respetuosa distancia un lacayo con librea blanca, que tenía sumo cuidado que la señora no le viera al dar la vuelta. Yo, por el contrario, me puse en mitad de su camino y le saludé cortésmente; ella me

miró y correspondió a mi saludo; me puse a su lado con ánimo de pasear juntos; mas ella se detuvo y comenzó a escarbar de nuevo, haciendo yo lo mismo con mi bastón; al ver la pobre loca lo que yo hacía, se acercó a mí con el mayor cariño, diciéndome con voz dulce:

-¿Tú también llegaste tarde?

-Sí, también.

-¡Cuánto se sufre!... ¿Verdad?

-No hay contrariedad que le iguale.

-Tienes razón, yo desde aquel día ni duermo ni sosiego.

Y la pobre loca se llevó la mano izquierda a la frente, como si quisiera contener el turbión de sus pensamientos.

-Cuéntame por qué llegaste tarde al punto que deseabas: le dije mirándola fijamente, tratando de dominarla con la fuerza de mi voluntad.

-Ya verás: Julia estaba en el hospital; era una pobre joven que vivía frente a mi casa, y que sin tratarla, la quería; me pasaba horas y horas viéndola coser a máquina (pues se mantenía de su trabajo). Un día me acerqué al balcón de mi gabinete y no la vi detrás de los cristales de su ventana; miré por la tarde, a la mañana siguiente, unos cuantos días más, hasta que se me ocurrió mandar a preguntar por ella, y entonces me dijeron que estaba en el hospital. "¡Pobre Julia!, exclamé con tristeza; iré a verla; desde que no la veo junto a su ventana, parece que en mi gabinete falta algo; mañana iré a verla".

Al día siguiente amaneció nublado, tanto, que a pesar de ir siempre en coche, tuve pereza de salir de casa; pasaron algunos días más, todos nublados y lluviosos, y mirando a la ventana de Julia, siempre repetía lo mismo: mañana iré a verla.

Al fin llegó el día deseado; fui al hospital, y al preguntar por Julia, me dijeron:

-Ya está enterrada.

-Dejadme ver la cama donde murió.

-Me acompañaron hasta el lugar donde la joven había exhalado el último suspiro, y su lecho no estaba vacío; Julia estaba en él, envuelta en su sudario blanco y sus manos cruzadas atadas con una blanca cinta, con los ojos abiertos, como si me estuviera diciendo:

-"¡Te esperaba!"

-Caí de rodillas pidiéndole perdón por mi tardanza, me rodearon las enfermeras, me hicieron levantar, y yo les dije:

-Dejadme, que Julia está ahí esperándome, la veo tan perfectamente como os veo a vosotras.

-¡Está loca!... ¡Está loca!..., dijeron algunas voces; y contra mi voluntad me condujeron a mi carruaje, acompañada de dos médicos. Yo jurando y perjurando que había visto a Julia, y los médicos diciendo que yo veía visiones, que Julia estaba enterrada y no podía estar de cuerpo presente.

Estuve algunos días enferma, y en cuanto pude, me vine al cementerio y removí la tierra para ver si la encontraba; ¡Inútil tarea! La busco y no la encuentro, y hasta que la encuentre no he de parar. Yo la reconoceré entre mil.

-Pues yo te llevaré donde la podrás ver sin necesidad de pasarte los días en el cementerio.

-¿De veras?

-Lo que oyes; ahora vamos a tu casa.

Salimos del cementerio; me puse en relación con el lacayo, diciéndole mi profesión, y subí al coche con la enferma; llegamos a su casa y hablé con sus

hermanas (personas muy finas), a las que les dije lisa y llanamente que yo me comprometía a curar a su hermana, que nada quería por mi trabajo, únicamente que me dejasen estudiar su enfermedad, asegurándoles que no le haría tomar ninguna medicina. La familia (tuve suerte), aceptó mis proposiciones, les caí en gracia (como se suele decir) y al día siguiente fui con la enferma y una de sus hermanas al hospital donde murió Julia. Pedí que nos llevasen a la sala, y ante el lecho donde expiró aquélla; la cama en cuestión estaba vacía, pero la pobre loca, al llegar, dio un grito de inmensa alegría, diciendo:

-¡Gracias al cielo que te encuentro!...

Y cayó de rodillas derramando abundantes lágrimas.

Hice que se alejaran, y sólo yo me quedé junto a ella, que decía sollozando:

-Perdóname Julia; tú vivirás en mi memoria; yo sentía tus penas, y siempre me decía al acostarme: "Mañana iré a verla, ¡Mañana!" ¡Ay!.. ¡Qué tarde vine! ¡Cómo te encuentro... muerta! ¿Pero cómo estando muerta estás aquí y tienes los ojos abiertos? ¿Esperas quizás que yo te los cierre?

Y levantándose, hizo el ademán de cerrarlos, y luego los besó, diciéndome con la mayor sencillez:

-Ya podía yo buscarla en el cementerio y estaba aquí. ¡Pobre Julia! Esperaba que yo viniese a cerrarle los ojos. Como por encanto ha desaparecido, ya no está aquí.

Más de seis meses me detuve en aquella ciudad, hasta dejar curada completamente a la que todos creían loca, que en realidad lo que trastornó a la pobre señora fue la ignorancia de cuantos la rodeaban. Aquella señora era médium vidente, desde niña había visto lo que no veían los demás; pero nadie de su familia se preocupó nunca de lo que ella veía; le llamaban romántica y soñadora; de organismo endeble, de constitución enfermiza, muy sensible, muy impresionable, todos los suyos la consideraban como un ser excepcional; la querían muchísimo, la mimaban a porfía, y la médium seguía viendo sin utilidad ninguna, ni para ella, (porque no se lo explicaba satisfactoriamente) ni para los demás, porque creían que eran delirios de su imaginación calenturienta.

Cuando murió Julia, su Espíritu indudablemente no se apartó de su lecho mortuorio, y la médium vidente la vio al llegar, lo que nada tenía de extraordinario, sino que era la cosa más sencilla y más natural para los que estuvieran al tanto de los fenómenos espiritistas; pero desconociendo la supervivencia del alma y lo turbado que se queda el Espíritu según el lugar y las condiciones en que deja su envoltura, dio lugar a una serie de escenas dolorosas entre la médium vidente (que llegó a enfermar de veras) y su familia y cuantos médicos la visitaron.

Gracias a que sus deudos la querían muchísimo y que su locura era inofensiva, resultando de todo este cúmulo de circunstancias que se libró de ir a un manicomio, y yo pude arrancar una víctima de las garras de la ignorancia.

Hoy la médium vidente y su familia, todos son espiritistas convencidos; ya ve usted, amiga mía, qué malas consecuencias suele traer la costumbre arraigada de la mayoría de los hombres de decir ante la ejecución de una buena obra: "Lo haré mañana".

¡A cuántas consideraciones se presta el relato del médico espiritista! Dichoso él que se ha propuesto curar la locura, motivada muchas veces por el desconocimiento absoluto de las leyes naturales, que no son otra cosa que los llamados fenómenos espiritistas.

No guardemos para mañana estudiar las verdades que encierra en sus científicas enseñanzas el Espiritismo.

CAPÍTULO XXIV

REMINISCENCIAS DE AYER

Hace algún tiempo visitamos una ciudad, que nos es muy querida, porque en ella habíamos descansado una larga temporada de nuestras habituales tareas, y contraído algunas relaciones cuyo buen recuerdo nos ha seguido constantemente en nuestra penosa peregrinación.

Al llegar allí últimamente, tratamos, como es natural, de ver si alguno de nuestros antiguos amigos se acordaba de nosotros; y con profunda satisfacción vimos que nos recordaban multitud de seres, sin que el tiempo ni la distancia hubiesen borrado nuestra imagen de su memoria.

En el número de estas almas generosas que no han podido olvidarnos, se encuentra un hombre, cuya esposa era para nosotros un modelo de virtudes que inútilmente queríamos imitar.

¡Cuántas veces hemos recordado a aquella buenísima familia! Se componía del matrimonio y cuatro hijos, si bien habían sido cinco los frutos de aquella unión venturosa. Cuando conocimos a Marta y a su esposo Andrés, lloraban aún la muerte del mayor de sus hijos, acaecida cinco años atrás, pero

que para ellos siempre estaba reciente; pues era muy profundo el sentimiento que experimentaban.

Marta, como madre muy amorosa, había guardado religiosamente toda la ropa de su hijo, todos sus libros, y su único juguete, que consistía en un enorme caballo de madera, ingeniosamente construido, que, por un sencillo y perfeccionado mecanismo, corría por sí solo, deslizándose sus ruedas con gran velocidad sin detenerse en una larga distancia. Este curioso objeto era muy codiciado por los demás niños; pero nunca les fue permitido jugar con él, temiendo que lo estropearan y se perdiera o mutilara aquel recuerdo preciado del hijo ausente, único juguete que el niño había pedido a su madre con gran insistencia.

Como la costumbre forma ley, toda la familia se había acostumbrado a mirar con cierto respeto al caballo de madera; para ellos era no un juguete, sino un objeto con mérito artístico, que, colocado en el despacho particular de nuestro amigo Andrés, nadie se atrevía a tocar.

Cuando llegamos la segunda y última vez al punto de residencia de Marta, fuimos enseguida a verla; pero ¡Ay! En el tiempo transcurrido ¡Cuán tristes cambios se habían operado en el seno de aquella familia, tan feliz en otros días!

Marta, la fiel compañera de Andrés, la que durante treinta años había tenido siempre para su esposo una sonrisa y una mirada de amor, había abandonado la Tierra, dejando a su marido postrado en ese dolor sin nombre, en esa profunda melancolía en la cual el hombre vive sin llorar y sin reír.

¡Qué impresión tan dolorosa recibimos!

Marta era una de esas mujeres nacidas para el gran mundo, y sabía recibir y hacer los honores de su casa de una manera tan afectuosa, tan cordial, tan delicada, que muchísimas eran las personas que deseaban su trato, y siempre estaba rodeada de numerosos amigos. Su palacete era el centro más animado de la población, y su marido, amante de la sociedad como ella, trataba con tanto cariño a cuantos le visitaban, que la morada de nuestros buenos amigos, más parecía un casino que una casa particular y nada más risueño y alegre que aquellas reuniones. Dos niñas y dos niños eran el encanto de Marta y Andrés, y todos los chicuelos de la vecindad eran admitidos para jugar con ellos.

Parece que aún vemos a Andrés, sentado junto al piano, y a su hija Leonor tocando bonitos valses, que bailaban los niños y los jóvenes, mientras que Marta, rodeada de sus amigos y admiradores, organizaba visitas a los enfermos pobres, tratando de hacer todo el bien posible, porque era un alma verdaderamente buena y generosa.

Cuando últimamente entramos en casa de Andrés, éste salió a nuestro encuentro, se sonrió con dulzura y nos dijo con voz apagada:

-¡Qué cambio, Amalia! ¡Qué cambio! Ayer... porque los años son un soplo, y aunque han pasado muchos, no dejan de ser menos que segundos en la eternidad. Ayer... ¿Se acuerda usted? Esta casa reía; hoy... si estos muros pudieran llorar, llorarían sin consuelo. Hace dos años que perdí a Marta, y esta casa parece una sepultura; venga usted, venga usted; yo estoy siempre en el cuarto donde ella murió.

Cruzamos varios salones y en uno de ellos vimos el piano cubierto con una funda verde. Andrés nos miró, y ¡Cuánto nos dijo con su elocuente mirada! Hay miradas que son un poema de dolor. Llegamos al gabinete de Marta, encontrando en él todos sus muebles predilectos, su mesa de labor, su tocador; su antigua cómoda, su pequeño sofá y sus sillas de rejilla; nos sentamos, y

después de contarnos Andrés todos los pormenores de la muerte de su esposa, el casamiento de sus hijas, la marcha de sus hijos, que los dos eran militares, terminó su relación diciendo con amargura:

-¡Ya ve usted, amiga mía, qué triste fin! Mis hijos apenas se acuerdan de mí; sus cartas son como las estaciones, vienen cuatro al año. Mis hijas son más afectuosas; pero mis yernos, los dos son poco cariñosos, y ni uno ni otro congenian conmigo. El único que suele hacerme compañía es el hijo mayor de mi Leonor; éste viene con frecuencia, y le confieso a usted que le quiero con toda mi alma; porque es el fiel retrato de mi hijo mayor, el que murió. No he visto un parecido más perfecto en figura y en carácter.

-¡Quién sabe si será el mismo!

¡No! Yo no creo en eso, amiga mía; ya sé por la prensa que usted se ha convertido en paladín de las ideas espiritistas, que ya son buenas, ya, pero... ¡Ay! Amalia, los que se van, no vuelven más.

-¡Pobre amigo mío! ¡Cuánto le compadezco!

-Soy bien digno de compasión, pero crea usted que soy muy desgraciado. ¡La muerte de Marta me ha dejado tan solo!... ¡Era una mujer que me comprendía tanto!..., que aunque yo no le dijese nada, al sentarnos a la mesa, y servirme la sopa, me decía: "Te pongo poca, porque como estás disgustado, no comerás mucho" y yo entonces le contaba cuanto me ocurría, y hablaba... hablaba sin cesar con ella, y no había penas para mí en el mundo. Pero ahora... me siento solo en la mesa, miro en torno mío, como por el instinto de conservación, nada más, y me levanto huyendo de mí mismo; y si no fuera por mi nietecito... Parece que la adversidad se ensaña conmigo. Cuando estoy más desesperado, llega mi nieto con su carita risueña, se abraza a mí y me dice:

-¡Yo estoy aquí!

Estas palabras, no puede usted imaginar qué impresión me causan; porque al decir ¡Yo estoy aquí!, me parece que oigo a mi hijo mayor, que siempre que llegaba del colegio, entraba en mi despacho y, echándose en mis brazos, me decía alegremente lo mismo que mi nietecito: ¡Yo estoy aquí!

-¡Qué loco es a veces el pensamiento! ¿De qué creerá usted que me acuerdo yo ahora?

-¿De qué? ¡Qué sé yo! Usted dirá, Amalia.

-De aquel caballo de madera que tenía usted tan conservado.

-Y muy guardado que está todavía. Lo quité de mi gabinete hace mucho tiempo, porque tuvimos de huésped a una hermana mía, que traía dos chiquillos capaces de romper el Alcázar de Sevilla; y para evitar un fracaso, lo guardé con otros trastos viejos en un aposento apartado, y allí conservo el pobre caballo que tanto quería mi hijo, único juguete que pidió en toda su vida. ¡Oh! Si fuera cierto lo que usted dice, que los muertos viven... ¡Cuán feliz sería yo, si pudiera hablar con mi hijo y con mi mujer!

Aquí llegábamos de nuestro diálogo, cuando oímos un estrépito horroroso, formado por los gritos de un niño, por el ruido de un mueble que rodaba, y por las voces de los criados. Andrés se levantó, sin duda a ver qué ocurría; pero antes de salir él, entró en el gabinete un niño hermosísimo, que tendría de cuatro a cinco años, tirando del caballo de madera que tanto habían guardado Marta y Andrés; dos criados seguían al niño queriendo quitarle el caballo, y el niño se agarró a su abuelo, diciéndole con acento vehemente:

-Abuelito; diles que me dejen mi caballo, que es mío, es mío.

-¿Cómo que es tuyo? –preguntó Andrés tratando de ponerse serio.

-Sí que es mío, sí; este era el caballo que yo te pedía; éste es mi caballo, éste. –Y subiendo a él con mucha gracia, le dijo a su abuelo:

-Anda, empújale para que corra mucho.

Y Andrés, obedeciendo maquinalmente al niño, empujó al caballo, que salió rodando, aunque no con la velocidad que el chicuelo quería, pues pidió a uno de los criados que tirase de las riendas, y todos salieron, apareciendo al mismo tiempo una anciana que exclamó:

-Crea usted, señor, que no lo hemos podido remediar. Entré en el cuarto, no me cuidé de cerrar la puerta, y Adolfo entró, y en seguida dio un grito diciendo: "¡Ay!... Aquí está mi caballo... Este era el que yo buscaba" y tiró de él... y...

-Bien, bien –dijo Andrés; dejarle que juegue, que así habrá más ruido.

La buena mujer se retiró, y cuando nos quedamos solos, nos miramos fijamente el uno al otro; y leyendo él en nuestro pensamiento, nos dijo con gravedad:

-¿Qué piensa usted de esto? Hace quizás un año que yendo con Adolfo, me dijo una tarde: "Dame mi caballo". Yo, creyendo que hablaba mal, le dije: "No se dice dame mi caballo, sino cómprame un caballo".

-Yo quiero mi caballo –replicó el niño, -el mío, el mío. –No le hice caso, pero ahora me llama la atención lo que ha sucedido; y... ¡Cosa extraña!, de pronto he pensado en el Espiritismo y quiero leer sus obras sin que nadie se entere. ¿Pueden los espíritus encarnados, como ustedes dicen, reconocer objetos que les pertenecieron ayer?

-Deberán reconocer y recordar; porque no hace mucho tiempo hemos visto lo siguiente: una amiga nuestra tiene un niño que contará unos cuatro años, y por las tardes le suele decir a su madre: "Ponme el vestido azul" y el niño nunca ha tenido ningún traje de este color; porque es un niño africano, y nuestra amiga, que es mulata y mujer de muy buen gusto, no usa colores que afeen a su hijo.

Este mismo, muchas veces dice:

¡Mamá! ¡Mamá! -¿Qué quieres? le dice su madre.

-"No te llamo a ti –contesta el niño –llamo a la otra mamá". El niño no tiene abuela ni materna ni paterna, es de muy clara inteligencia, de una comprensión admirable; luego al llamar a otra madre, y pedir un vestido que no tiene, es prueba evidente que recuerda algo del ayer, recuerdos que deben borrase en el transcurso de los años.

-Pues bien, mándeme usted las obras espiritistas sin que nadie se entere, y le prometo escribirle el fruto que saque de ellas.

Nos despedimos de Andrés, y al salir vimos a Adolfo muy atareado haciendo correr al caballo.

-¡Ahora sí que estarás contento, eh! –le preguntamos. ¡Ya has encontrado lo que querías!

-Sí, ya tengo mi caballo; es mío; éste es el mío. –Y el niño le daba palmaditas en la cabeza, como si con sus caricias saludara a su antiguo compañero.

Besamos a Adolfo, que es hermosísimo, porque tiene unos ojos encantadores, preciosos cabellos, y todo él es una figura simpática y expresiva sobre toda ponderación.

Tres meses después, recibimos la siguiente carta de Andrés:

"Amiga mía: ¡Quién me había de decir que un juguete de mi hijo había de ser la causa del cambio radical de mis ideas! Hoy no me río del Espiritismo, no;

hoy leo, mejor dicho, devoro las obras de Allan Kardec, y encuentro en ellas nuevos y dilatados horizontes, y creo posible que los muertos vivan, y no encuentro extraño que los espíritus reencarnen en la misma familia donde hallaron un mundo de amor".

"Mucho le debo a usted, amiga mía; ya no estoy solo; tengo la completa seguridad que Marta me acompaña, y al mirar a mi nieto parece que alguien murmura en mi oído: "Ámale, que ha vuelto a la Tierra, sólo para consolar tu ancianidad". Le quiero tanto, y me encuentro tan feliz con él, y me asocio de tal manera a todos sus caprichos, que no quiere separarse de mí. Todas las tardes salgo con él, acompañándonos en nuestro paseo el viejo caballo de madera. ¡Misterios! ¡Qué arcanos guarda la vida! ¡Quién, al ver ese juguete, creerá que a él le debo indirectamente la tranquilidad de mi vejez!... y sin duda, el progreso de mi Espíritu".

Ciertamente parece una cosa providencial, guardar tan cuidadosamente aquel objeto, que había de servir de instrumento para despertar la atención de un Espíritu atribulado, que cruza solo el erial de la vida.

Todo sirve para el desenvolvimiento de la verdad, desde el estudio más profundo, hasta el caballo de madera que le sirve de juguete al niño.

La verdad es como el Sol; "sus esplendorosos rayos a todas partes llegan".

CAPÍTULO XXV

EL CIEGUITO

Durante la larga convalecencia de una grave enfermedad que nos aquejó hace tiempo, paseábamos diariamente por los hermosos jardines del Buen Retiro, en cuya ocasión nos hicimos muy amigos de una graciosa joven; hija de uno de los guardas, a la cual encontrábamos todas las mañanas en una glorieta, cerca de su casa, cosiendo afanosamente la ropita de un niño, que pasados algunos meses la llamaría con el dulce nombre de ¡Madre!...

Juana, sin ser bonita, era una de esas mujeres de semblante expresivo, de mirada magnética, bastante instruida, y sobre todo, adornada de bellísimos sentimientos. Intimamos bastante con ella porque conocimos que también le agradaba nuestro trato, y se complacía en hablarnos de su marido, intrépido marino y a la sazón ausente.

Una mañana, paseando con nuestra joven amiga, llegamos a la glorieta que le servía de gabinete de labor, y le dijimos:

-¡Cómo se conoce que le gusta a usted este sitio! Y no es por cierto de los más agradables que tiene el Retiro. Este lugar parece sombrío y triste.

-Es verdad.

-¿Se ha cometido aquí algún crimen?

-Que yo sepa, no; sí sé, que aquí se murió de pena un niño ciego.

-¡Un niño ciego!

-Sí, un niño ciego. ¡Pobrecito!

-¿Y cómo fue eso?

-Lo que voy a relatarle es rigurosamente histórico, puede usted preguntárselo a mi padre y a toda la familia; solamente que ninguno de ellos se interesó tanto como yo por aquel pobre ser, y tal vez dirán que el cieguito se murió por casualidad, y porque había de morir, pero yo, que le traté y estudié mucho su carácter, estoy bien segura que murió de pena.

-Con esos preámbulos está usted despertando poderosamente mi atención.

-No vaya usted a creer que sea una historia muy interesante, aunque para mí, sí que lo es, porque en poco tiempo le tomé mucho cariño a aquel inocente.

-Bien, bien, comience usted su relato.

-Hace cerca de dos años que me casé, y a los pocos días salió mi marido de viaje. Desde entonces vengo a este sitio retirado, para leer a solas las cartas de mi esposo. Un día, después de las doce, me vine a sentar como de costumbre en este mismo asiento, y me sorprendió encontrar a un niño junto a él. Al sentir mis pasos, acompañándose de un pequeño organillo que llevaba, dejó oír su dulce voz cantando melancólicamente:

¡Del pobrecito ciego la pena consolad!
¡Sentid de amor el fuego y haced caridad!

¡Al pobre pequeñito que no ha visto la luz, ayudadle un poquito para llevar su cruz!

Consuelo necesita quien vive en el dolor; ¡Dadme una limosnita con cariño y amor!

Yo, que estaba entonces siempre dispuesta a llorar, al escuchar aquellas palabras lloré y besé repetidas veces al pobre cieguito.

-¿Y qué edad tendría?

-¡Qué se yo! Porque el pobrecito era de una constitución raquítica, y parecía más pequeño de lo que en realidad sería. Vestía muy decentito. Era blanco como la nieve. Sus cabellos, casi blancos de puros rubios; sus ojos grandes, muy grandes, negros, pero sin brillo, sin vida; abiertos, fijos, parecían los de un muerto; tenía la cabeza muy abultada; sus manos y pies eran extraordinariamente pequeños. Se dejó acariciar, y al preguntarle cómo se llamaba , contestó con voz triste:

-No sé.

-¿Tienes madre?

-No sé.

-¿Tienes padre?

-No sé.

-¿Quién te ha traído aquí?

-¡La mujer buena!

-¿Quieres tú a esa mujer buena?

-Sí, porque me ha traído al Buen Retiro. ¿Verdad que esto es el Retiro?

-Sí, hijo mío. Y ¿Qué quieres tú hacer en el Retiro?

-Mira, cantar. Y volvió el niño a repetir su melancólica canción.

-Ven conmigo –le dije. Le cogí de la mano y me lo llevé a casa. A mi padre le dio mucha lástima. Mi madre le hizo muchas preguntas, y a todo contestaba: “No sé”. Mi padre decía: “Este infeliz es tonto, y debe haberse escapado de su casa; tendremos cuidado de él hasta que alguien le reclame, y si no aparece nadie, daremos parte a la autoridad para que disponga de él”. Yo entonces dije: si nadie lo reclama, podríamos quedárnoslo con nosotros. Por darme gusto, accedieron mis padres a mi deseo. Para no cansarla, le diré que nadie vino a reclamar a aquel desgraciado, y eso que mi padre puso avisos en los diarios.

-¿Y él no se impacientaba?

-No, no; le puse una camita junto a la mía, y dormía tan tranquilo.

-Por la mañana le preguntaba:

-¿Dónde quieres ir?

-Donde estaba ayer –me decía sonriendo.

Pasaron muchos días, y nadie se presentó a reclamarlo. Le tomé tanto cariño que me alegraba muchísimo que nadie viniera, y como era un ser tan inofensivo, a mi familia no le estorbaba.

Comía muy poco; un pajarito podía llevar en el pico su alimento.

Yo le hacía mil y mil preguntas; pero el infeliz siempre me contestaba vagamente. Se conocía que era medio idiota, o quizá por lo mucho que aquel infeliz habría sufrido, estaba como desmemoriado.

Yo puedo decirle que estaba muy contenta con él, y que mi marido me escribió diciendo que estaba muy contento de mí.

Una tarde, estando aquí los dos sentados, vinieron una cuantas niñas con sus criadas y se pusieron a jugar al corro, y el cieguito, cogiendo su pequeño organillo, principió su acostumbrada canción.

Las niñas, reparando en él, quisieron hacerle blanco de sus burlas, y ya me iba yo incomodando, cuando una de ellas, la más crecida, a quien las otras llamaban Albertina, se acercó al niño mirándole atentamente, y exclamó:

-¡Callad, charlatanas! ¡Pobrecito! ¡No es feo! ¿Verdad que no eres feo?

Y le pasó la mano por la cara, preguntándole cómo se llamaba.

El niño hizo un esfuerzo como si quisiera recordar algo, movió la cabeza y no contestó. Reiteró la niña su pregunta, acariciándole; y entonces oí que decía en voz muy baja:

-Me llamo Juan.

Al oírle contestar tan acorde, me alegré mucho. Conté a la niña cuanto había ocurrido con el infeliz, y desde aquel día todas las tardes venían las niñas a jugar en aquel sitio. Albertina hacía jugar al cieguito con ellas, lo cogían de la mano, y le hacían dar vueltas al corro, mientras él cantaba con una voz tan expresiva y tierna que daba gusto oírle.

Más de un mes estuvieron viniendo aquellas niñas todas las tardes. Juan parecía que iba recobrando la memoria, y me contaba muchas cosas, pero todo confusamente. A mi modo de ver, debieron robarle de su casa y hacerle mendigar; qué sé yo; porque me contaba unas historias de la mujer mala, y de la mujer buena, que no le entendía.

Yo le dejaba decir, para ver si su dormida inteligencia se despertaba, llamándome la atención que durante sus sueños llamaba muchas veces a Albertina. Se lo conté a la niña, y ella exclamó:

-¡Pobrecito! Se conoce que me quiere mucho; y yo también le quiero a él; ¡Me da mucha lástima!

Una tarde vinieron como de costumbre, y Albertina se dejó caer en el asiento, diciéndole a Juan:

-No quiero que hoy juegues, porque yo estoy mala y no puedo jugar, y estas locas te dejarían caer.

-¿Estás mala? –dijo el niño.

-Sí que estoy mala, sí; me parece que los árboles andan; si no hubiera sido por verte, no hubiera venido.

Juan no le contestó; pero lloró silenciosamente; y Albertina, que era una niña muy pensadora, le dijo con ternura:

-No seas tonto, no llores; mañana estaré buena y correremos mucho; hoy me vas a cantar muchas cosas.

Nunca los olvidaré; me parece que aún los veo sentados a los dos en este sitio. Ella le acarició mucho, le hizo cantar, y él cantó su romancita y además otra canción que nunca le había oído; pero con voz tan triste y tan sentida, que Albertina y yo le cubrimos de besos, pareciéndonos que cantaba un ángel.

Al fin la niña se fue, repitiendo varias veces:

-¡Adiós Juan! ¡Hasta mañana! –Pero, ¡Ay!, aquel mañana no llegó. Al día siguiente vinieron las niñas, pero Albertina tuvo que quedarse en cama, y Juan

no quiso jugar. Pasaron algunos días sin que vinieran las niñas, y Juan dejó de comer.

Parecía increíble que aquel infeliz pudiera vivir. Al fin, una tarde las vimos volver vestidas de blanco como de costumbre, pero llevaban bandas negras, y gasas negras en los sombreros de paja. Albertina no venía. Me dio un salto el corazón, y pregunté a una de las criadas por Albertina:

-Dice mamá que se ha ido al cielo –contestó una de las pequeñuelas.

-¡Ha muerto! –dijo la criada con tristeza. ¡Qué lástima de niña!

Juan, que estaba cogido a mi falda, lanzó un grito horrible y se cayó al suelo, para no levantarse más. ¡Estaba muerto!...

Yo estuve enferma de sentimiento; me impresioné en gran manera. Parecía increíble que un ser, al parecer tan pequeño, pudiera tener tanto cariño y sentir tanto. ¡Pobrecito! ¡Qué días pasó antes de morir! Sin tomar alimento, y de noche llamando a Albertina.

A veces me parece que oigo su voz, y si vengo aquí al amanecer, creo que hasta le veo y escucho su triste canción.

Mi marido dice que si no fuera un niño, tendría celos; pues su recuerdo está vivo en mi memoria. ¡Pobre cieguito!

Mucho nos conmovió el relato de nuestra joven amiga, y cuando poco después conocimos el Espiritismo, tuvimos ocasión de leer las siguientes inspiradas líneas:

"El niño ciego, olvidado de todos, en otra existencia había subido los escalones de un trono, y el Espíritu conocido en la Tierra con el nombre de Albertina, fue su esposa, el ángel de amor encargado de regenerar a aquel Espíritu indomable y rebelde, que rechazaba la ternura y el sentimiento. El mendigo de hoy, monarca poderoso ayer, dueño de su libre albedrío, miró con profunda indiferencia la abnegación y la santa ternura de su compañera, que se entregó a la más austera penitencia para servir de victima expiatoria y aplacar la cólera provocada por los grandes desaciertos de su regio consorte, y mientras éste era el terror de sus vasallos, ella murió de pena, creyendo que su adorado esposo se condenaría por toda una eternidad".

"Al dejar el fiero monarca la Tierra, comprendiendo cuánto valía el noble Espíritu que él no había sabido amar, y que sólo viviera para él, formó el propósito de amarle eternamente y buscarle en todas sus existencias para ofrecerle su amor".

"Terrible es su historia y larga su cuenta".

"En sus encarnaciones busca a su ángel de redención, y en todas ellas le encuentra por breves instantes. Sus corazones laten unísonos algunos segundos, y después... cada cual sigue su eterno viaje, hasta encontrarse de nuevo en otra estación de la eternidad".

"¡Amad, amad a los niños ciegos, que son tal vez los ciegos de otras edades!"

"¡Amad, que amando os engrandecéis!"

"¡Amad, que amando os regeneráis!"

"¡Amad, que amando purificáis la viciada atmósfera de vuestro planeta!"

"¡Amad, que amando saneáis el pantano de vuestras miserias, y dais nuevas condiciones de vida a vuestra triste cárcel de la Tierra!"

"¡Amad, amad, porque el amor es el verdadero bautismo de las almas!"

"Es cierto; ¡El amor universal será el que un día regenerará a la humanidad!"

CAPÍTULO XXVI

LA SIMPATÍA

Hay un algo indefinible en la Tierra para el hombre, un misterio incomprensible, y es justo que esto le asombre.

A tal extremo, que Juan, que es un pensador profundo, ha ido con ardiente afán preguntando a todo el mundo.

¿Por qué un afecto sentimos por seres, que ni aún los vemos, y sin embargo, sufrimos si sus penas comprendemos?.

¿Quién motiva esta atracción poderosa, sin rival, que hace la eterna fusión de la vida universal?

Un alma creyente y buena le dijo con dulces modos: Dios concede gracia plena, a algunos seres, no a todos.

Los que tal gracia merecen, subyugan voluntades: será, mas no me convencen esas cristianas verdades.

Y se fue a ver a un ateo por ver si éste le decía, la causa de aquel deseo... que su ser estremecía.

Éste le miró un instante, y encogiéndose de hombros le dijo con voz vibrante: poca cosa os causa asombro.

Yo no me tomo el trabajo de saber en lo que estriba, que unos corran hacia abajo, y otros corran hacia arriba.

La vida es un entremés que vale poco en verdad; y todo en el mundo es, cuestión de casualidad.

Dejad vuestro empeño vano que es el divagar eterno; buscad fresco en el verano, y calor en el invierno.
Y dejad que siga el mundo en su rotación eterna, sin fijaros ni un segundo en la ley que lo gobierna.

Porque fuera absurdo loco buscar tal definición, y no merece tampoco tanto interés la cuestión.

Que nacemos, convenido, que vivimos, aprobado, tras de la muerte, el olvido; y negocio terminado.

-No me convencéis, no, no; quedad con vuestro ateísmo; sé que en el hombre hay un yo superior a su organismo.

Tenaz en su porfía siguió Juan de loma en loma, y fue a ver qué le decía un sectario de Mahoma.

Juan le expuso el pensamiento que se agitaba en su mente, y el moro le escuchó atento mirándole fijamente.

Y después con voz pausada le dijo de esta manera: La vida es una jornada, que termina en otra esfera.

Es la predestinación la base del Islamismo, porque todo en conclusión obedece al fatalismo.

Inútil es indagar misterios del infinito; el hombre debe aceptar, lo que hace tiempo estaba escrito.

Es, lo que tiene que ser, curiosidad indiscreta, la pretensión de saber, los mandatos del Profeta.

-A tan ciega sumisión dijo Juan: yo no me atengo, no admito fe sin razón... ¿Dónde voy? ¿De dónde vengo?

¿Por qué siento? ¿Quién me agita...? ¡Por algo mi ser se mueve! ¡Por algo se precipita el fuego tras de la nieve!

De misterio tan profundo buscaré la procedencia: ¿Quién me la dará en el mundo? Únicamente la ciencia.

Esa calmará mi afán, que esa todo lo conquista, y fue a preguntarle Juan a un sabio materialista.

Éste con suma atención le escuchó tranquilamente; y con grave entonación le dijo solamente:

-¿Sabéis qué es **alma** y qué es **vida**? Eléctrica actividad; la inteligencia es debida a la centrabilidad.

De materia organizada en el cerebro del hombre; es la fuerza condensada; esto es todo, y no os asombre.

Porque Dios no es otra cosa que electricidad inconsciente del mundo; mole grandiosa que ha existido eternamente.

¿Quién motiva el movimiento? La fuerza de la materia; ante este gran argumento, compadeced la miseria.

De torpes preocupaciones, imbéciles y mezquinas, de insensatas religiones, que han dado en llamar divinas.

Hoy ya la cabeza humana, distinta forma presenta: en su vértice se aplana, y en tanto su frente aumenta.

Que de los tiempos pasados hasta la época actual, aumentó más de ocho grados el gran ángulo facial.

Y cuando sea la razón base de todo proyecto, llegará a la perfección; pues será el ángulo recto.

La vida y la inteligencia es materia organizada; la electricidad, la ciencia; esto es el todo: ¡La nada!

Dijo Juan con tono triste: lamento vuestro estrabismo y si es que la ciencia existe, no está en el materialismo.

Y Juan su senda siguió y tenaz en su porfía una vez me preguntó: ¡Amalia! ¿Qué es simpatía...?

¿Por qué yo sin conocerte hace tiempo que te he querido? –Porque es un mito la muerte, porque siempre hemos vivido.

Porque nada se derrumba, y es bien lógico y notorio, que para el hombre, la tumba no es más que un laboratorio.

El Espíritu no muere, la materia se disgrega, y nuevas formas adquiere y a la diafanidad llega.

Y el Espíritu entre tanto por medio de encarnaciones, al realizar su adelanto, aumenta sus perfecciones.

Y aunque en la vida infinita perdemos nuestra memoria, ésta a veces resucita, y nos cuenta nuestra historia.

Y entonces reconocemos a seres que hemos amado, y nuevamente queremos nuestra vida del pasado.

Sin podernos explicar aquella extraña atracción, que nos induce a buscar un alma y un corazón.

Todos los grandes afectos cuentan muchas existencias, la simpatía y sus efectos son vagas reminiscencias.

De apasionados amores que dejamos más atrás, y el perfume de esas flores no se evapora jamás.

Nada se rompe en el mundo por más que aparezca roto, que en el piélago profundo Dios nos sirve de piloto.

Es el hombre un navegante y los mundos islas son, donde se para un instante a tomar agua y carbón.

Y después de luengos siglos suele a las islas volver, y a veces, halla vestigios de un algo que quiso ayer.

Convéncete de esto, Juan, cese tu tenaz porfía; ya has conseguido en tu afán el saber qué es simpatía.

Y fijándose un segundo, sin apelar a la ciencia, se comprende que en el mundo es todo reminiscencia.

El gran Sócrates decía: conocer es acordarse; y lo que el sabio creía, bien merece analizarse.

Algunos lo analizaron, se hicieron racionalistas, y a la razón sublimaron haciéndose espiritistas.

-De todo cuanto he escuchado sólo tú me has convencido, porque tú me has demostrado que el hombre siempre ha existido.

-Sí, Juan; del tiempo al través, amor, virtud, genio y ciencia; todo en este mundo es cuestión de reminiscencia.

CAPÍTULO XXVII

¡ANTES MORIR QUE MATAR!

Desde niña atraían poderosamente mi atención las grandes librerías, y entraba en ellas con religioso respeto. Recuerdo que hace muchos años, estando en Deva visité el palacio de don Leopoldo Augusto de Cueto, y al entrar en su magnífica biblioteca, verdadera maravilla en todos los sentidos, al ver aquellos artísticos estantes que contenían lo mejor que se ha escrito en los pueblos civilizados, confieso ingenuamente que no me postré de hinojos temiendo que se rieran de mí; pero si el alma pudiera tomar alguna postura, indudablemente que la mía se hubiera arrodillado orando fervorosamente en aquel magnífico santuario de la sabiduría humana.

Nunca he olvidado aquel salón en el que todo hablaba; allí se respiraba una atmósfera distinta, y en ninguna de las catedrales que he visto, he sentido aquella religiosidad y admiración que experimenté en la biblioteca de Augusto de Cueto.

Y refiero estos recuerdos de mi pasado, para demostrar que soy amante de la lectura; pero como para leer con aprovechamiento se necesita tiempo, y a mí me ha faltado siempre por diversos motivos, he aquí una de las causas por qué aprovecho en muchas ocasiones las historias que vienen a contarme unos y otros, y hasta la opinión y el parecer de los seres más humildes y más ignorantes, siguiendo en esto el consejo amistoso que me dio en Madrid el inolvidable escritor Roque Barcia, que con su gracejo particular, me dijo así:

-Amiga mía, le causaría a usted risa si conociera algunos censores de mis obras; no acostumbro consultar con mis más íntimos amigos, por dos razones muy poderosas: la primera, porque a los unos les ciega el cariño, y la segunda, porque a los otros el gusano de la envidia les roe las entrañas, y el voto de ninguno de ellos es válido para mí.

Durante algún tiempo, observó mi mujer que cuando venía el carbonero, se paraba al salir, delante de mi despacho y escuchaba con deleite lo que yo leía en voz alta, haciendo signos de aprobación en los puntos más culminantes de mis escritos. Yo tengo la costumbre de escribir y leer cada párrafo que trazo en el papel.

Una mañana, hice entrar en mi despacho al carbonero, diciéndole:

-Vamos, hombre, dice mi mujer que eres inteligente, y te voy a leer un capítulo de una obra que estoy escribiendo, a ver qué te parece.

El muchacho se sentó muy serio, y se volvió todo oídos para escuchar mi lectura. Cuando concluí le miré y noté que en su semblante se retrataba el disgusto y la contrariedad.

-¿Qué te parece? ¿No te gusta lo que te he leído?

-No, señor.

-¿Por qué?

-Porque usted se ha quedado muy satisfecho insultando, pero no lo estarán así los insultados. Usted hiere con ese escrito; pero no enseña como en otros muchos que he leído de usted.

Se fue el carbonero, volví a leer el capítulo censurado y rasgué inmediatamente las cuartillas, porque en realidad, en mi vida había escrito nada peor; las advertencias de aquel ser tan humilde, ya ve usted, mozo de una carbonería, las tuve muchas veces en cuenta; hubiera sido un crítico admirable.

Mas veo que, entregada a mis recuerdos, me aparto algún tanto del objetivo principal de este artículo, que es tributar un homenaje de profunda admiración a dos hombres que nunca he visto, que no sé cómo se llamaron, y que, sin embargo, a serme posible, haría un viaje para dejar en su tumba unos ramos de flores.

Hablando hace algunos días con un guardia civil, Espíritu muy adelantado, muy estudioso y observador, me dijo lo siguiente:

-Amalia ya que tanto te fijas en las cosas, te contaré un hecho rarísimo, que lo presenció un compañero mío, el cual merece toda mi confianza, y que, además de a él, lo he oído referir a otros; pero mi amigo, sobre todo, es para mí la mejor garantía de su autenticidad, porque a formal y a verídico no hay quien le gane.

Hace bastantes años que la provincia de Extremadura se vio invadida por tantos forajidos, que la guardia civil no tenía descanso ni sosiego, siempre en persecución de los salteadores, que robaban, mataban, incendiaban, y eran el terror y el espanto de los pobres labradores, que perdían sus ahorros, sus casas, y hasta la vida. A tanto llegó el descaro y la osadía de lo malhechores, que el general que mandaba entonces los tercios de la guardia civil, ordenó que sin

formación de causa se fusilara a los bandidos donde se les encontrara, pues sólo arrancando la mala hierba de raíz podrían vivir tranquilas centenares de familias consagradas a su trabajo honradamente.

Se obedeció la orden, y en los bosques de aquella pequeña India de España, pagaron con su vida, sus muchas fechorías, una gran parte de aquellos delincuentes sin corazón.

Una tarde, un pelotón de guardias civiles al mando de un sargento, cogieron a nueve salteadores, los ataron fuertemente y emprendieron la marcha hasta llegar a un sitio a propósito para despacharlos al otro mundo.

Entre los guardias, había dos individuos que hacía poco se habían incorporado a la fuerza que perseguía sin cuartel a los bandoleros; se enteraron, como los demás, de lo que tenían que hacer con los amigos de lo ajeno, y se callaron, porque el que manda, manda, y no hay más.

El sargento hizo una parada en un ventorro, esperando que el Sol se pusiera; los presos, bien custodiados, estaban sentados al pie de unos matojos, y los guardias; unos se paseaban esperando la orden para marchar, y otros permanecían sentados. Entre éstos estaban los dos individuos que habían llegado últimamente. Nadie estaba contento; porque eso de matar a sangre fría no es ningún plato de gusto; pero como en la milicia el que no obedece paga con su vida, nadie decía una palabra, ni mala ni buena.

Al fin, el sargento dijo: ¡Marchen! Y los bandidos fueron los primeros en ponerse en pie, rodeados de los guardias, emprendiendo todos el camino; mas a los pocos pasos, dijo el sargento con extrañeza:

-¡Aquí falta gente! Volvió la cabeza y vio a dos guardias sentados, a lo lejos, al pie del ribazo. Tanto le extrañó aquella desobediencia, que él mismo retrocedió, y llegando hasta ellos, tocándole bruscamente a uno en el hombro, exclamó: ¿Hasta cuándo durará ese sueño? Al tocarle, el guardia se inclinó sobre su compañero, y los dos cayeron rodando por el suelo como masas inertes. El sargento, a pesar suyo, retrocedió asombrado; aquellos dos hombres ¡Estaban muertos...!

Cumplió el jefe de las fuerzas su cometido, y en dos carros fueron conducidos los cadáveres al cementerio del vecino pueblo. A los dos guardias muertos les hicieron la autopsia, y los médicos que los reconocieron, dijeron que no tenían lesión alguna; que eran por el contrario, dos cuerpos sanos y robustos; que habían muerto de angustia.

Entonces, los otros guardias, incluso el sargento, recordaron el disgusto, la repugnancia y el enojo que habían mostrado al saber que tenían que matar a los malhechores; y conforme vieron que se aproximaba la hora, ¡Qué sensación tan dolorosa deberían sentir, qué angustia tan extraordinaria experimentarían aquellos dos espíritus, para separarse de su organismo! Un cuerpo fuerte, sano y vigoroso, en el pleno de su juventud. Para romper tales ligaduras, debieron de sentir todos los horrores de la más cruenta agonía, diciendo con la entereza de los mártires: **¡Antes morir que matar!**

¡Qué dos espíritus tan elevados! ¡Qué almas tan desprendidas de las miserias terrenales! ¡He ahí dos héroes, dos redentores, que prefirieron morir antes que destruir a sangre fría la vida de los otros! ¡Cuán grato me sería recibir una comunicación de esos espíritus! ¿Quién diría, al verlos con su uniforme, que eran dos espíritus que odiaban los procedimientos de la fuerza? ¿Tomaron por expiación tan enojosa carrera, y no pudieron doblegarse a sus horribles

exigencias? ¡Quién sabe...! ¡Hay tanto que estudiar en la eterna vida del Espíritu...!

A veces, en el fango, se encuentran perlas; y entre flores perfumadas, reptiles repugnantes que se ocultan entre sus matizadas hojas.

¡Cuántos que pasan por filántropos y por hombres de gran corazón, se encogen de hombros cuando están en la intimidad de la familia, si oyen contar el relato de una desgracia horrible; y en cambio, otros que quieren la nivelación social, cuando ven una de esas escenas dolorosas, se estremecen, y si no tienen qué dar, piden una limosna para socorrer a los que lloran!

¡Qué pocos espíritus viven en su centro! ¿Qué nos enseña esto ? Que la vida de aquí es un capítulo de nuestra historia; no puede ser de otra manera, tiene que admitirse la supervivencia del alma.

Mucho me ha hecho pensar la muerte de los dos guardias civiles, que vivieron tan fuera de su centro. ¿Por qué eligieron la carrera de las armas? ¿Por qué estuvieron tan en contacto con los vengadores de oficio de los atropellos?

¡Almas generosas! Yo os admiro y os consagro mi recuerdo, y creo, que al llegar al espacio, mi primera pregunta será:

¿Dónde están aquellos dos espíritus? Que dijeron en la Tierra: **¡Antes morir que matar!** Y quizá una voz amiga me responda: "¿Ves aquellos dos soles, cuyos rayos no puedes mirar por su refulgencia deslumbrante? Pues es la nube fluídica que envuelve a esos espíritus, cuya luz aún no puedes contemplar sin cegarte con sus vívidos resplandores".

CAPÍTULO XXVIII

A UN ESPIRITISTA

Hermano mío: Con profunda extrañeza y desconsuelo he leído una carta tuya, que la Providencia dejó en mi poder algunos momentos. Con la galanura de lenguaje que te distingue, vi grabados en ella varios pensamientos metafísicos, como todos los tuyos, grandes en su filosofía, amargos en su análisis.

Te concedo que la época actual de transición violenta, y dura prueba, en que la civilización legendaria se derrumba, y la deísta razón del porvenir se eleva, en un periodo de lucha y de fatiga, porque el fanatismo, el dualismo y el racionalismo se disputan la primacía. Siempre la efervescencia de las pasiones se ha desbordado en los tiempos de revolución, y la de nuestros días es titánica; no me refiero al pugilato brutal de las guerras que en nuestro siglo han ido sucediéndose unas a otras, me fijo únicamente, en la premeditación de las ideas.

Los descendientes de Voltaire siguen las huellas de aquella serpiente arrojada a un pantano (como le dice Victor Hugo); hacen gala de su fatal escepticismo. Los católicos de Roustaing presentan su génesis fantástica e ilógica y los cristianos espíritas de Allán kardec nos dicen: "en la naturaleza se aspira el aliento divino de Dios".

Ya se acabaron las batallas sangrientas de las cruzadas, en que se conquistaba palmo a palmo la tierra santa, tierra regada con la sangre de tantos mártires. Hoy felizmente se le concede poder a la idea y se conceptúa un libro, un proyectil moral, con más alcance que las antiguas máquinas de guerra y las modernas ametralladoras.

Hoy el folleto, el periódico y la discusión oral, son otras tantas acciones donde combaten los principios con los principios, las teorías, la razón relativa y la verdad absoluta. Ya no existe el martirio del cuerpo, hoy sólo queda el martirio del alma.

Todas las escuelas tienen sus apóstatas, todas las religiones sus mercaderes. ¿Es extraño que el Espiritismo los tenga también?

¿Dejará de ser una firme verdad la comunicación ultra-terrena, porque en Francia abusen de la credulidad general falsos médiums psicografos, y en Inglaterra exploten, los embaucadores, la curiosidad pública, y en el Norte de América los prestidigitadores vivan de su oficio? ¿Dejarán por esto de ser una realidad las apariciones y los efectos físicos? Yo creo que bien conoces la Biblia que con tanto acierto resumió Enrique Steki, diciendo entre otros pasajes:

"Y se apareció el ángel de Jehová en una llama de fuego, en medio de una zarza: Exodo. Y subió Elías al cielo en un torbellino: Reyes (libro 4º). Y ahora el Señor me envió a curarte a ti, y libertar del demonio a Sara, esposa de tu hijo, porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus principales que asistimos delante del Señor (Tobías)".

"Samuel murió y se apareció al rey Saúl, y le notificó el fin de su vida (Eclesiastés)".

Nótese la mano del festín de Baltasar y el Espíritu Santo en lenguas de fuego.

"Escritura directa. – Y el Señor dijo a Moisés: sube al monte y estate allí y te daré mis tablas de piedra y la ley y mandamientos que he escrito para que los enseñes (Exodo)".

Mas a qué seguir textos que tú los conoces mejor que yo y que tantas veces te he oído disertar sobre ellos, por lo cual me ha causado más asombro tu proyecto de retraimiento en la propaganda espiritista.

¿Y todo, por qué? Porque te asusta la miseria humana, porque tienes miedo al ridículo que pueda caer sobre ti, esa burla ignorante de las masas embrutecidas, y dices para darle una razón más poderosa a tu determinación de retraimiento, que los seres del mundo invisible te aconsejan que ceses por ahora en tu predicación.

Yo no te contesto a esto, porque nuestro hermano Juan Calero, en su magnífico y bien pensado artículo: **Los parásitos de la humanidad**, te dice mucho más de lo que yo te pudiera decir, escúchale:

"Para evitar este aborto de nuestras creencias, ningún espiritista debe renunciar a su independencia racional. Cuando los espíritus mismos viniesen a probarnos en este sentido, debemos rechazarlo, y aun cuando no tengamos otro indicio de que son malos, nos debe bastar éste para conocerlos. Por este temor debemos ser susceptibles, hasta lo sumo, de nuestra independencia individual en la razón".

Medita bien las anteriores líneas, y pregunta a tu razón si necesitas de mentores en el terreno de la propaganda espiritista.

¡Tú!, A quien ha concedido Dios en premio de tus trabajos anteriores, un criterio claro y un entendimiento muy superior al de la generalidad.

¡Tú!, Que tienes en tus grandes ojos el supremo poder del magnetismo.

¡Tú!, Que tienes en tus labios la persuasiva elocuencia del apóstol.

¡Tú!, Que tienes la facilidad intelectual de poder transmitir tus pensamientos por medio del escrito.

¡Tú!, Que en el seno de tu familia, estás viendo continuamente los efectos de leyes desconocidas, que en el lenguaje vulgar se llaman fenómenos.

¡Tú! Eres aún tan ingrato con la Providencia, que te atreves a querer dejar el vacío en torno del Espiritismo, para que éste se olvide por ahora, y mañana se levante como el Fénix renaciendo de sus cenizas.

¡Hombre de poca fe! ¿Crees tú que la verdad, por muchos detractores que tenga, lograrán empequeñecerla? No hay poder humano que pueda destruir la ley de Dios.

¿Te acuerdas de Galileo? ¿Recuerdas cuando la Iglesia le hizo negar al sabio anciano que la Tierra se movía, y éste negó con voz balbuciente, temiendo al potro del tormento? Si bien murmuró al salir del tribunal, **¡e pur si muove!** ¿Quién ha vencido, la ignorancia o la ciencia?

¿Los sabios ignorantes de Salamanca, vencieron a Colón, o el intrépido genovés los venció a ellos, dándole a España los bosques vírgenes de los trópicos?

A la literatura española, ¿Qué genio le ha dado más renombre? ¿Qué escritor español ha conseguido que sus obras se hayan traducido a todos los idiomas? ¡Cervantes...! ¡Cervantes, el loco! ¡Cervantes, el pobre inválido de Lepanto! ¡Cervantes! El que murió lentamente de hambre, el que tuvo que encerrar a su hija en un convento para que no muriera con él. Aquel genio que causaba risa, hoy produce admiración, pero una admiración universal.

Todo aquello que tiene vida propia, es el hombre muy pequeño todavía para podérsela arrebatar.

¿Crees tú que el Espiritismo se empequeñece porque los unos lo exploten y los otros lo ridiculicen? No.

¿Crees tú que se han cometido pocos crímenes en el nombre de Cristo, cuando sólo en España, según cuenta la historia general de la Inquisición, en el intervalo de 328 años se quemaron 34.658 personas vivas?

¿Crees tú que se ha explotado poco a la humanidad con el infierno y el purgatorio? ¿Y por eso deja de ser Jesús el reformador del progreso y el Mesías de la civilización?

Las religiones de la India, con sus misterios y sus sacrificios, con sus interminables noviciados y sus sacerdotes convertidos en dioses, cuánto no han hecho gemir a la humanidad, porque ellas inventaron las castas y los privilegios; pero a pesar de todos sus errores después de tantos siglos... aún se va a buscar en sus libros sagrados el abecedario para leer nuestra Biblia, y la parte filosófica y espiritual que contienen, la admiramos y la veneramos hoy con profunda emoción.

Descartemos de la religión primitiva todos sus abusos (accesorios indispensables de todas las grandes manifestaciones espirituales), y despojada de las pobres vestiduras de las ceremonias y los ritos, queda sola la gran figura del redentor de la humanidad, llámese Cristna, llámese Jesús.

El Espiritismo, que es la sanción eterna de la vida universal, tan antiguo como la creación, tan lógico y tan evidente como las matemáticas, ¿Crees tú que la superchería de unos pocos, puede menoscabar su grandeza? No.

¿Pueden los hombres ofender a Dios? ¡Ah! No, son demasiado pequeños para llegar hasta Él; pues el Espiritismo, que es el mecanismo organizado de su justicia, que es la ciencia de su ley, que es la manifestación de su divinidad. Porque ¿Qué puede haber más noble, más justo y más grande, que "a cada uno según sus obras"?

¿Crees tú que la anunciación de la vida eterna dejará de proseguir su camino, que ese foco de perenne irradiación, cesará de difundir sus resplandores porque una nubecilla importuna empañe el horizonte de la verdad?

¿Podrá detenernos en nuestra ruta un millón de infusorios? No, de nosotros se alimentan, pero nosotros seguimos viviendo cumpliendo nuestra misión, pues mucha más distancia existe desde los falsos médiums al verdadero Espiritismo, que desde los infusorios a nosotros, y ya se sabe que todos los cuerpos crían gusanos. ¿Hay néctar más delicioso que el agua si la bebemos, después de una larga jornada?

Aquella agua nos da la vida, y sin embargo, si examináramos con un microscopio una sola gota de tan transparente líquido, no nos atreveríamos como dice Flammarion a devorar un mundo tan poblado, con tantos microzoarios que contiene una gota de agua.

¡El Sol! Ese amante de la naturaleza, ese Dios de los primitivos idólatras, ese calor eterno de la creación, al transmitirnos su luz, vemos que en sus rayos viven millares de cuerpecillos microscópicos; y el aire, ese purificador de la atmósfera, ese primer agente de la vida, ¿Qué lleva en sus impalpables alas? Esqueletos de infusorios que alimentan a infinidad de animalillos; lleva filamentos de nuestros trajes, y partículas de humo de nuestros hogares. Y sin embargo, el agua calma nuestra sed, y el Sol y el aire nos dan la vida, por más que lleven en sus átomos todo un microcosmos.

Pues bien, así como los elementos de nuestra vida física contienen tanta pequeñez en su grandeza, del mismo modo los elementos intelectuales pueden

contener pequeñas miserias, sin que por esto **el todo** pierda su sello de perfectibilidad relativa a la Tierra.

No temas que la gente insensata y ciega te llame mentecato, iluso y loco; los hombres de tu temple no deben escuchar el murmullo de la ignorancia, sino la plegaria ferviente de la ciencia.

Tú dices: yo nunca negaré que soy espiritista, mas no propagaré la buena nueva. ¿Y crees tú que cumples con tu deber, creyendo, y no haciendo creer a otros? Tú me dirás que la predicación no se escucha, que los libros y los periódicos apenas se leen, convencido; pero y si de cien que ojeen un volumen, uno se convence y reconoce la verdad, ¿Sabes tú lo que vale la vida de un hombre? ¿Sabes tú lo que es guiar a un alma y llevarla a la tierra de promisión? Tú puedes llevar a muchas, no enmudezcas; fatal es la época que atravesamos, pero yo te diré lo que decía Blas, el sabio griego: **con habilidad todo es posible.**

No olvides tampoco la gran sentencia de Thales: Promete el peligro si es inminente. Donde no hay peligro no crece el laurel de la victoria.

Los espiritistas debemos trabajar cada uno según sus fuerzas y sus conocimientos, y si sembramos en piedra dura y la semilla resbala, nunca faltará alguna hendidura que conserve el grano.

Los ricos de oro, no deben nunca olvidar que hay pobres que se mueren de hambre y de frío, y los ricos de entendimiento son avaros endurecidos sino difunden a torrentes la luz de su trabajada y laboriosa inteligencia.

No escuches la voz de tus enemigos de ultratumba, no te estaciones; sigue siendo, como has sido hasta ahora, uno de los mejores apóstoles de la escuela espiritista, escuela filosófica de todos los siglos. Que Dios te ilumine y te conceda salud y paz.

CAPÍTULO XXIX

LA MISIÓN DEL ESPIRITISMO

Nuestra época, positivista por excelencia, es más idealista y el hombre que concibe la idea de reconocer un Dios, no lo personaliza, no le da nuestras míseras pasiones, no le concede nuestros goces egoístas, no lo asemeja a la especie humana. El Dios de los libre-pensadores es más grande, más sublime, más inmaterial, no está al alcance de nuestro entendimiento, le presentimos, le adivinamos y le vemos en sus obras.

La misión del Espiritismo no es destruir, no es derribar nada de lo existente, no viene a seguir las sangrientas huellas de las demás religiones, que todas, absolutamente todas, han derramado en la Tierra torrentes de sangre que se han convertido más tarde en ríos de lágrimas.

El Espiritismo viene ha decir que Dios es Dios, y el Progreso es su profeta. Ni destruye los templos, ni viene a levantar nuevos altares. Jesús luchó entre la lógica y el sofisma de su tiempo, esa lucha aún sigue empeñada; y el Espiritismo toma parte en ella como la toman las demás filosofías, pero no se empeña en derribar ni ésta, ni aquella institución.

Jesús fue la encarnación del amor y del progreso, y está por encima de todas las teogonías y de todas las filosofías de la Tierra; y el Espiritismo enseña la ley que Él promulgó en el Monte de las Calaveras.

Nuestra moral es la de Jesús, y si todos los hombres de este planeta hubieran comprendido las enseñanzas del divino maestro, como tratan de comprenderlas los verdaderos espiritistas, no se hubiera derramado tanta sangre inocente, no se hubiese atormentado a millones y millones de hombres, ni habrían profanado la memoria del que murió, perdonando a sus verdugos.

Si algo queda de aquella moral sublime, que era el patrimonio divino de aquel que sanaba a los enfermos, si algo se recuerda aún de su doctrina evangélica, sus comentarios se encuentran en las obras espiritistas.

Los espiritistas aman a Jesús, porque ven en Él la reencarnación de un Espíritu elevadísimo, luz de la verdadera religión, luz que iluminó a la India, luz que más tarde irradió en Judea, luz que brillará sobre este planeta mientras la Tierra tenga condiciones de habitabilidad para albergar a la especie humana.

Acusan al Espiritismo de que éste no respeta la personalidad de Jesús. No es nuestro ánimo tratar ahora de esa cuestión capital, y únicamente diremos que el Espiritismo ve en Jesús no a un redentor, sino a uno de los muchos redentores que ha tenido la humanidad.

¿Pierde Jesús por esto el respeto, el amor, la admiración, la adoración suprema que mereció por su sacrificio? No; ¿Ha habido algún hombre de su época que se le asemeje? No; ¿Mas, por qué hemos de negar lo que la historia atestigua? ¿Lo que los libros sagrados nos dicen? Si doce mil años antes de la era cristiana establecían los brahmanes de la India el dogma de la trimurtí, o trinidad de Dios, y uno de los redentores indios tiene una historia parecidísima a la de Jesucristo ¿Por qué se han de desfigurar los hechos?

Porque haya existido Cristna ¿Deja de ser Jesús la personificación de la civilización moderna? ¿La encarnación del progreso? ¿La síntesis del amor? Mas, veamos lo que sobre Cristna dice el vizconde de Torres Solanot en su obra "El Catolicismo antes del Cristo" página 73:

"La leyenda del Génesis indio dice que Brahma había anunciado a Heva la venida de un salvador, que nacería en la pequeña ciudad de Madura, y recibiría el nombre de Cristna (en sanscrito, sagrado). Su nacimiento tuvo lugar unos cuatro mil ochocientos años antes de nuestra era".

"Ese niño, Vischnú, la segunda persona de la Trinidad india, el hijo de Dios encarnado en el seno de la virgen Devanaguy (en sanscrito, formado por Dios), para borrar la falta original y llevar a la humanidad al camino del bien".

"Devanaguy permanece virgen aunque madre, porque había concebido sin conocer hombre, envuelta por los rayos de Vischnú, y da a luz un niño divino en una torre, donde la había hecho encerrar su tío Rausa, tirano de Madura, quien había visto en sueños que el niño que naciera de aquélla debía destronarle".

"La noche del parto, al primer gemido de Cristna, un fuerte viento derribó las puertas de la prisión, mató a los centinelas, y Davanaguy fue conducida con su hijo recién nacido a la casa del pastor Nauda, donde le festejaron los pastores de la comarca, por un enviado de Vischnú".

"Al saber la libertad de Davanaguy y su huída maravillosa, el tirano Rausa, ciego de furor, y para que no se le escapase Cristna, ordenó la degollación, en todos los estados, de los niños de sexo masculino, nacidos en la misma noche de aquel que quería matar".

"Cristna escapó por milagro, pasando su infancia en medio de los peligros suscitados por los que tenían interés en su muerte; pero salió victorioso de todas las asechanzas, de todos los lazos que se le tendieron".

"Llegado a la edad de hombre, se rodeó de algunos fervientes discípulos, y comenzó a predicar una moral que la India no conocía ya desde la dominación brahmánica; atacando valerosamente las castas, enseñó la igualdad de todos los hombres ante Dios, y puso de manifiesto la hipocresía y el charlatanismo de los sacerdotes. Recorrió la India entera, perseguido por los brahmanes y los reyes, atrayéndose a los pueblos por su singular belleza, su elocuencia dulce y persuasiva, llena de imágenes y por la sublimidad de su doctrina: ayudarse los unos a los otros, proteger, sobre todo, a la debilidad; amar a su semejante como a sí mismo; devolver bien por mal; practicar la caridad y todas las virtudes".

"Un día que Cristna oraba recostado contra un árbol, una tropa de esbirros enviados por los sacerdotes, cuyos vicios habían descubierto, le asaeteó y colgó su cuerpo en las ramas para que fuese presa de las aves inmundas".

"La noticia de esta muerte llegó a los oídos de Ardjima, el más querido de los discípulos de Cristna, y corrió aquél, acompañado de una gran muchedumbre del pueblo, para recoger los restos sagrados. Pero el cuerpo del hombre Dios había desaparecido; sin duda había vuelto a las celestes moradas, y el árbol en cuyas ramas fue colgado, apareció repentinamente cubierto de grandes flores rojas, esparciendo a distancia el más suave de los perfumes".

"Los sacerdotes, que habían mandado asesinar a Cristna, fueron los primeros en sentir su influencia; pero sea por habilidad, sea por convicción, la aceptaron como la grande encarnación de Vischnú, prometida por Brahma al primer hombre, y colocaron su estatua en todos los templos".

Ahora bien: ¿No se asemeja esta historia a la historia de Jesús? ¿No hay grandes puntos de contacto en su nacimiento, en su vida, en su muerte y en su resurrección? ¿Por qué ese empeño total en no querer conceder a la Tierra más que un redentor? Cuando la humanidad terrena formada de "espíritus en turbación", como dice un joven pensador, olvidadiza por costumbre, ingrata por hábito, rebelde por condición, ignorante por pereza, necesita si fuera posible, un redentor por cada siglo.

Tres mil años antes de la era cristiana, estaban codificadas las leyes indias, y Cristna dijo en aquellas remotas edades lo que más tarde repitió Jesús, y sabe Dios, si Cristna de qué otro Redentor lo repetiría. No es de hoy la moral de Jesús, no; escuchemos algunos versículos del Evangelio indio, que sus máximas sublimes alientan y fortifican, y hace más de cinco mil años que las almas enfermas beben el agua fuera de los textos védicos. Leamos:

"Los hombres que no tienen el dominio de sus sentidos, no son capaces de cumplir con sus deberes".

"Es preciso renunciar a la riqueza y a los placeres, cuando éstos no son aprobados por la conciencia".

"Los males que causamos a nuestro prójimo nos persiguen como nuestra sombra a nuestro cuerpo".

"La ciencia del hombre no es más que vanidad, todas sus buenas acciones son ilusorias cuando no sabe referirlas a Dios".

"Las obras que tienen por principio el amor de su semejante, deben ser ambicionadas por el justo, porque serán las que pesen más en la balanza celeste".

"Por las buenas acciones en sí mismas, y no por la cantidad, es por lo que seréis juzgados".

"A cada uno según sus fuerzas y sus obras".

"No se puede pedir a la hormiga el mismo trabajo que al elefante".

"A la tortuga, la misma agilidad que a la cierva".

"Al pájaro que nade, al pez que se eleve en los aires".

"No se puede exigir al niño la prudencia del padre".

"Pero todas esas criaturas viven para un fin, y aquellas que cumplen en su esfera lo que ha sido prescrito, se transforman y se elevan según todas las series de emigración de los seres. La gota de agua, que encierra un principio de vida que el calor fecunda, puede llegar a ser un dios".

"Pero sabedlo todos; ninguno de vosotros llegará a absorberse en el seno de Brahma por la oración solemne, y el misterio monosílabo no borrará vuestras últimas manchas, sino cuando lleguéis al umbral de la vida futura, cargados de buenas obras, y las más meritorias entre esas obras serán aquellas que tengan por móvil el amor al prójimo y la caridad".

"El que es humilde de corazón y de espíritu, es amado por Dios; no tiene necesidad de otra cosa".

"Lo mismo que el cuerpo es fortificado por los músculos, el alma es fortificada por la virtud".

"Así como la tierra sostiene a los que la pisan con los pies, y le desgarran su seno trabajándola, así debemos volver el bien por el mal".

"Los servicios que se prestan a los espíritus perversos, el bien que se les hace, parecen caracteres escritos sobre el agua, que se borran a medida que se les traza. Pero el bien debe cumplirse por el bien, porque no es sobre la Tierra donde hay que esperar recompensa".

"Cuando morimos, nuestras riquezas quedan en la casa; nuestros parientes, nuestros amigos no nos acompañan más que hasta la tumba; pero nuestras virtudes y nuestros vicios, nuestras buenas obras y nuestras faltas, nos siguen en la otra vida".

"El infinito y el espacio, pueden solos comprender al espacio y al infinito. Dios sólo puede comprender a Dios".

"El hombre honrado, debe caer bajo los golpes de los malos, como el árbol sándalo, que cuando se le derriba, perfuma el hacha que le ha herido".

"El justo que no se haga jamás culpable de maledicencia, de imposturas y de calumnias; que no busque querellas; que tenga constantemente la mano derecha abierta para los desgraciados, que no se vanaglorie jamás de los beneficios que haga".

"Cuando un pobre venga a llamar a su puerta, que lo reciba, le lave los pies, le sirva él mismo y coma de sus restos, porque los pobres son los elegidos del Señor. Pero, sobre todo, que evite, durante el curso de su vida, dañar en lo más mínimo a otro: amar a su semejante, protegerle y asistirle, de ahí derivan las virtudes más agradables a Dios".

Sobre esta moral sublime está calcado el Evangelio de Jesús, su historia, con pequeñas variantes, es la misma de Cristna; así es que la regeneración social que realizó Jesús no es debida a un episodio de su historia; que si bien pudo servir de base para un gran misterio religioso, no es debido a la creación de ese misterio el desenvolvimiento progresivo de la humanidad. Este movimiento ascendente obedece al exacto cumplimiento de las leyes universales que rigen en la creación.

Justo es que digamos que los espiritistas ni hacen descender al hombre a la triste condición del bruto, ni son tan osados y tan ilógicos que lo elevan a la suprema categoría de un Dios.

Para nosotros no hay más que un Dios, ¡Ese Dios que se siente y no se define!

¡Esa inteligencia suprema! ¡Ese algo misterioso que constituye un todo incomprensible, universal y eterno!...

¡Ese aliento divino!...

¡Esta savia generosa que alimenta a los lirios y a las cordilleras de los Andes! ¡A los infusorios de la Tierra, y a los mundos que en vertiginosa carrera se precipitan afanosos para sorprender los secretos de la eternidad!

Somos deístas racionalistas, y no le concedemos al hombre más que el fruto de su trabajo; por esta razón no podemos mirar en él, ni al bruto, ni a un Dios. Bruto no puede ser porque en su frente irradia un destello de la inteligencia divina; y a ser Dios no puede llegar, porque en el Universo no hay más que un Dios. ¡Luz más luz, produce sombra! Esto dijo un sabio y es la verdad.

Creemos, sí, que los hombres pueden llegar a ser grandes y buenos si quieren utilizar su inteligencia y su sentimiento, trabajando asiduamente en su mejoramiento moral e intelectual.

¡Pueden llegar a ser enviados providenciales!

Creemos que la moral de Jesús, es la moral de Dios; es la ley eterna promulgada desde los primeros tiempos por legisladores divinos, que le han hablado a las humanidades en un lenguaje apropiado a su respectivo adelanto.

Las humanidades no han sido creadas para odiarse, no. Los hombres no han nacido para destruirse unos a otros como fieras sanguinarias. Su destino es más humanitario, su misión es más grande, su tendencia más armónica, por esto de vez en cuando, cuando la fiebre enloquece a los hombres, cuando las instituciones de este mundo flaquean, vienen enviados providenciales, preceptores divinos que sirven de catedráticos a las multitudes, y les enseña la moral de todos los siglos, les leen el Código de todos los tiempos, les hablan de ese Dios desconocido que está en la mente de todos los hombres. Jesús fue uno de esos profetas del Espiritualismo, y como su gran misión es regenerar a los pueblos, como había sonado la hora en el reloj eterno, para que comenzara a espiritualizarse el sentimiento de la humanidad terrestre; por esto su voz generosa resonó en la Tierra, resuena todavía y resonará eternamente, y esto aconteció, acontece y acontecerá: no porque el cuerpo de Jesús resucitase, o fuese fluídico, sino porque Jesús resucitó al cuerpo social; y le dijo al viejo mundo (inmenso cadáver encerrado en la sepultura del más grosero materialismo), ¡Levántate y anda, humanidad hipócrita y descreída, y busca a Dios por medio de las buenas obras, que harto tiempo has estado aletargada con el opio fatal de tus pasiones!

El mayor de los milagros que Jesús ha hecho y que acredita verdaderamente su superioridad, es la revolución que sus enseñanzas han hecho en el mundo a pesar de la exigüidad de sus medios de acción.

En efecto, Jesús, pobre, nacido en la más humilde condición, en un pueblo casi ignorado y sin preponderancia política, artística, ni literaria, sólo predica durante tres años. En este corto periodo de tiempo es conocido y perseguido por sus conciudadanos, calumniado y tratado de impostor: se ve obligado a huir para no ser apedreado; es vendido por uno de sus apóstoles, negado por otro y abandonado por todos en el momento que cae en manos de sus enemigos.

¿Hay mayor injusticia que la que los hombres le han hecho a Jesús y a su sagrada religión?...

¡Pobres seres los que envueltos en la luz del presente, cierran los ojos ofuscados por la claridad, y suspiran recordando las sombras del pasado; no

queriendo comprender que los dogmas de la fe ciega han desaparecido ante la ciencia, como la niebla desaparece ante los rayos del Sol!.

No tenemos la arrogancia estúpida de creer que la escuela filosófica espiritista ha pronunciado su última palabra, y que tras de esta creencia no haya más problemas que descifrar. No lo creemos nosotros así, no; vemos en el Espiritismo un gran adelanto; porque su desenvolvimiento hoy se adapta al gusto dominante de nuestra época, que es la investigación y el análisis: por esto la doctrina espírita nos encamina por la senda del progreso, sin que por esto creamos que poseemos la perfección absoluta, porque esa sólo la posee Dios.

Nosotros creíamos ayer, y creemos hoy: en un solo Dios, inteligencia suprema causa primera de todas las cosas, infinita, incomprensible en su esencia, inmutable, inmaterial, omnipotente, soberanamente justo, bueno y misericordioso.

Creemos que el hombre, una de sus criaturas, debe a Dios una adoración infinita.

¡Las hermosas palabras del evangelio han resonado siempre en el mundo! ¡El eco ha repetido en todos los tiempos la voz de Dios! Mas, ¿De qué sirvió la predicación de Cristna? Se obtuvo el mismo resultado que con la de Jesús; los sacerdotes crearon las castas, los privilegios, y en nombre de éste o de aquel Redentor, la humanidad antropófaga por instinto ha devorado en el voraz apetito de su soberbia, cuando ha tenido la debilidad de dejarse destruir.

La historia del progreso es tan antigua como el mundo. El Espíritu de Dios ha flotado sobre todas las humanidades, y ha irradiado en todas las épocas. El cristianismo no es de hoy, es de ayer, es de siempre, y será de toda eternidad, porque su moral sublime es el compendido de todas las virtudes.

Jesús vino a la Tierra llamando la atención del pasado, del presente y del porvenir, planteó en su aparición un problema científico, la teología se apoderó de este problema y le cubrió con un velo misterioso; pero mientras el misterio exista la luz no puede alumbrar a la humanidad.

Jesús vino a la Tierra para dar una lección a los tiempos de los tiempos. ¡Pobres teólogos de todas las edades! ¡Cuán ignorantes habéis sido siempre! ¡Para vosotros no ha habido más que tiempo presente! ¡No habéis presentido el pasado! ¡No habéis adivinado el mañana! ¡Toda la vida la habéis encerrado en la gota de agua que habéis tenido delante!

¿Merecen llamarse cristianos los que miran en Jesús un enviado divino, y tratan de imitar en lo poco que pueden, y lo que su escaso entendimiento les permite, la humildad, la paciencia, la tolerancia, y la caridad del mártir del Calvario?.

Los espiritistas, pueden llamarse cristianos porque reconocen en Jesús, al primer legislador del mundo. Porque creen que la oración del **Padre Nuestro** fue su código universal; porque ven en Jesús, el Sol de la Tierra, y venerando sus divinas enseñanzas, siguen la senda que trazó su evangelio, bendiciendo su nombre, y tratando de perdonar a sus enemigos, como Jesús perdonó a los fariseos que le crucificaron.

Poco nos importa el nombre, lo que nosotros queremos son las buenas obras; pero es nuestro deber dejar consignado que los espiritistas tienen derecho a llamarse cristianos.

Si el llamarse cristianos quisiera significar que el que llevase ese nombre era un fiel traslado de Jesús, no habría en la Tierra ningún hombre que fuera digno de llamarse cristiano; pero siendo únicamente el nombre de su doctrina podemos llamarnos cristianos todos aquellos que tratamos de creer en ella.

¡Jesús ha vivido siempre! Desde el momento que el hombre, contemplando la bóveda estrellada en una noche de primavera cruzó las manos en señal de adoración, y su alma se puso de rodillas (como dice Víctor Hugo), el alma de Jesús murmuró en su oído: ¡Ama a Dios!

Cuando el hombre, más tarde, trató de leer en las profundidades del cielo, el Espíritu del Jesús de todos los tiempos le dijo a su razón: ¡Busca a Dios! ¡Llámale, que Él te contestará!

Cuando los hombres como San Vicente de Paúl recogen a los niños huérfanos, Jesús les estrecha entre sus brazos y les dice: ¡Venid conmigo, benditos de mi padre, venid para recibir la sonrisa inefable de Dios!

Si los católicos creen que Jesús vino a la Tierra hace diecinueve siglos, los espiritistas creemos que cuantos redentores ha tenido la humanidad, todos han sido destellos de Él, rayos de ese foco de amor que vivifica a la humanidad.

¡Oh! Sí; nosotros vemos a Jesús en la noche del tiempo lanzando una mirada melancólica sobre la Tierra, lamentando los desaciertos de las generaciones que vendrían a poblar este planeta, y como padre amoroso perdonando de antemano las locuras y los extravíos de sus hijos; escribiendo con su sangre en distintas épocas, el código de amor que había de regenerar a las humanidades del porvenir.

¡Mientras más se contempla la gran figura de Jesús, más se aleja de nosotros! Y su origen se pierde en el infinito del tiempo. Los espiritistas tienen su culto, escuchemos a Torres Solanot en su libro "El Catolicismo antes del Cristo " página 255:

"Contra esos dos inmensos males, es preciso hacer tremolar a los cuatro aires una sola bandera, con un solo lema: **Instrucción, Instrucción, Instrucción**".

"Ésta es la Trinidad una, la trinidad que no riñe con la razón, tres unidades que claramente son la misma unidad, la que únicamente puede destruir las trinidades teológicas, y con ellas las religiones y el culto, la máscara de todas las dominaciones y misterios, invención de los sacerdotes. Debemos establecer la "adoración al Padre en Espíritu y verdad" en el templo edificado por Dios; la **Naturaleza**, con el director espiritual que Él nos ha dado, la **Conciencia**, con el único culto que Él nos ha prescrito; el **Amor,** templo, ministro y culto que no tiene más que una consagración: las buenas obras, mejores cuanto más trascienden a las criaturas, a los seres de todo orden que pueblan el Universo".

"Dentro de esas condiciones, dentro de estas leyes que se imponen al Espíritu como las leyes físicas a la materia, llevando en sí mismas el castigo de su transgresión, dejad a la creencia manifestarse tranquilamente, que el error no anida más que donde se comprime la idea, la fealdad del vicio no resiste jamás a la belleza de la virtud, la nube del mal es derribada por las corrientes del bien, el sol de la verdad brilla al fin de todas las tormentas en el cielo humano. Negar esto, es negar a Dios. El ateismo no es obra del Espíritu que piensa, es la obra de las religiones que tuercen la conciencia y el pensamiento humano. Sería desconocer la sabiduría divina, pretender que la miserable criatura, el gusano habitante de este planeta, inferior a muchos de los mundos que nos rodean, ha venido a corregir la obra del Creador de lo infinito, entre cuyos pliegues el hombre realiza un destino, que es el progreso, a condición de contribuir en su microscópico alcance a la armonía universal. Por eso cuando nos contemplamos a nosotros mismos en la pequeñez que representamos, volvemos a Dios el pensamiento para hallar en su grandeza un ideal de

aspiración constante que nos llama a Él, tipo sublime de donde todo parte y a donde todo tiende; y cuando con los ojos del alma divisamos esos horizontes hasta el infinito dilatados, donde se presiente un progreso al fin de cada progreso, el ánimo se esparce y cobra alientos para remontarse a aquellos ideales de tanta realidad como la existencia que los concibe. La ciencia y el bien: he ahí los dos caminos paralelos que es preciso recorrer en pos de aquel ideal. La razón ilustrada con la fe en Dios, esto es, la fe racional que brota espontáneamente en la conciencia; no hay otro guía más seguro en esta peregrinación que llamamos vida terrena".

Es una gran verdad; la fe sin la razón es un absurdo, la razón sin la fe una locura, y unidos son los dos grandes principios de todas las grandes cosas.

El Espiritismo aspira a unir esas dos primeras unidades de la cantidad universal.

¡La razón, es el yo del raciocinio! ¡La fe, es el yo del sentimiento!

Cuando la humanidad llegue a saber sentir, y a saber pensar, la armonía universal será un hecho.

Cada hora tiene su trabajo, cada día tiene su afán, y cada época su aspiración. El bello ideal de nuestros días es la disensión; se discute en todas partes, y todas las escuelas se apresuran a poner de relieve las excelencias del ideal religioso que defienden; ¿Cuál de ellas alcanzará la victoria? –Todas y ninguna; porque en todas las creencias hay un fondo de verdad, y ninguna posee la verdad absoluta, porque la sabiduría suprema sólo la posee Dios.

La vida de todos los hombres de la Tierra es una debilidad continuada; el hombre condena hoy el crimen que cometió ayer. A los que mandan no les gustan las reformas de los profetas; por esto lucharon nuestros padres, lucharemos nosotros, y lucharán nuestros hijos por llevar adelante la reforma universal. ¿Llegará ésta a conseguirse? Sí: se conseguirá con el transcurso de los siglos; llegará un día que repetirán las multitudes, lo que dicen hoy algunos grandes pensadores, "que como Dios no condena, no tiene que perdonar". Éste es un principio absurdo para los ignorantes; pero esencialmente lógico para aquellos que aman a Dios sobre todas las cosas. Dios podrá compadecer a los culpables, pero condenarlos, jamás.

¡La misión de las religiones cuán distinta debía ser! ¡Todas quieren ser las primeras! ¡Todas quieren ser las únicas! ¡Todas quieren ser las poseedoras de la verdad! Y el que cree tener más sabiduría, es el que está más lejos de ella.

Las religiones no son otra cosa que el credo filosófico de las civilizaciones sucesivas que han ido engrandeciendo a la humanidad.

¡Las generaciones de ayer se alejan y se llevan consigo sus dogmas y sus ritos; y tal vez con ellos, vayan a otros planetas más inferiores a difundir la luz! Nosotros las saludamos al pasar, y les decimos:

¡Adiós! ¡Adiós, religiones misteriosas! ¡Con vuestros templos sombríos! ¡Con vuestros primitivos sacrificios! ¡Con vuestros profetas y grandes sacerdotes! Habéis terminado vuestra misión en la Tierra; ¡Id en paz! La dejáis como la debíais dejar, en un estado de fermentación. El pasado no quiere irse, el presente titubea, y el porvenir nos dice presentándonos el telescopio y el microscopio: **¡Avanza Humanidad!** Que los planetas y los infusorios te dirán donde está Dios.

Las muchedumbres son como las olas del mar, que murmuran siempre, empujadas las unas por las otras; y aun cuando esa creencia haya existido, y exista aún, tiene su razón de ser, es un torpe cálculo. Los sacerdotes para

hacerse grandes tuvieron que imponerla, y los pueblos ignorantes lo aceptaron; porque la ignorancia lo acepta todo.

El sacerdote se convierte en mediador entre Dios y Satanás, el pecador descansa en el padre de almas, paga con sus preces y queda tranquilo. Esto indudablemente es una ventaja, porque el sacerdote vive de su trabajo, y el creyente va pagando su rescate; después, la creencia en el diablo tiene otra utilidad. El amor propio del hombre, o mejor dicho, la conciencia, queda más libre; pues cuando el individuo comete un desacierto, dice queriendo creer lo que pronuncia: Caí en la tentación, seguí la inspiración de Luzbel, y es muy cómodo poder echar las culpas a otro.

Nadie cuando comete un crimen suele decir: abusé de mi albedrío porque quise. No; todos exclaman: fulano me aconsejó, yo por mí solo no lo hubiera hecho. Me tentaron, me engañaron, me sedujeron, y siempre el hombre trata de aparecer como instrumento de otra voluntad; por esto la fábula del diablo es tan antigua como el mundo, porque es útil para las religiones, y un editor responsable para la humanidad; que toda la iniquidad de sus obras se las ha dado en patrimonio a un ser imaginario.

Afortunadamente ya hemos dado un gran paso; hoy se discute, mañana no se discutirá porque no será necesario; los hombres se habrán convencido que la religión obligatoria es un absurdo, porque no hay dos espíritus que tengan igual adelanto, el culto religioso que engrandece a uno, estaciona al otro, y cuando se convenzan de esta innegable verdad, cada cual será libre para adorar a Dios a su manera; los unos en una cueva en las entrañas de la tierra, y los otros en la cumbre de las montañas, disputando su nido a las águilas; pero mientras no llegue ese mañana, tenemos que seguir labrando la tierra, preparando el terreno para los colonizadores del porvenir.

El Espiritismo no viene a reformar ninguna religión, porque todos los formalismos de las religiones nos parecen innecesarios para el porvenir.

El Espiritismo no viene a destruir los templos de hoy, ni piensa levantar los del mañana; escuela puramente filosófica, escuela puramente científica, escuela puramente racionalista, que sólo se ocupa por medio del estudio en descubrir las relaciones que existen entre los que nos llamamos vivos, y los que apellidamos muertos. Y tanto nos importa que la humanidad se refugie en las góticas catedrales, como que se postre en las mezquitas, o se siente en las sinagogas, nos es del todo indiferente, porque el Espiritismo nada tiene que ver con el formalismo de ninguna religión. No es un nuevo fanatismo, no es un nuevo misticismo, no; es únicamente uno de los muchos desenvolvimientos de la ciencia, y de la explicación científica de muchos actos que hasta ahora han parecido sobrenaturales, y que no son en realidad más que las evoluciones de la vida: esto es el Espiritismo. Un estudio razonado de la continuidad de la vida; que en este mundo, como todo, se empequeñece, y todo se amolda al pequeño criterio del hombre, muchos llamados espíritas, le han querido dar un cierto sabor místico al Espiritismo, y en realidad no lo necesita; porque una cosa es el noble recogimiento del Espíritu, y la meditación natural a que debe entregarse el alma ante lo desconocido, y otra cosa es el amaneramiento de una oración continuada, lo que sí sigue el Espiritismo es la moral de Jesús, porque ésta la siguen todos los hombres de bien, llámense católicos o materialistas; y el Espiritismo como nos evidencia la eterna vida del Espíritu, y su eterna individualidad, naturalmente, cada cual trata de mejorar sus costumbres por la cuenta que le tiene, porque ve que de su presente depende su mañana, y por esto se ve, que muchos espiritistas modifican su carácter y progresan lo poco

que aquí se puede progresar, pero esto no lo hacemos para darle santidad a la escuela y crearnos atmósfera, ni tampoco queremos derribar viejos altares para levantarlos mañana con distinta forma, no. Las religiones no nos estorban, así es que no tenemos que reformar ninguna; lo que nosotros deseamos, eso sí, es la verdadera, es la completa libertad de cultos, porque ésta es la base de la civilización, porque la conciencia humana debe ser completamente libre para buscar a Dios en la creación, porque el hombre debe tener ¡Un infinito para amar! ¡Un infinito para estudiar, y un infinito para creer!

Si nosotros quisiéramos reformar las religiones, seríamos una nueva imposición, y el Espiritismo vería entonces **la mota en el ojo ajeno, y no vería la viga en el suyo.**

Si nosotros hoy estamos, plenamente convencidos que ciertas religiones vivirán el tiempo que sea necesario, y cuando llegue la hora que sus templos pasen a ser monumentos históricos, se apagarán sus lámparas, se evaporarán las nubes de su incienso, enmudecerán los aromas y otros perfumes le ofrecerán los hombres a Dios; pero esta reforma la hará el tiempo, que es el gran reformador de la humanidad; ¿Se puede concebir en el mundo un solo hombre que no venere la memoria de Jesús, que no admire sus virtudes y no reconozca, en Él al Redentor de las edades modernas?

¡Ah! Cuánta razón tiene Allan Kardec cuando dice que hemos perdido muchos siglos en inútiles disensiones.

Es de notar que, durante, esta interminable polémica que ha apasionado a los hombres por espacio de una larga serie de siglos, y aún dura, que ha encendido las hogueras y hecho derramar torrentes de sangre, se ha disputado sobre una abstracción; la naturaleza de Jesús, polémica que aún se discute, aunque Él nada haya hablado de ella, y que se ha olvidado una cosa, la que Él ha dicho ser toda la ley y los profetas, es a saber: el amor a Dios y al prójimo, y la caridad, de la que hizo condición expresa para la salvación. Se han aferrado a la cuestión de afinidad de Jesús con Dios, y se han tenido en completo silencio las virtudes que recomendó y de que dio ejemplo.

Después de XIX siglos de luchas y disputas vanas, durante las cuales se ha dado completamente de mano a la parte más esencial de la enseñanza de Jesús, la única que podía asegurar la paz de la humanidad, se siente uno cansado de esas estériles discusiones, que sólo perturbaciones han producido, engendrando la incredulidad, y cuyo objeto no satisface ya la razón.

Ya era hora que se comprendiera que la verdadera cuestión religiosa estriba y depende de la moral universal; sin moralidad no hay religión.

Mucho blasonan todos los que quieren reconocer en Jesús a Dios; y si a Jesús pudieran entristecerle los desaciertos de los hombres, ¡Cuántas horas de angustia indescriptible habrá sufrido ante el crimen continuado de la humanidad! Que en nombre de un Dios de amor ha quemado y destruido todo aquello que no se sometía a sus ideas.

No es nuestro ánimo discutir sobre la divinidad de Jesús y la naturaleza de su cuerpo; avaros del tiempo, creemos que lo aprovecharíamos mejor si pudiéramos imitar sus virtudes. Ya se han perdido muchos siglos discutiendo sobre ésta o aquella palabra, controversia del todo inútil, puesto que sólo se ha conseguido que en los gloriosos tiempos del engrandecimiento de la fe católica, las naciones se empobrecieran, la industria se paralizara, la ciencia enmudeciera, la ignorancia dominara, como sucedió en el reinado de Carlos II en España, que según dice Garrido en su **"Restauración teocrática"** Página 59:

En tiempo de Carlos II, propuso un hombre inteligente la construcción de canales que unieran el Manzanares y el Tajo, y el Rey consultó el caso, no con ingenieros, profesión desconocida en aquellos felices tiempos, sino con teólogos, que le dieron en su informe la siguiente respuesta:

"Si Dios quisiera que estos dos ríos fuesen navegables, no sería necesario que los hombres se tomaran el trabajo de hacerlo, porque con una sola palabra que hubiera salido de su boca, la obra estaría hecha. Cuando Dios no lo ha pronunciado, será porque no lo ha creído conveniente, y sería atentar contra los designios de la Providencia querer mejorar lo que ha dejado imperfecto, por causas que su sabiduría se reserva".

¿Necesita esto comentarios? No; ello sólo se recomienda; como se recomienda también la determinación que tomó Felipe II en 1558, "cuando mandó desmontar las prensas de imprimir, excepto las que imprimían misales y breviarios, amenazando con pena de muerte y confiscación de bienes, no sólo al que se atreviese a imprimir otra clase de libros, sino al que osara tener comunicación con los manuscritos".

Estas han sido las inmensas ventajas que ha reportado a los pueblos un feroz fanatismo, ¡La muerte del cuerpo en las hogueras, y la asfixia del alma en el embrutecimiento!

No hay institución que no tenga sus errores, y puede llamarse doctora del error a la que, siempre que ha podido, ha rechazado a la ciencia; en cambio el Espiritismo racional funda en la ciencia su consoladora religión.

Los espiritistas racionalistas; los que son verdaderamente esencialistas, no se afilian a ninguna religión que tenga en su culto formalismo alguno; pero sí pueden llamarse cristianos, porque aceptan el cristianismo primitivo, el de los primeros años de la Iglesia, que era la ley de amor puesta en acción, la fraternidad en su más sublime sencillez.

Las sociedades espiritistas pueden llamarse cristianas, porque reconocen en Jesús, el Profeta del progreso universal.

¿Quiere acaso el Espiritismo levantar una nueva iglesia?

¿Quiere arrastrar a las masas ignorantes al desconcierto de no saber dónde postrarse para orar?

No, el Espiritismo no aspira a destruir lo existente, lo que anhela es moralizar a la humanidad.

A los pueblos que viven estacionados no se les puede quitar sus altares, porque no sabrían dónde guarecerse las multitudes atribuladas.

No se deben destruir las iglesias; lo que se debe hacer es levantar escuelas y abrir grandes centros de instrucción gratuita y obligatoria.

Al hombre no se le debe obligar a que deje sus dioses; pero sí se le debe obligar a instruirse y a moralizarse; y cuando las humanidades estén más instruidas, y por lo tanto más adelantadas, no necesitarán entonces ir a un paraje determinado para rezar; porque cada cual rezará fervorosamente en el templo sagrado de su conciencia.

Los buenos espíritus ni se imponen ni coartan la voluntad de nadie; si se impusieran, si nos dominaran, entonces sería el Espiritismo una nueva secta, con su formalismo, una nueva imposición, tan pequeña como las demás religiones; pero el Espiritismo es más grande, es más racional, más armónico, él, nos dice **"que fuera de la Caridad no hay salvación"**; aconsejando al hombre que estudie, que no se conforme con la muerte aparente del cuerpo; que hay algo que vive más allá de la tumba; que el Espíritu siente, piensa y quiere sin perder con el transcurso de los siglos su eterna individualidad.

Una larga experiencia nos viene demostrando que la libertad de conciencia le cuesta a los pueblos un parto tan difícil y tan laborioso, que las naciones sudan sangre para obtener después de mil penalidades sus legítimos derechos.

¡Qué anomalía! El hombre tiene el infinito por patrimonio; y las instituciones humanas le han negado hasta lo más íntimo, lo más sagrado, lo más espiritual, lo que constituye la grandeza suprema del ser, ¡La libertad divina de pensar! ¡El derecho de adorar a Dios en el valle o en el monte, en la humilde ermita o en la artística y grandiosa catedral! Todo esto le ha sido negado, y las multitudes encadenadas por el poder teocrático han sido las siervas de la ignorancia muchos y muchos siglos.

Muchas almas inteligentes han comprendido el abuso, se han quejado en el silencio, pero su queja ahogada por el temor no ha producido ningún buen resultado; y leyes anormales han seguido rigiendo a la perezosa humanidad.

Decía Solón, "que la injusticia desaparecería en breve, si el que tiene conocimiento de ella, se quejase tanto como el que la sufre". Mas, ¡Ay! En este oscuro planeta, los hombres ignorantes no han encontrado bastante pesada la carga de sus cadenas; y los más entendidos que con su inteligente mirada, han visto a las masas populares agobiadas bajo el peso de un estúpido fanatismo, han dejado correr el tiempo esperando que la casualidad los aligere de su carga; y por la pasiva obediencia de unos, y la indiferencia calculada de otros, el poder teocrático fue engrandeciendo sus dominios y llegó a ser un día el soberano del mundo civilizado; pero como los hombres no han nacido para ser esclavos, la fuerza de las cosas, el poder de las circunstancias, la corriente nunca paralizada de los acontecimientos, han producido crisis nerviosas a las sociedades, y sacudimientos convulsivos han trastornado a los pueblos; mas, en medio de las luchas fratricidas no han faltado apóstoles del progreso que hayan dicho a las humanidades:

¡Despertad! ¡Despertad! ¡Daos cuenta de que vivís!

¡Aprended a pensar por vosotros mismos!

¡Educad vuestra inteligencia con vuestro propio raciocinio!

¡No saciar vuestra sed religiosa, con el agua estancada de la fe ciega!

¡Buscad otro manantial más purificado!

¡Acudid a la fuente del Monte de las Calaveras!

¡Aprended a tener sed de infinito! Que el moderno Redentor del progreso, vino a la Tierra para calmar la sed de justicia, que fatigaba y atribulaba a la humanidad!

Esto dijeron últimamente los apóstoles del Crucificado. Mas ¡Ay! Su predicación no fue escuchada; los abusos siguieron, y como dice muy bien Amigó en el libro "Nicodemo" en sus consideraciones sobre el Cristianismo:

"Vinieron las guerras religiosas, y los espíritus rectos se preguntaban: ¿Será posible que la religión arme el brazo del hombre contra el hombre, del hermano contra el hermano, de un pueblo contra otro pueblo? ¿Puede el sentimiento de caridad compadecerse con el derramamiento de sangre? ¿Es ni siquiera concebible que Dios se agrade de que su nombre sea invocado en lo más recio de la pelea, cuando la rabia hierve en las entrañas de los inhumanos combatientes? ¿Será la guerra otra cosa que el fratricidio organizado? ¿No mandó Jesús a Pedro que envainase la homicida espada? ¿Habrá religión donde no hay paz?... Y las guerras religiosas agrandaban el vacío en torno de la ortodoxia".

Es muy cierto, que el progreso se enseñorea del mundo, y se declara pontífice del Universo, sí; sumo pontífice universal, sin preferir ésta o aquella iglesia, que el progreso no tiene más iglesia que el infinito; pero como ese genio de los siglos, ese redentor de todos los tiempos, ese encantador de las edades llamado "Progreso", es tan viejo, es como todos los abuelos complacientes con sus nietos, y deja a los hombres que siga cada cual el culto apropiado a su adelanto y a su razón; y lo que únicamente exige al hombre es **amor y caridad**, porque con estos dos grandes elementos se puede realizar algún día la unión de los pueblos, y la gran familia humana podrá elevar en la Basílica de la Creación el aleluya y el hosanna universal.

Esto hace el Espiritismo, su misión es ensanchar los horizontes de la vida. Testamentario del progreso es el encargado de entregar a la humanidad el gran legado del trabajo, y ya de muy antiguo dijo un sabio "que el trabajo es el centinela de la virtud".

CAPÍTULO XXX

¡LOS MUERTOS VIVEN!

La conciencia del hombre no se puede aprisionar; porque la razón para batir sus alas, necesita extenderlas en el infinito.

El sabio más grande de la Tierra, podrá ser una medianía, una vulgaridad en otro mundo más adelantado; mas, no por esto dejará de ser un hombre racional.

El individuo que en este globo pase por justo, y lo veneren como si fuera un santo, en otro planeta regenerado pasará completamente desapercibido, porque su virtud excepcional aquí, será general allá, mas no por esto aquel ser dejará de pensar, de sentir y de querer racionalmente, porque el Espíritu no desciende jamás del hombre al bruto; así es que no cambia de especie, podrá quizá cambiar de nombre, porque si al rey de la Tierra se le llama hombre, quizá en otro mundo tenga distinto nombre, pero su significado será análogo. El Espíritu que ha entrado en posesión de su individualidad, el que reconoce su yo pensante, no la puede perder nunca, antes al contrario, irá adquiriendo según su trabajo la perfección universal que ha de ser un día el patrimonio de todos los espíritus.

El deísmo debe ser una creencia absoluta, pero las religiones serán múltiples durante muchos siglos, porque la conciencia del hombre no se puede aprisionar, y además, lo que es la luz para unos, es tinieblas para otros, porque cada ser tiene distinta historia; y por lo tanto no todos tienen el mismo grado de progreso. Dejad que las humanidades vayan a Dios, unas andando de rodillas y otras elevándose en un globo para buscar en las capas de la atmósfera un nuevo altar donde adorar al Omnipotente.

Dejad que los unos consuman su tiempo rezando rutinarias oraciones, mientras que los otros buscan las huellas del Creador mirando con el microscopio el mundo infinitamente pequeño de los infusorios.

Dejad que unos busquen éste y aquel santuario de vírgenes milagrosas para dar fe del poder Eterno, mientras que otros en los observatorios astronómicos, contemplando con sublime arrobamiento las maravillas celestes que bendicen a Dios.

Es indudable que la humanidad progresa, y una gran parte de ella no puede digerir el alimento de las tradiciones religiosas. Los hombres miopes de entendimiento desde su nacimiento, con el transcurso de los siglos van recobrando la vista intelectual, y van comprendiendo claramente que los milagros (según el vulgo los entiende) no existen, porque si estos se efectuaran del modo que la vulgaridad cree, serían un abuso de la justicia divina; así, pues, no hay más milagro que uno que es permanente; el desenvolvimiento de la naturaleza, el cumplimiento de sus eternas leyes y la renovación constante de la vida universal.

Respetamos en todo lo que vale el Espíritu de la mujer santificada por el dolor, y divinizada por la tradición. Estamos muy conformes que, los que necesiten un intermediario para dirigirse a Dios imploren de María la protección divina, o invoquen al santo que les inspira más simpatía y les incline

a tener más devoción. El culto a las imágenes es necesario para ciertas almas, y cada cual debe tomar el alimento que buenamente puede digerir; pero así como algunas religiones tienen libertad para levantar sus altares, los espiritistas tienen derecho para demostrar, que entre vestir a una imagen gastando una fortuna en joyas para adornarla, o alimentar a un centenar de obreros sin trabajo, es más beneficioso y más racional lo segundo que lo primero.

Nosotros sabemos perfectamente que el ciego no puede apreciar la belleza de los colores, ni el sordo se puede encantar con la arrebatadora armonía de una orquesta que ejecute una obra de Beethoven.

Dejamos a cada cual que siga con sus ideas y monomanías, plenamente convencidos de que **no por mucho madrugar, amanece más temprano;** dejamos que cada hombre siga su rumbo y nosotros seguimos el nuestro, que en la creación todos tenemos derecho para manifestar lo que sentimos.

El organismo humano es perfecto relativamente para este mundo de prueba y de dolor, donde la felicidad boga en un mar de lágrimas, pero la mente, la razón natural, concibe que existieran seres más felices que nosotros, que estén libres de las penalidades que aquejan al cuerpo humano, lleno de dolores, lleno de miseria y de podredumbre, ¡Sucio y feo cuando nace! ¡Sucio y feo cuando muere!

¿Qué es la mente del hombre para concebir las incalculables maravillas que guarda la creación? Pero a esas mansiones de luz llegarán los espíritus regenerados por su propio trabajo, por su incesante progreso, no por la gracia santificante. En Dios no puede caber más que una gracia: la de habernos dado la vida, y con ella el progreso indefinido.

¡La vida! ¡La verdadera vida! No se puede modelar en el pobre taller de la Tierra ¿Qué es la Tierra en la creación? En nuestro mismo sistema solar, para Saturno nuestro mundo es casi invisible, es un punto telescópico que pasa cada quince años por delante del Sol.

¡Para Urano es completamente invisible!

¡Para Neptuno completamente desconocida!

¿Y en este átomo del Universo se puede formar el modelo del hombre de todos los mundos? ¡Cuántas anomalías! ¡Cuántas inexactitudes! ¡Cuántos anacronismos! ¡Y pensar que las multitudes han estado sujetas tantos siglos a esa fe ciega! ¡A ese mutismo vergonzoso! ¡Haciendo abstracción de ese don divino! ¡De esa herencia sagrada! ¡De ese destello santo! ¡De esa aspiración sublime! ¡De esa luz eléctrica dimanada del foco de Dios... que en lenguaje vulgar se llama razón humana! Y los hombres reputados por sabios en los actos más solemnes de la vida, repiten como loros enseñados, una relación estúpida que ni exalta la cabeza, ni conmueve el corazón.

¡Oh! Ya era tiempo que el racionalismo dijera y demostrara que hace diez y nueve siglos vino a la Tierra el filósofo de los filósofos, el moralista de los moralistas, el mártir de los mártires a sembrar el amor y la caridad, que es la fraternidad universal.

Ya es hora que se sepa que una gran parte de la humanidad de hoy, es hija de la siembra que hizo Jesús, y hoy dan su fruto sazonado; pues vienen a decir y a probar los racionalistas, que ellos son los verdaderos creyentes de Jesús; porque no quieren (como quieren los teólogos) ni la ignorancia ni el exterminio, quieren la luz y la ciencia.

Queremos la tolerancia, la armonía en la diversidad, queremos que irradie la verdad; y como ésta siempre la rechaza el oscurantismo, los

racionalistas vienen hoy a abrir una tumba inmensa, en la cual el pasado caerá empujado por el tiempo.

¡El tiempo es la exacta fotografía de la ciencia de Dios! Y la ciencia de Dios justo es que arranque de raíz la cizaña que ha enfermado los sembrados de los siglos.

¿Qué es el hombre en la Tierra?

Un poco de barro deleznable, que al menor accidente se fractura un miembro, que cuando menos lo piensa se queda ciego, que una erupción cutánea destruye su belleza, que una impresión violenta trastorna su razón; y este pobre ser tan débil de cuerpo y de alma, ¿Puede ser semejante a las demás criaturas de la creación?

Las metamorfosis que el progreso opera en los espíritus, en los cuerpos y en los mundos, no las puede sumar ningún hombre de la Tierra.

¡El infinito nos envuelve, y en el infinito hemos de vivir, engrandeciendo nuestro Espíritu y perfeccionando nuestra envoltura, que el progreso es la gracia santificante que a sus hijos les concede Dios!

Nosotros reprobamos altamente cuando las masas populares exaltadas e ignorantes, han cometido atropellos con las comunidades religiosas. ¡Buen modo de progresar! ¡Buen modo de implantar la libertad cohibiendo el derecho de reunión de los otros!

Lo que nosotros queremos es la tolerancia para todos; no creemos que sean necesarias las religiones oficiales, pero tampoco deseamos, que se toque una sola piedra de los templos del ayer ¿Por qué? ¿Con qué derecho? Nadie debe destruir lo que la fe levantó. El tiempo, más sabio que nosotros, así como nos da las flores en la primavera y los frutos en el verano, del mismo modo destruirá los templos cuando bajo sus bóvedas los hombres nada tengan que pedir a Dios; porque tendrá cada cual en su conciencia un santuario, y con sus buenas obras elevarán sus preces al Eterno.

Estamos conformes en que Jesús ha sido uno de los mediadores que ha habido entre Dios y la humanidad, como antes de Él lo fueron Cristna, Abraham y Moisés, como lo han sido todos los espíritus fuertes, grandes en la lucha, y heroicos en la prueba, como lo han sido todos los obreros leales, todos los buenos trabajadores, que han aprovechado todas sus existencias sin desperdiciar en el ocio ni un solo punto de segundo.

Jesús, en los tiempos modernos es la primera figura del cuadro erosiológico de la vida, de la vida del sentimiento y de la abnegación, del sacrificio y del martirio. Él vino a establecer la concordia y a prestar la grandeza de la humildad, y es el mediador de nuestros días, porque ha sido el maestro de los filósofos y de los mártires, y hoy vela por la filosofía de los tiempos.

Desgraciadamente el enviado de Dios no fue comprendido; y la escuela que ha querido representar al Cristianismo siempre ha puesto barreras para impedir el desarrollo del gran ideal del omnipotente: ideal trasmitido a los profetas de la ley divina; y no es cristiano el que opone obstáculos al progreso que inició Jesús en nuestros días.

El mártir del Gólgota no vino a levantar altares, vino a envolvernos con la esencia de la ciencia, que es el aroma de Dios. Vino a inspirarnos ese delicado sentimiento de la fraternidad universal, porque Él la quería y soñaba:

¡Con la armonía social!

¡Con la unión de los pueblos!

¡Con la intimidad de las almas!

¡Con la fusión de las inteligencias!

¡Con el amor de los espíritus! Que el Espiritismo en nuestros días, desenvuelve por medio de la comunicación de los que ayer llorábamos perdidos.

¡Oh! ¡El Espiritismo es el gran mediador entre los hombres y el Ser Supremo! Los espíritus nos dicen que viven, y en la eterna vida del Espíritu, en su progreso indefinido, en su individualidad nunca perdida se descubren horizontes infinitos que extasían el alma de placer.

¡Qué valen todas las oraciones que pronunciamos ante las mudas imágenes de los santos, con la invocación ardiente que hace el Espíritu atribulado en un momento de amargura, recordando a sus seres queridos perdidos al parecer en el caos de la tumba! Y en aquel instante de agonía suprema se escucha una voz amada que nos dice:

"No llores, eres culpable, pero no eres reo de muerte, porque ningún hombre puede morir".

"¡Trabaja si quieres ser grande!"

"¡Progresa si quieres ser justo!"

¡Ama, ama, y espera si quieres ser santo; que mundos y más mundos esperan tu llegada para que seas un ángel de redención!

¡Qué son las religiones de la Tierra con sus pequeñitos cielos, con sus inverosímiles infiernos, comparadas con esa religión del infinito en la cual nos inicia el Espiritismo! Él ha sido el mediador entre Dios y los hombres de todas las épocas.

Ayer hablaban los espíritus en los templos, y les decían a un corto número de sacerdotes: ¡Instruid a los pueblos! ¡Moralizadlos! ¡Engrandecedlos! ¡Llevadlos hasta Dios! Pero los ungidos del Señor, levantaron ídolos, formaron la ignorancia, y crearon el fanatismo religioso con su fatal estacionamiento, que tan tristes consecuencias les ha reportado a los pueblos.

Hoy, los espíritus están diseminados por el templo de la Creación, y dicen a los doctos y a los indoctos: **¡Los muertos viven!** ¡Resucitad vosotros, que si estáis vivos en la carne, estáis muertos en el Espíritu! ¡Despertad! Que estáis aletargados con el opio del embrutecimiento.

-Fuera de la caridad y la ciencia no hay adelanto posible, no hay progreso verdadero; y el hombre que no progresa es una pobre cosa, es un juguete de los siglos que las civilizaciones hacen rodar a su antojo.

Léanse las obras de Allan Kardec, léanse los volúmenes escritos por Flanmarion, Pezzani, Lombroso, León Denis; léanse tantas y tantas obras como se han escrito sobre Espiritismo, estúdiese bien su tendencia sin prevención, sin encono, y verá todo el que quiera ver, que el Espiritismo es el racionalismo religioso que busca el por qué del por qué; que no se contenta con ver morir a un genio, tributarle honores y levantarse estatuas que el tiempo destruirá mañana. Quiere algo más duradero, más real, más positivo, más lógico, más en armonía con la misericordia y la grandeza de Dios, y por esto exclama:

¿Todo se disgrega en la tumba?

¿Todo muere al morir el hombre?

¿Nada queda de su virtud y de su ciencia?

¿Es acaso la vida fragmento de una historia sin prólogo ni epílogo?

¿Y este noble deseo, esta santa aspiración, esta sed de inmortalidad, puede ser nociva al progreso de los pueblos, porque muchos espiritistas no se contentan con las fábulas de la religión católica?

El que tal crea, carece de sentido común.

La escuela que ame a Dios, y vea en el progreso al primogénito del Omnipotente puede ser la primera moralista del Universo. No se le acuse pues al Espiritismo de inmoral, que no puede serlo.

Creemos que lo que no está basado en la moral más pura, no tiene razón de ser, y toda la sabiduría es letra muerta si los sabios no consiguen mejorar las costumbres de los pueblos.

De nada sirven las academias y los ateneos si antes no se crean escuelas de instrucción primaria gratuitas y obligatorias; para que las masas populares se instruyan y se moralicen.

El Espiritismo quiere la reforma social, y no pretende levantar la gran fábrica del adelanto comenzando por hacer la veleta de la torre, quiere principiar por los cimientos, por esto prefiere la moral a toda la sabiduría del Universo, porque donde no hay moralidad, no hay verdadero progreso.

El hombre que no sabe mejorar sus costumbres no podrá nunca mejorar la sociedad, y el Espiritismo no quiere una vida artificial, quiere la realidad del bien; no admitimos como artículo de fe, más que aquellas comunicaciones o revelaciones que nos inducen a ser buenos, humildes y compasivos.

¡Bendigamos al siglo XX, porque con el ingenio del progreso disipó las brumas del pasado, coloreó el alba del porvenir, y anunció el día sin noche del infinito!

La humanidad de la Tierra en sentido intelectual adelanta fabulosamente, y en el orden moral, si bien no está al mismo nivel con todo, ¡Cuán distinto es el hombre de hoy del hombre de ayer!

Leamos la historia, preguntemos al pasado por las sombras de Juan Huss y Jerónimo de Praga, evoquemos los espíritus del almirante Coligny y los tres mil hugonotes que le acompañaron en la noche de San Bartolomé, pidamos a Miguel Servet que nos cuente la historia de su terrible suplicio; escuchemos atentamente y aún oiremos como el eco repite las palabras de Galileo, del inmortal astrónomo e ilustre físico, cuyos descubrimientos habían asombrado al mundo, rodeado de aquellos estúpidos frailes y orgullosos cardenales, en presencia de numerosa concurrencia, a los 70 años de edad, de rodillas y en alta voz tuvo que pronunciar la abjuración de aquellos errores que hoy todo mundo sostiene como una firme verdad. “Yo Galileo, (dijo el ilustre anciano) a la edad de 70 años, de rodillas delante de vuestras eminencias, teniendo delante de mis ojos los Santos Evangelios, que toco con mis propias manos, abjuro, maldigo y detesto el error y la herejía del movimiento de la Tierra”.

Preguntemos, preguntemos al pasado, y legiones de mártires se levantarán de sus tumbas para decirnos que ayer en el mundo sólo imperaban dos poderes:

La guerra como razón, y el fanatismo como ley.

La fuerza bruta para el cuerpo, y la fuerza bruta para el alma.

Hoy, si bien no ha concluido la guerra, tiene sus intervalos, esto es innegable, hoy los hombres dialogan y a veces se entienden; y en cuanto a las creencias religiosas pasó el horror del absolutismo; se apagó el fuego de las hogueras de la Santa Inquisición, y su resplandor siniestro nunca volverá a iluminar la Tierra.

El progreso se abre paso majestuosamente; su mirada divina penetra en todos los corazones, su voz poderosa encuentra eco en todas las conciencias, y a su mandato supremo obedecen todos los hombres del universo; que, como dice muy bien Víctor Hugo, “de cuatrocientos años a esta parte el género humano no ha dado un paso sin dejar huella”. Entramos en los grandes siglos. El siglo XVI

habrá sido el siglo de los pintores, el XVII el siglo de los escritores, el XVIII el siglo de los filósofos, el XIX el siglo de los apóstoles y de los profetas.

Sí, sí, en el siglo XX, los hombres sabrán por los espíritus que las almas viven eternamente trabajando sin tregua en su perfeccionamiento; y la escuela espiritista, grande, armónica y consoladora, enlazará a las humanidades y formará una sola familia universal.

Lo que a muchos parece hoy una utopía, será la hermosa realidad de mañana.

Las escuelas deben ser siempre las que alumbren la humanidad.

Deben ser los grandes focos de la sabiduría; y en sana lógica, no puede admitirse más que lo que es irrefutable en la demostración; y el cielo católico, el infierno bíblico, y el especulativo purgatorio, no hay sabio astrónomo, no hay geólogo, no hay hidrógrafo que pueda demostrar dónde están esos tres lugares fabulosos, porque ni el astrónomo en el espacio, ni el geólogo en las diversas capas de la Tierra, ni el hidrógrafo en las profundidades del mar, ninguno podrá decir: **Aquí están las moradas prometidas por la teología;** de consiguiente la escuela teológica sienta principios falsos, y su dios es más pequeño que cualquier sabio de la Tierra. Pitágoras es más sabio que el dios dogmático; porqué Pitágoras demostró leyes eternas, y el dios de la teología no es eterno en sus leyes, puesto que crea excepciones, y razas impecables, que son los misterios de las religiones.

Sabido es que no hay escuela en la Tierra que no tenga su error, porque la sabiduría absoluta sólo Dios la posee.

El hombre hace trabajar su imaginación, educa su entendimiento, perfecciona en lo posible su penetración, eleva y sublima sus ideas, hace cuanto puede por engrandecerse, por espiritualizarse, por comprender algo de lo que le rodea, y después de pedir a la ciencia y a su razón un átomo de luz, si es un Espíritu en buenas condiciones, dice al morir lo que dijo Sócrates:

“No sé más que una cosa, y es que lo ignoro todo”.

¿Qué decía Solón? Que “envejecía aprendiendo”**,** y próximo a la muerte mandó que le leyeran repetidamente algunos versos “a fin de morir más instruido”.

Las palabras de estos grandes hombres demuestran que el sabio más profundo encuentra un vacío inconmensurable entre Dios y la humanidad; en la Tierra no hay más que deducciones más o menos lógicas; las afirmaciones absolutas sólo puede hacerlas Dios.

La escuela espiritista, no pretende haber dicho la primera palabra, ni cree haber pronunciado la última. La primera se pronunció en la noche del tiempo:

¡Cuando el hombre se conmovió al ver los restos inanimados de un ser querido!

¡Cuando la humanidad supo llorar!

¡Cuando se despertó su sentimiento! Entonces quizá resonó en su oído una voz misteriosa que le dijo: ¡Espera!

La primera palabra del Espiritismo pertenece al pasado; la última... pertenece a Dios; y en la actualidad, el Espiritismo es una escuela filosófica racionalista que se entrega al estudio de los grandes problemas de la preexistencia y existencia, y vida futura del Espíritu; sin que por esto, sus teorías lleven el sello del “non plus ultra”. Lo único que lleva el sello de una verdad innegable, es la comunicación de los espíritus.

¡Los muertos viven! Sí; ¡Los muertos viven! Su voz ha resonado en todas las latitudes de la Tierra; y los espíritus han dado comunicaciones, en los templos y en los presidios, en los palacios y en las chozas humildes; y los ateos, y los creyentes, y los más sabios, y los más ignorantes, todos han escuchado los ecos del más allá; ecos que repiten las palabras de los que se fueron.

La comunicación ultra-terrena es una verdad; el Espiritismo se funda en ella; su base es firme, porque los hechos no se pueden destruir; y no hay teólogo en el mundo, no hay sabio en la Tierra, que pueda ahogar la voz de los espíritus.

En épocas de terror, podrán perseguirse y aun quemarse a los propagadores de la vida infinita. ¿Y qué? ¿Qué destruyó la Santa Inquisición con sus actos de fe? Unos cuantos cuerpos; pero quedó la parte indestructible, quedaron los espíritus, que prosiguieron su incesante trabajo.

¿Quiénes son los espiritistas racionalistas?

¿Quiénes son los libre-pensadores que sueñan con un porvenir mejor?

Son los reformadores de ayer, son las víctimas de la intolerancia clerical de los pasados siglos; son los hombres que regaron este mundo con su sangre generosa, y cuyas cenizas abonarán la tierra endurecida, y hoy encuentran los surcos trazados, para en ellos arrojar la semilla del progreso universal.

¿Qué es la tradición religiosa?

¡Es el cronista de los grandes errores de los pueblos!

¡Es el báculo que sostiene el paso vacilante de todos los absurdos!

¡Es la anciana decrépita que vive a través de los siglos!

¡Es la hija predilecta de la ignorancia!

¡Es la impostura de todas las edades!

¡Es la sombra que pretende cubrir con sus nieblas el espléndido sol de la verdad!

¿Hay Dios?

Todo en la creación dice que sí; y cada escuela lo define a su manera. Las religiones pintan un dios pequeño al alcance de la idea del hombre, y el racionalismo, en cambio, dice que Dios es el alma de la naturaleza, que no se le puede definir, que sólo la ciencia podrá comprender algo de la divina causa cuyos efectos se encuentran en la hormiga que forma su granero; en la violeta que se oculta entre las hojas para exhalar su delicado perfume; en la luminosa inteligencia del hombre y en los mundos que giran en el éter obedeciendo las leyes eternas de la Creación.

Los espiritistas creemos que el Espíritu es un volumen en blanco cuando Dios lo crea, y el progreso es el encargado de escribir sus páginas.

Dios ha creado los mundos del trabajo, no los mundos del dolor.

El Espíritu es puro en su origen, porque Dios no puede hacer nada imperfecto, y si este Espíritu al ser creado fuese a habitar en los mundos de la luz:

¡Donde la vida es una sonrisa!

¡Donde la penalidad no se conoce!

¡Donde el organismo está libre de dolencias, y el alma de remordimientos!

¡Dónde la inteligencia del Espíritu abarca con una mirada todo cuanto se puede saber en millones y millones de existencias! Si el alma al ser creada la dejasen en ese edén, ¿Qué mérito tendría su virtud?...

¿Qué valor tendría su talento si el amor y la ciencia alfombraban su camino de flores, y como en los cuentos de Hadas, los genios le ofrecieran todo cuanto pueda soñar el deseo?

¿Qué vida sería la de estos seres sin haber conocido el dolor?

¡Sin saber lo que vale una lágrima, no se sabe apreciar una sonrisa!

¿Cómo vivirán estas generaciones sin haber experimentado una contrariedad?

Probablemente en el éxtasis de los ángeles católicos.

En la inacción, en el quietismo de la saciedad.

En esa contemplación seráfica sin recuerdos y sin aspiraciones.

En ese anonadamiento de nuestras más hermosas facultades, que conduce irremisiblemente al hastío.

¡La vida sin deseo dejaría de ser vida!

Decía un sabio "que vivir sin ansiedad no era vivir", que hasta las épocas aisladamente tenían un deseo infinito; porque el tiempo era la ansiedad de los siglos, ¡Que siempre corren buscando un más allá!

La vida de perfecta satisfacción es pobre, ¡Muy pobre!

¡Falta en ella la lógica!

¡Falta en ella la vida! ¡El incentivo del trabajo! ¡El deseo de lo desconocido!

¡La sed de la ciencia! ¡La sed del infinito!

El Espíritu no ha nacido para la contemplación estática, que ha recibido la inteligencia para utilizarla, para que le sirva de intermediaria entre Dios y él, por esto, los espiritistas creemos muy posible que el alma entró en la lucha de la vida semejante al niño (en su inocencia), con completa libertad de acción y su rudimentaria inteligencia encontró mundos rudimentarios también; lo mismo que el niño de la Tierra tiene una vida en sus primeros años, apropiada a sus conocimientos y al desarrollo de sus fuerzas; pero como en el hombre hay un principio de origen divino, porque su Espíritu es un átomo luminoso desprendido de la aureola de Dios, el hombre llevaba en sí el germen del progreso, y no necesitaba más sino que la varita mágica del trabajo le ayudase en su empresa, y antes que todo, adquirir cierta sensibilidad, para sentir el hambre, la sed, el frío y el calor, y tener necesidad de otro ser para compartir las horas de su vida, y este lento desarrollo, se fue verificando sin adelantar un segundo, ni retrasar un minuto el reloj de la eternidad, y el alma, educada por ella misma, aspiró a mejorar la condición de su existencia y las mejoró y engrandeció su esfera de acción, y el ser humano llegó a ser un hombre civilizado. En este supuesto no es ningún absurdo creer que el hombre al dejar su envoltura, y al encontrarse frente a frente consigo mismo, pida nueva luz para alumbrar su camino y mundos mejores para colonizarlos.

La vida así, tiene un objeto racional.

Tiene una tendencia a la perfección.

Tiene un desarrollo que guarda armonía con las leyes de la creación, porque los árboles primero se cubren de hojas, después de flores, y por último dan el fruto, y todo tiene su tiempo fijo y su periodo determinado. ¿Por qué, pues, no ha de tenerlo el progreso del Espíritu? ¿Por qué éste ha de vivir sin el sacerdocio del trabajo? La misma naturaleza nos enseña que el trabajo es la ley de la vida, que todo tiene su desenvolvimiento laborioso; por lo tanto las almas no son terriblemente castigadas, porque creemos los espiritistas que su progreso ha sido obra de siglos.

Nosotros no estamos por las teorías de la gracia; somos partidarios de las teorías de la justicia. Creemos, como decía Cremutio Cordo, **que lo que no se gana no se obtiene,** y encontramos más razonable el trabajo incesante del Espíritu que la perfección del alma con un goce sin recuerdos; y además, que la

misma vida, las diversas aptitudes intelectuales que vemos en los hombres, los genios precoces, las inteligencias gigantes que de vez en cuando aparecen como fugaces meteoros, todo demuestra que el alma viene de muy lejos, que no ha comenzado a vivir ahora, y por último, la comunicación de los espíritus ha venido a decirnos el por qué somos libre-pensadores y es que las generaciones del siglo XIX se componen en su mayor parte de los reformadores de pasados siglos; de aquellos que por decir la verdad al pueblo ignorante, el mismo pueblo gritaba a los inquisidores ¡Matad, matad a los herejes! Y de aquellos herejes, el fuego de la Tierra destruyó sus cuerpos, pero quedó el fuego inextinguible de sus almas, ¡Llamas eternas que son el calórico de la Creación!

Los herejes de ayer somos los racionalistas de hoy; y encontramos por medio de la comunicación ultra-terrena una ley de continuidad, un efecto razonado de una causa suprema, una justificación necesaria para las anomalías que el hombre pensador halla en la Tierra, donde se representa un drama cuyo argumento es incomprensible. Así es que el Espiritismo tendrá sus escollos porque es una escuela que no ha sido aún bien estudiada, y de la cual podrán apoderarse algunos pobres charlatanes. ¡De qué no se apodera la vulgaridad! Pero comentada, analizada, como debe analizarse, se encuentra en ella la lógica, la razón y la verdad; y cuanto hagan las religiones para desprestigiarla será como predicar en el desierto.

¿A qué vino Jesús ha este mundo? Vino, a comenzar un gran trabajo que desgraciadamente no dejó concluido; pero que el progreso lo concluirá. Vino a echar a los mercaderes del templo; mas, ¡Ay! Que después de su muerte, los mercaderes han seguido dentro de la casa del Señor.

¿Acaso es válida una creencia por su vetusta antigüedad? ¿Son válidos los absurdos que durante mucho tiempo imperaron sobre la astronomía?

Creemos que no; las antiguas teorías astronómicas de cuando los pueblos estaban en su infancia, no sirven hoy más que para hacer reír a los niños y para hacer suspirar a los sabios, recordando las ilustres víctimas que sellaron con su sangre preciosa el testamento de la verdad.

De la antigüedad, de ese caos de civilizaciones y de ruinas, de ese mundo tenebroso donde lucharon todas las pasiones, todos los delirios, todos los ideales de la humanidad, sólo una luz pura, sólo una fuerza eterna, sólo un poder providencial se eleva majestuosamente dando vida con su aliento a la creación entera, y esa savia prodigiosa de la naturaleza, ese fluido vital que es el alma de cuanto existe, bautizado por los hombres con el nombre de Dios, es lo único que en la noche de los tiempos aparece siempre grande e inmutable en sus leyes de soberana justicia.

¡Sólo Él! ¡Sólo Dios destaca cual astro luminoso en el negro horizonte del Pasado! Las demás instituciones políticas y religiosas todas han caducado, teniendo una existencia más o menos larga; todo ha estado sujeto a la ley de las sucesivas transformaciones, y querer violentar las leyes inalterables de la vida, es pretender subir por medio de una escala a las inmensas bóvedas del cielo.

El dogma del infierno tuvo su época, disfrutó de su terrible soberanía: cuando las humanidades, esclavas de su ignorancia, necesitaban el látigo del terror para no encenagarse en el crimen. Ayer quizá fue verdaderamente necesario, hoy... hoy ya no tiene, gracias al progreso, razón de ser.

¿Se quiere una explicación más anticientífica, más antiracional, que la que hacen las religiones para el día de la consumación de los siglos?

¡Todo un Dios juntando huesos!...

¡Todo un Dios componiendo las osamentas humanas!...

¡Cuán pobre es el Dios de la Teología! Que un pequeño sabio de la Tierra desbarata sus cálculos; demostrando que la materia se disgrega en el inmenso laboratorio de la creación, y que nuestro organismo disuelto en átomos, vuelve a la madre Tierra para la fecundación universal.

Cuán bien decía un ilustre pensador: ¡Para el Dios pequeño de las religiones, basta un templo de piedra! Y no es extraño que ese Dios tenga que acudir a las sepulturas para juntar los huesos, y darles nueva vida para el gran día de la resurrección.

¡Qué Dios tan pequeñito!...

¡Qué microscópico es todo eso!...

El Dios de los racionalistas no tiene un día de resurrección; para nosotros la resurrección es continua; todo hombre que se moraliza, renace; todo hombre que se instruye, resucita, ¿Qué son los malhechores y los ignorantes, más que cadáveres galvanizados?...

Si al materialista le dicen: eres un pecador relapso, y para el dogma religioso si no abjuras de tus errores, serás condenado a una eternidad de dolor, en tanto que para la escuela espiritista tienes el infinito por patrimonio, y te deja tiempo para pensar y trabajar, y elevarte desde el cieno de tu ignorancia, hasta el capitolio de la ciencia, ¿Cuál de estos dos caminos es más a propósito para el incrédulo? ¿El de una conversión a ciegas? ¿El de un acto violento? ¿El de un arrepentimiento forzoso? ¿El trabajo del raciocinio? O ¿La gimnasia de la razón, dando tiempo al tiempo? ¿Por qué la fruta verde no madura cuando se arranca del árbol?

De lo que nos asusta se huye, y lo que nos causa respeto nos atrae insensiblemente; y la prueba está a la vista. De las fábulas antiguas huyen los pueblos civilizados, sacuden su yugo, no quieren su presión; los hombres quieren pensar por sí mismos; la abolición de la esclavitud teocrática, ha sido admitida por las naciones adelantadas; esto es lo que ha conseguido el fanatismo religioso con sus horrores, con sus martirios, y con su terrible intolerancia.

La humanidad considerada sin ayer, y sin porvenir, es un conjunto monstruoso, es un caos donde el alma busca a Dios; y no lo encuentra, y como el hombre sin Dios no puede vivir, por esto hoy se dedica a buscar sus huellas divinas en todo lo creado; y la escuela espiritista (especialmente), pregunta: ¿Dónde está Dios? Y formuló un credo filosófico para preguntarlo, y aunque otros credos vendrán después, quedará un principio inamovible. ¡La comunicación de los espíritus! Considerada como verdad inconcusa y como mandamientos eternos de la ley de Dios, que el bien se debe hacer por el bien mismo, que sin el progreso individual no hay progreso colectivo, sin caridad no hay salvación.

¡Esta ley de los tiempos, es la apoteosis de Dios!

El bello ideal del hombre en todas las edades ha sido esperar en el mañana; y el mañana del cielo es inverosímil y monótono, el mañana del infierno es absurdo y horrible; y el mañana del progreso, es armónico, grande, sublime, digno de Dios; porque el porvenir de la humanidad debe corresponder a la omnipotencia y a la misericordia del que con su aliento formó la luz.

El aniquilamiento de la vida, lo puede soñar el hombre en su delirio, pero nunca lo realizará Dios. La eternidad no es un tiempo muerto, por lo contrario, es una acción eterna, un trabajo incesante, un progreso indefinido. La eternidad es el tiempo, ¿Y qué hacemos en el tiempo? Trabajar en la Tierra, trabajar en la

erraticidad, trabajar en mundos mejores, trabajamos siempre, porque el trabajo es la vida.

El límite de la perfección ningún ser lo ha poseído, porque entonces sería igual a Dios y Dios es único; y el extremo del mal tampoco se puede fijar. El santo puede aumentar su gloria, y el culpable puede aumentar su culpa; la vida germina siempre.

El Espiritismo racional, no tiene tendencias ni a la superstición ni al fanatismo, porque el trabajo de la filosofía racionalista es cultivar las plantas preciosas que regaron con su sangre los mártires de la historia.

Nosotros seguimos las indelebles huellas de los grandes reformadores de ayer; somos la ampliación de la reforma; queremos el progreso universal, el reinado de paz sobre la Tierra, la ley del amor, código del mundo; queremos, en fin, la fraternidad en acción, y no pueden ser supersticiosos y fanáticos los que sólo admiten a Dios como causa, a la creación como efecto, y al progreso como intermediario entre Dios y el hombre.

Sabemos muy bien que las víctimas de la intolerancia religiosa, son tan innumerables, que si las contáramos durante siglos y siglos no podríamos nunca llegar a fijar la suma total del número de ellas; por esto creemos que la intolerancia religiosa es el germen de todos los abusos sociales, porque contraría lo que no puede contrariarse: las leyes naturales.

¡La intolerancia religiosa, abismos siembra y en abismos cae!

Hablando con un filósofo, del movimiento filosófico de nuestros días y de la necesidad que tenía el hombre de instruirse para comprender su misión en la Tierra, dijo nuestro sabio amigo, "que el estudio como la historia es indeterminado, y mientras más estudiemos mejor conoceremos el valor de lo aprendido, y de lo que aún tenemos que aprender".

Es verdad; cuando el hombre lee, cuando se entrega al estudio, cuando se abisma en sus consideraciones, se ve como átomo perdido en la inmensidad. El infinito le rodea y comprende que si leyó una página, le quedan por leer los innumerables volúmenes de la ciencia universal.

En este supuesto, nos decía nuestro amigo: "La escuela que asegura saberlo todo, decid que se ha vuelto loca; la escuela que siente como verdades lo que no son más que hipótesis, podéis estar seguros que ella misma se entierra en sus ruinas".

"Así como no se puede decir "he hallado la última cantidad", del mismo modo no se puede decir que se posee la última y única verdad; y el que tal diga, y el que tal crea, niega todas las verdades".

Efectivamente; nadie es el depositario de la verdad única, nadie puede creerse el elegido para saber más que otros; todo el trabajo del hombre; todo el afán de su inteligencia, toda la actividad de su genio, no es bastante para llegar a ser el intérprete de Dios; lo que pueden hacer las humanidades es progresar lentamente, porque de otro modo es imposible. Si penosa es la infancia del cuerpo material, es aún mucho más la del Espíritu, que algunos para dar un paso adelante necesitan siglos y siglos de lucha; por esto, cuando oímos a las religiones que cada una de ellas quiere ser la única poseedora de la verdad, nos sonreímos con lástima y nos parece que deliran como si tuvieran calentura.

Decía nuestro amigo "que los grandes absurdos hacen la misma tarea que las grandes verdades, porque cada proposición de los primeros, refutada por las segundas, levantan una cruzada social". Y esto es lo que hace falta, que las ideas se agiten, que, como ya hemos dicho otra vez, forma la perla el agua

que se agita, y el agua que se estanca forma cieno. Tiendan las ideas su vuelo, porque ellas son las águilas del infinito.

Hablando del gran papel que habían representado las religiones en la civilización universal, nos decía nuestro entendido interlocutor, "que las religiones han de ser exactas si quieren subsistir; y la escuela que se aventura en afirmar hipótesis cae vencida por su misma debilidad. El porvenir de la humanidad es la exactitud matemática en todo y por todo, y la escuela que pretende regir los destinos de la Tierra necesita poseer las grandes verdades para poder ser el faro de todas las generaciones".

Nosotros escuchábamos con religioso silencio a nuestro sabio amigo, y nos preguntábamos entonces y nos preguntamos ahora. ¿Y dónde está esa escuela superior a las demás? Hasta la presente ninguna reúne las condiciones necesarias para elevarse sobre las otras.

Pobre y débil es la escuela que pretende engrandecerse humillando y menospreciando a las demás. La institución que tiene vida propia, vive por sí sola; no necesita de la vida ajena.

Los verdaderos espiritistas no tienen miedo alguno; ¡No le temen a la muerte, que es lo que más le asusta al hombre, porque ven tras de la tumba la continuidad de la vida! Comprenden que cuanto sufren en la Tierra es expiación merecida o prueba pedida por ellos, no pueden temer a nada, es ilógico el miedo en los espiritistas porque saben que es justo cuanto les acontece, y porque tienen la íntima convicción que el porvenir es suyo, que el Más Allá, como dice un célebre naturalista alemán, ES EL HOMBRE MISMO metamorfoseado por el progreso, engrandecido por su propio trabajo. No tienen miedo los espiritistas, no pueden tenerlo, porque saben que todos los efectos obedecen a una causa. Dicen que "los reyes tienen miedo a los pueblos, los pueblos tienen miedo a los reyes; unos pueblos tienen miedo a otros pueblos; y todos mutuamente vamos teniendo miedo". ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Yo os lo diré: es que no estamos regidos por el Espíritu de Dios.

La verdad es que, si los hombres practicaran la ley de Dios, no se hubiese derramado tanta sangre inocente, no se hubieran encendido tantas hogueras, ni se hubiese celebrado tantos autos de fe. No se hubiera martirizado a los grandes sabios, no se les hubiera quemado a unos, y humillado a otros, exigiéndoles retractaciones vergonzosas como pasó con Galileo. No estamos regidos por el Espíritu de Dios, no; porque en todas las épocas se ha violentado la conciencia del hombre, y se ha castigado más el delito de pensar libremente, que el de cometer cien asesinatos premeditados.

Si en el presente se nota cierta efervescencia en todas las esferas, no es porque reine Satanás, ya que no puede tener soberanía quien no ha existido jamás, no es tampoco esa agitación porque el Espiritismo tiende su vuelo al infinito; lo que sucede, es que asistimos a la muerte del ayer y al nacimiento del porvenir; el anciano se queja al expirar, y el niño llora al nacer, y el estertor del moribundo y el llanto del recién nacido al confundirse producen una extraña discordancia, que causa una sensación inexplicable a los que quieren que el pasado sea el soberano inamovible del mañana.

¡El ayer se va con sus misterios!

¡El porvenir llega con sus razones!

¡Los dos trenes que conducen a los eternos viajeros, chocan y descarrilan el uno y el otro!...

¡El tren del pasado quiere volver a entrar en la vía!

El mañana, con máquina nueva, tiene más velocidad, y la humanidad, como es lógico, mira a los viajeros del tiempo y se divide en fracciones. Las unas son oscurantistas, y las otras espiritistas racionalistas. La tempestad de las ideas, como dice Castelar, cargada con la electricidad del progreso, lanza sus rayos de luz sobre las multitudes; y todos somos espectadores de esta lucha decisiva que sostienen los siglos que pasaron con los siglos que llegan; y es inútil, combatir al Espiritismo en nombre de Dios, y en nombre de la dignidad humana; porque en nombre de Dios y de la dignidad humana la razón reclama sus legítimos derechos; y no hay religión en la Tierra que pueda quitárselos.

Los espiritistas no rechazan la verdad, van por el contrario en busca de ella, lo que sí hacen, es no creer ciegamente sino que antes tratan de analizar lo que quieren creer: porque es contrario en absoluto a las leyes de la lógica aceptar principios desconocidos a nuestra razón.

No rechazamos la verdad los que creemos que el Espíritu es una piedra preciosa que necesita la pulimentación del trabajo. Nosotros tendemos nuestros brazos a la verdad, porque amamos el progreso; si para nuestro uso no nos es necesario practicar más culto que el amor al bien, porque creemos que sembrando bien, bien inmenso recogeremos en el porvenir, no por esto dejamos de respetar las creencias de los otros, y elevando nuestra mirada al infinito buscamos un ideal en armonía con nuestra razón.

Los hombres de la Tierra, pigmeos entre las humanidades del infinito, están muy lejos de Dios para saber a punto fijo cuando Él hace gala de su omnipotencia; y es completamente inútil asegurar si es de un modo o si es de otro, y además, en Dios no caben ni milagros ni prodigios; en Él no hay más que leyes eternas e inmutables que no están sujetas a producir efectos sorprendentes.

La filosofía que es el estudio de las verdades eternas, la que da soluciones a los grandes problemas, libro donde se encuentra la clave del infinito, no admite nada sobrenatural, porque lo sobrenatural quiere decir sin razón; y la religión que acepta el sobrenaturalismo fija su base en la movible arena.

Las manifestaciones de los espíritus no tienen nada de milagroso ni de prodigioso, ni de maravilloso; no son más que los desenvolvimientos de la vida que realizan el continuo trabajo que hacen las fuerzas diseminadas en la creación; por esto, médium es el niño, médium es el anciano, médium la casta joven y médium el depravado libertino, y no hay hombre que no posea una mediumnidad más o menos desarrollada. La humanidad invisible vive con nosotros, los muertos no dejan en su sepultura más que su cuerpo, su Espíritu trabaja y siente a nuestro lado; y sus manifestaciones ni son grandes, ni son pueriles, ni son destellos de santidad ni de satánico poder, no son más que:

¡El movimiento de la vida!

¡La acción incesante del trabajo!

¡Los latidos de las humanidades!

¡Las pulsaciones del Universo!

¡El raudal de la vida que en hirviente catarata se desprende de la eternidad para caer en el infinito!

La escuela espiritista no es aceptada por unos cuantos visionarios; hombres muy notables en la ciencia y en las letras, creen que el Espiritismo es la consecuencia natural de la continuidad de la vida del Espíritu. ¡Vida inacabable, infinita y necesaria, porque si le quitan al Espíritu la eternidad de su progreso, negáis a Dios!

Entre las autoridades científicas que aceptan el Espiritismo, se encuentran hombres verdaderamente grandes. ¿Quién podrá disputarle su ciencia a...

Alfred Russell Wallace, presidente de la sociedad Antropológica de Londres.

Serjeant Cox, presidente de la sociedad Psicológica de la Gran Bretaña.

Maximiliano Pertij, profesor de Historia Natural en la Universidad de Berna.

Johann Fichte, uno de los primeros filósofos de Alemania.

Robert Huce, uno de los más sabios químicos de América.

Nicolás Wagriex y Butlerow, físico y profesor en la Universidad de San Petersburgo.

Camilo Flanmarión, astrónomo, fundador de la Sociedad Astronómica de Francia.

Herman Goldschurit, que ha descubierto catorce planetas.

Willian Crookes, químico afamado, inventor del radiómetro.

Doctor Buchanan de Kentucky, muy conocido como antropologista y anatomista.

Arzobispo Wately, famoso lógico.

Luis Fignier, gran escritor y hombre de ciencia.

Víctor Hugo, hoy el más grande de los filósofos modernos, que dará su nombre al siglo actual.

Emilio Castelar, ¡Poeta que escribe en prosa! Y tantos y tantos otros genios eminentes, cuyos nombres no nos es posible enumerar, que miran la escuela espiritista como una evolución filosófica, como un adelanto inherente al progreso actual.

El Espiritismo no ha venido a pronunciar la última palabra ni en ciencia, ni en religión, ni tampoco pretende apoderarse de las conciencias.

Nos dicen que “el Espiritismo es en su concepto, la nodriza encargada de alimentar en su seno el monstruo cuya cabeza conocemos con el nombre de comunismo y socialismo”. Estas palabras sólo inspiran risa y lástima; porque, ¿Quién no se ríe, y no compadece al mismo tiempo al que tiene la debilidad de proferir semejantes absurdos?...cuando:

¡Si hay algún hombre resignado en la Tierra con su suerte!

¡Si hay algún ser que se reconozca culpable!

¡Si hay algún habitante de este pobre planeta, convencido de que Dios es justo! Sin duda alguna, este individuo, es el espiritista racionalista. Es el que conoce que si hoy es pobre, es porque ayer fue un mal rico. Es, el que comprende que si hoy vive solo, es porque ayer no supo amar. Es, el que mira su presente y se avergüenza de su pasado, exclamando:

¡Dios es justo! Porque a cada uno da, según sus obras.

El Espiritismo es, ¡Grande! ¡Sereno! ¡Armónico! ¡Religioso y racionalista! Seguirá encontrando dificultades y avanzará entre ellas, que nunca el progreso avanzó por caminos de flores; pero no se detendrá, seguirá a través de los siglos su eterno viaje.

¡Verá caer algunos templos!...

¡Verá extinguirse algunas civilizaciones!...

¡Verá sobre las ruinas levantarse otras nuevas catedrales, y otras nuevas multitudes rezarán por las almas que se fueron!...

¡Verá envejecer a esos pueblos! ¡Asistirá al entierro de sus hombres!

¡Verá caer las gigantes Basílicas!...

¡Verá germinar la vida en los escombros de los templos, y fábricas grandiosas elevarán sus torres hasta el cielo, y en ellas , en esos santuarios perdidos entre las nubes, los sacerdotes de los mundos (vulgo astrónomos) estudiarán en las páginas del infinito!

¡El Espiritismo no es una religión!

¡Es la vida de la humanidad!

¡Es la razón de nuestro ser!

¡Es la verdad que atestigua la existencia eterna del Espíritu!

¿Por qué, pues, confundirle con las instituciones de la Tierra?

¿Por qué decir si quiere o no quiere cultos? ¿Qué le importan al Espiritismo el comercio de las religiones? ¡Si éste no viene más que a decir a los hombres, ¡La muerte no existe! ¡No hay más que una metamorfosis, continua y reproducción universal!

Dice un gran escritor que lo que varía no es la verdad; es muy cierto, y las religiones son una variación continuada, una reforma incesante, mientras que la comunicación de los espíritus siempre es la misma; esa no varía nunca, por eso es la verdad.

Desde los tiempos más remotos, desde que la cultura del hombre puede leer y grabar en la piedra los pensamientos de Dios como sucedió con las tablas de Moisés, las humanidades comprendieron que seres invisibles velaban por su destino, y siempre han escuchado voces lejanas que le han repetido los pensamientos de la Ley de Dios.

¡El Espiritismo es eterno porque es la comunicación de los espíritus! ¡Es el lazo que une a la gran familia universal!

No es una escuela sedienta de gloria o de míseras ganancias; está muy por encima de esas pequeñeces terrenales; y la guerra que le hacen las religiones, demuestra claramente que son sus sacerdotes espíritus atrasados, que no tienen la menor intuición de la vida futura del alma.

¡Seguid luchando, religiones positivas! ¡Seguid disputándoos el terreno de este planeta, y dejad al Espiritismo que no os hace sombra! Él no quiere vuestras catedrales ni vuestras lujosas vestiduras, no quiere vuestras riquezas ni vuestro poder; sólo desea que vuestros sacerdotes imiten fielmente el ejemplo de Jesús, y que sigan los sabios consejos del apóstol San Pablo, el cual, describiendo lo que debe ser un obispo, le dice en su primera carta a Timoteo, capítulo tercero:

“Conviene, pues, que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, solícito, templado, compuesto, hospedador, apto para enseñar”.

“No amador del vino, no heridor, no codicioso de torpes ganancias, sino moderado; no litigioso, y ajeno de avaricia”.

“Que gobierne bien su casa, que tenga sus hijos en sujeción con toda honestidad. Porque el que no sabe gobernar su casa, ¿Cómo podrá gobernar la iglesia de Dios?”

Este sacerdote desea el Espiritismo, cuyo modelo pintó admirablemente el gran escritor cristiano, el gran apóstol, el inolvidable San Pablo.

El Espiritismo sólo quiere el progreso en todas las esferas sociales.

¡Quiere que los ricos amen a los pobres! ¡Quiere que los pobres no envidien a los ricos!

¡Quiere que se odie el delito, pero que se compadezca y se instruya al delincuente!

¡Quiere el amor, la tolerancia, la compasión, la humildad, la paciencia, la resignación y la esperanza, en las grandes amarguras de la vida!

Quiere que el hombre cuando eleve su plegaria a Dios, no mire a la Tierra, sino que sintiendo su Espíritu sed de luz, fije su mirada en el infinito.

¡Religiones terrenales! El Espiritismo sólo quiere ¡Razón y Fe! ¡Ciencia y Caridad!

CAPÍTULO XXXI

IDEAS VAGAS

Dicen que la mayor parte de los poetas y de los escritores, somos médiums inspirados, y es una gran verdad; ¡Cuántas veces sentimos una profunda impresión y no podemos expresar lo que experimentamos! En esos momentos, sin duda alguna, se hallan lejos de nosotros nuestros espíritus protectores, y nuestra sola inteligencia no es bastante hábil para definir lo que siente; pero la contrariedad es nuestro constante punto de partida; cuando nos encontramos abrumados de ideas sin poder formar un pensamiento, entonces nos obstinamos en querer decir algo.

Hoy me encuentro yo en una de esas enojosas situaciones: en mi mente surgen y germinan mil y mil ideas, pero al intentar revestirlas de frases para presentarlas, mi imaginación se asemeja a la Torre de Babel.

El epígrafe de este artículo corresponde perfectamente al estado de mi ánimo, y es una situación extraña en mi Ser, porque siempre me doy cuenta de lo que siento.

Tal vez la variada lectura de uno de esos libros que abundan a principios de año, conocidos con el nombre de Almanaques, me habrá producido tal confusión.

Los pequeños volúmenes enciclopédicos son una fotografía de nuestra sociedad, una galería contemporánea donde se encuentran multitud de tipos, que muchos de ellos imprimen un carácter especial a nuestra época, si es que nuestra época puede tomar un color determinado, que realmente lo tiene; porque no lo ha tenido ningún periodo de transición, y el siglo XIX es un sepulcro y una cuna. Está llamado a ser el siglo de las hecatombes sociales; en él tendrá lugar la más grandiosa epopeya, se verificarán las exequias del fanatismo, y el túmulo del pasado se convertirá en fuente cristalina donde se

bautizará el presente, que en brazos de la civilización, recibirá del adelanto el hermoso nombre del progreso.

Y falta hace, verdaderamente, que la luz irradie en este planeta; porque da pena ver a muchos hombres de notable ingenio que luchan con la razón libre y su fe ciega, y que por las conveniencias sociales ocultan otros su íntima opinión y aparecen ante el mundo con el antifaz que éste les quiere poner.

Otros se dejan magnetizar completamente y a pesar de tener genio y lucidez, se embriagan con el fanatismo y se encierran en su estrecho círculo.

Estas observaciones me las inspira un epitafio, que uno de nuestros mejores poetas, ha escrito en la tumba de su madre, y dice así:

¡Te haré compañía
que aún quedas conmigo;
pues yo, madre mía,
he muerto contigo!

¡La cruz silenciosa
nos llena de calma;
aún más que esta losa,
te cubre mi alma!

Aquí nos espera
la mano de Dios;
tú dentro y yo fuera...,
durmamos los dos...

¡Qué idea tan pequeña de la vida
tiene el cantor deísta.
Aquí nos espera
la mano de Dios;
tú dentro y yo fuera...,
durmamos los dos...!
¡Dormir!... ¡Dejar de ser... descanso eterno, inacción absoluta...!

Los católicos romanos son materialistas en su esencia, porque niegan a Dios, sí, lo niegan, son apóstatas, y yo prefiero la franqueza de los ateos, porque se presentan sin antifaz ninguno, sin temor al qué dirán; es la escuela que más respeto, la materialista, después de la doctrina espiritista, y acato, no sus ideas, pero sí su enérgico proceder y la grandeza y la libertad de su pensamiento.

Además, yo no concibo más que dos imágenes lógicas respecto a la creación, o la casualidad o la suprema justicia en la eterna igualdad, por eso me inspiran repulsión todas las religiones positivas, porque pintan a un Dios inconcebible.

Así se dice vulgarmente:

-Todos los hombres de talento se vuelven locos, y niegan a Dios o le quieren sin templos ni altares.

Naturalmente, que analizando lo que es la vida, hay que optar entre la nada y el todo, entre la luz y la sombra, porque son inadmisibles los crepúsculos.

Yo me admiro y me asombro al ver que durante tantos siglos se han sucedido las generaciones, admitiendo al Dios del sacrificio y del exterminio,

especie de monstruo titánico, de peor condición que los hombres; porque estos suelen ser mucho más misericordiosos con sus hijos que lo es el Dios de Moisés.

Después lo humanizaron, y dijeron: que Dios perdonaba con sólo que tuviéramos un minuto de verdadero arrepentimiento a la hora de morir.

He aquí una religión muy cómoda, porque podemos satisfacer todos nuestros malos deseos y luego con una plegaria al finalizar esta vida, nos vamos a reunir con aquellos que, durante su existencia, se sacrificaron en bien de la humanidad.

No son los estrechos límites de un periódico lugar a propósito para hacer un examen detenido, de todas y cada una de las aberraciones religiosas que han empequeñecido el orden social de este planeta, cuyos habitantes no conocen a Dios, sino a su parodia; porque todas las religiones, sin exceptuar ninguna, han naufragado en un mar de errores.

¡Cuántas veces contemplo con lástima y sentimiento a muchos hombres que dicen:

-Yo sería espiritista, si viera un fenómeno, si los muebles se movieran solos o se me presentara en la mitad del día mi padre o mi madre..., nada, nada, efectos físicos, pruebas tangibles, las teorías no son más que palabras bonitas, frases huecas y retumbantes!

¡Pobres ciegos! ¡Se contentan con beber una gota de agua, cuando tienen a su alcance el Océano!

¿Qué valen los ruidos inusitados, ni los objetos en movimiento, ante la maravillosa fábrica de la creación?

Muy atrasados deben estar nuestros espíritus cuando no adivinamos, cuando no vemos las repetidas ediciones que ha hecho Dios de su gigantesca obra, cuyos capítulos son los soles, siendo la Tierra un pequeño párrafo en esa historia universal.

Y sin embargo, está tan a la vista el efecto y la causa, que es necesario ser sordos y ciegos para no comprender la verdad.

La diferencia de fortuna de unos, la desigualdad de condiciones morales de otros, el vicio ensalzado, la virtud olvidada, la belleza de éstos, la deformidad de aquellos, ¿No manifiestan claramente que un Dios tan justo y tan inmensamente bueno, no podía crearlos sin darles un más allá...?

Dicen muchos que eso constituye la armonía universal, no; la armonía no la pueden producir para Dios las quejas de unos y la risa de otros, el crimen de éste y la bondad de aquél; eso es imposible.

Cuando nosotros, miserables átomos, visitamos un hospital y de dicho local pasamos a un palacio de mármol y de jaspe, ¿Nos agrada? ¿Nos recrea? ¿Nos satisface aquella violenta transición? No; sentimos frío en el alma, y falta tierra a nuestros pies, porque el desequilibrio social hace oscilar la superficie del mundo.

Pues si esto sentimos nosotros, que somos exclusivistas y egoístas en grado máximo, ¿Qué deberá sentir Dios, que es la personificación del amor infinito?

Semejantes deístas, repito que son materialistas disfrazados; estos últimos siquiera definen la inarmonía universal, que no viendo más que este círculo, es casi inadmisible; aunque el edificio de su razón vacila en su base, como el de las religiones positivas; para los materialistas no hay más que fuerza y materia, la electricidad es su alma; hablan muchos pero... razonan poco y tienen muchas veces que enmudecer, como le ha sucedido ahora a un doctor

materialista, que sostenía casi diariamente una acalorada polémica con un poeta deísta, el cual le hizo la siguiente pregunta en este bien acabado soneto:

Yo tengo un perro; si mi humor es triste,
llega y me halaga y a mis pies se tiende,
mas brinca y juega y mi alegría entiende
si gozosa expresión mi faz reviste.

Como nocturno centinela asiste
en mi tranquilo hogar, y lo defiende,
y si de alguno el ademán me ofende
ládrale ronco y con furor le embiste.

En diferente voz me advierte o llama,
y si es preciso, por mi bien se inmola
este perro, este amigo que me ama.

Doctor, os hago una pregunta sola:
Si Espíritu no tiene que le inflame,
¿Me quiere con el lomo o con la cola?

El materialista le prometió contestarle por medio de un folleto, pero ha transcurrido algún tiempo y, sin embargo, aún no ha contestado.

Ruegue a Dios que su silencio sea motivado porque en su estudio profundo haya encontrado un algo que le haga enmudecer; una causa pequeña, al parecer, da inmensos resultados.

En las patas de las insignificantes ranas, descubrió Luigi Galvani la electricidad; un poco de agua hirviendo dio el "quien vive" al vapor, una simple fruta fijó la ley de gravedad, una lámpara la rotación de la Tierra; ¿Quién sabe si una epigramática pregunta nos hará adquirir un nuevo hermano y con él obtendremos una piedra angular? Porque los sabios son los cedros seculares que prestan su sombra a la ignorante humanidad, y generalmente los materialistas, que no tienen más Dios que su ciencia, son poderosos elementos que pueden contribuir al bien general.

Nuestro lema es "hacia Dios por la caridad y la ciencia", pues bien; que nos den ellos su ciencia y nosotros les daremos la realidad de la vida, Dios en la razón, Dios en la justicia, Dios en la igualdad, que eleva la materia y la hace instrumento de acción para el Espíritu, que la enlaza con él, y vive eternamente más o menos condensada, más o menos fluídica, disgregada en átomos y unida en mundos, pero "siendo" siempre.

Los materialistas y los falsos deístas se me figuran cadáveres galvanizados: muchos Lázaros duermen en sus tumbas; imitemos a Jesús llamando a sus sepulcros y haciéndolos levantar; caminemos unidos, unifiquemos diferentes fracciones de las ideas, y dejemos puesta la primera piedra del "amor universal".

CAPÍTULO XXXII

EL FANATISMO

Entre las muchísimas debilidades e imperfecciones de que adolece la raza humana, el fanatismo es quizá el más trascendental de nuestros defectos, y el que más perjudica a todas las instituciones sociales, sean políticas o religiosas, artísticas o científicas y sobre todo a la que compone la familia y el hogar doméstico, constituyendo entre sí la vida y centro de acción moral e intelectual del hombre.

Esa calentura, esa especie de excitación nerviosa, ese vértigo que nos domina, es el cloroformo de la razón; el hombre fanatizado es una máquina, es una cosa, es un juguete, con el cual juegan a discreción todos aquellos que saben halagar las pasiones, convirtiéndolas en vicios, que lo enloquecen por completo.

Tal vez algunos me dirán que sin fanatismo no hubiese habido mártires: ciertamente que no; pero es que yo a los mártires no los encuentro necesarios. Las víctimas y los sacrificios son consecuencias de las aberraciones humanas, mas no indispensables para Dios.

¿Cómo ha de querer el Eterno el tormento y la descomposición multiplicada de sus hijos, cuando en su infinito amor ha puesto a nuestro alcance millares y millares de mundos donde progresar y vivir? Nosotros, y únicamente nosotros, somos los fatalistas visionarios que decimos: "Dios lo quiere"; no, no es Dios, es nuestra vida pasada, es nuestro ayer al parecer perdido; mas hallado, y muy hallado por cada individuo relativamente, sin perderse ni una sonrisa, sin evaporarse una lágrima; pero... dejaré la digresión volviendo los ojos al punto de partida, que me sirve de estrella polar en mi presente trabajo.

El fanatismo, es innegable que empequeñece cuanto toca, porque produce la fe ciega, y ésta no permite analizar ni juzgar; no hace más que creer, y esto no es bastante, es necesario saber el por qué se cree; he aquí la razón, porque no quiero que el fanatismo se apodere de ninguna religión, ni escuela filosófica, sea cual sea, porque los fanáticos son intolerantes, quieren siempre imponerse y para mí el derecho de la fuerza es la osadía de la flaqueza.

Fatal es la influencia de ese enemigo capital de todos los hombres, pero causa mucho más estrago en las inteligencias débiles y limitadas; a esas desgraciadas criaturas las convierte en bufones de la sociedad, y desdichado de aquel que nos inspira una compasión risueña o festiva; porque este sentimiento "sui géneris" no sólo destruye el valor moral de aquel ser únicamente, sino que se apodera de la escuela o religión a que pertenece, haciendo recaer en ella el ridículo más absoluto; por esto, repito, y no me cansaré de repetirlo, esos pobres fanáticos, con la más sana intención, están sirviendo de testigos falsos para dar fe de un hecho que no conocieron.

El Espiritismo tiene también estas limas sordas, enemigos inconscientes, pero temibles, que si bien no le derriban, porque éste es inconmovible, pero arrojan el agua del sarcasmo social sobre sus piedras angulares, y los cimientos, si no flaquean, al menos parece que se van hundiendo en arenas movedizas.

Estos puntos negros son los de los hombres fanatizados, que se empeñan en ser médiums a viva fuerza; porque muchos creen que no siendo médium, no se puede ser espiritista: necedad para la cual no encuentro objetivo que la califique, ¡Y cuánto daño no hace ese inocente deseo...! ¡Y a cuántas burlas da lugar, entorpeciendo y debilitando nuestra propaganda!

Dice un refrán: "Los tontos ni para santos sirven" y añade otro: "Es necesario tener un poquito de Dios y otro poco del diablo", dando la última pincelada aquél de: "El que tontamente peca, tontamente se condena".

Yo tengo un gran placer en estudiar en ese álbum universal que han formado los proverbios populares, dísticos anónimos, aforismos sapientísimos, profundas sentencias que, sin abrigar pretensiones, son el índice de la historia de este mundo; y cuando encuentro en mi camino a una de esas almas cándidas que se impresionan, y no raciocinan, no puedo menos que exclamar: bien dicen

que los adagios son manifestaciones de la verdad, simplificadas y puestas al alcance de todas las inteligencias.

Hace tiempo que conozco a un tipo especial, que quiero retratar, para que todo aquel que tenga conciencia de sí mismo y estudie la doctrina espiritista, lo contemple con detenimiento y trate de no parecerse a él; primero, para no perjudicar a la idea colectiva; segundo, para no convertirse en actor o payaso, que es el papel más triste y más secundario que podamos representar en la comedia de la vida; porque el que no sabe hacerse valer y respetar por sí mismo, ¿Qué consideración puede pedir a los demás? Ninguna, absolutamente ninguna.

El dolor no cabe duda que nos regenera, porque nos hace buscar la luz, engrandeciendo la órbita en que giramos.

Decía Jesús: Que más fácil era que pasara un cable por el ojo de una aguja, que entrara un rico en el reino de Dios.

¡Cuán cierto es esto! Los poderosos de la Tierra, los que viven entre placeres, olvidan el ayer, no aprecian el presente y desconocen el mañana, para ellos la creación es un libro cerrado.

¡Pobres peregrinos! ¡Cuántas veces tendrán que cruzar de nuevo el desierto de la Tierra! Tengamos compasión de su infortunio y roguemos por ellos.

Una gran parte de los espiritistas que me rodean, abrazaron tan consoladora creencia, por la pérdida de alguna persona querida, y el héroe de mi verídica historia, pertenece a este número. Perdió a la compañera de su vida, a la tierna madre de sus hijos, y cuando en su desesperación negaba la grandeza y misericordia del Eterno, escuchó una voz bendita, ésta encontró eco en su mente, el eco repercutió en su corazón, le reanimó la dulce esperanza de comunicarse con su inolvidable esposa, y fue espiritista de impresión, entregándose en cuerpo y alma a estudiar la mediumnidad que él quería poseer, empeñándose en que su esposa se había de comunicar con él, y seguir el mismo género de la vida unido a ella, como cuando ésta estaba en la Tierra.

No son los estrechos límites de un mal artículo (como el mío), armas suficientes para entrar en lucha y hacer notar las tristes consecuencias que de semejante aberración se desprenden; muchos artículos se necesitan escribir para combatir este error del fanatismo, y yo desearía que plumas más autorizadas, se ocuparan en tratar este punto importantísimo, porque nos interesa muy de cerca.

¡Espiritistas!, en el coto del progreso todos debemos ser cazadores. Las medianas inteligencias pueden olfatear, y los genios elevados seguir la pista y herir con certera mano las anomalías, los absurdos y los errores.

Mi héroe en cuestión lo ha guiado, un pensamiento muy bueno, queriendo perpetuar, a su modo, el afecto que le hizo feliz en la Tierra; es espiritista en el fondo y materialista en la forma, llegando a convencerse que posee una mediumnidad incalificable, puesto que padece una contracción nerviosa acompañada de sonidos o crugimientos de huesos, que se repiten siempre que evoca a su esposa, sintiendo el hálito de ésta que acaricia su frente.

Esta extraña mediumnidad se ha convertido en una lamentable monomanía y por instantes aumenta el movimiento de sus brazos, la agitación de su pecho y el cansancio de todo su ser.

Sus hermanos en creencias lo miran con lástima, y de ésta al desdén no hay más que un paso, y los profanos al Espiritismo se ríen de su credulidad y

concluyen por decir con profundo desprecio: “No es digna de estudiar una escuela que engendra semejantes locos”.

Y este hombre, de digno continente, de desahogada posición social, de afable trato, siendo un buen padre de familia y con excelentes condiciones morales, lo ha convertido, el fanatismo, en el hazme reír de todos, en un mal espiritista, puesto que materializa y parodia el acto solemne de la comunicación ultra-terrena y es uno de los muchos enemigos inocentes con que cuenta el Espiritismo.

Espiritistas; raciocinemos, estudiemos y analicemos, y de ese modo no seremos fanáticos ni delirantes creyentes, sino racionalistas; la razón ante todo; y vosotros, pretendientes de carteras medianímicas, tened entendido, que el Espiritismo no se encierra en la mediumnidad. Un médium puede serlo cualquiera, y un buen espiritista es tan difícil hallarle, como el movimiento continuo y la cuadratura del círculo.

Tratad de ser espiritistas de razón y no de efecto.

Los rudimentos de la mediumnidad, son las primeras letras del silabario de ultratumba, corregido y aumentado por las épocas y las civilizaciones, y la abnegación, el trabajo, la ciencia, la resignación, la paz íntima de nuestra mente, y la inagotable y verdadera caridad, son los libros de texto donde aprenden a leer los espiritistas de razón; los que adoran a Dios sin detalles ni accesorios.

¡Espiritistas! El punto negro de la civilización, no lo olvidéis nunca: es el fanatismo.

CAPÍTULO XXXIII

SI NO SE GANA NO SE OBTIENE

-¿La libertad? Cremutio Cordo te desconozco... La libertad de conquista no se pide. La libertad se gana trabajando y no tendiendo el cuello al vencedor, ni arrastrando las rodillas por el suelo.

Ni tú puedes pedir la libertad ni yo decretarla. Ese bien supremo no será nunca un regalo de los poderosos, sino una conquista de los ciudadanos. **Si no se gana no se obtiene**.

Cremutio Cordo se cubrió el rostro con ambas manos avergonzado de sí mismo, asintiendo por primera vez en su vida a las palabras de Augusto.

La civilización, sin duda alguna, es la madre de la libertad, y por esto, no hemos dudado en poner como texto de nuestras reflexiones, algunas palabras de Augusto, porque ellas son la esencia de nuestros comentarios.

Hay una frase sacramental que se pronuncia en todas las esferas sociales.

Los nobles en sus palacios.

Los sacerdotes en sus templos.

Los banqueros mirando los libros de caja y las letras de cambio.

Los hombres políticos en el Congreso y en el Senado.

Los obreros en sus talleres.

Todos a una dicen: "esto está perdido" y es que todas las clases presienten un cataclismo social, haciéndoseles más sensible la parte a que están más ligados según sus ideas políticas y religiosas.

Los espiritistas, siguiendo la corriente general, decimos también "esto está perdido" y reflexionando algún tanto, no podemos menos que recordar un cantar popular que dice así:

No te vengas con cuentos ni con dijimos,
no digas, me perdieron; di... nos perdimos.

Repetimos, cambiando las frases, el intencionado cantar; no digamos "esto está perdido", sino "nosotros nos vamos perdiendo"; nosotros vamos cavando nuestra sepultura, y como a cada cual nos interesa un punto determinado, a los que nos llamamos espiritistas naturalmente nos fijamos en

el Espiritismo, tan ridículo y escarnecido por nuestros mismos adeptos, por sus necias prácticas, por su manía de observar fenómenos, y su plan de vida poco conforme con la sana y estricta moral.

La civilización es la emancipación de los pueblos, y el Espiritismo es la nivelación de las clases sociales, es la verdadera redención del hombre, es la regeneración universal.

Nuestro querido hermano Amilcar Roncarí, describe el Espiritismo de una manera tan perfecta, que no dudamos en copiar algunos párrafos del discurso que leyó en México, el 12 de Agosto del año 1879, y que comenzamos a transcribir íntegro en nuestra revista, dice así:

"No hay milagros. El milagro en ningún caso puede existir ni es compatible con la perfección divina que, habiéndolo previsto todo, lo ha hecho perfecto desde un principio. El suponer que los espíritas crean en milagros, es una ofensa inmerecida que se hace a la elevación de su doctrina. Los espíritas creen como Séneca, que Dios mandó una sola vez y después se obedeció a sí mismo. El espírita se inclina ante Dios como causa de las causas, como origen de las leyes invariables que rigen física y moralmente el Universo, como el ideal más sublime de una perfección indefinida. El espírita elevando hacia el infinito su mente por la contemplación del Creador, admira en el orden tan perfecto de su mecanismo la grandeza de Dios, y cree que el mejor modo de adorarlo, es uniformar su conducta a los principios austeros de la moralidad y del deber, procurando no hacer nunca cosa que sea desaprobada por la voz interna de su conciencia, y ocasione mal a sus semejantes. Esta es su religión; su templo es el Universo, su culto la humanidad, sus dogmas el amor a sus semejantes, la caridad sin límites, la tolerancia absoluta de todas las opiniones, la compasión, para la perversidad del sentido moral, la instrucción, y la persuasión como medios de conversión y correctivos. El espírita cree en la individualidad y perfectibilidad del Espíritu; cree en la perfección como objeto de la actividad humana, cree en la pluralidad de las existencias y de las encarnaciones como medio indispensable para conseguirla. Como efecto de estas creencias, arregla su conducta a los principios universales de justicia y de verdad absolutas; reclama la enseñanza y la ilustración para todos; cultiva el estudio de todas las ciencias, sin distinción; favorece el progreso, aplaude a todas las mejoras de la organización social en sus adelantos; combate el absolutismo bajo cualquier forma que se presente, sea en el trono, o en el templo; en fin, el Espiritismo ocupa la vanguardia en la marcha ascendente hacia la perfección de la gran familia humana. El Espiritismo no admite que las malas o buenas acciones sean castigadas o premiadas, por medios materiales y en lugares determinados. En el orden de las leyes morales, el goce es el fruto natural del bien, el sufrimiento es el resultado del mal, el premio o el castigo lo lleva el Espíritu en sí mismo en las condiciones de su existencia. Como estas condiciones varían en la sucesión de las distintas existencias, el que ha sido príncipe en una, puede ser mendigo en otra; así es que el Espiritismo, dirigido por el principio de igualdad, respeta al poderoso sin temor y sin envidia, compadece al desvalido, alivia sus penas si puede, y de ningún modo lo desprecia ni le causa vejación. El espírita, que por sus sucesivas encarnaciones no tiene patria, ni familia determinada, es naturalmente cosmopolita y humanitario. El espírita considera los padecimientos de las existencias como una expiación; los favores de la fortuna como una prueba, y por tanto, no se exaspera ni se acobarda en la desgracia; no se enorgullece ni se inclina al abuso en la prosperidad. Por último, el espírita toma por única guía sus estudios para el descubrimiento de la verdad, y como

único criterio de sus creencias, la razón severa, y desecha de su doctrina todo lo que se encuentre en contradicción con los preceptos verdaderos y los axiomas sancionados por la ciencia. He aquí muy en extracto un compendio de las creencias principales de los espíritas en la parte abstracta, como doctrina filosófica y moral".

Después de lo que antecede, preguntamos nosotros: ¿Somos los espiritistas, copias del original delineado por nuestro hermano Roncarí...? No; si entre cien espiritistas se encuentra una copia parecida, nos podremos dar por muy contentos; y cuando en alguna localidad, un hombre destaca por su honradez, por su rectitud, por sus profundos conocimientos, por su amor a la doctrina espírita, cuando aquel hombre, por sus condiciones especiales, se convierte en mentor de los demás, ¿Se le escucha? ¿Se le atiende? ¿Se le considera y se le respeta? No; el maquiavelismo de la inferioridad pone en juego sus mezquinos ardides y todos corren a la desbandada para ir... a ninguna parte, como decía Jorge Sand, hablando de ciertas mujeres que caminan a la ventura del acaso.

Grave falta cometen los que sin haber mirado, dicen: no quiero ver la luz; pero son mucho más dignos de censura los que han visto la claridad del día, y prefieren caminar con las sombras de la noche, sin respetar nada ni a nadie.

Puesto que los espiritistas sabemos que sólo progresando llegaremos a ser grandes, puesto que reconocemos que los Césares de ayer, son los mendigos de hoy, porque las púrpuras imperiales son pobres harapos que pierden toda su belleza en el dintel de la eternidad, ¿Por qué no hemos de reconocer la superioridad del talento, la autoridad de la experiencia? ¿Por qué no hemos de aceptar el consejo del sabio, y hemos de preferir la burla del necio? ¿Por qué hemos de seguir la vida rudimentaria del hombre primitivo, cuando tenemos guías que nos hablan y nos alientan, conduciéndonos por el camino del bien?.

¿Por qué no hemos de reconocer nuestra inferioridad y aceptamos un plan de estudio? ¿No hay universidades para estudiar las ciencias? ¿No sirven de texto las obras fundamentales de grandes ingenios y sobre ellas se van comentando y analizando, todos los descubrimientos y conocimientos humanos?

¿Por qué los espiritistas que tenemos las obras filosóficas de Allan Kardec, no hemos de seguir su plan de estudios morales y científicos? Y comprendiendo la útil enseñanza que dichos libros encierran, llegaremos a reconocer la ciencia y la virtud, donde quiera que esté y no haremos las locuras que hacemos ahora, que convirtiéndonos todos en profetas, y en médiums inspirados, cometemos un desacierto por cada segundo.

Charlamos de Espiritismo en los cafés y hacemos fenómenos en los centros familiares, (y en otros que no lo son) que causan la risa y la befa de cuantos tiene conocimiento de ellos; y llega un día que cansados, aturdidos, agobiados y enloquecidos por nuestra ignorancia, perdidos en el caos de mil elucubraciones, decimos: ¡Esto está perdido! Sin embargo, el ideal es el mismo: el Espiritismo ni sube, ni baja, como la bolsa. Estudiemos con criterio, practiquemos sin fanatismo las instrucciones que nos da y siempre lo encontraremos grande y sublime, síntesis de la justicia, y símbolo del consuelo.

"Si no se gana no se obtiene" decía Augusto; esto decimos nosotros: "el bien del Espiritismo si no lo ganamos no lo obtendremos" y bien merece ganarse; porque hasta ahora, no se conoce ninguna escuela filosófica más razonable, más profunda ni más consoladora.

No nos exige más que amor y caridad, estudio y ciencia. ¿Hay algo más hermoso que amar? ¿Hay algo que más nos engrandezca que el saber? No; pues entonces ¿Qué nos detiene? Nuestro necio orgullo, que hace que nunca queramos reconocer en otros, las buenas cualidades de que nosotros carecemos.

Depongamos nuestra estúpida vanidad; resignémonos con nuestra pequeñez de hoy, y así conseguiremos ser grandes mañana. No nos convirtamos todos en propagandistas, contentémonos con ser oyentes, y si sabemos oír, ya hemos conseguido bastante.

Reconozcamos la superioridad moral e intelectual que tienen algunos seres, y como en el Espiritismo no hay privilegios y aquel que vale es porque se lo ha ganado con su trabajo, y el trabajo es el patrimonio eterno de la humanidad, trabajemos con fe para llegar a la meta deseada, que ***querer es poder***.

"Esto no está perdido", como se dice vulgarmente, nuestro siglo va cumpliendo muy bien su cometido, y la herencia de sus antecesores la sabe distribuir con acierto, porque una u otra nación se estacione por más o menos tiempo, no se detiene por esto el adelanto universal.

El año 1.887 el siglo de la luz, nos ha tendido sus brazos; ¡Espiritistas refugiémonos en ellos, que ancho campo tenemos para la investigación política, religiosa y científica.

Estudiemos, comparemos y analicemos, y estemos bien convencidos que si estudiamos con buen deseo, si comparamos sin pasión, y analizamos con verdadera imparcialidad, no diremos que el Espiritismo está perdido sino que el Espiritismo no ha dado aún, en la Tierra, más que los primeros pasos que da un niño vacilante cuando empieza a posar su planta.

El Espiritismo como efecto de una ley suprema, invariable en su eterna inmutabilidad, ni crece ni mengua, siempre está igual.

La persona que cumple con sus deberes, y que hace cuanto le es posible, por adelantar en su progreso, cuando deja su envoltura material, se encuentra mucho mejor que en la Tierra, sin que por esto se convierta en ángel, que no son las virtudes terrenales dignas de semejante galardón; en cambio el ser que se entrega a todos los vicios, y que no se fija en nada bueno, cuando deja su cuerpo sufre horriblemente, porque se encuentra con una supervivencia que no esperaba; su agonía se prolonga, su estupor crece, su asombro aumenta, porque se ve que vive, y que está solo, y la soledad de ultratumba es horrible.

Ahora bien, sentados estos dos principios eternos, juntos e inviolables, ¿Se podrán derribar de su invencible base? ¡No, y mil veces no! El bien será siempre el bien, y el mal, será siempre el mal; ni el primero producirá llanto, ni del segundo brotará la risa.

¡Espiritistas! Nuestra doctrina, grande y sencilla a la vez, comprensible para todas las inteligencias; puede ilustrarnos, mejorarnos y engrandecernos, y en lugar de proferir inútiles lamentaciones, haga cada cual un esfuerzo supremo sobre sí mismo, y en breve plazo encontrará la recompensa de su trabajo, resignándose con sus penas, y consolando y sintiendo las de los demás; de este modo, vivirá tranquilo con su conciencia, que es todo lo que debemos ambicionar en la Tierra.

La tranquilidad del alma, es la única felicidad que podemos gozar en este planeta. ¡Oh espiritistas! No olvidemos nunca las palabras de Augusto: **"Si no se gana no se obtiene".**

ÍNDICE

I ¡UN COMPAÑERO DE AYER! 19
II CANTO AL PUEBLO 23
III UN ENEMIGO MENOS 25
IV EL ESPIRITISMO 33

V	MEMORIAS DE UNA MUJER	39
VI	PRÓLOGO DE UNA HISTORIA	44
VII	¡CUANTA DICHA PERDIDA!	48
VIII	EL DOLOR DE HOY ES EL CRIMEN DE AYER	51
IX	RECUERDOS DE UN VIAJERO	57
X	¿HASTA CUANDO?	61
XI	¡ADIOS TIERRA!	64
XII	¡MORIR!	67
XIII	A MIS AMIGOS DEL ESPACIO	69
XIV	DRAMA PASIONAL	71
XV	ODIOS DE AYER	73
XVI	¡TODO TIENE SU AYER!	75
XVII	REFLEXIONES SOBRE LOS MÉDIUMS	82
XVIII	¡JUSTICIA ETERNA!	85
XIX	EL ÁRBOL SECO	90
XX	LA CONDENACIÓN RELIGIOSA Y EL PROGRESO	93
XXI	A LOS BUENOS ESPÍRITUS	96
XXII	AMOR DESPUÉS DE LA MUERTE	99
XXIII	¡MAÑANA!	102
XXIV	REMINISCENCIAS DE AYER	105
XXV	EL CIEGUITO	109
XXVI	LA SIMPATÍA	113
XXVII	¡ANTES MORIR QUE MATAR!	117
XXVIII	A UN ESPIRITISTA	120
XXIX	LA MISIÓN DEL ESPIRITISMO	122
XXX	¡LOS MUERTOS VIVIEN!	134
XXXI	IDEAS VAGAS	147
XXXII	EL FANATISMO	151
XXXIII	SI NO SE GANA NO SE OBTIENE	154

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo
Libro **Qué es el Espiritismo**

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:
info@cursoespirita.com